

MEMORIA Exilios y  
ROTA Heterodoxias

---

# Martín de UGALDE

## Cuentos

II. De la inmensa soledad  
del hombre



*Amerika eta Euskaldunak*

**ANTHROPOS**  
EDITORIAL DEL HOMBRE

**CUENTOS**

**II. DE LA INMENSA SOLEDAD DEL HOMBRE**

*Martín de Ugalde*

**Anthropos**  
**Editorial del hombre**

29

MEMORIA ROTA  
Exilios y Heterodoxias

Colección dirigida por Carlos Gurméndez

*Cuentos / Martín de Ugalde.* – Barcelona: Anthropos, 1992. – 20 cm. – (*Memoria Rota*; 29). – ISBN 84-7658-343-5

Vol. II: De la inmensa soledad del hombre. – 254 p. – Edición subvencionada por el programa "América eta Euskaldunak". – (La cultura del exilio vasco; 16). – Bibliografía p. LV-LIX. – ISBN 84-7658-345-1

1. Cuentos españoles – S. XX I. Amerika eta Euskaldunak (Vitoria-Gasteiz) II Título III. Colección 860-34"19"

Primera edición: abril 1992

© Martín de Ugalde, 1992

Editorial Anthropos, 1992

Edita: Editorial Anthropos. Promat, S. Coop. Ltda.

Vía Augusta, 64. 08006 Barcelona

ISBN: 84-7658-343-5 (Obra completa)

ISBN: 84-7658-345-1 (Volumen II)

Depósito legal: B. 8.442-1992

Fotocomposición: Seted, S.C.L. Sant Cugat del Vallès

Impresión: Indugraf, S.C.C.L. Badajoz, 147. Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## El regreso\*

Lo estoy viendo, es él.

Es ese cogote de hombre que no puedo olvidar, y le acabo de descubrir la mirada en un voltear de cara.

A los demás, los estoy oyendo hablar, murmurar, respirar, sofocarle el lloro a un niño que he visto antes detrás del asiento del chofer grande, macizo, de camión, y le siento el olor acre que despide el sobaco de mi vecina, que me lleva la cabeza y es delgada con un brazo que le cae más allá y abajo que la rodilla; pero no puedo dejar de mirar a ese hombre que casi sin mover el cuerpo enfoca con tic de gallina en todas direcciones, y cerca, lejos, arriba, fuera de la ventana, adelante, sobre todo donde está a su izquierda, y cerca, el chofer hablando con el policía del puente en medio de este silencio pesado de autobús en aprietos.

El hombre vestido de azul está asustado: más que yo.

Se está sacando su pañuelo, y mientras se suena, voltea y me mira derecho como un tiro.

¡Me ha visto!

Quiero decir que me ha cazado.

Ha sido un encuentro que hasta ha sonado; medio a aire, medio a lata: me sorprende que nadie más que yo, y él, hayamos reparado en la detonación, porque el murmullo sigue a su nivel monótono de bus lleno y en el trance de que un policía le está hablando al chofer por su ventana sobre el puente internacional.

Yo le he sostenido al hombre trajeado de azul su mirada en este segundo en que ha sonado la explosión; se ha asustado; hasta está joven... así, con el mismo pelo al cepillo y los ojos saltones avanzando solo en la noche, escuchando el silencio del viento caliente-sur y las ramas hasta que llega a un río y se va metiendo despacio, conmigo, porque me encuentro cerca de él y haciéndome señas de que vamos, vamos adelante, lo estoy sintiendo en los pasos de agua que está dando en el frío de las piernas y más arriba, hasta la barriga, estoy nadando junto a él sin apenas conocerlo y a manotazos inexpertos y ruidosos en el agua que me asustan pero que no puedo evitar, ni decírselo, ni regresar, porque ya estamos los dos en la mitad del río sin corriente, casi quieto, a plena luz de luna llena, incapaces de avanzar sin hacer este chapoteo escandaloso y mojado, y que, por fin, termina cuando llegamos los dos, casi juntos, a unas piedras que son la otra orilla del río y la caída.

Nos oímos respirar enteros un momento.

Luego, sale él primero, agarrándose a las piedras del costado que le han levantado al río en la otra orilla, y ahí está el caserío que sabemos, y hay luz, la señal, y no hay perro, y, sin embargo, al dar él su salto sobre el pretil antes que yo, oigo el tiro...

Ha sido el chofer gordo y alto el que ha cerrado la puerta a la manera como suelen en los camiones, y sin tener en cuenta que éste es un autobús con gente, y no patatas, que se está aguantando la respiración por la circunstancia del policía de civil hablando al

---

\* Inédito.

chofer; porque un chofer de autobús es como un capitán de barco que manda en jefe sobre todo el pasaje... Ahí está otra vez sentada la cabeza de pelo todavía cortado al cepillo, pero ahora vestido de boda azul marino más no oscuro y corbata mirando a saltos.

Es él.

Quiero decir que es el mismo que me acompañó en el río, pero ahora está pendiente del policía que se está llevando al chofer...

Llevarse al chofer es como arrastrarnos con él a todo el pasaje... no tengo más que cerrar los ojos para imaginar lo que va a pasar... Así entramos todos en la Comisaría, ya estoy en el pelotón, y el policía que es un hombre bajo y ancho y grueso y fuerte, como un taco de madera tallado a azuela, hace que pase el chofer gordo del autobús por delante de él, sólo para dominarlo mejor si se le revuelve, y me agarra de entre todos a mí del brazo y me empuja dentro; y entramos en esta habitación que huele a nuevo, a pintura, pero a la vez a algo que aquí es viejo pasado, y a mostaza con orín y cardenillo, del poco uso que se hace de la justicia; y me he tenido que sentar por orden del que manda, un hombre gris con bigote sentado sobre un estrado con muebles sólidos de caoba de esos jueces de película americana pero traducida al español que nos mira desde su andamio de tablas a mí, que estoy ya sentado, y al chofer, quien está sacándose unos papeles del pantalón ancho que apenas le llega hasta el tobillo, pero que lo tiene bien amarrado porque le sale la voz de estar en su casa para decir que todo está correcto en el mundo de su autobús; esa es gente toda sentada y en orden. Pero es en balde esta explicación que da el chofer con ayuda de sus papeles, porque no están los guardias sino a lo que han aprendido en la cartilla, a ver qué hace aquí un médico como yo, si no hay torturas, y les salen las palabras aprendidas al caletre que saben, que es cuando se abre una puerta en la pared que parecía lisa y maciza, y asoma el alguacil armado que cojea, y entre él y los dos policías y ante mis propios ojos meten al chofer a empellones por la puerta falsa; retumba, cuando la cierran, el pistoletazo de aire y lata...

Yo, en alertas así, abro bien los ojos...

Ha sido el chofer que está de vuelta y no habla, pero se le siente el lenguaje de a cómo se mueve.

Y también está ya el policía de nuevo en su ventana y con la mano en la que luce un anillo al sol del mediodía diciendo al grandullón del chofer sonriente alguna cosa.

¡Como si nada!

El chofer le contesta lo que no se entiende, porque estoy lejos, y ya está sacando algo de la guantera, que es como un baúl pequeño con puerta al revés que se cae cuando el dedo acierta en el botón. No veo lo que saca, porque es el momento de mirar a ver qué hace el hombre de la chaqueta azul oscuro que sí está cerca de todo y de la puerta.

Hace que no está mirando, pero estoy seguro de que le está fisgando al chofer su escondrijo.

Ventajas de ir delante; yo quise, pero me sentaron aquí atrás, donde me está dando el sol por el cristal grande que tengo a mi espalda como un ojo grande que calienta. Ese sol que es de mazo lleno fuera, y sin embargo están ahí unos hombres, uno a uno y varios, y como si no hiciese calor para estar al sol del mediodía sin advertir que andamos de policía mientras nos estamos sofocando de los muchos que somos aquí, de lo que

sudan algunos y del aire cargado de anhídrido carbónico que no se ha hecho para que sea respirado por los animales como el hombre, sino por las lechugas.

Y el hombre sigue tan fresco sentado ahí delante...

¡Y yo que lo creía muerto de aquel tiro!

Pero está vivo, y nervioso, con su pelo esquilado a ras como con una máquina de cortar hierba.

No lo había vuelto a ver desde entonces.

¡Es curiosa, y más, esta coincidencia!

Por eso que no lo puedo creer... Está mirando ahora por la ventana otra vez; escondiendo la malicia; hasta que no puede más y se voltea para mirarme: ¡me ha vuelto a cazar!

Yo, nada, ignorarlo; como si no supiera que está ahí y me vigila; disimulo mirando hacia donde está el chofer enseñando otra vez al policía la lista de los pasajeros. El agente la está leyendo despacio; demasiado, según dice la actitud del chofer que se atreve a mirar atrás en un gesto con los hombros que qué va a hacer él ante esta cachaza de autoridad.

No hay derecho.

Yo estoy indignado, pero ahora a causa del fulano que nunca supe cómo se llamaba, porque hubo sólo esta coincidencia de estar juntos cuando la retirada de Irún la noche del 2 de setiembre antes del incendio... y después de pasarme ahora esta película de aquel horror, me enfado más del engaño que me está haciendo... Busco en el azul de boda de sus espaldas y tropiezo con sus ojos de besugo fijos en mí.

Es la primera vez que lo cazo yo a él.

Y él se hace el loco, haciendo que observa al chofer, luego el recurso de mirar por la ventana... ¡si lo conoceré yo!, y así, ventanilleando, todo el tiempo que quiere, y acaso sabiendo que le tengo agarrado yo con la vista por la nuca sin soltarla...

Y se me atraviesa el brazo rojo de mi vecina con la exhalación de su desodorante, que apenas recordaba ya que está aquí, de lo cerca que la tenía, y enfadada conmigo, diciéndome que haga el favor de quitarle la mano de sobre su muslo. Y yo que no sabía que había un muslo ahí. Porque hay mujeres que de viejas ya se quedan sin muslo ni nada. Pero he tenido que pedirle perdón, que yo lo único que estaba haciendo era mirar a aquel señor que se me está insolentando ahora mismo con la mirada, ¿ve?, y diciéndome con la cabeza que no, que no es verdad, la señora que está a mi lado me suelta: "estáte quieto", y luego de esa confianza me ignora olímpicamente, con el garbo de una muchacha de dieciocho.

Yo le repito que perdone, por favor, que ha sido sin querer, y porque yo ya no estoy para nada que no sea regresar al pueblo después de cuarenta y dos años de no haber podido antes.

La vecina de rojo me está mirando ahora como si yo le hubiese dicho algo que sí está en el cuadro de este mundo del autobús parado sobre un puente que se está saltando un río prohibido que atravesé yo una noche con aquel hombre de chaqueta azul que me está mirando a saltos sí y a saltos no... Lo he vuelto a cazar, aunque él haga que es más bien a mi vecina a quien mira y no a mí, porque la manga roja le ha hecho

una seña con la mano y luego se pone a mirar hacia adelante como si yo no estuviese cerca de ella, pegado a su desodorante. ¡Mayor intimidad!

Y esta indiferencia de la mujer me ha dejado solo.

Es, de repente, esta soledad.

Estoy, sin embargo, rodeado de gente y autobús y policías que seguramente saben que yo puedo volver cualquier día de estos cuarenta y dos años que hace que me escapé, intrigados por este retraso.

El policía tiene aún la mano del anillo agarrado al vidrio de la puerta del autobús, y habla.

Quiero ver qué le contesta el chofer.

Y el chofer le dice una risa.

Parece mentira, ¡pero se han puesto a reír los dos!

Y, ¡por fin!, y cuando era la hora de pensar que no íbamos a salir más de este puente, arranca el autobús despacio, muy despacio, pero despertando ya esa brisa que se levanta en los autocares cuando parten con la alegría infantil de un viaje, que es lo suyo; porque viajar de niño, saludando a las gentes que no se conoce por la lástima que dan al quedar amarrados al suelo es muy bonito. Y así, con el calor y la brisa y la libertad, ese no sentirse atado a un cuarto, a un puente, y tener la rendija del sueño lista para que le entre yo por esa luz que se va achicando, achicando, hasta hacerse la sombra dulce por donde puedo deslizarme sin esfuerzo, como si uno fuera de ese aire tibio que comienza a dibujar el mundo de cada cual en la libertad de estar sin estar... Ahora con mi madre sentada y cosiendo, sin hablar y mirándome de vez en cuando por encima de sus gafas para saludarme con esa luz tranquila de sus ojos, no es más que eso el amor, diciéndome que todo va bien, que el padre está en la carpintería torneando a pedal un boj duro y caliente para que otro que lo necesite tenga un mango nuevo para su gubia; y mis hermanas en la escuela con Juana la de Bastero aprendiendo a leer y a decir el Padre Nuestro al ritmo que marca la vara larga, larguísima, sobre el borde de un banco corrido y sin respaldo lleno-prieto, enracimado, de niños con delantal que bambolean sus cuerpos y sus cabezas con caras de moco, algunas casi dormidas por la mecida y la música cantada monótonamente por los ángeles, y todo en la paz y el puchero de habas de lomo negro ablandándose poco a poco en el agua bendita que hierve y se va espesando con la fécula que ya comienza a oler a tocino; el gato, dormido sobre la silla del padre, cerca de la ventana que da a la huerta, y lamiéndose lo blanco de sus patas negras. Yo estoy en lo mismo de curarme en la paz de estas jaquecas que me atormentan y ahora no siento, porque nunca me duele nada cuando estoy aquí, al otro lado del puente, en este lado de la libertad de estar con los que conozco, y evitarme el reto de los que saben que no los ubico en mi mundo... Me despierta el peso de esta mano grande sobre el hombro que me ha puesto el chofer, es que lo estoy viendo enseñándome entre sus dedos gordos una boina, la mía, me dice, y ofreciéndomela educadamente diciendo que la ha recogido del suelo, de entre mis pies, y que ya hemos llegado.

¿Adónde?

Está sentada a mi lado una señora flaca vestida de rojo; y como detrás del chofer que se está haciendo a un lado para que no vea lo que hay en este autobús ahora que está parado y vacío, ¡vacío!: hay una señora sonriente, pequeña y con niños, y junto a los tres

niños, un hombre vestido de azul y corbata que no hace sino mirarme hasta saltársele los ojos... Yo me estoy levantando de mi asiento pensando que qué es esto, si un recibimiento, si una despedida... Y digo, lo más casualmente que me sale: "¿Adónde?"; "a casa –me dice la señora pequeña con los niños–, yo soy tu hermana –y ha comenzado a sollozar de manera que me duele el corazón–, soy María...". Qué María, si yo la Virgen que conozco no tiene cara, y por eso la reconozco siempre...; pero ya me está hablando ella con la emoción de que los niños son mis nietos... "¿qué nietos?", pregunto para saber; "hijos de tu hijo, ya le conoces..."; y yo no conozco a este hombre vestido de azul, de nada; "ha venido en el autobús, –insiste–, y ésta –me señala la mujer de rojo– es su mujer...".

Yo no digo nada, porque más me enredo cuando trato de adivinar... ¿Qué pasa aquí?; hay complot: en los que hablan y entre lo que se callan entre dientes y las miradas.

Pero ya estoy despierto, y atento a todo... Termino de levantarme, me cuesta caminar, se me han dormido las piernas, ¡cuando las tenía nuevas hace un rato!; me está ayudando la señora de rojo, pero se le adelanta el brazo grande y protector del chofer que está sonriendo como si yo fuera un niño, y ¡me lo sacudo!, "¡déjeme en paz!", le digo, porque esto es demasiado, y el chofer no se molesta, pero sí retrocede, ¡ah!, y dice con disimulo al hombre de traje azul, y creará que no se lo estoy oyendo: "su preocupación de sentarse al lado de la puerta, sobra, ¿ve?, ya se hará a la familia, los irá reconociendo..."; estoy saliendo ya con la señora por el pasillo; los dos hombres continúan hablando de mí mientras avanzamos, estoy seguro de esta verdad, aunque no les oiga ahora las palabras, y ya estoy bajando la escalera del autobús cuando el joven de azul dice lo que no debe y yo le oigo, "tiene ratos, es un caso de falta de riego..." (¿qué sabrá este pelele de lo que me pasa a mí por dentro!) "... no se acuerda sino del pasado lejano"; "¡está todavía en la guerra!", le está diciendo el gordinflón de chofer riéndose mientras está sacando ahora esta maleta que no parece mía de las tripas del autocar, y se la pasa al del traje azul diciendo: "pues quedarse allá, en la guerra, tiene cojones, ¿no?...".

Así lo han oído mis oídos, aunque el gordo se lo haya dicho a la oreja.

Ya tiene el hombre vestido de azul la maleta en la mano, y yo, que comienzo a enfadarme, se la pido, le pido la maleta, por si acaso es la mía y para que vea el charlatán y los demás que sé lo que está pasando aquí, y me sale arrancársela de golpe de sus manos, y sacudirme de todo esto, "¡rediós!", y salirme con el bulto, que me pesa, con el que no puedo, hacia cualquier parte, aunque me estén llamando y gritando por detrás...; y siento el golpe de un frenazo, pero yo no suelto la maleta, que he conseguido cargármela, no sé con qué impulso de adrenalina, sobre mi cabeza, y miro en derredor, estoy girando lentamente como un trompo delante de un coche parado en la carretera, y yo quiero romper este círculo de gente curiosa que me lo estoy haciendo yo mismo, ya es mi propio círculo, veo todo redondo en mi derredor y gente que no me deja salir del cerco, y ¡yo lo rompo, qué joder!...; y ya me siento más liviano por este camino entre árboles que son hayas, que son robles, muchos, y contento yo de no ver a ningún desconocido que me pueda preguntar quién soy, adónde voy, qué hago en este paseo, que eso es cosa muy personal, es mi gusto, y con suerte llego así hasta Bayona, mi casa, a la sombra de las viejas murallas, que es donde he estado hasta ahora por la guerra sin que me pase nada más que el no poder volver...; y subo por el hermoso piso de

adoquines de mi tiempo...; ahí está la catedral, y las luces tranquilas, de cielo, que ha prendido el sacristán viejo, mi padre, y ya todo está en su sitio, como es de Ley cuando está llegando uno, por fin, para siempre. Amén.

## De la niebla

### Las manos grandes de la niebla\*

El hombre parecía un puntalito de tierra aguantando el techo de nubes que se estaba desplomando sobre la gigantesca espalda vertical del cerro.

Jacobo Santiago estaba sembrándole trigo en la falda alta con el pujo de estar forzando las secas caderas de una señorita vieja cuando le llegó el ¡jalas! familiar desde la hoyada.

"¿Será Orestres?", se preguntó sobando un grano entre dos yemas.

La cerrazón había sudado en el sombrero, en los bigotes y en la ruana rucia de Jacobo Santiago un fino polvo de agua. Barranco abajo, la niebla era liviana, y la carretera se insinuaba como un hilo a través del resplandor azulado y frío de millones de gotas como espejos.

El campesino afianzó sus cotizas de tres puntas en un pedrusco, volteó lentamente hasta encarar el precipicio, y se recostó de espaldas entre dos surcos, que era como acostarse parado en la tierra.

A Jacobo Santiago le cruzó una nublada.

– ¡Taita!...

El grito se empapó de niebla en el camino, y a Jacobo Santiago le llegó estremecido. Como un miedo.

Recogió la escardilla y los granos, y dio los pasos medidos, sin apresurarse.

Cuando irrumpió en el resplandor de la neblina, a Orestres le pareció que su viejo estaba entrando en el puente de colores.

– ¡Taita! –le gritó desde la carretera–. ¡María se chamuscó toda!...

El campesino quedó viendo el bulto vertical de su hijo desde lo alto de la vieja muralla que era el cerro.

Jacobo Santiago era un hombre cenceño y corto. Cuando se despojaba de su ruana tejida con pelo de chivo y de oveja se comprendía mejor el mirar apagado de sus ojos y el color verduzco de su lamido rostro de piedra lavada. Entonces, viéndole la enclenque armazón de los hombros, chocaba más la extraña lozanía de sus espesos bigotes negros.

Jacobo Santiago tenía también unos dientes erosionados y amarillentos que no reían nunca.

Orestres le vio bajar saltando las peñas una a una, sin apurarse, como desmontando un enorme animal, agazapado entre las nubes, o como descolgándose de un muro vertical. Después que ya alcanzó el sendero, que caía casi a plomo sobre la carretera, Orestres trepó un pedazo con las uñas, para adelantársele al viejo.

---

\* Los cuentos "De la niebla – Las manos grandes de la niebla", "De la arena – El latido", "De la sal – A la voluntad de Dios", "Del barro – El turno", "Del asfalto – Los hierros de Guanoco", "De la madera – La carga de cedro muerto", "De la perla – El cabo de vida", "Del aceite – La alcantarilla" y "Del cemento – La trampa de cemento", fueron publicados bajo el título *Las manos grandes de la niebla*, Caracas, Cronotip C.A., 1964.

– A mama se le derramó la olla de hervido –le dijo el muchachito tomando aliento– y a María le bañó la cabeza y la oreja y todo pa'bajo, hasta la pierna...

Jacobo Santiago ya estaba halando del brazo de su hijo para atajar saltando una cerca de piedras, cuando preguntó a Orestes:

– ¿Por qué no se vinieron todos, pues, y llegamos a la medicatura más ligero?...

– Yo me les adelanté un pedacito, taita, porque María no puede caminar; mama la trae en el cuadril.

Cuando salieron a la carretera, ya Margarita y su hija estaban llegando al camino, embozadas en un solo lío del chal azul.

Desde que las vio hasta que las tuvo cerca, a Jacobo Santiago le pasó por la cabeza un mundo de cosas.

Luego, cuando llegó, se las quedó viendo.

La muchachita tenía los cabellos negros adheridos a la hinchazón terrible del ojo y de la cara, emplastados con el lodo que Margarita usó para remedio. El percal del vestido estaba pegado a la piel edematosa de la niña, y cuando se esforzaba para gritar se le despegaba con toda la horripilante humanidad de una sola postilla gigantesca.

Jacobo Santiago no tuvo valor para cargar a su hijita.

Tampoco preguntó nada a su mujer; sólo se le quedó delante, con el espanto para dentro.

– ¡Pobrecita, Jacobo Santiago! –le dijo ella mirándole de una sola lágrima.

La carretera era como un hilván caído al azar por aquellas barranqueras sumergidas en la neblina de la sierra. Jacobo Santiago la veía subir plegada a las duras redondeces de las faldas, tomándose todo el tiempo que necesitaba para alcanzar los picos sin despeñarse.

Ya esta carretera de los viejos tiempos era un desvío inútil. Como su trabajo subido a los huesos de piedra de aquellos cerros, cuando no llegaba un poco de sol a tiempo; o como los seis años de María, cuando llegaba una olla de hervido y se le derramaba sobre la cabeza.

Ahora que habían construido la panamericana, estas tierras de por acá habían quedado tan olvidadas que era como vivir en otra parte.

Fingiéndose acechar un vehículo, Jacobo Santiago se había despegado de su mujer, hacia el recodo, para alejarse de los gritos.

"En estas tierras de por acá –se dijo sintiendo la mano pequeña de Orestre recogida como un ala en la suya– la gente se gasta la vida esperando que llegue algo: el sol que falta, la lloviznita que falta, el pasto que falta, el camión que falta..."

Margarita estaba sufriendo los dientes de su hija en el hombro cuando comenzaron las nubes a engordar de agua y a bajar por su peso sobre la carretera; hasta que reventó a llover reciamente sobre el chal que cubría las carnecitas ardidas de la niña.

– Puede que esto la refresque un poco –dijo, por decir, Jacobo Santiago, regresando a su mujer.

Margarita apenas separó sus apretados labios de piedra, y preguntó:

– ¿Dejaste el animal en la falda?

Jacobo Santiago no dijo que no.

Luego él preguntó, también, por las gallinas.

– No tuve tiempo de recogerlas –le contestó Margarita cuando terminó el gemido de la niña–. Mandé a Orestres delante, para ganar tiempo.

Hubo un breve y fragoroso silencio de lluvia, que se precipitaba sobre el gigantesco escampado de la sierra con un sordo estrépito de tambor mojado.

– El gavián nos las va a comer todas –dijo Jacobo Santiago sin levantar la voz, que le salió ahogada en lluvia.

Margarita cubrió la espalda de la niña con una punta del chal que se le descolgó a ella del hombro.

Fue un rato más tarde cuando se oyó en medio de aquel estrepitoso diluvio el fatigoso subir del vehículo en la pendiente. Se perdió el ruido dos veces, en las curvas, y brincó luego cerca.

Era un camión de estacas.

Jacobo Santiago avanzó dos pasos, y levantó quietamente la mano.

Madre e hija se sentaron junto al chofer. El ayudante pasó con Jacobo Santiago y Orestres a la plataforma, sobre los bultos de plátanos.

Tuvieron los tres que agarrarse a los racimos.

Montado sobre la joroba verde y resbalosa del camión, Jacobo Santiago miró espantado las grandes hondonadas de neblina que iba orillando la máquina; él, que trepaba lo escarpado como un chivo, y trabajaba, montado sobre sus dos piernas, a cientos de metros sobre los precipicios, perdía la cabeza al verlos desde los aparatos.

Orestres preguntó al ayudante del camión para dónde iban los plátanos.

– Pa'Mérida –contestó el hombre, escupiendo la lluvia.

Orestres hizo un gesto como diciendo:

"¡Alas!... ¡qué lejos!..."

En el dispensario, la practicante desnudó a la niña con tiras de piel y todo.

Jacobo Santiago aguantó los gritos pegado al muro, como si le estuviesen arrancando el pellejo a él, como a un chivo. Orestres se acuclilló en un rincón oscuro de la piecita, escurriendo el agua de su rucia en el piso. Margarita parecía de piedra, ayudando serenamente.

Aplastado contra la pared, Jacobo Santiago estaba vigilando todos los gestos de la enfermera.

Cuando llegó con una sábana para envolver el cuerpo cubierto de unguento amarillo de su hija, Jacobo Santiago se le atravesó y se le quedó mirando fijamente, con las dos manos y el sombrero colgándole en las rodillas, como puede mirar un monigote de paja.

– La quemadura es bastante grave, ¿sabe?... –dijo ella.

Al campesino se le quedó la voz dentro.

– Lo mejor sería hospitalizarla... Si tuviese yo una cama aquí, podría guardármela durante dos o tres días...

Orestres se le acercó entonces y posó su mano sobre la fría muñeca del viejo, junto al sombrero. Margarita, que estaba sentada con su hija, dijo quedamente:

– Y' hora, pues, ¿qué hacemos, Jacobo Santiago?...

La enfermera se puso a escribir sobre la mesita.

– Podríamos dejarla aquí, en casa del compadre Juan de Dios, para que nos quede más a la mano –añadió Margarita con la misma voz callada de antes.

Jacobo Santiago descubrió entonces que sí se podría.

Fue cuando la practicante le alargó el pedacito de papel y le dijo:

– Tienen que conseguirse el plasma cuanto antes. Aquí no tenemos sino lo justo; pueden dar gracias a Dios que quedaba suficiente pomada de Picrato de Butesin para cubrirle todo el área de la escaldadura, y que pude ponerle la ampolleta de morfina para calmarle el dolor.

Jacobo Santiago pasó el papel a su mujer.

Margarita lo miró con el mismo aire inocente y sorprendido que descubrió en las apagadas pupilas de su marido.

Fue ella la que se atrevió a decir:

– ¿Y ese remedio se podrá conseguir en Timotes, señorita?

No, en Timotes no se podría; no había más que ver la cara de asombro de la enfermera. Ni en Santo Domingo, ni en Chachopo, ni en Pueblo Llano, ni en San Rafael.

– ¿Y en Mérida?

Sí, en Mérida sí. En la capital se podía conseguir de todo.

Jacobo Santiago recuperó el papel, lo dobló trabajosamente con sus torpes dedos yertos, y lo guardó en algún bolsillo debajo de su rucia.

Después, cargó con mucha ternura a su hijita en brazos, y salió, silenciosamente.

– Cuanto antes me consiga el plasma mejor –insistió la practicante desde la puerta del dispensario.

La oscura procesión iba ya carretera adelante, cuando Margarita preguntó:

– ¿Y cuánto irán a costar los remedios, Jacobo Santiago?

Margarita tuvo que regresar sus pasos hasta el dispensario.

Consiguió alcanzar de nuevo al grupo cuando ya estaba doblando hacia Techo Blanco.

– ¡Eso viene costando arriba de veinte pesos, Jacobo Santiago!

El campesino se detuvo, y luego echó a andar sus alpargatas, y dijo sosegadamente, como caminaba:

– Vendemos el ovejo, Margarita.

– Eso es una migaja, Jacobo Santiago...

– Pues vendemos también las gallinas...

Margarita guardó tiernamente la mano helada de Orestres en el hueco de la suya, que era grande y encallecida, y siguió silenciosamente a su marido, calculando que hasta podría reunir unos kilos de papas y de ñame en la casa.

No era la primera vez que Jacobo Santiago llegaba a la ciudad, y para la tardecita había conseguido vender el ovejo, las cuatro gallinas y el bulto de papas y legumbres que trajo. Reunió por todo noventa y dos bolívares; justo veintitrés pesos.

Cuando Jacobo Santiago vio el enorme frasco que traía la mano blanca del farmacéutico desde detrás de los estantes, comprendió que aquel era un remedio caro.

– Noventa bolívares –le sonó la voz al hombre de la bata blanca.

Jacobo Santiago reunió con torpeza los billetes de diez y los fuertes y los bolívares, y los fue contando despaciosamente sobre la vitrina.

– ¿El que se quemó es familiar suyo? –se interesó mientras tanto, amablemente, el farmacéutico.

– Pues una hijita mía, sí señor –dijo Jacobo Santiago sin levantar los ojos de sus reales.

Y en este quehacer le fue diciendo con monosílabos cómo y cuánto se le había quemado su hija.

– Entonces, este plasma no será suficiente –le advirtió el farmacéutico– tendrán que ponerle por lo menos otra dosis más.

Jacobo Santiago se quedó con sus dos bolívares del vuelto en una mano y el frasco en la otra, como si acabase de salir de El Pantanito esta mañana; pero sin el ovejo, ni las gallinas, ni las papas.

El farmacéutico lo veía entretenido con las dos monedas sobre el vidrio del mostrador.

– ¿No habrá nadie en la ciudad que usted conozca y le pueda prestar esta plata? –le preguntó.

– Pues no sé quién podría... –dijo Jacobo Santiago quedamente–. Usted sabe, uno es de tan arriba y conoce a tan poca gente...

Pero se las compuso para dejar el frasco allá mientras buscaba los reales.

Salir con las manos vacías (y más si tienen los callos que tienen las que carga Jacobo Santiago bajo los pliegues de su ruana, agarradas la una a la otra) a buscar la plata en la ciudad fue un terremoto en la conciencia y en los huesos y en las magras carnes del campesino. Con las gallinas y las papas y el ovejo cerca de él, podía esperar algo; pero así, ¡desnudito del todo...!

Jacobo Santiago estaba en el barrio Barinitas a las cinco de la madrugada, antes que la luz del sol.

Se acurrucó en la puerta de la oficina de las obras del teleférico, y ruana y sombrero quedaron inmóviles, al acecho de los primeros pasos.

Y tuvo suerte, porque fueron los del capataz mismo. El campesino explicó que la víspera le habían dicho en la oficina que tenía que tratar el asunto con él, y que le recomendaron que llegase temprano en la mañana si quería conseguirlo.

¿Qué sabía hacer él? Sembrar trigo; desherbar y arrancar las papas con el garabato; cortar con machete, aunque en esos montes no había mucho que trozar; cuidar chivos; arrancar chamizas...

¿Subir cerro? ¿Cortar unos palos? También. ¿Descolgarse de un peñón, trepar árboles, arrancar piedras en las laderas? ¡Pues eso era a lo que estaba enseñado él desde chiquitico!

Los nudosos dedos de Jacobo Santiago se enredaron en el ala del sombrero al poner la condición.

Jacobo Santiago quería el jornal de la primera semana por adelantado, entonces mismo o al día siguiente, porque necesitaba comprar unos remedios.

El capataz observó un rato la dócil mirada del campesino, y sus ásperas manos apresando torpemente el sombrero, y le prometió conseguírselo con el ingeniero.

– Entretanto va a comenzar en Loma Redonda –le dijo.

¡Cien bolívares a la semana! ¡Cómo se estaba él matando el cuerpo en aquellas soledades sí tenía unos cabritos tan a la mano!, se regañó a sí mismo en el trayecto hasta la estación del teleférico, que estaba ahí mismo.

En el borde de la quebrada estaban fabricando algo así como un almacén, y había una máquina grande y dos cables del teleférico tendidos sobre el abismo, como dos chinchorros, hasta perderse de vista en el otro cerro.

Jacobo Santiago se puso a observar el solitario andamiaje de la construcción. Lo estarían fabricando con cemento, que fragua muy ligero. En la ciudad todo era más rápido. Su casita de El Pantanito la tuvo que construir con piedra que picó él mismo en el talud de la carretera, que queda distante como casi una legua. La acarreoó a hombro en el zurrón de cuero, y luego la remojó y la pisó en el tapial. La teja la trajo de San Rafael, a cuatro pesos el cien. Él mismo le hizo el vuelo del tejado con una madera bien derecha, y le puso un encañado que trajo con un hermano suyo desde el páramo de Mucutusís, que está a un día de camino.

Él quería mucho a aquella casa y a aquellas tierras de pedregal; aunque se hacía tan duro trabajarlas, esa era la verdad.

Jacobo Santiago oyó primero un ruido largo y resbaloso, de alambre. Cuando descubrió el aparato que venía colgado de la guaya desde el otro lado neblinoso de la quebrada, ya le iban saliendo unos pies y unas cabezas; hasta que aparecieron claramente los obreros guindados de un cajón, como si viniesen colmando un autobús.

– ¿Usted es el nuevo que va para Loma Redonda?... –le preguntó un empleado–. Ayúdeme a cargar estas cajas de tornillos, y se va.

– Suba –le dijo luego el hombre del suéter gris.

Jacobo Santiago se encaramó torpemente sobre la caja suspendida del cable con dos ganchos de balancín, y se quedó parado como un palo.

– ¿Ve usted ese mecate? –Jacobo Santiago vio la cuerda tendida de gancho a gancho, en la dirección del cable, como la correa del autobús–. Pues cuando se inclina el cajón, usted se agarra duro del mecate.

"¿Me irán a dejar solo en este cajón?", se preguntó angustiosamente Jacobo Santiago viendo para aquel estrecho camino del cable que se afilaba en la distancia, hasta quedarse en la neblina del cerro.

Pero ya era tarde para preguntárselo a nadie, porque el cajón estaba resbalando sobre la guaya.

No gritó, porque no le salían a él las voces fuera.

Jacobo Santiago experimentó por primera vez un abandono infinito.

Entonces pensó en su hija, que era la razón del viaje, y buscó desesperadamente fuerzas para seguir volando sobre el barranco sin soltar el mecate.

Los cajones de tornillos y el campesino siguieron camino en la dirección de una fila alta, y cuando pasaron sobre un ranchito encaramado en uno de aquellos picos, Jacobo Santiago descubrió con susto la manera como los pájaros veían su solar de papas y su conuco y su casa de El Pantanito.

Jacobo Santiago vivió la terrible impresión de estar viajando para el otro mundo. Amarrado al mecate con sus dedos de hueso (porque era poquita la carne que tenían los huesos de Jacobo Santiago), entró entonces en un oscuro mundo de nubes atravesado por aquel lamentoso chirriar de ruedas que encogía el alma.

El agua le goteaba por la nariz y el bigote, y por los flecos de la ruana, y a Jacobo Santiago, que estaba sin comer desde hacía casi dos días, se le hizo sensible el espinazo entero.

Llegó a Loma Redonda como un carámbano.

Le costó mucho trabajo desprenderse del mecate, doblar las piernas y saltar a tierra. Estaba tan tieso que no pudo reunir los dedos de sus manos para amarrar la trenza de la cotiza.

Aquella noche Jacobo Santiago se acostó en cueros. Tendió su ropa en los travesaños, y se arrebujó en una cobija de lana que le prestaron en el almacén. Aunque no se le iba a secar la franela, ni el pantalón, porque en aquel barracón de madera se estaba colando la neblina por los huecos de los aleros y las rendijas como hace agua un barco que se está hundiendo.

Jacobo Santiago recordó con envidia su cama de tablas y estera de cascarón, con Margarita al lado, y los muchachos arrebozados en el montón de chacos, calenticos como dos panes acabaditos de hornear.

No podía arrancar de la memoria, sin embargo, el cuello y el hombro y el ojo de su hija, que los veía como una sola lлага roja cubierta de aquel ungüento amarillo con que le untó la practicanta.

Trató de echarle delante a la preocupación el recuerdo de otras urgencias suyas: una papa caliente con ají, una arepita recién hecha con guarapo, sentado junto al fogón de parrilla cargado de chamiza bien seca, envuelto en el humo tibio que le tiznaba los muros y el pañote del techo.

Pero a estas confortables imágenes de su vida campesina le brincaba, como la punzada de frío, el recuerdo de su gente en casa del compadre Juan de Dios, que se había quedado solo en la vida y a quien había encontrado, por cierto, bastante enfermo.

Y entonces le pareció ver el fogón apagado y la cocina vacía.

Jacobo Santiago se arrebujó la cobija, y se enfrentó a la noche como a un enemigo poderoso.

Ya eran casi las diez del día siguiente, y Jacobo Santiago regresaba de la oficina donde había ido por tercera vez a recordarles humildemente la promesa que le hizo el capataz en la oficina de Barinitas, cuando vio que éste venía llegando en el cajón de las herramientas.

Mientras lo veía bajar se preguntó por qué estarían subiendo este aparato a Pico Espejo, si allí no había más que peñas y nieve. "Máquinas así debían ponerlas a los campesinos, para bajarles las cosechas a la ciudad, y para llevar a los muchachos a Mérida, cuando se enferman, o a la escuela", se dijo para sus huesos.

No tuvo necesidad de salirle al paso. El capataz se le adelantó y le dijo que venía a cumplir lo prometido; que no pudo arreglarlo antes, por el papeleo, y que él le daba permiso para que en la tarde se fuese a llevar el remedio para su hija.

– Lo espero aquí mañana –le dijo dándole una palmada en la espalda.

En lo que Jacobo Santiago pensó instintivamente, con terror, fue en el viaje de vuelta en el teleférico de carga.

Pero Jacobo Santiago, asustado y todo, esperó silenciosamente al aparato; y subió encima con otros que montaban en él como quien sube a un camión.

Aquel fue un viaje largo.

Luego, llegó a la farmacia y pagó, y recogió los dos frascos y salió, tropezando los pies, como siempre.

Luego esperó en un cruce de caminos hasta que alguien le mandó subir a la caja de un camión.

A Jacobo Santiago, agarrado angustiosamente a sus dos frascos, se le hizo aquel viaje interminable.

La casa de su compadre Juan de Dios quedaba encima del camino. La venía mirando, como si encandilase, desde que dobló el cruce de la carretera.

Jacobo Santiago, que subía la pendiente más lentamente que nunca, con un frasco de remedio en cada mano, vio la puerta sola.

A pesar de la calculada demora, nadie le salió al paso. Ni siquiera un eco de voz. Hasta que asomó la cabeza dentro, como quien la arriesga, sabiendo, en la boca de una trampa.

Había una lamparilla de aceite prendida sobre un cajón de madera, alumbrando con destellos amarillos un pequeño crucifijo de metal. La camucha estaba vacía, con unas florecitas silvestres azules y amarillas regadas sobre la estera. En el otro rincón había un cuerito recogido junto al montón de chacos.

Jacobo Santiago huyó hacia la cocina, que estaba a dos pasos. El fogón tenía todavía un rescoldo tibio. Estaba el garabatico de frailejón de monte guindado como un racimo de ollas abolladas, y la alcuza casi llena de las chamizas que debió traer el compadre Juan de Dios en estos días.

Había, dominando todo el oscuro mundo de la casucha de cascajo picado, una hediondez que a Jacobo Santiago terminó de meterle en el cuerpo un malestar que lo sentó en la puerta.

La cara afilada y bigotuda de Jacobo Santiago fue tomando un color amarillo verduzco de guarapo y los ojos se le llenaron de una extraña opacidad neblinosa.

Sólo tuvo fuerzas para depositar con precaución los dos frascos de remedio en el piso de tierra y sentarse él, de cara al camino, esperando que los que le quedaban en la vida regresasen del cementerio.

Ya había vivido Jacobo Santiago una eternidad dentro, en alguna parte hasta entonces desconocida de sus adentros, cuando se le posó en el hueso del hombro una blanda mano de niebla.

María tenía la cara y el cuello cubiertos de unguento, pero sonreía, y Orestes, que esperaba a su lado, parecía maravillado de ver al viejo. Margarita venía subiendo todavía la cuesta, junto con un pequeño grupo de campesinos. Y se le quedó viendo, con los ojos llenos de aquella sufrida luz neblinosa de los que han nacido para esperar.

Venían de enterrar a Juan de Dios, que había muerto aquella noche de "una puntada"...

## De la arena

### El latido

– ¿Dónde está José Antonio? –preguntó la mujer de Darío Echenique mientras desvestía a su hijita de apenas un año.

José Antonio estaba en la orilla de la playa, con un cerro de piedras entre sus dos manos.

– ¡Ese muchacho se la pasa tirando piedras, Darío; llámalo!

Darío Echenique, que era un hombre gordo y apacible, apenas levantó la voz.

– José Antonio, ven, que te tengo un cordelito para la caña de pescar...

La caña de pescar de José Antonio era un retorcido palito de cedro.

Entonces, los seis años del muchachito cambiaron seriamente las piedras por el guaralito, y se pusieron a pescar tiburones en la arena.

Sus otras dos hermanitas abandonaron el cubo azul y se le quedaron viendo, maravilladas.

La playa de la Colonia Vacacional de Los Caracas está abierta en dos regazos. Hay una parte de arena entre un saliente natural donde han fabricado un muelle y una punta artificial de piedras. La otra playita resulta peligrosa porque todavía está asentando arena.

Hacia allá estaba mirando la mujer cuando dijo:

– Darío, cuida de que no se nos vaya José Antonio con su caña de pescar a ese punto... Tengo el latido de que le va a pasar algo...

Era todavía temprano, y la familia escogió la porción de playa más limpia, porque había latas de conserva y pedazos de vidrio regados sobre la arena.

Darío Echenique trabajaba desde hacía veinte años ("desde que se vendían las paragüeras de mimbre y los sofás de paleta") en una venta de muebles, y como en el negocio había tiempo para todo, le había dado por leer poesía. Era un entusiasta admirador de Elías Calixto Pompa, y le recitaba de memoria hasta cuando estaba grotescamente enmorcillado en su traje de baño amarillo y verde, como ahora.

El pequeño José Antonio se había tenido que aprender de memoria un recitado machacón de su padre que comenzaba:

"Trabaja, joven, sin cesar trabaja,  
la frente honrada que en sudor se moja..."

Y se lo hacía repetir delante de las visitas.

Su mujer se ufanaba de esta condición de su marido diciendo que era "una cabeza llena de versos". Y era cierto que le gustaba quedarse admirando por horas el horizonte del mar y las lunas llenas.

Mediante este romántico ejercicio se le estaban desarrollando más las grasas que la imaginación; pero de vez en cuando hasta hacía sus propios versos.

Así, soñando un ripio debajo del toldo, Darío Echenique se quedó dormido. Cuando lo despertaron, su mujer y el pequeño José Antonio se habían traído ya la cesta de mimbre desde la vieja ranchera verde que había estacionado en la orilla de la playa y estaban desplegando el mantel blanco con cuadros rojos sobre la arena.

Mientras se despabilaba ayudando en los preparativos del almuerzo, Darío Echenique descubrió que la playa estaba atestada de gente. Después, en medio de aquella enorme confusión de voces de las playas llenas, y de las disputas y los lloros de sus cuatro hijos, él se comió dos latas de diablito, una enorme porción de queso blanco, y se chupó un anca de pollo.

Y, como no sólo de pan vive el hombre, se tomó también dos laticas de cerveza.

Es cierto que después fue él quien recogió cuidadosamente las latas vacías, los restos de pan y los papeles que regaron sus hijos sobre la arena, y dobló el mantel y cargó la canasta hasta el carro.

Ya se disponía a descansar, cuando le preguntó repentinamente su mujer:

– Darío, ¿cerraste la puerta del automóvil?...

Darío Echenique pensó un rato, y dijo:

– Sí, mujer.

Después colocó cuidadosamente sus ciento doce kilos en el espacio de sombra que le había reservado su familia.

– ... ¿Estás seguro?... –insistió ella.

Darío Echenique barruntó que le estaban sembrando una duda en la conciencia. Hacía un mes que habían robado el carro de Heriberto, un primo de su mujer, y ésta no vivía desde entonces sino para advertirle la amenaza de ladrones de automóviles.

Se quedó desvelado un rato, mirando aquel piso de arena ardiendo al sol del mediodía. Pero vio al vehículo tan sumiso y tan cerca, que acomodó el atadito de la camisa debajo de su pescuezo y acabó quedándose dormido, como un angelote.

La siesta duró más de una hora.

Terminó cuando ella comenzó a llamar a voces a José Antonio, que había desaparecido.

– No grites, mujer...

Darío Echenique miró instintivamente al carro:

– ¿Ves?... Tampoco nos han robado el automóvil... ¡Con tus corazonadas!...

Y se levantó pesadamente de su cama de arena, metió los enormes pies dentro de sus zapatos negros, porque tenía las plantas de los pies muy sensibles, y salió a la luz de aquel terrible sol de las dos de la tarde con sus calzones verdes y amarillos de guacamaya que se le recogían debajo del ombligo como un enorme remiendo.

Había un mundo de niños jugando en la orilla.

Darío Echenique echó una lenta y confiada mirada buscando el bulto de su hijo. El cuerpo menudo y larguirucho de José Antonio podría distinguirlo él a kilómetros de distancia, porque con aquel taparrabo rojo ceñido a las ingles se le veían las piernas como dos zanquitos.

Pero no acertó a ver ningún cuerpo de niño así, ni en la orilla ni en todo lo que alcanzaban sus ojos, que llegaron hasta la punta del muelle, y luego, alargando la vista

con las manos, hasta el puente de madera del Restaurant, que en verdad era demasiado lejos para que se atreviese a ir el muchacho.

Había unos pocos bañistas tumbados en la arena; la mayoría se había refugiado debajo de los alegres colores listados de las lonas.

Cuando su mujer comenzó a empujarlo con esa voz apremiante de las madres, Darío arrancó sin saber por dónde comenzar a mirar. Asomó tímidamente la cabeza debajo de los primeros toldos con aquellas miradas breves y espantadizas, temeroso de molestar a las parejas.

Una cabeza de niño, una espalda de niño, un traje de baño rojo, eran para él un sobresalto, una exclamación contenida, porque no hacía sino repetirse que debía mantener la cabeza fría.

Pero a medida que se le iba acabando la playa, comenzó a ver a los niños de más cerca, y a tentarlos, y a correr, despernado y jadeante, detrás de los bultos, y a meterse descaradamente debajo de los toldos.

Su mujer lo vio regresar solo como quien ve surgir un aparecido.

Por fin le dijo:

– ¿Miraste detrás del depósito de toldos?...

A Darío Echenique le llegaron las palabras de su mujer, que cargaba la pequeña en brazos y tenía el semblante del color de la arena seca de la playa, como pedazos arrugados de cartón; sintió entonces mismo que le estaba pesando mucho el vientre, y que le estaban sonando dentro unas piedras.

Aquel impresionante cuadro del angustiado matrimonio pasó inadvertido hasta para los mismos vecinos de toldo.

A Darío Echenique se le ocurrió entonces mirar detrás de la punta artificial, y arrancó a correr para la otra playa. Su mujer no pudo evitar aquel grito.

Algunos bañistas salieron de debajo de los toldos. Y llegó corriendo un salvavidas. Después del salvavidas se apelotonó enseguida un gentío en torno a la mujer y a las tres niñas, que ya eran un solo grito.

Cuando Darío Echenique llegó a la orilla, los pies se le hundieron en la arena, y como la vista era más veloz que las piernas, recorrió con ella toda la plaza, y luego todo el mar, chapoteando sus zapatos negros dentro del agua.

Al hombre se le fueron llenando los ojos con aquella inmensa soledad del agua y a arena, y sintió que detrás del enorme peso del vientre se le iba la cabeza.

Con la alarma de los gritos y las carreras, las familias con niños pequeños comenzaron a irse despavoridas, sin tiempo de ponerles las ropas.

Y la playa quedó en un momento como vuelta del revés, con las viseras de los toldos al aire, como si acabase de pasar un terrible huracán.

Ya los salvavidas estaban buscando el fondo en la orilla.

Mientras unas señoras se esforzaban en sujetar a su mujer cerca de sus hijitas, Darío Echenique con sus zapatones negros hundidos en el agua, seguía todos los movimientos y todas las voces de los salvavidas como un alucinado.

Cada vez que alguien se zambullía, se iba él también angustiosamente al fondo, y permanecía un rato sin aliento. Ya se le detenía el corazón del susto cuantas veces

asomaba la cabeza chorreante del nadador, temeroso de descubrir la morena cabellera de su hijito.

Hubo un momento en que dentro de aquel resplandor del sol que inundaba su pupila se sintió desaparecer, como si su cuerpo se estuviera fundiendo.

Entonces, alguien le tocó el cuerpo.

– ¿Aquella ranchera verde que queda estacionada allá es suya? –le preguntó.

Darío Echenique vio que en torno al automóvil se estaba reuniendo un grupo de hombres, y que en aquel momento alguien estaba abriendo la puerta...

– En el asiento. de atrás hay un muchachito dormido...

## De la sal

### A la voluntad de Dios

A la salina de la Boca de Nigua se le está madurando en el vientre de su cielo y en las entrañas calientes de su sal y de su fango el prodigio de un día nuevo; que no es sólo que el mar (por los lados de Los Testigos) le esté prendiendo al cielo aquella candela; porque esa luz sin unos ojos sería pura noche todavía; y es, ciertamente, de Dios, ¡y de la Virgen!, que no le pueda alumbrar un día a la salina sin que lo esté viendo llegar Martín, el vigía, que está, con sus pies hundidos en la salmuera, arañando la costra de sal, y sin que lo descubran desde el principio los salineros que vienen llegando por los lados del muro y por la playa misma con sus poncheras sobre la cabeza y con sus sacos de cocuiza debajo del brazo, y sin que lo sienta venir desde los más escondidos rincones de la sangre (que es donde resiste a veces la esperanza) Ernesto Mata Malavé, sentado como está resignadamente, delante de la solitaria "quinta" ("esos –dice su mujer– son sus juguetes") que paró en la mitad de la restinga, mirando para la sal, esperándolo...

– ¡Teodora!

Teodora se está sacudiendo la arena de su ropa; luego va recorriendo los sacos y las ramas de tabaco pescador que les sirvieron de cama sobre el piso de arena, y se pone a buscar algo dentro de un cajón.

Por el reventón mismo de sol, que ha incendiado el mar y la salina, ya Ernesto sabe que el día va a ser un infierno; cuando amanece así, tan colorado que hasta al hielo de sal le resbalan esos tintes de sangre, es que va a hacer calor, un día bravo. En la salina ya se empiezan a distinguir los bultos que llegan, y Ernesto ve que entre unos montones que están por los lados del Burro se mueven los Guerra y los Gamboa, y que ya está llegando Justina, y que la que viene caminando de los lados de Agua de Vaca es Eulogia Farías con su hijo, y que ya Martín, el vigía, está subiendo hacia la enramada que se dibuja contra el cielo sobre el cerro del Burro, que también mira para la otra banda, hacia Pampatar... Y para cuando los arrugados ojos de Ernesto regresan a la quieta mar de la salina, que amanece sembrada de unos palos cortos que son los que indican los brotes por donde el mar, que se cuele por entre la arena para cruzar la restinga de contrabando ("¿no es margariteña, pues?") y brota a veces a borbollones, como el petróleo, y salpicada también de los tambores donde los salineros descansan sus poncheras para que no se encharquen, y de tabureques que son unos cuatro-pies que aguantan los sacos de pie mientras los cargan, ya en la salina los bultos de hombre y de mujer y de niño están escarbando la sal, y a medida que la neblina se va haciendo un humo blanco y luminoso que camina por sobre la restinga y se mete por la salina prendida al resplandor de plata de la espuma de sal, comienzan a flotar entre brumas los salineros, y ya Martín es un palo más en la enramada de vigía que ha levantado sobre el cerro para asolear, y ya Teodora ("un día caliente, Ernesto") está soplando la candelita entre dos piedras, y luego pone una panera de zinc con el agua que vacía de un tambor de motor viejo, y luego saca un paquete de café, y ya, mientras el sol va ascendiendo, "¡zas, zas!"... como un cohete

entre un arrebol que ciega el ojo, ya el sol se está metiendo a través de los palos y las ramas secas de la "quinta", que es una enramadita de dos metros por dos, hecha de cuatro horcones, un techo de ramas y algún pedazo de zinc viejo, y unas paredes de rama de tabaco pescador que crece sobre la restinga y que dejan pasar la brisa ("¡por qué no ha de pasar, pues!") y hasta dejan ver lo que hay dentro ("¡y por qué tenemos de taparnos de naide!") y con un papel de saco de azúcar sobre la espalda para protegerla de la garúa que viene del mar, y que Ernesto la levantó con lo que le dio un palo envenenado, un poste de luz, que varó en la playa, y le echó hacha... Ya la luz del sol comienza a orear los escondrijos del salitre y del fango, que es lo que está bajo la sal, y a oler ("calentico") el café recién hecho...

– ¡Teodora!

Y Teodora responde:

– ¡Ah!

Eso es todo lo que dicen; pero a esta enramada solitaria pegada a un carrizal de tabaco guarey, que es un remedio contra el reumatismo y la puntada, a medio camino de la fila de arena de cuatro kilómetros, se le está prendiendo ahora, con sólo haber subido el sol media cuarta en el cielo, un lucero de purito oro vivo sobre sus latas de la cabeza, y Teodora está colando su café, y la mar sigue hablándose ("la mar habla ¡u-u-uuu!") y la brisa, que lo que es, es un viento que habla parejo, silba "¡bis-bis!" en una lata, y ya Teodora ("en todo se mete esta mujer") observa que Ernesto está entretenido viéndole los pocitos sucios de salmuera y las inmundas pelonas de fango a la salina, que es como un pellejo blancuzco y viejo con ronchas, que hasta para cualquiera que no tenga los ojos afilados de Ernesto está a la vista que está agotada, y que toda esa luz de espumita blanca con que amaneció era pura bonitería, y entonces se levanta y entra a la "quinta", y Teodora, que está sentada frente al fuego, ve que está jurungando algo, y le dice:

– ¿Qué busca?

Y Ernesto voltea:

– ¿Ande pusiste la arepa de ayer?

Teodora lo está viendo así, traspasado de luz, entre las ramas.

– No sé dónde la puse... ¿Eso no se acabó, pues?...

Y entonces Ernesto sale y se sienta sobre el palo de ceiba junto a Teodora, y toma el taparito de café endulzado con papelón que le pasa, sin decir nada (porque no tienen nada que decirse), y luego es Teodora la que hunde el taparito en la panera, y bebe, a sorbetones sin dientes, su café, que es un guarapo, y dice, porque Teodora está en todo:

– Comience temprano, que la sal se va a calentar...

Ernesto se toca las puyaduras coloreadas con mercurio-cromo de sus pies grandes y venosos, y luego se para (largo, flaco, con barba de tres días, el guardacamisa con boquetes de pellejo moreno y salitroso, el sombrero de palma metido hasta casi los ojos, unos ojos de pájaro, y "muchas lunas encima") y dice, sin mirar a nadie:

– Pa'lo que hay que recoger, con una hora tengo...

Luego recoge de sobre una lata del techo unas medias verdes, tiasas de la sal, y se sienta a ponérselas ("con las cholas no puedo, porque me las quita el fango") y luego se mete trabajosamente los chorizos de sus dedos en unos guantes (amarillos y enlodados)

de goma, y voltea hacia Teodora, que está apagando la candela antes de que se coma el palo, y le dice:

– Ahí viene un camión... (el camión resbala por sobre un encerado blancuzco a la orilla de la salina)... debe ser el de Crucho... (Teodora aguza la vista lo más fino que le da el ojo, porque el otro lo tiene nublado desde que nació)... Cada vez ves menos, Teodora... Se está quedando por los montones de Cruz González

– ¿Y el nuestro, Ernesto?

Pero Ernesto ya va bajando el repecho de grama, y dice:

– En cualquier rato llega...

"Sí (y ya Teodora se ha quedado hablando sola, peinándose sus cabellos blancos, sujetándose dos ganchos entre sus labios agrietados por la sal) y a nosotros aquí, con la salecita varada, y cualquier día nos llueve... ¡Ay, Dios mío, que no llueva! Y se nos aniega la salina y se desgasta la sal y nos lleva los montones por donde llegaron... ¡Virgen del Valle! (Y Teodora se amarra el cabello en un soronzo, y luego cubre el cajoncito de cartón, que es su escaparate, con un saco de los de dormir, y sale de la enramada, que es su "quinta", y ve a Ernesto doblado sobre el fango, escarbando despaciosamente la sal con los dedos y echándola sobre una mara, y rociándola de salmuera con una totumita para lavarle un fango gris oscuro, casi negro, que tiene.) ¡Pobrecito!, ¡y cómo tiene los pies, malogrados con las mataduras! ¡Si yo pudiese!... Pero si él, que ya tiene los pies ordinarios y duros, no aguanta la picazón, menos puedo yo, que tengo los pies más delgados que él y se me mete la sal por el pellejo como un fuego... (Teodora está ya del otro lado de la restinga, en la playa, y hace que lo está recorriendo con la vista, poquito a poco, desde el Morro de La Ballena hasta Punta Gorda, para ver si ha varado un palo o si hay una huella de tortuga, porque ellas varan de noche, y si marcan la pepita en la arena es que sí pusieron, pero si no marcan más que las patas es que vinieron y no pusieron, y entonces regresan a los quince días completos y los ponen... Pero Teodora no ve rastro, y es acaso porque ve poco; pero ella, que quiere ayudar, tampoco tiene fuerzas para recorrer toda esa boca...) El que consiguió una nidada de ciento veinte huevos antier fue Martín, el vigía, que es más joven que Ernesto, que también Ernesto tiene el ojo bueno para ver lejos, y distingue cuándo vara el pescado, porque cuando hay turbio siempre se queda alguna cholita o algún cachame en la playa, ¡y asadas sobre brasa son sabrosas! (Y entonces a Teodora se le hace la boca agua, porque no ha tomado sino medio taparito de guarapo en la mañana, y la tarachana escalada que guarda en el cajón es para más tarde, para que les aguante el día, y ya va bajando, encendida al sol como una tea, el repecho de la restinga que da para la salina, y ve a Ernesto con aquella carga de sol a la espalda, arañando la costa de sal cerca del brote grande, y entonces se agacha ella misma y comienza a escarbar en la arena, y consigue unas raíces de grama delgadas, como pajas, y les va quitando mecánicamente los nudos mientras habla, que ella conversa sola...);... y esto se cocina, y sirve de fresco para los niños, que es muy bueno, y hay veces que hasta lo recetan los médicos para enfermedades del hígado... Y es un milagro que sirva para algo, porque sólo con la salecita no se puede; que uno está aquí a la voluntad de Dios; y lo que a uno le dan en la botica por dos brazadas grandes es tres bolívares, para ellos venderlo a cuartillo el bojotico, y las boticas se lo piden a uno de año en año, que si no, no habría grama bastante en la restinga para matar el hambre a Pampatar y a Agua de

Vaca y a todos estos campos de por aquí... No es que yo crea que Alguien nos tiene mala voluntad, ¡líbreme la Madrecita!, sino que es la verdad que si llueve, como quiere Ernesto, se nos van las pilas, pero que si no llueve, que es lo que quiero yo, tampoco nos cuaja la sal, porque las bombas, que es por donde resuella el mar que nos trae la salecita, se está secando ahí mismo, en los resolladeros, y necesitan el agua para que se aniegue toda la salina y reparta la sal por todo, y después, cuando vuelve a cuajar, ya lo deja todo repartido, un reposo de la sal que deja una torta gruesa que se recoge fácilmente y uno puede llenar entonces hasta diez sacos en un día, cuando ahora Ernesto no puede, arañando y arañando todo el día, llenar ni uno solo... Y ¿cómo hace uno si no puede, reza que reza a Dios y a todos los santos, hacer llover, ni tampoco puede conseguir que lleguen los camiones y le lleven la sal?... ¡Eso es, que uno está a la voluntad de Dios!..." (Ya Teodora ha reunido su brazada de grama y la lleva hasta la enramada y ve que Ernesto ["¡madre mía!"] sigue pegado a la sal, y que hay algunos que están regresando a sus casitas con sus poncheras sobre la cabeza ["debe ser que ya la salmuera está caliente"] y deja la grama en un rincón, y sale, y le pega aquel grito a Ernesto):

- "Uuu, uuuuuu!"...

(Todos los salineros, como veinte regados por ese blancor sucio, voltean para ver, menos Ernesto. Y Teodora sabe que tampoco puede mandar mucho sobre este hombre, y regresa a su grama, y sigue persiguiendo el zigzag tierno de la raíz dentro de la arena.) "Con lo buena que es esta sal para salar el pescado, que uno lo mira después y no le ha salido pico, ni blanco ni negro, y para comer, cuando molida, que es blanquita, como la espuma del mar (y la mano arrugada de Teodora sigue escarbando aquel rastro de las raíces bajo la arena) y yo lo vendo de puerta en puerta en los pueblos a medio real el paquetico de un kilo, para poder pagar el fiado en la bodega, porque si uno se demora más de un mes le dicen: ¡no hay mas! y le dejan morir, y Fermina, la mujer de Mocholón, no me ha dicho nada todavía, pero me ve así, como de lejos, y ya el Guaro García y Anterito, la bodeguita de la playa, no me fian el funche desde hace días..." (Y Teodora está en esto, en lo que le rinde la cabeza, cuando siente que alguien le tapa el sol, y ella sabe quién es desde que le vio los pies grandes con las mataduras, y después para arriba, los brazos largos, hasta las rodillas, y luego los huecos del guardacamisa, por donde le está mirando el ombligo de Ernesto, que es una cicatriz redonda y arrugada.)

- ¿Recogiste mucha grama?...

Teodora no le dice nada, sino que le pasa la brazada, y Ernesto se la lleva, y Teodora continúa covando la arena... "Si ahora Ernesto se pone a moler y me muele un saco, ya mañana me voy a Juan Griego y a La Guardia, y para la noche vendo eso y me alcanza para el papelón y la harina y las vituallas, que desde hacen días me falta el plátano y el ocumo y la auyama... ¡si ni siquiera tengo el poco de pimienta que le hace falta a una!... Y las compraré en Juan Griego mismo, porque en Pampatar no me fian nada hasta que me ponga ras con ras..." (Y Teodora termina de recoger otra brazada y regresa a la enramada, y ahí mismo está Ernesto, aforzado, moliendo sal y Teodora deja su grama junto a la otra y mira hacia la salina, que está sola, llena de los charcos de salmuera y de lodo, y dice, mirando hacia La Caranta, que es por donde llegan los camiones):

- ¿Vendrá el camión hoy?...

Ernesto está, "táquiti-taqui", moliendo la sal, y no dice nada, sino que mira por donde tiene los ojos su mujer, y descubre lo mismo, que no viene. Y luego, mientras está moliendo, Ernesto barre con la mirada el cielo, y lo ve limpio, sin siquiera un celaje, y piensa que lo que les conviene no es que llegue el camión sino que llueva, para que haya más sal para todos, ¡aunque se pierdan los montones!... Y entonces levanta la vista de la sal que va entrando a la máquina por la boca del embudo, y dice, como si hubiese inventado algo:

– ¡Teodora!...

Teodora está buscando en el cajón de la comida.

– ¿No me oye?...

– Sí, te oí...

La brisa está bisbiseando a través de los palos y las ramas.

– ¿Qué deseas tú?... ¿que venga el camión y se lleve los sacos de sal o que llueva y se aniegue la salina?

Ernesto para, espectacularmente, la máquina y se queda esperando; pero Teodora no se precipita, sino que le vuelve a calcular sus dos lados: lo que le darían los veinte bolívares que les toca por la sal y lo mucho que se podría recoger después de que se aniegue la salina...

– ¿Qué deseas tú, mujer?

Teodora no está desocupada, sino que le está trabajando la cabeza, y hasta más ligero que la máquina de Ernesto, porque piensa que, también, ¡para qué más sal, si la que tienen no se vende! Y ya cuando Ernesto arranca con la manilla, perdida la esperanza de una decisión de Teodora, ella salta:

– ¡Yo deseo que venga el camión!...

– ¿Y por qué?

– Así, esos reales están seguros, y después Dios nos ayudara, que algún día tiene que llover...

Ernesto ha regresado al "táquiti-taqui" de la máquina, y allá tiene a Teodora al lado, ayudándolo, empujando silenciosamente la sal gruesa dentro del embudo, y no se oye más que al mar y a la brisa ("esa es la radio de uno") y unas cotúas que pasan, "¡cuá-cuá!", por encima de la enramada solitaria y encendida sobre la restinga de la Boca de Nigua, que está cargando sol burreado, porque ya son como las once, y es otra vez Teodora la que arranca con aquello:

– Yo me quedo con el camión...

– ¡Ajá!

– Ahora, dime tú...

– ¡Yo lo que quiero es que llueva mucho, y que se aniegue la salina hasta el rastro del yerbazal!...

Y Ernesto para otra vez la máquina, y se le queda mirando, como un desafío.

– ¿Con eso comemos?...

– No, ahora no (y Ernesto arranca de nuevo con la máquina) ¡pero así nos desafamos de esta sal que no quiere nadie!...

– Sí...

– Y luego, cuando la gente se haya comido la que le queda, y necesite otra, porque ¡naide puede comer sin sal! (y Ernesto pide con un gesto del brazo la aprobación de esta verdad).

– Sí –aprueba Teodora.

– ...Pues aquí está, en la salina, y nos dará más comida...

(Lo que no dice Ernesto es que ya tiene ganas de escaparse de esta tristeza de tener los pies quemándose en la salmuera.)

Teodora se queda viendo para la sal gruesa que está empujando por el embudo con sus viejos dedos agrietados. (No dice que lo que ella quiere es salir del fiado que deben.)

Hasta en la restinga solitaria hay secretos entre dos que se quieren.

– ¿Y no es mejor –dice Teodora– que llegue el camión y más tarde llueva?

– ¡Ji-ji!... –Ernesto ríe así, de un hueco entre dos dientes–: ¡Tú lo quieres todo, Teodora!...

Teodora se va a prender la candela y a asar el pedazo de la tarachana escalada que les queda, y Ernesto se queda dándole, "táquiti-taqui", al manubrio de la máquina de moler sal, y pensando ("¡alguien tiene que tener la culpa!") que si a estas alturas del verano no han podido vender aquel poco de sal que les queda, eso no es culpa de nadie, sino del gobierno, que los está celando para cobrar el impuesto... ¡si... Virgen del Valle... hasta a los burros querían ponerles guía!... Y cuando Ernesto termina de moler la sal que tenía en el embudo de la máquina, se sientan los dos viejos sobre el palo de ceiba y se reparten el resto del pescado, porque el pobre come cuando consigue, si a las diez, las diez, si a las cuatro, las cuatro... Conforme con lo que Dios disponga...

– Funche no hay...

Teodora mira al hombre, y le dice:

– ¿Y no sabe que funche no hay?

Ernesto, callado.

– ... ¿Y que no hay quien nos fie la harina?...

Ernesto, callado, metiendo tarachana asada en la boca con los chorizos grandes de los dedos, y cuando terminan de comer se meten silenciosamente dentro de la enramada y se recuestan los dos viejos sobre unos sacos, para descansar, y así, arrullados por el silbido parejo de la brisa por entre las paredes de la "quinta" pasa un rato lar...go y hue...co y sono...ro, y Ernesto sigue pensando que ya es hora de que llueva y de que se aniegue la salina, y que entonces habrá que esperar cuatro o cinco meses ("¡cuidado con más!") para que se seque, pero sale de esta angustia de estar con los pies reventados, con las manos enllagadas, pasando hambre, pegado a estos veinte bolívares de sal... Durante ese tiempo del cuajo, que es como esperar a que madure una cosecha, él puede sacar guacuco y chipichipe en la orilla, como otros años, y salir con su botecito a pescar pargo y carite y corocoro y guatacara con cordel ("y ahí sale Teodora, despacio, sin hacer ruido, creyendo que estoy dormido") y también puede ir a los trenes con Maximino, o vigilar la playa para ver cuándo atraca el pescado, y también, y en esto le puede ayudar Teodora, puede buscar leña por esos cerros para sacar los dos o tres bolívares diarios que hacen falta a uno para sostener la vida, esperando que cuaje otra vez la sal... ("¡Ya la salina quiere blanquear!..." "¡Ya está cuajando!..." "¿Y cuándo vais?..." "¡vamos mañana, pa'probar!...")

Y cuando Ernesto se para (alto, flaco, cabello blanco, largo y revuelto) ya son más de las dos, porque el sol está bajando en la dirección del cerro Los Cuicas, que es el que da hacia el norte de Pampatar, y se pone el sombrero, y ve que Teodora ya está siguiendo los rastros de la grama en la restinga, y él mira a las nubes, que hay algunas por los lados de Trinidad, y husmea el viento, y se dice ("¡tronco de esperanza, compay!") que si cambia el viento puede llover todavía...

Teodora ha reunido ya otra brazada de grama, y baja a la enramada, y sin muchas palabras están ya los dos camino de la botica de Pampatar, a probar suerte, cada uno con su bulto, ella Teodora, sobre la cabeza, y él, Ernesto, abrazándolo en la dirección de la pierna, y ese camino es como de tres kilómetros, y aunque no hablan, calculan que con esos tres bolívares Teodora podrá pagar mañana la camioneta para Juan Griego, y con el resto pueden llegar hasta una bodega que queda hacia Porlamar y conseguir su poquito de harina para el funche de esta noche... Pero ("¡Virgen del Valle! ¿y no me coge ni una brazada?") en la botica no necesitan más grama, ¡más bien les sobra aún de una que les trajo Martín, el vigía!... y ahí regresan los dos viejos, paso a paso, los tres kilómetros, por la calle principal de Pampatar, que es la que lleva hacia La Caranta, y luego por el muro y por la planicie, que por ahí se llega a la sal, y luego, cuando, rodeando toda la salina por el cascajo que pisan los camiones (porque los pies de Teodora son delgados y no aguantan más sal), llegan a la "quinta", ya el sol está cayendo por los cerros, y entonces se sientan los dos viejos sobre el palo, y en todo el viaje ni ahora se han dicho nada, y Teodora, que tiene mejor temple para los apuros, guarda la grama en un cajón, porque mañana se puede vender eso en Porlamar o en Juan Griego ("eso se seca, Teodora, bóvalo") y cuando llega el anochecer, que es como el amanecer, pero al revés, Ernesto saca un frasquito de dentro de la enramada y se pone a untar sus mataduras de los pies con mercurio ("para que forme cuero duro, como carapacho"), y, con aquella ofrenda de sus pies grandes y venosos al cielo, mira otra vez arriba, y no ve nada, y en la salina está resbalando una luz blanca que se va apagando, apagando, comiéndose poco a poco los palos de las bombas y los tambores y los tabureques...

- Ernesto, ¿escuchaste la radio?... -Teodora recordó de pronto.

- ¿Qué radio?

- En la botica.

No, Ernesto no había oído más que lo que dijo el doctor, que no...

- Pues allá dijo que iba a llover...

- ... Pero eso será en Caracas... ¿Qué saben ellos de La Boca?...

- Será...

Y sigue oscureciendo más y más, primero el cerro de Punta Gorda, que es el que está a contraluz, y luego también el cerro de Los Cuicas, y el del Burro, y la Cabeza de la Ballena, que es la última en apagarse, con una quinta sola que hay en la punta, cerca de la cueva del Bufón, y luego se va apagando también (como un filamento largo y tendido entre el mar y la salina, como un cordel) la fila de la restinga, y el mar, aunque el mar guarda más la luz, porque por ese lado no hay cerros y lo que hay son unas islas Los Testigos que no se ven...

Así se va apagando el mundo de Ernesto y de Teodora, que ya está agotada con las carreras y con el no comer ("estamos malucos, Ernesto; todos los pobres estamos

descontrolados")... Pero ahí sale la luna, tan llena y tan blanca de luz que es una fantasía, y la salina es un enorme piso de plata, y Ernesto siente por encima de la voz del mar y la brisa que Teodora se está acomodando en la cama de las ramas de tabaco pescador y los sacos, y se preocupa ("¿tiene la cobija?") porque el frío llega a media noche, que es cuando pega duro, y Teodora lo siente, y piensa que ya estará durmiendo, la pobre, porque ni contesta... ("¿no te vienes a acostar, Ernesto?") Y no, no se ha dormido, pero seguro que no demora en llegarle el sueño, que ella con sólo recostarse tiene, y entonces se levanta Ernesto, y camina hacia la playa, antes de que Martín llegue para la salina ("¡ese hombre les madruga a todos!") por si ha varado un palo o ha atracado un pez, y mientras camina sigue mirando al cielo, y le parece (no sabe si es verdad o es mentira de fantasía) que por el noroeste hay unas atmósferas que pintan agua, y sin embargo la brisa no ha cambiado de rumbo, y él sabe que hasta que sople sureste no hay virazón, que es un golpe de agua a plomo que dura más de tres horas, que es lo que necesitan, porque si no, si lo que se pone es boratería, eso es un chubasco que se desbarata en un momento y no aniega la salina... Pero en la playa no hay nada, y regresa para la enramada, y la salina se ve como un piso blanco, como una sola torta de sal ("¡ahí es donde está el engaño!") y Ernesto se sienta sobre el palo otra vez y mira al cielo ("vente a acostar, viejo") y espera y espera ("Ernesto, ven a acostarte..." "Pero vieja, duérmase")... y espera y espera, y no ocurre nada, y ya Ernesto siente que Teodora está al otro lado del sueño, y entonces le pesan, sólo con imaginarse a Teodora dormida, le pesan los pies como dos barcos y le pesa la espalda, mu...cho, como si hubiese cargado aquel sol él solito durante todo el día, y es que está muy... cansado, y todavía gira la cabeza por todo ese cielo, y lo que ve son estrellas y ninguna esperanza, y entra dentro de la enramada y se acuesta cerca de Teodora...

Y se duerme.

Lo que le despierta es un redoble parejo, gordo, de agua, y la voz de Teodora, que dice: "¡llueve, Ernesto, está lloviendo!...". Y ya le están cayendo unas gotas sobre los pies, y él y Teodora se repliegan un poco contra la espalda de la "quinta", que es la que tiene la parte más protegida del techo, y allá están los dos ("¡mi madre! ¡está lloviendo!") sentados, con las piernas juntas, viendo, y sintiendo, llover como hacía muchos, muchos meses, que no llovía, y entonces es otra vez Teodora, la más generosa de los dos, la que dice: "¡Dios y la Virgen, Ernesto... te escuchó primero!". Y como Ernesto no le contesta, ella insiste y le tienta una mano en la oscuridad: "Que sea la voluntad de Dios...". Y todavía nada, y sigue lloviendo duro, y ya con el redoble de las gotas sobre el laterío del techo, ni se oye al mar ni a la brisa, y fuera, en la salina, ya cae agua sobre agua, ya chapotea sobre el charco, y Ernesto piensa, con una dulcedumbre inefable, que siente en el corazón, que ya el agua habrá comenzado a esponjar la sal en los resolladeros, y Teodora, que ha conseguido que Ernesto le coja por fin la mano en la suya, que es como una pala grande, dice: "ganaste, Ernesto, llegó primero el agua...". Pero Ernesto callado, y a Teodora le parece, por el resuello, que está dormido otra vez, y ella dice para adentro, para no despertarlo, que es bueno que descansa, y que ojalá que ya que ha empezado la lluvia, dure bastante ("¡será de Dios!") y así se olvidan de la salecita y se van a buscar otra cosa hasta que cuaje la sal ("es que esta es una gran cosa para la pobrecía") y entonces...

Pero Teodora también (con la cabeza recostada sobre el hombro de Ernesto) está dormida... Y sin embargo, a pesar de que no hay nadie que mire caer el agua, sigue lloviendo sobre el mar, sobre los cerros, sobre la restringa, sobre la salina "¡glu-glu!" por todo, fuera de la "quinta" y hasta dentro "¡plis-plas!", en torno a las piernas recogidas de los dos viejos, para que la esperanza siga latiendo, terca, como la sangre, en el corazón del hombre.

## Del barro

### El turno

El dispensario estaba lleno.

A la puerta, una puerta estrecha pintada de marrón con unos feos vidrios granizados de colores, le estaba saliendo una cola corta de gente. Lo que salía fuera del dispensario, como una cola humana echada al sol tibio de las ocho de la mañana, eran una mujer hombruna vestida de saco y en estado ya adelantado de preñez, una viejita limpia que no hacía más que mirarse una mancha que le había salido en un pecho, y un hombre joven que tenía el pie enyesado.

Lo demás, dentro, eso estaba lleno de gente.

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana? –preguntó la viejita con la mano latiéndole debajo del vestido, tentándose el pecho.

– Yo creo... –contestó la mujer, y se cuadró en la puerta para contar la gente.

El hombre, sentado sobre la acera y con el blanco sucio de su yeso tendido al sol, gruñó algo.

Y al rato llegó otra mujer.

Ni el hombre (que estaba rascándose debajo del yeso con un alambre), ni la viejita, ni la mujer, que estaba apoyando su doble humanidad contra el quicio de la puerta, pudieron verla bien.

Es que llegó como un ventarrón y se coló en el dispensario así, como si fuese de puro aire.

– ¡Y eso!... –llegó a decir la mujer del paltó gris después de la sorpresa.

Y luego miró a la viejita, buscando un testigo de aquel descaro.

– Debe estar muy apurada –dijo resignadamente la anciana, arrojándose al muro.

Pero ya la mujer, una morena pequeña y flaca que cargaba un bojotico blanco en el brazo, estaba dentro.

Dentro era una habitación no muy grande, recién encalada, con gente de todos los colores y de todos los tamaños, sentada en derredor. Es todo lo que a la luz de aquella mirada desvariada que giró como el reverbero de un faro debió observar la mujer; y luego vio también que aquel corro cuadrado se rompía en una puerta, y que por este hueco se llegaba a una enfermera sentada en una mesita pintada de blanco, porque aquí se detuvieron aquellos ojos.

Así, parada en el centro de la sala, con aquel cerco de miradas en acecho, la mujer vio cómo la enfermera atendía a un hombre viejo que estaba subiéndose una pierna del pantalón para enseñarle algo que tenía en la pantorrilla, y entonces se contuvo, visiblemente, porque se mordió un labio, y luego buscó, con aquella su mirada de brincos cortos y huidos, si había un hueco donde sentarse; pero como no descubriese en esta nueva fulgurante inspección sino los mismos bultos apretujados y los mismos ojos hostiles de antes, la mujer, se quedó allá mismo, con su paquetico blanco al brazo, viendo para el cuarto de la enfermera.

Se había hecho para entonces, y como por la magia de aquella extraña y agitada presencia de mujer, un silencio impaciente, lleno de preguntas.

– Mira –se le dirigió, por fin, una embarazada de suéter rojo que estaba de las primeras–, escucha...

La mujer se volteó y le vio la cara, y luego le dio hostilmente la espalda; después se quedó mirando a un almanaque guindado en el muro, sobre unas cabezas.

– Esa –dijo entonces la gorda discretamente a su vecina de asiento– ¿cómo que ya tuvo el muchachito?...

Todo el mundo escuchó la pregunta, y aquel silencio del dispensario, oloroso a alcohol y a permanganato, quedó desde entonces enredado en el bojotico blanco que cargaba la mujer; mientras ella, con las mejillas afiladas, con aquel su cuello veteado de unas inverosímiles transparencias amarillas y azules, miraba desde los carbones encendidos en el fondo oscuro de sus cuencas al hombre sonreído que fumaba indiferentemente en el almanaque.

– Debe ser –le contestó la otra– ¡pero si ella misma no sabía cuándo le tocaba!...

Y luego, después de un silencio insoportable, añadió:

– Es que se la ve así... como loca, ¿verdad?

Y los ojos de todo el mundo despertaron entonces a la posibilidad de tener a una loca cerca.

Pero ni así, ni con estos fustazos de las miradas en pleno rostro, se movió la mujer del bojotico blanco al brazo.

Fue cuando el viejo de la pierna mala se movió para el fondo de la enfermería cuando la mujer aprovechó este encandilamiento y se plantó en una carrera frente a la mesita.

Hubo entonces un murmullo, y todo el mundo se quedó viendo al joven de la camisa blanca, a quien correspondía el turno. Estaba de pie, mudo, mirando a la mujer. Ella enseñaba el bultico a la enfermera sin despegarlo de sí misma, como si fuese parte de su mismo cuerpo.

– ¡Qué hubo!... –reventó por fin el joven, abriendo los brazos a la consideración de todos– ¡que una se cuele así!...

Y la mujer del saco, que estaba en la puerta de entrada, también disparó algo desde lejos.

Pero todos los ojos y todos los oídos estaban tan pendientes de lo que ocurría en la enfermería que aquello no prosperó y pudieron ver cómo la enfermera se levantaba bruscamente de su asiento, hacía que la mujer se sentase allí mismo, en su propia silla, y le decía:

– ¡Criatura!

Sólo entonces dejó el joven de refunfuñar, y se sentó.

La enfermera miró con mucho cuidado dentro del paquetico blanco y se llevó, a pesar suyo, una mano a la boca, y luego buscó apresuradamente en una gaveta, sacó una ficha y desapareció dentro de la enfermería.

La mujer se quedó viendo un ratico en aquella dirección, que debía ser donde estaba el médico, y después se enfrentó, desde su imponente posición detrás de la mesita blanca, a toda la sala, apuntándola con aquella su mirada estrábica y dolorida.

Alguien la debió llamar, porque se levantó de pronto y desapareció detrás del biombo blanco.

Nadie durante un buen rato dijo una palabra; ni siquiera se oyó una tos; todos estaban pendientes de aquel rumor apagado, lleno de pequeñas interjecciones, que llegaba de dentro.

Primero apareció la enfermera y comenzó a escribir sobre la mesita blanca; luego llegó la mujer, arreglando cuidadosamente el bojotico, y se sentó en una silla que se la ofreció alguien desde dentro. La enfermera sacó un libro del cajón, lo abrió, y preguntó a la mujer:

– Entonces, ¿qué nombre le quiere poner a la niña?

La sala de espera era un solo oído grande y atento, y todos, hasta las dos que esperaban turno fuera de la sala, pudieron oír cómo decía la mujer, resignadamente:

– Pero pa'qué le quieren poner nombre, si no va a durá...

Luego, como la enfermera parecía dispuesta a esperar, añadió:

– Ah, pues yo no sé...

– ¿Le gustaría Marisa?...

La mujercita se estiró nerviosamente aquel percal descolorido y arrugado de su vestido y miró dentro del bojotico y se alzó de hombros.

La enfermera esperó un rato, y después insistió pacientemente:

– ... ¿O le gustaría más Gladys?...

La mujer repitió con aire ausente:

– ... Gladys... Marisa...

– Marisa es un nombre muy bonito –se atrevió alguien de la sala.

Pero la mujer no hacía sino mirar obstinadamente a su bojotico y hablarse a sí misma, repitiendo los nombres.

– ¿Le ponemos Marisa, entonces?... –dijo la enfermera.

– ¡Ah! –y a la mujer le brotó algo así como una risa.

Luego miró a la sala con dureza otra vez, y regresó a la enfermera, y dijo ásperamente:

– Bueno..., sí, hombre, ...Marisa está bien.

Mientras la enfermera escribía en el libro hubo en la sala un murmullo de aprobación.

– La otra semana que vino a la visita dijo que era pa'dentro de un mes –habló la gorda del suéter rojo festivamente, como si con sólo mencionar un nombre se hubiese esparcido en la sala un aire de bautizo– y ahí está ella, con muchachito y todo...

Las miradas de la sala saltaron todas hacia la gorda.

– Y parecía que venía varón –dijo su vecina– porque tenía la barriga muy puyúa...

– ¡Ah! –terció entonces la hombruna de la puerta– eso de las formas de la barriga como que no tiene nada que ver, porque...

– A ver si se le mejora, entonces... –dijo la enfermera ayudándole a pararse.

Y allá, en aquella mujercita abrazada al paquete blanco, se había reunido la atención de la sala otra vez.

Todos vieron cómo se levantaba, cómo apretaba el bulto contra su pecho y salía. Y ya se había puesto en el centro de la sala en dos brincos, porque todos sus gestos eran

bruscos y hostiles, cuando tropezó con la gorda del suéter rojo, quien le dijo, con cierta agresividad curiosa, pero con simpatía:

– Entonces, ¿ya tuviste la muchachita?...

La mujer se detiene un momento, protege celosamente lo suyo con aquellos sus dos brazos de hueso, y dice mirándola derechamente a los ojos:

– ¡Y no lo estas viendo, pues!...

Pero la mujer no enseña la criatura, sino que la aprieta más fuerte contra su pecho, y luego embiste contra el grupo, porque lo que le rodea es ya todo el mundo de la salita, y ya consigue apartar a la gorda con un golpe de hombro cuando ésta le alcanza el bojotico con un zarpazo de la mano y lo descubre.

Lo que queda a la vista de todos los que respiran en la sala del dispensario es una cabecita amoratada y deforme.

– ¡No me la toquen!... –grita la madre.

Y gira, acosada, sobre sí misma, buscando una salida, y le saltan los ojos centelleantes, y enseña los dientes, y aprieta más contra su pecho a la criatura.

Pero de pronto hay algo, como una sensación de impotencia, que le hace detenerse en aquel tremendo vuelco de la huida, y se toma un pequeño descanso, y comienza a recorrer de nuevo, pero más despacio, aquel cerco de ojos; y entonces, en lugar de dispararse otra vez hacia la puerta o de soltarse a golpear la gente, las facciones de la mujer se distienden, y se le apaga un poco aquel incendio de los ojos, y abre, lentamente, su bojotico, y sin una lágrima, sin un gesto duro, lo enseña en derredor, como si ya aquello que hasta entonces era celosamente de ella sola se hubiese convertido en algo que es de todos. Y entonces la mujer se lleva lentamente la mano al pecho y suelta el imperdible con que tiene enganchados los dos bordes del escote redondo, que parece desgarrado de un tirón, mete la mano dentro de su seno y saca a la vista de todos los ojos que le rodean un pecho desinflado y azuloso, como si estuviese recién exprimido o hubiese estado ya seco desde el comienzo de la creación, y entonces fuerza el pezón dentro de la boca cerrada de la criatura, que no se mueve, y luego recorre en círculo los ojos del mundo que la rodea, y dice, sin ninguna congoja, con sólo una ausencia fría:

– Ya ven, no me coge el pecho... no come...

Después, tira bruscamente su pecho dentro de sus ropas, como si fuese una fruta que está mala, y dice con la voz blanca y exhausta, mientras cierra el imperdible, avanzando un poco hacia la puerta, pero sin prisa de llegar a ninguna parte:

– ... Se pasó toda la noche llorando... Yo se lo doy, no lo crean... –y la mujer levanta los ojos al grupo...– pero es que no lo quiere...

Y se detiene, y queda esperando una respuesta, acaso hasta algún reproche...

Pero nadie en todo el grupo se atreve a hablar.

Y ella, como no le reclaman, como no la abuchean, ni siquiera le reprochan con la mirada, añade:

– ... Y ya ven, ya ni llora...

Y así, despacio, hablando casi con dulzura, la mujer llega hasta la puerta; y cuando ya asoma fuera del dispensario mira a los lados, cubre la carita de la niña otra vez, aprieta el bojotico blanco entre sus dos brazos de hueso y arranca a correr, calle arriba, en la dirección del cerro.

Dentro de la sala de espera del dispensario todo regresa a lo que era antes, que es lo que ha sido siempre, al barro de donde venimos, esperando turno.

En la cola humana que no cabe dentro ya sólo quedan dos: la anciana que se palpa una mancha que le ha salido en el pecho y el hombre joven que se está rascando la pierna dentro del yeso con un alambre.

La hombruna que viste de saco ya tiene por fin su asiento.

Y la viejita le dice desde la puerta, muy ajena a cualquier otra preocupación que no sea su pecho enfermo:

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana?

## **Del asfalto**

### **Los hierros de Guanoco**

Luis Elviro García, el dueño del botiquín, nació en una curiara.

A su madre le cogió la novedad en un punto que llaman Morichalito; porque su viejo, que iba navegando a canaleta hacia Punta Evaristo, no tuvo tiempo de llegar a nada mejor.

Después, Luis Elviro se crió aquí, en Guanoco.

A los cuarenta años, y con nueve hijos que le dio Mercedes, su mujer legítima, había llegado a ser propietario de una bodega que nombraban La Luz de Guanoco y de dos curiaras con las que salía de pesquería hasta la Barra de Maturín.

Tenía que salir a pescar, porque aquel negocio de pulpería no daba, con rockola y todo, para llenarle la boca a nadie.

Es que Guanoco es un punto muerto.

Los días aquí, en este rincón del caño, se alargan tanto que parece que se mueren de calor y de cansancio, y si uno espera que llegue la noche para refrescar el cuerpo y para reposar la cabeza de los desvaríos, pues está esperando en balde, porque las noches de Guanoco son tan negras y pegajosas como el mismo asfalto, y cuando callan los bichos, comienzan entonces los galpones arruinados y las máquinas trancadas por la herrumbre y los desvencijados vagones del ferrocarril arrumbados entre el monte a llenar con sus misteriosos chirridos de hierro muerto el sofocante silencio del pueblo.

Pero no se imaginen que Guanoco ha sido siempre así.

Cuando se vino "la Compañía", hace cuarenta años, todo el Caño San Juan y todo este Caño Guanoco se cansaron de cargar sobre sus lomos de agua turbia aquel estrepitoso y abigarrado mundo de gentes que venían con la ilusión de "la mina". Y si venían los hombres desde tan lejos que hasta hablaban lenguas diferentes, ¿cómo no se iban a vaciar Cicaina, que queda ahí mismo, hacia la costa de esa cordillera de cerros, y Puerto Ajíes, y Maremare, y Yaguayabrito, y Morocoto, y Los Conotos, y Guariquén, y El Pilar, y Jurupú (que es el Jurupú de los guaraos), y Guaritoto, y todas esas poblaciones que están sólo a unas horas de camino?

Entonces, que era cuando llegaron el trinitario Pitá, que está loco de ese sol que le está sorbiendo el seso de la cabeza como si fuese el agua de un coco; que fue cuando llegó Jesús Martínez, que se está quedando en el hueso de esperar a los clientes en la soledad impresionante de aquella gigantesca estantería vacía del Commissary, y que fue también cuando se vino León Guevara caminando solo desde Guariaquén y ahora ya son treinta y nueve; entonces, digo, ese lago de asfalto que llamaron la Felicidad tenía la magia de lo que después comenzó a ser el Distrito Bolívar del Zulia, o lo que fue California en un tiempo, o lo que debe ser en estos días un yacimiento de uranio en cualquier parte del mundo donde lleguen hombres con la máquina de soñar trabajándoles en la cabeza.

Cuando después los hombres se desbandaron con el fracaso, los Guevara y los Martínez, que de donde venían era del corazón mismo de aquella selva de jobos, de acurrutús, de jabillos y de bucares, o algunos que, como el trinitario, llegaron de lejos a sembrar su alma, se quedaron; como esos soldados que se dejan matar en las posiciones.

Ellos fueron los que aguantaron. sin moverse, los escombros de aquel cielo que se fue desplomando poco a poco sobre sus espaldas y sobre las cabezas de sus hijos.

Entonces, con la basura de aquellos restos, comenzaron a sacudir a los niños las fiebres del "bugui-bugui" y de "la pulmonía que mata", o a morirse simplemente de mengua; y así fueron enterrándolos como a animalitos a los pies de los cauchos, los ceniceros y los mulatos de aquel cerro que ahora se ve cubierto de pequeñas cruces de palo.

Por eso, por fidelidad al sueño de sembrarle a Venezuela un pueblo, queda todavía aquí tanta gente que parece que ha perdido el juicio. Y gracias a estos locos conserva Guanoco la memoria, y los puntos los mencionan todavía por el "Stock room", "El tanque de brea líquida", "La planta de hielo" y la Avenida Gómez, unos fantasmas de muertos, de hierros viejos y de chimeneas que asoman entre los árboles y entre aquel monte espeso y caliente por donde se deslizan traidoramente los mapanares y las cuaimapiñas que se bañan en las turbias aguas del caño.

A Guanaco se le ha ido metiendo la selva (con ese sigilo implacable y brutal de las raíces) por entre las calles, por entre las construcciones y las máquinas, por dentro de las casas, estrangulándole la vida hasta dejarle el cuerpo en lo que es ese charco negro de asfalto, ese estiércol del diablo donde no crece una hierba.

A este cementerio caliente donde se oye gemir débilmente a los hierros cuando les abrazas las raíces, donde ya no queda una sola rueda que gire, llegan de vez en cuando algunas cartas con nombres de otros tiempos; y aquí se les acaba la vida, porque ¿a dónde van a preguntar en el pueblo por esos muertos?

Luis Elviro García estaba descansando su barriga sobre el mostrador de tablas, observando cómo se encendía la brea con las últimas luces de la tarde (que duran lo que un fogonazo, porque las noches en Guanoco caen como si se desprendiese del cielo un plomo) cuando el hueco de la puerta se le llenó con la sombra de dos hombres.

Uno de ellos sacó un bolívar y lo puso a bailar sobre las toscas tablas del mostrador.

– Dos frescos de menta –dijo– y me das el vuelto en lochas.

Luego se sentó sobre una gavera vacía.

El otro se había quedado viendo la lista de canciones de la rockola, como quien entiende los signos.

Luis Elviro García se perdió detrás del mostrador, y prendió la planta.

Al rato estalló el grito metálico de un rock-and-roll que corrió arañando los seres y las cosas muertas que habitan todavía aquella selva espesa de los entrecaños.

Cuando la garganta de acero se calló, ya estaban congregados los dos hombres y los niños tristes de siempre, y todos se vieron las caras sin ganas, adivinándose los hastíos y las malicias.

Hasta que, con el silencio, el botiquín fue perdiendo otra vez aquellos ojos.

– Mira, García –dijo el que había gastado el bolívar– mete una locha tuya ahí, vale...

Luis Elviro le oyó de mala gana; pero, con la cara amarrada y todo, abrió la gaveta, buscó en una cajita de cartón, y fue a colocar la moneda en la rockola.

– ¿Qué pongo? –dijo mirando a los dos hombres, que era lo que quedaba.

– Marca el seis...

Luis Elviro contó para él solo: "uno, dos"... canción mexicana.

– Además de prestarles la rockola y de pagar la planta eléctrica, todavía tengo que poner yo la moneda –dijo.

Pero nadie más que él mismo se oyó decir el desahogo.

Después, regresó su barriga donde tenía costumbre, cerca del peso, y siguió pellizcándose la grasieta cara llena de huecos de viruela, sacándose los barros.

Y como todo se acaba, pues también se acabó el disco.

A los dos hombres les sorprendió el silencio sentados, uno sobre el cajón, el otro sobre el mismo piso de tierra.

– ¿Y cómo les fue hoy? –preguntó Luis Elviro; que no era mucho preguntar.

El que estaba sentado sobre el cajón se levantó, llegó hasta la puerta, se apoyó en el dintel con sus dos manos, y mirando hacia el depósito de asfalto dijo con una voz que parecía que era para alguien que estaba fuera:

– Vendimos un poco de ocumo y de yuca en Caripito...

– ¿Ustedes se quieren venir a pescar mañana? –preguntó Luis Elviro con cierta cautela en la voz.

Los dos hombres se miraron.

Luis Elviro se esforzaba en ver a los dos, apuntando a cada uno con un ojo.

– ¿Irámos dónde? –dijo el que estaba sentado en el suelo.

– A la vía de Garantón, frente a Irapa. Ustedes se irían en la curiara pequeña; ya la grande la tengo completa.

– ¿Habrá lebranche ahora?

– Es buen tiempo para lebranche, y para cazón –contestó el pulpero.

Estuvieron luego un rato callados.

El mismo hombre, que ya se había acercado al mostrador, preguntó en un tono amistoso:

– ¿Para cuántos días?...

– Quince, dieciocho, según esté la suerte...

El que estaba sentado sobre el cajón no se había movido siquiera, pero soltó aquel tiro al aire:

– ¿Podrías fiarnos una botella de ron?...

Luis Elviro se les quedó viendo, y no cogió la botella, pero les dijo:

– ¿Me prometen estar aquí a las cuatro?

Como los dos hombres no dijeron que no, y se habían quedado mirando el estante, Luis Elviro agarró una de las tres botellas que quedaban, cubiertas de polvo, la sopló y la limpió de dos manotazos, le desenroscó el tapón, y primero se sirvió a pico él mismo.

– ¿Me lo brindan? –preguntó después.

– Claro...

Los dos hombres se echaron cada uno un trago: y se fueron con la botella.

Luis Elviro García se quedó otra vez solo, en el único punto de luz de toda la selva de Guanoco.

A la rockola le brillaban tanto las latas que parecía que le habían prendido unas velas.

Al rato llegó un hombre.

– Hola José... –le dijo Elviro.

José era un indio guarao que se había quedado en Guanoco arrimado a una hija de Hermenegildo, el que fabrica las curiaras.

Era pequeño, tenía unos ojos muy vivos (que brincaban de un punto de atención a otro) y tenía el pelo lacio y largo; vestía franela de un blanco gastado, y un pantalón caqui que le tapaba los pies descalzos.

El indio se sentó sobre el cajón.

– Entonces salimos mañana, a las cuatro –le dijo Luis Elviro.

– ¿Conseguiste los hombres?

– Sí...

El indio se quedó esperando.

– Los dos hermanos Rodríguez –dijo Luis Elviro, por fin, quitándose con el hombro peludo las gotas de sudor que le bajaban por la barba.

Después, se quedaron los dos callados, cada uno a lo suyo.

Hacía un calor espeso; como el que se siente en los trapiches cuando están hirviendo el guarapo, o como si alguien aquí estuviese calentando un caldero con asfalto.

– Bueno –dijo por fin el indio, levantándose– entonces me voy a acostar.

– Espera, José –le dijo el pulpero tómate un fresco.

Y sacó una botella del interior de la desportillada y sucia nevera de kerosén; la destapó, y le puso un papelito del de envolver encima del pico.

José le restregó circularmente el papelito en el morro de la botella, como si se lo estuviese atornillando; luego, botó el papel al suelo y tomó un trago lento, mientras le veía la sudorosa cara picada al bodeguero.

– Anda, suéltalo... –le dijo Luis Elviro, sonriendo.

– Tú sabes igual que yo.

– No importa, quiero oírte... Te brindé el fresco por eso.

El indio le enseñó unos dientes muy blancos, y bajó los ojos.

– ¿De qué partido eres tú? –le preguntó el bodeguero.

– Yo no soy de ningún partido.

– ¿Tú eres amigo de los Rodríguez? –insistió.

– Tampoco son enemigos míos...

El indio terminó de beber su fresco, dejó la botella encima del mostrador, y dijo, mientras salía del negocio:

– Bueno, adiós.

– Mira, José –lo llamó el bodeguero.

Pero ya el indio había brincado el pedazo de luz que rebosaba de la puerta, y había desaparecido en la oscuridad.

Caminó, milagrosamente, sobre unas carcomidas vigas de hierro que hacían de puente sobre el depósito de asfalto, que era un embalse natural, y tomó la Avenida Gómez, una destartada callejuela llena de basuras que hace tiempo que murió entre la hilera de casitas arruinadas de zinc y tablas de cuando vivía el General (pero tan muertas y malditas como él) y las agresivas avanzadas de la selva que están estrangulando el pueblo con las implacables zarpas de sus raíces.

Iba rápidamente, viendo con las puntas de los dedos, por lo que antes era la estación del tren y ahora es un enorme jaulón de hierro con aquellos pingajos de zinc colgados del techo, que de noche asoman como fantasmas de entre los árboles, y por la vía de los esqueletos de hierro de los vagones y aquel depósito de agua para las máquinas de vapor que yace destripado en el suelo.

José estaba acostumbrado a caminar sin pegarse los pies en los charcos de brea, y a correr de noche sobre los podridos durmientes y sobre los rieles, con la luz de la luna cargada sobre sus espaldas, indiferente a estos fantasmas mitad árbol, mitad hierro y mitad culebra que asoman en Guanoco por todas partes. Guiaba sus pies tan sin querer en lo oscuro, que hasta con aquella preocupación de Luis Elviro encaramada a la cabeza podía seguir sus leves huellas de aire.

Luis Elviro García era un comerciante muy hábil, pensaba José, y muy "vagamundo" también, porque esto se lo tenía reconocido todo el pueblo; tanto que hasta quería sacarle plata a la política.

Cuando estaba el General montado a caballo sobre el pueblo, picándole despiadadamente las espuelas hasta sangrarlo, Luis Elviro estuvo exhibiendo un enorme retrato suyo en colores en todo lo que era la pared principal del botiquín, y consiguió influencias que todo el mundo aprendió a respetar, porque era tanto como temer a las comisiones.

Luego, cuando llegó el 23 de enero, Luis Elviro García descolgó tranquilamente al General.

Fue tan así, que cuando comenzaron a llegar los retratos en colores de los nuevos candidatos, Luis Elviro se las compuso para conseguir los tres, y los guardó enrolladitos debajo del mostrador.

Así, con estas cartas escondidas en la bocamanga, el jugador que llevaba el bodeguero dentro esperó hasta que supo que había llegado el momento de arriesgarse a una sola suerte. Y como las estrellas de las largas noches que pasó enchinchorrado en el patio le soplaron aquel nombre, pues un día amaneció la pulpería con un enorme retrato del Contralmirante.

Pero a pesar de las oraciones, el Contralmirante perdió.

Entonces mismo, al día siguiente de los resultados, Luis Elviro García arrió apuradamente su bandera, y se puso a celar las caras con un susto que no le cabía en aquel peludo corpachón del bodeguero; pero, lo que son las cosas, aquella renuncia cayó bien a la gente.

A Luis Elviro García también le salvó la unidad.

Dos semanas después, cuando llegó el cura para la misa mensual, y ya nadie se acordaba otra vez de las politiquerías de Luis Elviro, a algún diablo se le ocurrió dedicar el oficio a la intención del nuevo presidente.

Ya estaban reunidos en el galpón de la estación, esperando que el cura subiese al altar, que era un paño extendido sobre la plancha podrida de una mesa de torno, cuando apareció Luis Elviro con su gastado traje azul de los bautizos ceñido a la barriga, como un corsé.

Alguien dijo:

– ¡Miren quién viene ahí!...

La cincuentena de personas volteó la cara.

– ¡El sinvergüenza!

– ¡El vagamundo!...

– ¡Déjelo venir –dijo una mujer–, que esto es una misa!...

El cura, que se estaba poniendo las ropas, se quedó viendo a Luis Elviro, sin comprender los gestos ni las palabras.

Luis Elviro recibió aquel rumor que le salió al camino como algo que le tenía que llegar, y se fue acercando humildemente, viéndose los zapatos, que los traía, por cierto, recién lustrados.

Fueron dos hombres jóvenes, los hermanos Rodríguez, los que se adelantaron a los demás, y los que lo empujaron, y los que le hicieron retroceder de medio lado y los que después le pusieron a correr hacia las vigas de hierro tendidas sobre el depósito. La gente, que hasta entonces se había contentado con animar de lejos a los dos hombres, comenzó a correr detrás de Luis Elviro, que ya no podía respirar del susto y del cansancio.

Lo arrinconaron contra el depósito; el bodeguero parecía un váquiro cercado por perros. Pero no fue un perro, sino un muchachito, el que le agarró de la ropa y le reventó los primeros dos botones.

Cuando Luis Elviro consiguió pasar por encima del puente, estaba en los mismos calzoncillos.

Si no es por el cura, que llegó con las ropas flotándole como banderas –y eso lo recuerda ahora el indio José, mientras va cerro arriba, como si lo estuviese presenciando– a Luis Elviro le hubiesen tirado de cabeza dentro del asfalto.

"Esa es cosa suya –se decía ahora el indio, con la luz de la luna ya borrada de sus espaldas, porque se estaba nublando el cielo–, pero yo salgo antes a falta de dos hombres que embarcar a dos enemigos..."

Cuando el indio José llegó a la puerta de su ranchito, de donde se dominaba el caño, todo lo que quedaba del pueblo y parte de las espesas selvas que apretaban aquellos cauces de agua lenta, dijo a su mujer, que estaba, pegada a una luz de kerosén, cosiendo un remiendo:

– Ya viene la lluvia por Jurupujú...

Cuando José se paró del chinchorro, en la madrugada, ya tenía los pies mojados.

No despertó a su mujer, pero le tentó el cuerpo, para ver si llovía también cerca del muro; y comprobó que por ese lado el techo estaba entero.

Asomó a la puerta; escuchó caer la lluvia sobre el zinc y sobre la selva y sobre el caño, con la extraña sensación de estar oyendo el tropel impresionante de la candela (hinchando y reventando los tallos, quebrando las espaldas a los palos, explotando las semillas) a través de las selvas de Jurupujú.

El indio prendió un fuego sobre la piedra de la cocina; cogió agua del chorro que bajaba del zinc; hirvió el café, y lo sorbió, parado en la puerta, muy lentamente.

Luego se caló su sombrero de cogollo hasta casi la quijada, y se sumergió en el aguacero, empapándose como un bizcocho.

En el abismo infinito y negro de aquel cielo gordo, preñado de agua, se quebraban de vez en cuando unos largos palos de fuego, que primero encendían el cielo, y luego, cuando se apagaba el resplandor, enseñaba las raíces, y al rato, como a unos diez pasos del indio en aquellos chorros de agua que le corrían por entre los dedos de los pies, como peces, estallaban los redobles impresionantes de los truenos, que le traían al indio unas cosas del otro mundo.

"La tormenta bajará pronto por el caño", se dijo con temor.

Con su franela y sus pantalones hinchados de agua, con su cabello pegado a la frente y a las orejas debajo del sombrero, que chorreaba como una gárgola, José iba sintiendo las esquinas de los huesos en toda la superficie de su friolento pellejo de guarao. Los pies, esas segundas manos del indio, se adherían fuertemente al piso resbaloso del sendero, y brincaban las raíces, mientras orillaba peligrosamente las babosas pendientes que van a caer verticalmente sobre la vieja estación del tren.

Cuando José alcanzó la Avenida Gómez, sus pies se cuidaron mucho de los hierros que desentierra el agua, como cuchillos.

Alguien que pudo alzar la voz sobre la tormenta dijo:

– ¿Vas a salir con García?...

El indio se detuvo delante de la casucha.

Era Auristelo, un zuliano enfermo del pecho que no tenía con qué abandonar el caño.

– Sí –y por decir algo le dijo–: ¿Tú te vienes con nosotros?

– No, vale; yo ya estoy viejo para eso... No, es que me está lloviendo en la casa.

– Bueno...

– Bueno.

El indio, consciente de la proximidad de los hombres, de las mujeres y de los niños desvelados debajo de aquellos techos de zinc y de paja podrida, iba observando con susto las extrañas figuras que hacían los hierros retorcidos y los pedazos de chimenea cuando se encendían brevemente con los relámpagos entre el monte y entre los árboles.

Cuando el indio llegó corriendo al estrecho camino de las viguetas, tuvo cuidado de no tropezar con un tornillo que asomaba peligrosamente en el reborde, y que nadie había cortado en veinte años porque aquel camino no era de ninguno en particular sino de todos.

Luis Elviro tenía ya reunidos a los hombres en la bodega, y les estaba brindando el café. Allá estaban los dos hermanos Rodríguez, acuclillados contra el muro, con la rueda del cogollo cubriéndoles las rodillas.

Y cuando Luis Elviro dio la señal, los dos hombres se movieron, perezosamente, con los demás.

El agua del Caño Guanoco estaba terminando de subir con la marea por el estrecho canal que subía al caney donde Luis Elviro García guardaba las curiaras, que ya estaban cargadas con los filetes de guaralillo de cien brazas comprados en Cumaná y con las provisiones, que para eso el bodeguero era un hombre muy organizado.

Primero sacaron la curiara grande, donde iban las redes; los diez hombres rodearon silenciosamente con sus brazos el redondo y macizo cuerpo de jabillo de la canoa, y fueron deslizándose trabajosamente la embarcación hasta la misma boca, tropezando los pies con los mangles, las yaguas y los burrumiches que crecen entre el barro gredoso de la orilla.

Allá dejaron a un hombre; los demás subieron, respirando trabajosamente el aguacero, a buscar la segunda curiara.

Cuando también la curiara pequeña estuvo en la boca, cuando las dos embarcaciones estuvieron listas para partir sobre las aguas del Caño Guanoco, Luis Elviro distribuyó su gente. El indio José observó cómo los Rodríguez embarcaban en la segunda curiara, que era más pequeña, y cómo luego el mayor de ellos, que era conocido como muy buen patrón, prendía el "Johnson 35" y empuñaba la barra.

José montó en la curiara grande, donde el propio Luis Elviro agarró el timón. La lluvia azotaba furiosamente el Caño Guanoco (que ya hacía unas horas que estaba moviéndose con el invierno) y todo lo que iba montado sobre sus espaldas de agua espesa y estirada: las dos canoas y los diez hombres doblados sobre sus rodillas rumbo a la Barra de Maturín.

Los trucos retumbaban cada vez más cerca, y los rayos encendían las sinuosas aguas del caño como si fuese el lomo interminable de una gigantesca culebra que se deslizase entre aquella tupida selva que los hombres sabían que estaba llena de animales en acecho, y donde ningún ser humano había osado meterse nunca.

Luis Elviro entregó el timón a José, buscándose las manos en la oscuridad, y mientras se cubría la cabeza con una tela encerada que sacó de un cajón cuidadosamente, para que no se le llenase de agua, dijo gritando:

– ¿Quieres amarrarte este pedazo de coleta al pescuezo?...

José, que en aquel momento estaba observando la oscura mole de la curiara pequeña que les seguía a unos treinta metros, le dijo que sí, y después, cuando la barra pasó a manos de Luis Elviro otra vez, José se amarró la coleta al pescuezo, y quedó observando detrás, donde se oían algunas voces por sobre el fragor de la lluvia y de los motores.

– ¿Qué estas viendo ahí? –le preguntó Luis Elviro.

– ¡No, nada!... ¡El caño está arrastrando mucho palo grande!...

La curiara tropezaba a menudo con los palos que arrastraba la creciente. Cuando se les descubría con los relámpagos se les sentía más cerca y más amenazantes.

– ¡Donde hay que tener el ojo pelao con esta tormenta es en el San Juan!... –gritó Luis Elviro.

– ¡Sí! –contestó José–, ¡por los tanqueros!...

Y cuando miró caño arriba, descubrió que allá, detrás de la selva donde nacía el caño y por donde vinieron también los truenos, comenzaba ahora a amanecer.

Los hombres reaccionaron contra el frío y contra el oscuro temor supersticioso que despierta la tormenta, señalando los enormes troncos que bajaban traidoramente sumergidos en aquellas aguas hinchadas y poderosas del caño.

Así, con el mismo ritmo de lluvia incesante y tenaz con que salieron de Guanoco, desembocaron las dos curiaras en el San Juan, que tiene un cauce más ancho y más profundo. Por él bajan los tanqueros que cargan en los muelles de Caripito el petróleo de los pozos de Oriente.

José fue el primero en divisar uno, que venía bajando a toda máquina. Y se lo dijo a Luis Elviro, bebiéndose la lluvia. El bodeguero dio la voz atrás, a la curiara pequeña, que lo seguía a unos treinta metros; aunque los hermanos Rodríguez debían haber visto ya el barco también, porque lo tenían más cerca.

Luis Elviro apuró a los hombres que estaban achicando el agua de la curiara, porque ya les llegaba más arriba del tobillo.

José se esforzó en ver a través de aquel mar que se vaciaba sobre el caño entre dos luces; observó como avanzaba la enorme mole del tanquero, y se dio cuenta también de que la curiara pequeña venía ahora avanzando a pleno motor, con la intención de alcanzarlos.

El indio advirtió del peligro a Luis Elviro:

– ¡¡Se nos está echando encima!!...

Luis Elviro no pensó en el tanquero, porque le dijo:

– ¡¡No nos han visto... pégales un grito!!...

El grito del indio, "¡¡Eeeeeehhhhh!!...", abrió un hueco entre aquel fragor de lluvia.

Y hasta sonó como si hubiese caído en alguna parte.

Los dos hombres que estaban achicando el agua de la curiara y el que iba en proa, cuidándose de los troncos, se quedaron pendientes del resultado.

José observaba con temor la maciza marcha del tanquero, que se les venía encima por el centro del caño; pero a la vez le preocupaba la curiara pequeña clavada atrás, tratando ahora de rebasarles por la derecha...

El indio malició que podía ser una maniobra para obligarlos luego contra el tanquero.

Fue cuando Luis Elviro, que comprendió el temor del indio, les gritó asustado:

– ¡¡Péguense a la orilla!!...

José observó con sorpresa y con alivio que la curiara de los Rodríguez viraba noblemente a la derecha, aun a riesgo de incrustarse entre los mil pies traidores de mangle y merecillo que asoman entre el barro gredoso de la ribera.

Luis Elviro, que estaba pendiente de la maniobra de la curiara, descuidó la suya; y cuando tuvo que girar él la barra con aquella brusquedad del apuro, se le quedó el timón pegado. José vio cómo el bodeguero se agarraba nerviosamente del hierro con aquellas

sus dos manos grandes y gordas. Y vio el miedo que se le pintaba en su cara llena de huecos, que la tenía envuelta en la tela encerada que se puso al comenzar el viaje (porque de todo esto tuvo tiempo el indio José de darse cuenta en aquel pequeño instante que precedió al accidente) y de cómo la curiara se iba quedando ligeramente inclinada hacia babor, metiéndose precisamente en la línea del tanquero, que venía con aquel inmenso cuchillo de su proa cortando el agua por el eje mismo del caño.

José vio cuándo sus tres compañeros se lanzaban al agua.

Entonces sonó la sirena del tanquero, un grito ronco y largo que espantó a las aves acurrucadas en sus nidos de la orilla, empujándolas contra las aguas de aquel diluvio. Y entre aquel bosque de aletazos y aquella gritería de los pájaros, se oyeron voces en el tanquero, y ruidos de cadenas y un girar forzado de hélices; pero ya era tarde, y el indio gritó a Luis Elviro, y se tiró lo más estirado y largo que pudo.

Vio brevemente, mientras nadaba, cómo el bodeguero, con los ojos grandes y ansiosos puestos en los filetes de Cumaná y en las provisiones, se esforzaba por rectificar el rumbo con un canaleta, y cómo conseguía salir audazmente de la línea del barco, que ya tenía la enorme mole de su nariz de hierro sobre su espalda, y cómo la curiara corría luego en un equilibrio prodigioso sobre la primera ola que venía levantando en las aguas espesas del caño.

Pero de pronto, la curiara viró; la ola le cogió aparatosamente de costado, hizo una pirueta alta y lenta, y trambucó; con la facilidad con que se vuelca una piragüita.

Todos, desde la orilla, como los Rodríguez, o nadando, como José, o desde el tanquero, esperaron ansiosamente que Luis Elviro saliese nadando cerca.

Así, en esta espera, sin más voz que la del batir estrepitoso y mojado de la lluvia sobre el caño, pasó un segundo, y pasaron después, lentamente, diez segundos...

A la curiara, que se iba orillando desgarradamente, con su pequeña hélice mirando al cielo preñado de agua que estaba alumbrando aquel amanecer, sólo le salieron a flote los corchos de los filetes.

El caño continuaba bajando estirada y poderosamente hacia el mar, lleno de los huesos de palo y de los escombros de paja que arrastraba la creciente, indiferente a la agonía de Luis Elviro en alguna parte de su formidable cuerpo de agua.

El tanquero se detuvo donde pudo, detrás de una curva del caño, y retrocedió, con riesgo de quedar varado. Los marineros soltaron las lanchas, y atendieron a los hombres de Luis Elviro, que ya estaban buceando en el agua espesa de tierra del Caño San Juan.

El indio José fue testigo de cómo los hermanos Rodríguez bucearon hasta agotar sus fuerzas por conseguir el cuerpo gordo y peludo del bodeguero.

Cuando después, al cabo de largas horas, el cielo terminó de escurrir el agua, cuando el sol limpió el techo del caño con aquel azul y aquel oro reverberante que abrasaba el pellejo, y cuando terminaron de perder la esperanza, una lancha del tanquero se acercó hasta la curiara, y José que iba dentro, se puso a observar el timón, para ver si alguien pudo tenderle a Luis Elviro aquella trampa.

Los hermanos Rodríguez, que le vieron la malicia desde lejos, sentados en la curiara pequeña, con el cuerpo exhausto y el alma livianita, como le queda a uno el ánimo cuando no le sobra nada que le pese en la conciencia, se le quedaron viendo sin molestarse.

José, el indio guarao arrimado a la hija de Hermenegildo, que fue testigo de cómo murió Luis Elviro, sin que nadie le empujase, en el trambucón de una curiara, descubrió de pronto que él, con sus malicias, pudo haber precipitado al bodeguero para siempre a aquel mismo lecho de jabillo y de agua crecida en que lo habían parido hace cuarenta años.

## De la madera

### La carga de cedro muerto

La ranchería amaneció sumergida en la espesa niebla del bosque y llena del humo agrio que hace la leña verde recién prendida.

Hacia más de un mes que habían dejado de caer las últimas lluvias del invierno, y sin embargo toda esta montaña de Payara y Culpa y Mayita, el mundo verde donde no llegan sino los leñadores que suben por El Baúl, estaba rezumando agua turbia por los caños como si hubiese llovido la víspera, y el aire aterido y húmedo de la montaña había empujado a los choferes a pegarse al fogón mientras esperaban su turno.

A lo largo de la reluciente culebra de estaño que era la pica recién abierta había hasta veintitrés camiones roleros pegados el uno al otro rabiosamente, algunos casi sentados sobre sus cajas, conformándose a las quebraduras del camino.

La mayoría de los choferes se contentaban con vigilar sus camiones desde aquel cerco del fogón. Sin embargo, algunos, más impacientes, seguían obstinadamente pegados al volante, al acecho de la menor sacudida de esta enorme culebra mecánica que avanzaba a la medida desesperadamente lenta en que el güincherero y su ayudante iban cargando uno a uno los formidables cuerpos de las rolas sobre las plataformas de los camiones.

Habría, inmersos en aquella humarada picante del fogón acabado de encender, zahumándose, unos veinte hombres.

Encachuchados, con las barbas sucias, con las mugrientas toallas enroscadas al cuello, los choferes esperaban sentados sobre piedras o recostados contra los horcones, hablando de hembras y de árboles.

Había, además, metidos en el fogón, dos mujeres (una colando el café, que los choferes alcanzaban a olerlo por ráfagas en medio de aquel asfixiante olor a palo quemado, y la otra cortando unos grandes pedazos de carne) y el "Chocotero", un hombre oscuro y triste que parecía caminar dormido, pilando mecánicamente, con golpes acolchados y lentos, el maíz para las arepas.

Cuando una de las mujeres comenzó a repartir el café hirviendo en las laticas de "diablito", los hombres se quedaron callados un rato. Luego, con el contacto caliente de las latas, fue naciendo un desigual y ruidoso rosario de sorbetones, y saltó, con el silencio, el contrapunto de algunas distantes palabras de los que estaban cargando el camión del "Chivúo" en el terraplén.

Cristóbal Yepes, que era un hombre grande y peludo, se tomó primero su café, dejó la latica sobre un tirante de cedro, y, acercándose al fogón, dijo alegremente:

– Dame mi carne, María, que me tengo que ir...

Después, salió con los demás a ver bajar el camión.

Había, desde el terraplén de carga hasta donde arrancaba la pica, una bajada pendiente y babosa donde la semana pasada se había volcado un camión con todo y sus

doce toneladas de apamate, y donde los choferes se santiguaban supersticiosamente antes de bajar.

El camión descendía lenta-lentamente, aguantándose, con las piernas delanteras de sus poderosos cauchos rodando y escurriéndose al mismo tiempo sobre la baba del piso con aquella enorme carga muerta de cedro encima.

Hasta que pisó, por fin, el suelo firme del camino rolero sin novedad, con sólo los doloridos gritos de las ballestas.

Los choferes rompieron la angustiada tensión del grupo gritando al "Chivúo" algunas groserías.

Luego, Cristóbal Yepes quedó viendo cómo arrancaba el primer camión de la fila, que era un F-8, como el suyo, y cómo tomaba el camino del terraplén de carga. Y se fijó en su camión rojo, que quedaba en primer lugar. Algún impaciente hizo sonar dos cornetazos. Pero Cristóbal se dijo que primero tenía que comer. Fue luego, al ir a reclamar su carne, cuando observó al "Gallo" escurriéndose por la parte trasera de la ranchería, caminando con aquellas sus anchas y largas zancadas de campesino, hasta subir a la cabina del camión verde que estaba estacionado detrás del suyo.

"Ese, como que me está buscando el genio."

Lo pensó, pero no le dijo nada; se fue cerca del fogón, recogió su viejo plato de peltre lleno con la carne, la yuca y las dos arepas, y se sentó sobre una piedra. Desde allí podría ver al "Gallo". Y lo vio, echado de bruces sobre el volante de su camión, esperando.

Y así llega, agazapado y quieto, el tiempo en que el "Gallo" prende su camión y empieza a maniobrar.

– ¡¡Mira, vale!! –le grita Cristóbal Yepes con la voz ronca y cargada, pero sin moverse...–, ¡¡qué hubo!!

Todos los hombres de la ranchería y los camiones se han colgado de esta voz, tensa como un cable de güinche cuando está cargado, y ven, y oyen, cómo avanza el camión verde del "Gallo" hasta el terraplén.

Se produce luego, cuando se apaga el ruido del motor, una espera hueca y honda, como un vacío; y, por fin, se oyen las pisadas de Cristóbal Yepes, que baja; y cuando llega a un metro del "Gallo", y cuando todo el mundo espera que lo coja de un brazo, o le dé un puño, entonces, ni le habla siquiera, sino que se dirige al güincherero, y le dice, sin altanería, y hasta sin rencor, pero rotundamente:

– ¡Mira, Ramón! –y la voz retruena en todo el bosque–, tú sabes que mi camión está primero, y que yo respeto los turnos siempre. Yo no tengo ganas de pelear. Sólo que regreso ahorita mismo a mi camión y te lo traigo para que me lo cargues. Si todavía está este otro aquí, estorbándome, le tiro mi camión encima... ¡Avisao!...

Y Cristóbal Yepes regresa sus pasos, que se oyen sonoros y rodados en todo aquel mundo, sigilosamente callado, de árboles.

El "Gallo" no dice palabra; se queda recostado contra el guardafangos verde de su camión, como viéndole la marca a un caucho.

Los demás han seguido con los oídos y con los ojos el regreso de Cristóbal Yepes a la cabeza de la culebra de camiones, y observan cómo prende su F-8, cómo arranca despacio, cómo avanza después sobre el barro, lentamente, hacia el cargadero, y cómo,

cuando ya está llegando al terraplén, el "Gallo" monta de un salto en su camión y maniobra bruscamente para dejarle sitio.

A Cristóbal Yepes le sobra tiempo para tirarle el camión encima; pero se aguanta, y espera que su rival se haga a un lado.

Luego, todo regresa a lo que era; y Cristóbal Yepes se ocupa de cargar su camión, haciendo que no ve al "Gallo", pero viéndolo, en verdad más con el corazón que con los ojos, abrazado al volante de su camión, comiéndose (y Cristóbal Yepes lo siente en un hormigueo del estómago) aquella humillación en una agonía larga de una hora sin moverse, dedicado a observar, a espiar, mejor, todo el cuidadoso movimiento del ayudante del güincherero cuando pega los ganchos, y a sentir el lento chirriar que hace la grúa cuando hala las enormes rolas, con sus cables a punto de reventar por el esfuerzo, para depositarlas despaciosamente sobre la crujiente plataforma del camión según las instrucciones del mismo Cristóbal Yepes, quien sabe que las doce toneladas que pesan las seis rolas de cinco metros tienen que ir perfectamente cargadas si quiere llegar él entero al aserradero de Puerto Cabello.

Cuando, por fin, el F-8 de Cristóbal Yepes comienza la bajada peligrosa hasta la pica de rolas, el "Gallo" es el único que no presta atención a la maniobra, porque arranca bruscamente su camión para adelantarlo hasta el cargadero.

Y dice, con una voz rota que no oye nadie:

– ¡Rápido, vale, que me tengo que ir!...

Cristóbal Yepes saluda a los hombres que le observan desde la ranchería, y emprende el viaje, aguantando, rodando lentamente aquella enorme carga de rolas que se le puede voltear en un desnivel, o deslizarse sobre la cabina, como un alud, por cualquier brusquedad.

Un camión que viene llegando tiene que maniobrar peligrosamente en el borde de la quebrada para darle paso.

Entre los camiones de sacar madera se respeta un código severo: los que van vacíos ceden siempre el paso a los que van cargados.

Y les desean suerte.

Aunque siempre hay algún atravesado como el "Gallo".

Cristóbal Yepes va pensando en él, y en el peso de las rolas, y en el motor del camión, y en lo peligrosa que es aquella pica para sacar madera, mientras rodea con sus brazos peludos, tensos como cables, la enorme rueda del volante.

"Como si estuviera abrazando las caderas de una mujer", piensa, y se ríe solo.

Y en eso se queda pensando después Cristóbal Yepes, mientras avanza lenta y pacientemente sobre la pica, sintiendo cada hueco, cada piedra, en la Consuelo. En sus caderas, que son altas y redondas, y en aquellos ojos en los que uno no consigue el fondo nunca.

Es verdad que ella tuvo unos amores con el "Gallo"...

"¡Pero ese pendejo es un cohete quemao!"

Cristóbal Yepes se entretiene viendo pasar lentamente los palos de caoba, de cedro, de apamate, de samán, de saquisaqui, de mijao, de mora, como si los conociese a todos. Y piensa que cada vez que pasa un camión es como si estos árboles que todavía siguen vivos estuviesen asistiendo a su entierro. Cristóbal, torpe y todo, lo siente así por dentro.

Él no sabe si los palos se pueden poner tristes al ver pasar a sus muertos, pero se le ocurre pensar que es verdad que nacen y mueren igual que los cristianos.

Así, lentamente, con un cortejo fúnebre, va pasando el fragoroso desfile de las rolas por todo aquel enorme bosque sobrecogido. Y arriba, el azul lejano del cielo se va yendo despaciosamente, como si de veras se moviese el ritmo del camión, por encima de las ramazones altas del bosque.

... "Igual que los cristianos", se dice Cristóbal Yepes, abrazado tensamente a la rueda del volante, sintiendo nerviosamente cada desnivel de la pica, cada contracción dolorosa de las ballestas en los huecos, como si todo el camión formase parte vital de su humanidad poderosa...

... "El camión es un amigo noble –se habla mientras conduce lentamente aquel entierro de árboles–, por eso es que uno lo quiere también. Cuando el güincheró va depositando las rolas a pulso de cable sobre la plataforma del camión, uno está atento a que le distribuyan bien la carga; como si se la estuviesen poniendo al burro de uno, o aún más, como si le estuviesen acomodando un peso grande sobre las espaldas a un cristiano. Y así, como le trata el chofer, responde el camión; de amigo a amigo; de enemigo a enemigo. Porque es verdad que el que maltrata a su camión lo paga... Aunque también es cierto que a veces (siempre hay algún amor desleal) por querer tanto al camión y por cuidarlo se le termina a uno el aire de este mundo. Como hace poco a un chofer de nombre Colina, a quien en lo que fue a meterle la cuña le saltó la rola fuera del camión, y lo cazó...

"Lo espaturró. Lo dejó pegado al suelo como una calcomanía..."

Y Cristóbal Yepes siente que se le arruga el corazón.

Cuando el camión deja, por fin, el camino rolero, y pisa el asfalto muelle de la carretera, el potro bravo que era su camión se amansa milagrosamente, y ahora es un caballo dócil, más poderoso, y Cristóbal lo rueda lentamente en aquel calor nuevo, como un vaho, con el asiento empapado de sudor, unos dos kilómetros, hasta llegar a un enorme cedro que sombrea un terraplén. Lo estaciona, y se apea él, gesticulando aparatosamente, para desentumecerse, y saca luego, de un pequeño escaparate pegado a la barriga recta y horizontal del camión, un garrafón, y bebe un trago largo de agua; después, levanta el asiento de hule, y de un saco de sisal grueso extrae trabajosamente un chinchorro, y lo cuelga, atando un cabo del mecate en una amarradura de la carga de cedro muerto, y el otro al cuerpo del árbol vivo, y se encarama, y se acomoda, desplegando poco a poco el trenzado del chinchorro con los pies, y luego se desenrolla la toalla del cuello y se cubre con ella la cara, contra los mosquitos y la luz.

Cristóbal Yepes, con las dos manazas debajo del cogote, los ojos cerrados, se pone a sentir aquel temblor de todo su cuerpo en que se va yendo la tensión de horas aguantando con los brazos y la espalda y las piernas, rosca y rosca por esa pica abajo desde Payara, las doce toneladas de cedro; y siente cabalmente, minuciosamente, cómo se van aflojando y desmadejando sus hombros y sus piernas y sus brazos, y cómo toda su humanidad se va quedando sobre el trenzado de la fibra de moriche en simple peso muerto.

Como si fuese un desplome.

Sólo un rincón de la cabeza se le queda sin sueño, velando aquel cuerpo.

Y se dice allá adentro que es mejor descansar ahora, que está apretando el calor, y arrancar al atardecer, y viajar durante la noche, con el piso de la carretera ya fresco, respirando la brisa. Así también descansan sus cauchos, y respira mejor el motor, que también, aunque muchos no lo crean, necesita aire. Y así ("confiésalo, Cristóbal") también llegará a Turén Viejo de diez a once de la noche, y se acostará un rato con la Consuelo.

Cristóbal Yepes calcula que el "Gallo" pasará con su F-6 verde dentro de una hora, y lo verá dormido. Entonces hasta se dirá que es una oportunidad para adelantársele hasta Turén Viejo y levantarle la mujer...

Pero él le da ese chance al "Gallo".

"Pruébalo, pendejo!..."

Cristóbal Yepes lleva va un mes, desde que comenzó la saca de la madera, sin tocar más cama que la de esos ratos con la Consuelo, durmiendo en pura hamaquita, y ya esto se ha hecho pura costumbre.

El sol está proyectando la sombra de cedro casi a plomo cuando al chinchorro se le termina de ir el leve desvelo de la peluda cabeza de Cristóbal Yepes.

Con estar la cabeza de Cristóbal Yepes dormida y todo, el sol continúa alumbrando la tierra y alimentando de luz los árboles vivos del bosque.

Cuando se le espabila aquel cuerpo otra vez, que es como si le hubiesen dado cuerda a un muñeco grande, ya el sol está terminando de trazar redondamente su día para Cristóbal Yepes y se está escondiendo detrás de las montañas.

Cristóbal se sienta, y luego se para, lentamente; descuelga el chinchorro, y lo guarda debajo del asiento. Se vacía luego un agua del garrafón sobre la cabeza, para espabilarse, y se lava la boca y escupe un buche. Después enrolla otra vez la sucia toalla de color de azulillo en derredor del cuello, palpa los cauchos, como quien tienta las ancas de un caballo, y prende el motor.

Luego, al cabo de un rato, prende las luces.

Y arranca.

Allí va Cristóbal Yepes, rosca y rosca, despertándose poco a poco con la brisa.

Pensando en nada; sólo con la sensación vaga de que está regresándole el cuerpo a lo que es sentirse uno mismo.

Y ya lleva rodando como una hora, y no ha visto un solo carro, y ya está oscuro del todo, cuando descubre al final de la potente luz de sus faros un camión estacionado en la recta. Y, más con el corazón que con los ojos, porque él ve así muy a menudo, descubre que es el camión verde del "Gallo".

"¡Ah, cará!... ¡Se jodió el hombre!... ¡Se le iría un caucho!..."

Y a Cristóbal Yepes le sube por el espinazo un calambre voluptuoso.

Como si estuviese acabando de abrazar las anchas caderas de la Consuelo.

"¡Por mí se puede pudrir en la carretera, el zipote ese!..."

Y se ríe solo, abrazado gozosamente al volante.

Cristóbal Yepes viene descubriendo poco a poco con los ojos, al paso de su calmada y despaciosa marcha de camión cargado con doce toneladas, la figura del "Gallo" en el centro del reguero de luz; y observa cómo, de pronto, se retira a la orilla.

"¡Ese coño ya sabe que soy yo!... ¡Escóndase ahora, carajo!..."

Y el cuerpo de Cristóbal Yepes está ya despierto del todo y alerta, con todos sus resortes montados. Hasta el motor parece estar poderosamente consciente de la victoria: "Ron-ron-ron...".

La recta de macadam se va alargando constantemente, hasta donde alcanza la luz de los faros, como si al final de aquel precipicio negro que está al otro lado de la luz alguien fuese desenrollando una ancha cinta de asfalto para que el camión siga avanzando poderosamente, rosca y rosca, con las doce toneladas que pesan los formidables cuerpos de cedro muerto.

Lo que está inmóvil y se va acercando poco a poco es el camión accidentado, que ya no hay dudas de que es del "Gallo", con su carga de cuatro rolas.

Y se va a quedar varado aquí toda la noche, porque es difícil que baje nadie de la montaña a estas horas, a menos que se haya quedado a dormir, como Cristóbal Yepes, hasta tan tarde.

"¡Pero te quedas, pendejo!"

Y ya el F-8 está llegando a la altura del camión...

"No es un caucho... -y Cristóbal Yepes descubre la capota levantada-. Debe ser la correa del ventilador, como la otra vez. Cada camión tiene su debilidad... ¡Se jodió el "Gallo"... "

Y está el camionero a punto de gritarle una grosería, y hasta abre la boca; pero Cristóbal Yepes se calla la palabra.

Ahora irá él solo de un solo tiro hasta Turén Viejo, que está como a dos horas...

Y el camión inicia poderosamente la subida. Lentamente, con esa paciencia pesada y sostenida de los camiones cargados con rolas.

Y le llega, aunque parezca mentira, la hora de la cumbre. De la bomba de Cuesta Colorada. Y entonces, cuando termina de subir y ya tiene la luz cerca, piensa que le vendría bien un poco de agua a su camión.

Y se promete no demorarse más que un minuto. Estaciona con cuidado, de forma que las rolas queden fuera de la carretera; baja del camión, y le pone la lata de agua al radiador él mismo; mira y tiente sus cauchos, y se mete en el negocito. Y saluda, y pide el café.

Hay en el local, que es tienda de repuestos y sirven de comer y hasta ropa, dos camioneros más.

- ¿Vas para Turén Viejo? -le pregunta el más joven.

Ellos van en dirección opuesta, con una carga de plátanos. Y hablan de los fletes, de la vía, del precio de los camiones; bueno, de todo eso que los camioneros conversan siempre cuando se encuentran en la carretera.

"Estos hombres podrían llevarle el respuesto al "Gallo" -se dice Cristóbal Yepes mientras conversa-. ¡Pero se va a joder!"

Y Cristóbal Yepes paga el café, se despide de los hombres y monta en el camión.

Y lo prende.

Y está así un rato, con el motor prendido...

"Pero si este camión está ya caliente", responde Cristóbal a alguien que es él mismo.

Luego, cuando parece que ya va a arrancar, abre bruscamente la puerta, y desciende de un salto. Y asoma a la puerta del botiquín, y dice, sin meter dentro del negocio más que su peluda cabezota:

– Mira, "Flaco", el "Gallo" está accidentado en la bajada... es la correa del ventilador.

Y se va.

Bueno, se escapa.

Luego, huido como va, sube al camión, y arranca; bruscamente.

E inicia la bajada, aguantando, lentamente, al ritmo calmado del camión.

Mientras va avanzando, rosca y rosca, hacia Turén Viejo, con su camión respondiéndole "como un clavel", Cristóbal Yepes se dice mil veces que "eso" no quita para que uno siga siendo un hombre.

Pero no se lo va a decir a nadie; ¡porque se le van a reír!

Y eso, el pensar que se le pueden reír los amigos, le remuerde la conciencia. El "Flaco" habrá conseguido el repuesto fiado en la bomba y se lo habrá llevado; y acaso ahora mismo estarán ayudándolo.

Y a él, a Cristóbal Yepes, le duele la alegría que va a dar el repuesto al "Gallo".

Pero también se alegra del dolor que le dará al hombre este favor, ¡que es como si él, Cristóbal Yepes, le hubiese dado una limosna!

"¡Ah, carajo!..."

Y esto, el dolor del otro, le devuelve la alegría de haber obrado bien.

Así, con la conciencia a flote, es como Cristóbal Yepes llega a Turén antes de las once.

Mete lentamente el camión en el solar; luego desciende, rodea la alabrada y empuja una puerta. Está abierta. Pero no hay nadie dentro y toca al lado, en una puerta que tiene clavada una pequeña cruz de palo. Se la abre un viejo y le dice cautelosamente, mientras se rasca debajo del sobaco, que él no sabe; pero que la Consuelo ya se fue.

– ¿Con quién?...

– Yo no sé, vale...

Y el viejo se le queda viendo, con aquellos ojos vidriosos y ausentes.

Después, Cristóbal Yepes se mete en El Amor del Camino, un botiquincito vacío donde grita una rockola, y sale, con una esperanza menos; y regresa a lo único que le espera fielmente esta noche: su camión, y los enormes cuerpos de las rolas tendidas encima, como unos muertos.

"Así llego antes", se dice, para consolarse.

Cristóbal Yepes arranca otra vez, y sale, lentamente, cruzando el pueblo.

En la orilla, pegada a la última casita, hay una mujercita flaca; quieta y descarada como un cartel.

Y Cristóbal Yepes detiene su camión, y le hace subir a su lado. Y se van juntos, al ritmo lento del camión de carga, conversando cosas pequeñas, sin malicia. Hasta que Cristóbal Yepes detiene su F-8 rojo frente a un botiquín, bajan los dos, y allí, sentados en el mostrador, se comen unas tostadas de chicharrón y queso blanco, y se toman un café.

Después, regresan los dos al camión, y parten, ya más reconfortados, hasta riéndose, indiferentes a la presencia de la carga de cedro muerto.

Cristóbal Yepes lo frena más adelante, a un lado de la carretera. Ella espera a que él cuelgue el chinchorro. Después él la carga en brazos, suavemente, y la posa dentro de la red del moriche; luego se encarama él mismo trabajosamente.

Los dos conversan un rato, sin ruido.

Hasta que se ahogan las pequeñas voces y viajan juntos, en un tenso y vital temblor de las fibras muertas del moriche, al prodigioso mundo de la semilla del hombre.

Después, el chinchorro queda sosegado, quieto.

Así, como los puso la noche, ella cogida en un costado del moriche, él, ancho y despatarrado, ocupando toda la red, los sorprendió la madrugada.

Baja, torpemente, él primero, y deposita tiernamente a la mujer en el suelo; y luego se lavan la cara con el agua del garrafón, y se la secan y se suenan las narices con la toalla de color azulillo, que él se la vuelve a poner al pescuezo, como una ropa más.

Después, él se monta en el camión, y arranca, despacio, y deja a la mujer sola en la orilla de la carretera, esperando otro camión que regrese a Turén Viejo.

Porque ella vive así, de Turén Viejo a cualquier parte, y de cualquier parte a Turén Viejo.

Y Cristóbal Yepes se dice que tiene que llegar a Puerto Cabello antes de que caliente el sol, para que no sufran los cauchos y el motor.

¡Porque a los camiones hay que tratarlos como a cristianos!

Y también piensa, mientras va abrazando al volante, en la Consuelo, y también en el "Gallo", y se le ocurre que al menos no ha sido con él, y que acaso se habrá ido con algún amigo, sencillamente, y que la volverá a ver de regreso, cuando, ya de vacío, pueda quedarse un rato en Turén Viejo.

Y el camión, que es un amigo noble, continúa, rosca y rosca, camino del aserradero de Puerto Cabello, indiferente a la carga de cedro muerto; insensible también a los desvelos de Cristóbal Yepes, que es lo único capaz de soñar que lleva viajando dentro.

## De la perla

### El cabo de vida

Hace ahora un año yo estaba así, botado sobre esta playa, igual que ahora, esperando un cliente, alguien que quisiera mi lancha con motor y me quisiera a mí para sacarlo a pasear por la Bahía del Morro y fuera de la Bahía, en mar movido, para ver todo lo que hay por estas playas y costas, que hacia el oeste tiene a Playa Moreno, las cruces del ciclón, de cuando naufragó la balandra el treinta y dos, y un cerrito llamado La Guarda, donde dicen que hay siete cajas de dinero, y más arriba los morritos Los Moreno, y luego el Castillo San Carlos en pampatar, y la Caranta, donde está el fortín, y Punta Ballena con su Cueva del Bufón. Ya esto es bastante, porque más lejos ya no se debe ir con una lancha como la mía; no es recomendable. Después, se regresa por la isla del Farallón y pongo rumbo franco para el hotel. O si es para el oeste: está el lugar donde existió el fortín La Puntilla, donde hoy está el faro de Porlamar, que eso es ahora puro adorno y lucecitas de colores para bonitear, y luego están Bahía La Mar, punta Los Cocos; y si se va para Manaure, que es un sitio pesquero, se va; y luego a Punta de Mosquito, por donde entra el tubo del acueducto submarino, que es por donde le entra agua dulce a Margarita, porque llover, aquí no llueve, y están el pueblo de La Isleta y la Laguna La Marita, donde se entra por un pasillo natural entre manglares que a los turistas les gusta mucho, y luego les buceo de cabeza para conseguirles unas ostras y unas "pata e'cabra", y regresamos al hotel. Esto es lo que yo enseño a los clientes que nos quieran a mi lancha y a mí. Y así estaban todos esos puntos hace un año, porque eso no cambia la vida. Y así mismo, como ahora, era entonces todo lo que se ve aquí por fuera. Ahí mismo estaba la curva de la playa del Morro, como un filo de machete que termina en tres cerritos de doble joroba, como si al final de esa línea delgada de arena se hubiesen echado, uno detrás de otro, tres camellos; y al otro brazo de esta bahía, hacia el Poniente, ahí donde termina el barrio Guaraguao, está el pequeño brazo del faro que he mentado antes, y otro más lejano y más largo, tanto que la punta se pierde en el mar; y ya después, en lo que ya es mar y cielo, viene la cabecera de Coche, y luego, para cerrar con un hilo que ya es casi cielo alto y que se ve como una tentación que se acerca cuando el mar está sosegado, como ahora, a la otra costa, lo más lejos, la Tierra Firme, que es también el rumbo que mi padrino Manuel María Salazar, que es un buzo famoso en toda la Isla y la Costa Firme y hasta más allá, en Colombia, lo menciona como La Cabecera, un rumbo de ostrales y de perlas...

Y para que todo esto sea verídico, como era hace un año, ahí viene Toribio, ese mestizo gordo, abombado por debajo de la cintura como una tinaja vieja, maneto, con sus pies grandes como botes metidos en la orilla, ensombreado por arriba con sombrero de pelo para impresionar, buscando clientes por estas costas... ¡Carajo, y se lo lleve el diablo!...

Se lo estoy contando a usted porque usted mismo se ha puesto a escuchar; y ya por eso sólo es amigo mío. Que si no, no le cuento estos desahogos a nadie que no sea yo mismo.

¡Pero ya Toribio no viene para acá! ¿Se fija? Torció el rumbo... ¡El condenado! Ahora que ha visto mi lancha y me ha visto a mí, hará que sube al balneario... ¿No lo está viendo? Ahí va, como me lo decía mi cabeza, ¡para no verme la cara! No es que Toribio me haya echado una maldición, así, en el cuerpo, o en el cuerpo de mi familia, o me haya mentado la madre o me haya quitado la mujer; ni siquiera la cosa es conmigo sólo, sino que es con toda la Isla...

La cosa es que hasta hace ahora un año más o menos yo venía con mi lancha y con mi "catorce" a esta playita frente al hotel a buscar clientes, con bastante tiempo para acostarla, junto a mí, en la arena y pasar la mañana, o la tarde, esperando a alguien que nos quisiese a mi lancha con motor y a mí para salir a pasear; no importa que sea una señorita con muslos bonitos o una señora gorda con ruedas de pellejo por la barriga, o que sea un viejo o que sea un matrimonio con muchos hijos, porque en Amador, que ese soy yo, el lanchero, nadie se entretiene en lo que no sea navegar mar adentro y ver los puntos. Pero me encontré una noche con Toribio en la playa de Guaraguao, como lo veía constante, y me dijo qué hacía yo perdiendo el tiempo con este bote (que no es bote, sino lancha, y por ahí le verá usted la intención) y no me iba a bucear, como mi padrino Manuel María y como él, que también había sido buzo cuando tenía aire en los pulmones para eso, y que Amalio Subero, que tenía una máquina de buceo, estaba buscando un hombre joven como yo, y que él después iba a entrar también en el negocio, porque ya tenía clientes fijos en Caracas, y además, como siempre encontraba gente que le comprase las perlas en los balnearios y los hoteles de Porlamar, se iba a ocupar de vender la producción.

Así fue como ingresé en el grupo de la escafandra, que es el barco de la maquinaria y los aparatos para buscar perla, pero no fue como buzo, como me lo decía Toribio, no sé si con mala intención, sino como simple marino, porque cuando yo fui a ver al señor Subero habían concertado ya a Jesús Granado para ese trabajo; pero como me lo estaban poniendo en el camino, pues me embarqué. Además, por algún sitio tiene que empezar uno para empezar. ¡Menos mal que no me ofrecieron trabajar de botaconchas! Esto lo había hecho yo cuando tenía quince años, y no iba a regresar ahora que tengo veintiséis a lo mismo que de muchacho; pero es que esto no es ni trabajo de perlas, porque el botaconchas ni siquiera se embarca, sino que queda en tierra esperando que los rancheros, que son los que abren una a una las cargas de sacos y pacas grandes llenas de ostras para irlos ejullando con cuchillo, las vayan echando estripadas ya a las maras para yo botarlas lejos, en el canchero. Pues así, como marino, me contrataron para el bombote escafandra *Sol del Valle*, donde iba también un buzo, que era el ya mentado Jesús Gutiérrez, un cabo de vida, que era Víctor Castillo, y tres marinos más, que eran Rosario Granado, Luis Ávila y Horacio Vásquez, y yo mismo. Salimos una amanecida rumbo a La Cabecera, una zona cerca de Tierra Firme donde están los puntos de El Cuspen, que es un pedral, porque afuera de Yacopata todos son terrenos de perlas, toda la costa de Coche y otros muchos que se localizan por marca con la Costa Firme. Hay también otras como Cubagua, donde ya está agotado, y El Tirano, donde es lo más

hondo para bucear, que son catorce brazas, y donde pega la puntada, por lo frío, y hace llorar y se hielan las piernas por la frialdad, porque lo que hay allá abajo, en ese abismo de agua, es piedra y ripio, un lugar muy corrientoso. Bueno, pues, digo que cogimos rumbo para La Cabecera y atracamos en un lugarcito que llaman la Isla Caribe; allá dejamos los dos rancheros que preparan el sitio donde ibamos a ranchar, y esperasen nuestra pesca de ostras, y salimos a probar suerte en los placeres. Donde nos pusimos a trabajar bien fue en una marca del cortado que llaman La Tijera, por todo el quebrajón de la Isla Caribe, con lo que llaman "frente e'vaca", por toda la cabecera del Morro.

Lo que yo hacía como marino era turnarme con los otros tres dando aire, con máquina de aire, a pulso, porque nuestra escafandra no era de candela sino de puro aire, y cuando bajaba el buzo, lo hacíamos en relevo, de dos en dos, y sin parar, porque esa máquina sólo manda aire si uno le da.

Así es como empecé a aprender.

Pero resultó que por casualidad tuve la suerte (eso decía yo entonces) que en uno de los viajes a la Isla Caribe a descargar la ostra, el cabo de vida se enfermó y lo tuvimos que dejar con una fiebre en tierra, con los rancheros, y el buzo Jesús Gutiérrez dijo que para un trabajo de esa confianza él prefería que fuese yo, porque le parecía más responsable que los otros. Claro que él no lo dijo así, tan clarito, porque eso podía molestar a los demás, pero él era habilidoso para componer las cosas como quería, y eso es exactamente lo que me dijo a mí antes de embarcar. Y así fue que en el apuro de ese viaje hasta el placer tuve que aprender las señas, porque el cabo de vida es el que se entiende con la vida del buzo. Las señas se hacen con lo que se llaman toques. Un toque, o sea, un halón del buzo por la guía, que es la cabuya del cabo de vida, indica que el buzo quiere subir. En cambio, dos toques indican que el buzo cayó bien de pie y que todo está en regla. Y esto es así porque hay riesgos en que uno no puede dar al mecate más de un halón... Si el buzo no recibe bastante aire, que es cuando se pone ese aire pesadote y no se puede respirar, para pedir que le manden más son tres toques, y si el aire que le llega allí abajo es demasiado, pues para pedir que le manden un poco menos son cuatro toques. Hasta aquí son los toques limpios, quiero decir que son toques sencillos, porque después los hay unos que llaman cernidos. Cuando el buzo ha terminado de llenar la jaba, que es una mara de alambre con cuatro o cinco palos parados, para darle fuerza, y quiere que la halen a pulso para arriba con la concha, uno da un toque cernido. Y después los hay, digo, los toques mixtos, que son entre toques limpios y cernidos. Por lo menos, cuando el agua allá abajo está revuelta, que se ve apenas, el buzo da un toque y un cernido, y eso quiere decir que en lugar de mandarle lo que se dice la jaba libre, que el buzo se demoraría mucho en localizar y conseguirla en aquella oscuridad, se la bajen pegada a la guía del cabo de vida. Y hay también uno de dos toques y un cernido, que quiere decir "bote encima"; eso es para el bote, que se ha podido ir al garete, o simplemente porque el bote que está fondeado tiene esta libertad, porque generalmente se fondea con sesenta u ochenta brazadas de cabuya y sólo está amarrada con veinticinco, para que lo demás de la cabuya esté flamante, quiero decir que sobrante, para ir buscando al buzo a medida que se vaya moviendo en su trabajo arriando el cabo, sin necesidad de sacar el ancla, porque conviene que el bote esté lo más encima posible del buzo, para que trabaje más aliviado. Hay veces que el buzo tiene necesidad de un

garapiño, que es un anzuelo número 4, o un 3, que es más grande, empatao a un palo de poco más de un metro, para sacar sapo o pegárselo a un pescado que anda cerca, y entonces no tiene más que dar tres toques y un cernido, y arriba, el cabo de vida debe saber lo que el buzo quiere, y si en lugar de tres toques son cuatro, y le acompaña un cernido, yo sé que lo que quiere el buzo es la púa, que es como un arpón pequeño, porque anda rondando un pez molesto y lo quiere espantar; pero cuando el pez es muy grande, y lo que el buzo necesita en ese apuro es un arpón de verdad, no tiene más que dar cinco toques, y ahí mismo le va el arpón...

Todo eso y más cosas tuve que aprender yo en ese viaje hacia el ostral, que eran como hora y media o dos horas de viaje desde la Isla Caribe. Y todo salió bien, y en aquel viaje conseguimos algunas perlas de vista redonditas, muy buenas. Las había de todos los colores, rosadas, blancas, unas de un colorcito crema muy lindo y algunas negras. Y sacamos también algo de perla barroque, que es toda pacheca, eso quiere decir que no es redonda, bonita; que no es, pues, legítima; y alguna mostacilla, una perla blanca, menudita. Y de todo eso me tocó algo, que no mucho, porque lo que uno recibe del empresario de aparatos que contrata el equipo, y que es el dueño de los corotos, es la mitad para la marina y la mitad para él, y el equipo trabaja también a la parte, según lo que se logra, y el buzo, que es el que se arriesga más, recibe seis partes, el cabo de vida recibe parte y media, y los marinos reciben una parte cada uno.

La verdad, que lo que yo quería era la oportunidad de trabajar como buzo, como mi padrino. No sólo por la plata, que es buena, sino por la profesión. Y, ¡Virgen del Valle!, esa oportunidad se me dio, se me dio sin pensarlo. Resulta que a Jesús Gutiérrez, el buzo, le dio un catarro grande, que es cuando el buzo se siente mal, le da mareo y le sube por la boca toda esa sucieza que uno tiene ganas de vomitar, y cuando pensó en alguien que le podía reemplazar para uno o dos días, ese fui yo, el hijo de Amalio González, el rancharo. Tuve que encomendarme a la Madre, y cada vez que bajaba decía "Dios y la Virgen" y me persignaba. Y salió bien. Gracias a la Madre. Pero no fue eso todo lo que me pasó. Si eso fuese todo, pues no tendría contra Toribio el rencor que tengo. Él puede tener defectos, y hay uno que creo que es más grande y más dañino que los demás; pero eso sólo no sería para que yo me lo tomase así, tan a pecho. Lo otro que ocurrió, que es lo que me tiene tan dolido por dentro que ya no soy el mismo que salió de esta bahía hace ahora cerca de un año, es que en ese tiempo yo maté un hombre.

Esto es sólo para mí, y para usted solo, a quien se lo estoy contando en confianza, como si ya usted fuese un hermano. Pero a alguien además de mí mismo se lo tengo que contar...

Sucedió que unos días después de aquel resfrío del buzo, que le duró casi tres días completos, Jesús Gutiérrez se vistió otra vez su escafrandra y bajó al ostral, que allá tiene más de doce brazas. Yo volví a lo de antes, a los toques. Y en la primera bajada de ese día todo fue bien. El buzo baja bien desayunado y sólo sube de vez en cuando para orinar (porque el orín echa a perder el vestido); Jesús Gutiérrez subió entonces a orinar; subía cada hora u hora y media, porque para eso cada uno tiene su capacidad de aguantarse sin mear. Cuando orinó y después de un ratito de estar conversando con nosotros le puse yo mismo su cabezote y se fue para abajo, yo me fijé que por sotavento venían corriendo unos celajes, que son unas atmósferas muy livianitas, que vuelan; pero vi

también que de más lejos se estaban acercando unas nubes, que son los nubarrones, que cuando se pegan pueden traer una chubasquería; y cuando se pone un chubasco con noroeste es malo. Ahora había todavía en el mar un remanse, una calma blanca. Pero todo el mundo sabe que con ese viento el tiempo se puede poner movido, aunque no haya ningún paso de luna ni coincida con ninguna aparecida, y entonces la mar se pone mala, que eso es la chubasquería. Siempre el primero que la reconoce, antes que uno, es el mar... Y a todo esto yo iba soltando el cabo de vida, suavemente, como se va tranquilamente una vida cuando no hay problemas, y el mar, digo, empezó a dar señales de empezar a moverse un poco, y yo vigilaba, y fue entonces cuando sentí una sacudida del cabo, como si no fuese un toque sino que uno tropieza en la cabuya, que va amarrada al pechero de bronce del buzo y que luego éste la pone debajo del brazo para más seguridad, pero que a veces se la pisa y templea un poco, y después de eso vino, eso sí, un toque claro, y pensé entonces (ya ahora lo pienso de otro modo) que sí, que serían dos toques, que quieren decir que uno ha caído bien sobre las dos piernas, que no hay problema. "Está bien", me dije, y seguí viendo cómo el mar se estaba sacudiendo un poco, como cuando va a mudar el tiempo. Pero de pronto sentí así, no en la mano propiamente, que mi mano y mi cabo de vida estaban descansados y completamente quietos, como una vida que respira bien, que es cuando ni nota uno que le funciona algo adentro; pero sentí en algún sitio que uno no sabe dónde es, pero que es verdad que caracolea dentro como si fuese algo vivo, y supe, con esa incertidumbre de las cosas que uno no sabe si son o no son, que aquellos dos toques podían haber sido uno solo... Sí, que podían ser una sacudida de Jesús Gutiérrez y un toque de buzo, de los que en verdad cuenta en las señas... Y miré a los marineros que estaban dándole a la máquina de aire, y vi que estaban conversando tranquilamente, mientras daban a las dos ruedas de manilleta; y miré. Dónde iba yo a mirar, si además de los que estaban dándole a la máquina no había más que los dos marinos que estaban descansando el relevo, que en este momento se estaban comiendo el desayuno de funche y pescado frito mirando lo mismo que yo estaba mirando hacía un rato y oliendo el cambio a la brisa de sotavento, que es un viento parejo, y temiendo el noroeste, porque es el de abajo, lo que quiere decir que es el contrario, y es el más malo... Pues los miré de todos modos, aunque no les veía más que las cabezas por detrás, que eran como unos cocos con pelo crespo. Y no vi nada más sino que por dentro, por donde nos escuecen las cosas que no sabemos decir de dónde nos vienen, me dolía algo que yo iba rastreando... Y me dije (y me dije a mí mismo, porque ¿a quién le iba a decir?) que debía yo decir a los hombres de la máquina que no estaba seguro de si lo que había sentido en los toques era uno o eran dos, y que íbamos a mirar por si acaso había pasado algo que yo no había podido sentir en la cabuya, porque tampoco la cabuya es un pedazo de carne que siente un dolor y que dice a uno lo que es, sino que sólo es algo muerto que nos ayuda a hablar entre dos vivos, aunque en el camino nada ni nadie sienta nada; y aquella cabuya, por mucho que le miraba, no me decía nada; todo eso y más pasó por mi cabeza en un momento, y pasó también, ¡por qué no decirlo, si es a usted sólo!, por ese rincón de dentro del cuerpo que parece que no oye ni ve, porque está dentro, casi en la barriga, pero que a veces siente y ve más de lo que sienten y ven os ojos que tiene uno a flor de piel; y entonces estuve así, como un tiempo, viendo para todas partes, sin ver a nadie, como si me esforzase sin

querer a ver lo que me andaba dentro, cuando vi que los dos marinos que estaban dando a la máquina de aire me estaban mirando, y hasta me dijo uno, que fue Horacio:

– Amador, como que tiene bastante aire... –y cabeceó en la dirección de la cabuya.

Yo no supe qué decir, pero dije, y la verdad es que no sé de dónde me salió la voz:

– Eso debe ser que no le hace falta más de la que está recibiendo, porque no dice nada...

Y después los dos hombres se despreocuparon, porque ellos no tenían por qué preocuparse tampoco. Pero a mí ya se me pusieron los nervios tirantes, como cuerdas de cuatro, y entonces se me ocurrió que podía preguntarle a Jesús Gutiérrez si todo iba bien; que no es que haya señal para eso, porque de cabo de vida a buzo no va sino una señal y es cuando hay que avisarle que hay otro barco arriba y que va a tener un rival buscando concha, que entonces son varios toques seguidos; pero podía sacudirle el cabo, a ver qué decía; y le llamé, como me dije; y no sentí respuesta; y como la verdad es que ya habían pasado más de cinco minutos y él no se demoraba más de eso en cargar una jaba de concha en aquel placer, se me heló ahí mismo la sangre, y para cuando me pude dar cuenta ya estaban los dos marineros del relevo a mi lado (después me dijeron que yo los llamé) y entonces le cerramos la válvula y esperamos que subiese la escafandra con Jesús Gutiérrez dentro; y eso, halar un buzo en catorce brazas, no tardaba otras veces más que un minuto, pero esta vez se notaba el cabo de vida pesado, y lo halamos los cinco hombres como si eso, el reunir cinco fuerzas, pudiese ya servir de algo al hombre que venía pesando dentro del traje de lona; y cuando asomó el cabezote vimos por los cinco vitrales de aumento que aquella cabeza venía caída sobre un hombro; y cuando salió el cuerpo, pues se dobló sobre cubierta, y cuando le estaba sacando el cabezote (que lo hice yo mismo y me demoré un mundo de tiempo) pensaba que me iba a dar un mal, y cuando por fin a aquella cabeza de Jesús Gutiérrez le dio el aire, ya no le servía de nada...

¿Se da usted cuenta ahora por qué estoy resentido con Toribio?

No, no es porque él me mandó a eso, porque cualquiera hubiera podido mandarme sin tener la culpa de lo que le pasa a uno luego; pero es en esto, en el precio de la vida de Jesús Gutiérrez, donde tiene que ver Toribio, como se lo iré contando poco a poco; porque en esta vida las cosas no vienen de repente, a menos que sea la muerte; sino que se prepara todo, y vienen a salir las cosas una detrás de otra. ¿Que la muerte tiene también su camino? También, y eso es verdad. Pero por mucho que se la espere, la muerte viene siempre así, de golpe: de un buchado de aire que no pasa. Eso es todo. Mientras tanto, aunque haya dolor y tenga también uno quien le tenga lástima al lado, y uno lo vea, uno está todavía vivo, y guarda la esperanza de que la vida siga andando su camino, y que ese recodo en que termina, como en este mundo de nosotros termina todo, esté siempre más allá.

Siempre ese último buche de aire viene de repente.

Pero no, no es por eso sólo que yo le tengo a Toribio mala voluntad. Todo el mundo estuvo de acuerdo que aquella fue una muerte natural. La Sanidad y el juez lo dijeron con papeles y todo; y que fue que se le reventó una arteria por un esfuerzo, porque a aquella profundidad eso le puede pasar a cualquiera.

Pero aquellos momentos fueron muy duros. Ayudé a quitarle una a una las ropas al muerto, y lo pusimos en proa, para que fuese más descansado, más protegido, y nosotros, con nuestros sombreros de palma en los pies, tomamos el rumbo, no de la Isla Caribe, donde nos estaban esperando los rancheros, sino directamente a Porlamar; y llegamos a Guaraguao, y lo llevamos a la casa, sobre una camilla hecha con remos y una lona de agua, y cuando estábamos en eso, a mitad de camino, nos salió su mujer y una hija, y aquello se convirtió en una procesión larga por lo que es Guaraguao y la Salineta, La Laguna, hasta el Puente, donde vivía el muerto.

Y después, hicimos todo lo que nosotros, sus compañeros de barco, le pudimos hacer; hasta le prometimos a su viuda y a sus hijos que de lo que sacásemos en la temporada le guardaríamos una parte. Y así quedó convenido, y nadie tuvo nada que decir, porque eso era lo justo. Cuando fuimos a ver al empresario, no hizo nada más que lamentarse de la desgracia, pero sin decir nada de la parte que podía tocar a la familia de Jesús Gutiérrez; y lo que nos preguntó es a ver quién podía sustituirlo. Fue Horacio, el más viejo de los cuatro marinos, el que recordó al señor Subero que yo le había sustituido durante tres días y que no lo hacía mal, y que hasta el mismo Gutiérrez lo había dicho en cubierta cuando él estaba acatarrado, cuidando del cabo de mi vida.

– Este Amador puede ser buzo pronto...

Así lo dijo Horacio, y yo se lo agradecí, porque por él me vine a enterar a los cuatro días lo que había dicho de mí el muerto.

Eso no lo puedo yo olvidar todavía, ni nunca se me podrá ir de la cabeza después.

Y así salimos a la mar, con Horacio de cabo de vida (porque ya entonces yo lo había nombrado, con permiso del empresario) y con un marino nuevo, Cirilo Castillo, que era un vecino mío en Guaraguao.

Y primero me fue bien. Cuando llegamos al fondo, que también se llama ramal o piedral, me puse el pantalón y la camisa de lana del muerto, y sus medias de lana, sin ningún asco. ¡Fue después cuando me empezó a pesar aquella ropa como una mortaja! Pero eso fue luego; y las cosas tienen que vir por su camino, una a una, como los puntos de una costa, y los días de la semana, y como los días de sol y las noches de luna, tal como está hecho el mundo. Digo que me puso primero la ropa lana y después me puse el vestido enterizo de lona y las puñeras de goma y el pechero de bronce, donde van las guarniciones, y luego me puse, o me pusieron, las plantillas de palo y la plancha de plomo en los pies, para que uno no flote como una boya, y al final (y a mí me pareció ese primer día que era como una corona ya no de aprendiz o un simple repuesto, como antes, sino de un buzo completo) el casco del cabezote; y así con la ropa completa, me sentí muy estrambótico, pero contento, y durante el tiempo en que me dejaban bajar iba pensando, no en el riesgo de bajar para el fondo y de quedarme allá abajo sin aire, como Jesús Gutiérrez, sino en que me hubiese gustado que mi viejo, Víctor González, estuviese mirándome desde el roto de una nube (o desde el bote mismo o desde un rincón mismo de mi cabezote) y se viniese conmigo para abajo (porque las ánimas pueden vivir en cualquier parte, porque ni se ven y pueden estarse donde les dé la gana) y se dijese para sus adentros: "Mira, ese Amador, ¡carajo!, ya está de buzo...". Y estaría contento, porque él nunca había pasado de ranchero y aspiraba que algún día haría yo más suerte que él. Y también me acordé, y acaso es por lo mismo del ánima del viejo, de ir "con Dios y la

Virgen y todos los santos poderosos..." Porque, no todos los santos son poderosos; pero Dios y Jesucristo son de los más potentes; aunque también es verdad que uno es católico y uno cree en cualquier pedazo de palo, en cualquier semejanza... Cuando terminé aquel viaje verde y azul de unos dos minutos, porque eso lleva bajar despacio las catorce brazas que hay en el fondo (y digo con cuidado porque hay que bajar con mucha pausa, porque poquito a poquito se sufre menos, y demasiado a prisa se puede reventar el vestido de lana, por la presión) pisé derecho el ripial de ostras, lo que quería decir que la marca era exacta; y con la alegría hasta quise seguir un cachicato, y corrí y ¡si supiera que con ese traje pesadote y estrambótico uno puede correr! Pero entonces me acordé de la señal y halé dos toques, bien duro, para que Horacio, arriba, supiese que eran dos y que todo iba bien. Sentí, eso sí, un chillido de oídos, porque aprendiendo se aguantan dolencias; pero pude ver bien claro por los cristales de aumento; al principio parece que todo se ve más grande y que está más cerca, pero después uno se olvida que hay cristales. Ahí mismo me bajó la jaba cerquita, y arranqué con mis dedales de cuero la concha pegada a las ramas y a las piedras, porque todo en derredor estaba verde y azul y morado, y hasta algunas algas coloradas (no rojas, pero sí del color así, como colorado) como si aquella luz fría, pero clarita, dulce, fuese totalmente un cielo de colores bajo las aguas, que cuando están claras se ve azulito y verde, y cuando están revueltas se vuelve amarilluzco, feo.

En poco tiempo llené la jaba de conchas blancas, negras, marrones y ostras coloraduzcas, y con aquella carga, como un tesoro, en el cielo de colores de aquellas aguas del ripial, le halé el toque para que Horacio supiese arriba que ya estaba la jaba llena. Y ese día trabajé así, tranquilo, y ya le digo, hasta contento. Luego, no al día siguiente, ni al otro, pero así, como a la semana, una mañana amanecí con un sueño malo que se me había metido dentro de la cabeza, y cuando me vestí las lanas en la amanecida (que es cuando empezábamos a bucear, porque esa era la empezada y yo trabajaba hasta el mediodía, subiendo sólo para orinar, y después reposaba un rato, como un cuarto de hora, y trabajaba otra vez hasta las tres o las cuatro, según; esa era la tarifa mía); pero digo eso, que me estaba vistiendo las lanas en la mañana y estaba viendo que la brisa de Barlovento, que lo que es es un viento parejo, y que el colorcito de las aguas era de cambio, y con eso y otros signos que ni yo mismo sé de dónde vienen pensé que eso era exactamente como cuando Jesús Gutiérrez bajó para siempre al ripial; porque aunque después lo sacamos, para él es como si se hubiera quedado allí para siempre; y entonces, cuando ya me habían puesto el pechero de bronce y ya tenía Horacio el cabezote en la mano se me ocurrió que podía haber una falla en el tubo de aire, porque a veces se pone viejo sin darse uno cuenta, y revienta; o que, con aquel aire de chubasquería que venía pintando el cielo podía revolcarse una manta y podía dañar el tubo, como me lo decía Jesús Gutiérrez alguna vez, y que entonces, si es poca la profundidad se puede salvar uno, pero que si no llega pronto a la superficie se le revienta a uno el pecho por los oídos y por la boca, porque un hombre no puede aguantar dos minutos de ahogo, y entonces se me pusieron los nervios duros como alambres, y dije que no, que no iba a bucear. Los dos hombres que estaban conmigo, que eran Horacio y Víctor, se quedaron sin comprender, y como ya me estaba ahogando aquella ropa, comencé a desnudarme; y los dos hombres llamaron a los otros tres, y me rodearon los

cinco hombres y me vieron hacer, mudos de la sorpresa, y cuando me terminé de desnudar, que es cuando me quité desesperadamente las lanas con aquel asco de estar desnudándome una mortaja, entonces Horacio, que era el más viejo y era el que cuidaba mi vida en el cabo, me dijo, muy ofendido:

– ¡Pero bueno, compay! ¿qué pasó?...

Es posible que él pensase que la cosa era con él. Y no lo era. Aunque no se lo dije; porque me parecía pobre decírselo; y también que tenía que dar demasiadas explicaciones para hacerme entender, y le dije que (y esto fue de repente, se me ocurrió así, como un milagro de la Virgen), que sí, que era que estaba enfermo, que no me sentía bien. Y aquello era natural que sucediese. Horacio me dijo entonces, puesto que yo no me sentía bien, él se sentía bastante veterano en la escafandra como para bucear. Yo me vi entonces (y eso quería decir, y lo pensé inmediatamente como si hubiese sido una película) parado con el cabo de vida, con el pulso mío pendiente (o imaginándose) de los toques de Horacio, hundido en aquellas aguas del ripial...

Ya era difícil que a dos les pasase la misma cosa de manera que fuese natural, y que las dos veces fuese cuando yo estaba cuidando de sus vidas a la punta de aquel cabo de vida que era un mecate ordinario, muerto, que no sabía nada de lo que le pasaba al buzo o lo que me pasaba a mí; y para su sorpresa, para la sorpresa de aquellos cinco hombres, que eran compañeros míos en el bombuto, les dije que no, que me llevaran a tierra.

– ¡Pero a tierra! ¿por qué?... –me decía Horacio.

– Porque sí... (y yo me daba muy bien cuenta que no debía tener cara de enfermo, por mucho susto que me asomara por los ojos, como para pedir que me sacaran de la escafandra) porque es que me siento enfermo...

Y tanto insistí, y tan oscuro quedó todo aquello, que salimos rumbo a la Isla Caribe, y de allí, después de días largos y confusos trabajando como ranchero (y yo apenado de que mi viejo me viera de nuevo en lo que había sido su fracaso) me trajeron (porque esta vez me trajeron) hasta Porlamar.

De eso hace ya una semana, y aquí estoy, llegando por primera vez en siete días a mi oficio de antes, que era sacar a pasear a los turistas...

Bueno, y ahora que se lo he contado todo, como se lo prometí, usted me dirá, y con razón, que qué tiene que ver Toribio con eso y con toda la isla.

Una confesión trae otra. Y le aseguro que si alguien más que usted y yo llega a saber de esto, o Toribio lo pasa muy mal en la isla, o por ser mentira yo tengo que irme para Trinidad o para Curazao con un baqueano pagado para que no me vea nadie en Margarita.

Para usted sólo (y ya le digo que nos va en esto el pellejo a Toribio o a mí) para usted solo le digo que esta semana, de sólo ver a Toribio pasear esa tinaja vieja que es su barriga, con su sombrero metido hasta las orejas, con los pies como botes metidos en la orilla, por esta playa de Guaraguao, he descubierto, poniendo aquí, quitando allá, que la perla de vista (que es una perla redondita, bonita de color crema) que vende Toribio es una perla... y se lo digo sólo a la oreja... ¡cultivada en el Japón! Sólo los compradores finos lo pueden distinguir. Punto.

¿Me entendió?... Eso, que lo que era la riqueza de esta isla, se acabó. Aunque mueran mil Jesús Gutiérrez buscando esa belleza de tesoro que uno consigue sólo

después de jaba y jaba llena de concha en aquel hondo, será más barato fabricarlas; ¡aunque no tienen nunca la luz ni el color de lo que se ha criado bajo diez brazos de agua de mar! Todavía, si esos comerciantes de chucherías no consiguiesen Toribios que se las vendieran como si fuesen tesoro margariteño, escondidos debajo de esa ala de sombrero de palma margariteña de verdad, sonriéndose con ese misterio que da el estar ofreciendo una joya del fondo del mar, no podrían engañar a la gente. Pero con Toribios manetos y barrigones con dientes enchapados de oro y cabezota de indio, sí se puede.

Y lo que era antes una taza de oro con la pesca de perla se está quedando en nada, porque barateó la perla, ¡demasiado!...

Y eso de que él no me quiera ver no es (como se ha dejado decir él) porque le da asco mirar a quien mató a su amigo Jesús Gutiérrez; porque hay otros que fueron tan amigos de él, como es su propia mujer, María González, que me han recibido en la casa y me han tomado el adelanto entero de lo que me va a tocar por la temporada que hice; y así tengo otros amigos que tampoco creen que yo descuidé un toque, o que me confundí, porque eso nadie lo puede saber... ¡si ni yo mismo lo sé!... Por eso, digo, porque hay Toribios en esta isla es por lo que no regresa a donde era, ¡cuando una perla de veinte gramos podía valer hasta diez mil pesetas!

Los buzos veteranos ya no trabajan, porque el oficio no da la base; porque más tranquilos, y más seguros, se quedan por casa, martilleando, trabajando a lo que salga en el mar. Porque hay también el margariteño interiorista, que es agricultor; pero el margariteño playero no está tranquilo sino en el mar, porque es su arte. El mar es la hacienda de todos. ¡El que lo hizo lo hizo muy bien hecho!... ¡Ah!... ¡Si se acaba el mar se acaba el mundo!... Por eso que los pocos buzos veteranos que quedan (porque hay muchos que han muerto, como Jesús Gutiérrez), han quedado estropeados por la vida, y a lo que han venido a dar esos buzos (a menos que se conviertan en Toribios con dedos gordos agarrotados por la artritis que mienten al enseñar una perla al cliente) es a pescar a cordel, como mi padrino Manuel María Salazar, que de fino y de honrado que es ha tenido que quedar de viejo fletando a treinta bolívares mensuales un bote con pala que se llama *Robinson*, que sale a toda hora, a media noche o más amanecido, como a las tres, a la zona que llaman La Rama, o a Moreno, o hasta Mosquito, o a Sirguero, con guarial y anzuelos bien templados a los dos lados del bote vestidos con una camada de "pata e'cabra" que saca él mismo de cabeza, quiero decir que sin aparatos, sin máquina, en el punto del Morro, dentro de la bahía, y donde el viejo puede quedar de un trastorno, con un calambre, que esa edad de los sesenta y siete da muy fácil, como le dio un mal, una asfixia así, al difunto Juan Suárez, a quien se le reventó algo dentro del cuerpo y se vio forzado y no le dio el brazo ni el aire para llegar a ninguna parte: y todavía el viejo Salazar, pescando como digo, porque *ese Robinson*, y no sé si ya lo dije, no tiene otra ayuda que los brazos viejos del padrino pegados a las dos palas, que son pequeñas, como hijas de remo, pescando corocoros, cacharros, pargos, palometas, bacalaos, rabirrubios, guanapos, cojinúas, cuando el trasto no quiere que caiga más grande, porque hay veces que caen más grandes también; y así, el padrino trae todos los días, con las coyunturas de los dedos hinchados por el reuma, arregado de la cintura desde hace tiempo, con las piernas que no le quieren caminar, con esos ojos que le supuran legañas hasta secársele las cuencas, y así y todo, digo, el padrino trae regular de

veinte a treinta bolívares de pescado todos los días al mercado de Porlamar, y todavía le quedan fuerzas para sostener la casa. ¡Y no como otros, que se dedican al engaño!...

¡Pero ahí sale Toribio otra vez! ¿Lo está viendo? Caminando como un sapo, espatarrado, gordo; y vamos a ver, usted, que es amigo, y yo, si ese hombre se atreve a venir para acá, que es donde, yo lo sé bien, viene todas las mañanas a buscar clientes a este hotel... Pero no mira para este lado... ¿Lo está viendo?... Lo que está es regresando para el faro otra vez... ¡lo asusté!... Seguro que sacó sus pañuelos, dos, tres, metidos en todos los bolsillos, con un nudo aquí, otro allá, desafándolos misteriosamente, como si lo que está enseñando al cliente con sus dedos como chorizos fuese el mismo ripial de La Cabecera, con pedazos de sol que resbalan en una perla criada en el fondo del mar, cuando aquello no es sino un cultivo artificial, como quien siembra con su mano y cultiva un frijol o un chaco... ¡Ahí va el hombre!... ¿Lo ve?... Maneto, agitado, cabeceando como una boya en un temporal, pasándose la mano gruesa por la boca de vez en cuando, como si siempre tuviera algo que limpiarse entre los dientes remendados con oro...

No me quiere dar la cara por eso, porque sabe que yo he podido averiguar, y no por otra cosa; aunque él diga cosas contra mí a quienes me las pueden contar, porque todavía le quedan a uno amigos que le cuentan las cosas...

Así, como me tiene usted a mí, contándoselo todo por eso, porque necesito alguien, aparte de mí mismo, de mi propio saco, a quien pasarle este peso que cargo encima desde hace tiempo...

## Del aceite

### La alcantarilla

Cuando a Abilio Reyes le llegó el mensaje a "Campo Las Treinta", unas hileras prietas de casitas chatas y peladas, todas iguales, ya estaba anocheciendo.

– ¿Y pa'qué me quiere José del Carmen con esta apuradera? –preguntó al hombre, un tipo escurrido y feo que ya tenía sentado, con una gorrita amarilla en la mano y con aquella su mirada oscura y prevenida, dentro de la casa.

– No sé... Es que se reunió el Comité, y que hay un asunto de la Compañía; vos sabéis que...

– ¡Yo no sé un carajo de la Compañía! –le interrumpió Abilio–. ¡Y a mí me dejáis en paz, "Cara e'viejo", porque yo no soy abogado, y ya vos y tus compañeros me metieron en un lío cuando lo de la pluma de agua!... ¿Vos creéis que yo soy el Presidente de la Compañía?...

– Pero es que el Comité...

– ¡Tampoco sé un ciruyo del Comité!... ¡Lo que me calienta a mí es que me hablen de ese Comité como si fuera la directiva de un Banco!... ¡Qué carajo representan ustedes! –se le enfrentó Abilio–, ¿se puede saber?...

Aquella pregunta, que era como un tiro a quemarropa al cuerpo menudo y retorcido del mensajero, quedó retronando un buen rato en el aire de la salita como si no supiese para dónde coger en el cerco estrecho de aquellos muros, y los ojos neblinosos y amarillentos de "Cara e'viejo" se apagaron aún más, viendo hacia la gorra amarilla que tenía en las manos; y entonces el hombrecito se la encasquetó y prendió un cigarrillo, encendiéndosele como plata fundida los pequeños ríos de sudor que le bajaban por la frente y por las mejillas y por la nariz, pero sin dejar de ver a Abilio, que lo estaba hostigando con la mirada.

– Bueno –rompió a hablar el hombrecito, por fin–... vos sabéis, los problemas de la planchada, porque vos mismo naciste allá –y la voz de "Cara e'viejo" era blanca y vacilante– y ahí está todavía José del Carmen, que es hermano tuyo, y también tus sobrinos... Y como vos sois un viejo trabajador de la Compañía, y tenéis amistad con esos de relaciones...

– ... Relaciones Públicas...

Y Abilio veía cómo "Cara e'viejo" Chirinos, miembro del Comité de Mejoras de Pueblo Viejo, estrujaba nerviosamente el cigarrillo entre sus dedos, que eran afilados y tiesos, y cómo, atento como estaba a la compostura de sus manos, se le estaba escapando el control de aquellos pies callosos y sucios vestidos de cotizas que con sólo y ser dos solos se le estaban enredando torpemente debajo del asiento.

– ... Pues eso –terminó "Cara e'viejo"–, y como tampoco tenemos dónde acudir...

Abilio se estaba sentando cerca del hombre cuando le interrumpió, ya obligado por el halago:

– Vamos, déjate de lloradera... y ¿qué pasa ahora?...

– El encargo que yo tengo es que te lleve pa'Pueblo Viejo –dijo "Cara e'viejo"– el resto te lo dice tu hermano allá...

Abilio se levantó, y dio unas vueltas por la habitación, y preguntó al mensajero de muchas maneras diferentes, pero no pudo sacarle ninguna otra información.

Y aún después, cuando hubieron comido la carne que les sirvió Josefina, la mujer de Abilio, y salieron juntos a esperar que pasara una de las camionetas "jaulas" que van a Cabimas, "Cara e'viejo" seguía trancado, con aquel misterio dentro.

Luego montaron, prietos como hojas de plátano embojotado, en la "jaula", sin decirse nada. Y nadie más que la radio pudo hablar durante todo el viaje, porque nadie más podía, por la gritería.

Cuando bajaron en el centro de Cabimas, frente a la parada del autobús, supieron que tenían que esperar cerca de veinte minutos, porque ellos mismos vieron cómo iba saliendo uno colmado hasta los topes. Y entonces Abilio se le dirigió a "Cara e'viejo" y le dijo, como si sólo fuese por el puro decir algo:

– Y José del Carmen, ¿qué hace?...

El hombrecito lo miró desde debajo de la visera de la gorra amarillo-sucia, que le estaba chorreando un agua espesa de sudor por las cejas, por la nariz y hasta por las orejas:

– Pues bien... como siempre, vos sabéis, defendiéndose, con el pescadito... Ya hace tiempo que no te acercáis vos por allá...

– Sí, hace casi un año que no lo veo... y el muchacho (añadió como si no hubiese otra intención que la pura curiosidad), el mayor, Olimpiades, ¿qué hace?... ¿le dio por trabajar?...

– Bueno... –y "Cara e'viejo" se quita ahora la gorra, se pasa un dedo, como un parabrasis, por la frente, y lo sacude al aire para quitarle aquel agua, y patea una piedra...– vos sabéis que la cosa está difícil... él y que lo que quería era estudiar, pero eso, pues, en casa de pobres no se puede... y en Pueblo Viejo menos...

El hombre se va a quedar ahí, pero como Abilio parece estar dispuesto a escuchar, y como tampoco hay otra cosa que hacer, dice, como si le estuviese saliendo la voz blanca de un pozo más hondo:

– El muchacho es vivo, y aprendió a manejar, y hasta estuvo manejando un carrito de "a medio" en la línea de "Corito"; pero es que... lo que –y ya parece que la fuente de "Cara e'viejo" se va a secar, pero no, continúa– lo que... esos explotadores le dan a uno es... ¡una mierda!... y me perdonáis la palabra, pero la verdad es que de lo que sacan en el día tienen que hacer tres partes, y de estas tres partes dos se van para el dueño del carrito, que es un explotador, y con la otra, que no sube a más de veinte o veinticinco bolos, el chofer tiene que pagar la gasolina y el aceite, que esos carros viejos queman como si fuesen gandolas...; entonces, pues –"Cara e'viejo" parece estar agotando la fuente, y Abilio, mientras tanto se está secando con un pañuelito el sudor de la cara y del cuello y hasta de los hombros, metiendo la mano por debajo de la camisa– lo que le queda a Olimpiades después de estar bregando doce horas lleno de polvo y ahogándose de calor sobre esas carreteras son diez o doce bolos...

– Bueno –le interrumpe Abilio–, ¿y eso no es mejor que nada?...

"Cara e'viejo" se vuelve a encasquetar la gorra empapada, y fría, y se suena con los dedos, como quien escupe por la nariz, y se saca un pie sucio de la cotiza y lo vuelve a meter, habilidosamente, de una patada, y al fin le sale:

– Sí, cómo no... eso es mejor que nada; pero... si ese muchacho tiene que comer fuera de la casa al mediodía y a la noche, por poco que coma, pues se le van, digamos, seis o siete bolívares... pues ya veis lo que puede traer a José del Carmen el sábado en la noche, ¿comprendéis?...

Abilio se queda en silencio; no sin palabras en la boca, pero callado.

– Por eso –prosigue "Cara e'viejo", como si él mismo se hubiera abierto un chorro de agua–, que el mismo José del Carmen se le calentó un sábado que yo estaba en la casa y le dijo: "Mira, Olimpiades, para esa porquería que me estáis trayendo a la casa, y pa'mantener a esos explotadores, mejor te quedáis aquí, con nosotros, y nos vamos a pescar juntos...". Y la verdad es que esos dueños de carritos son unos pulpos...

– Y ¿qué hace ahora, en la casa, sino flojear y echar vainas?, ¿ah?

Ahora es "Cara e'viejo" el que se calla, como si alguien que no es él mismo le hubiese cortado el agua de un solo golpe de llave, para recordarle que no está libre, sino cumpliendo la misión de llevar a Abilio a Pueblo Viejo. Pero pasa casi desapercibido para Abilio aquel silencio, porque está llegando el autobús, y la gente ya corre a alcanzarlo antes de que termine de llegar.

Entonces, y como para poner algo que aliviara aquel silencio, "Cara e'viejo" se apresuró diligentemente y consiguió dos puestos. Con suerte, porque en un momentico se llenó aquel bus hasta el techo, que es donde algunos pasajeros, de pie, en el pasillo, tenían las cabezas.

– Dime, chico... –dijo Abilio en voz baja, pero con la intención ya más abierta– ¿no es verdad que Olimpiades está echando mucha vaina por ahí?... A mí me lo contaron...

– ¿Quién?...

– Bueno, yo sé quién...

Y se quedaron los dos callados, aunque ahora "Cara e'viejo, con los labios más prietos y Abilio con los oídos más abiertos; y el bus también callado, porque no arrancaba; y ya llegó a tanto aquella espera que la gente comenzó a protestar.

– ¿Es verdad –insistió entonces Abilio, ya sin tapujos– que el chico anda metido en vainas políticas?, ¿ah?...

"Cara e'viejo" era entonces, escondido debajo de aquella losa de la visera amarilla, un hombre mudo, como un muerto; mientras tanto, dentro del bus se iba condensando un calor húmedo y espeso que ya no se podía respirar.

– ¡Yo lo sé, chico, lo sé!... –reventó Abilio–. ¡Y a ese carajo no se le ocurre otra cosa que ir a pedir trabajo a la Compañía!... Vos sabéis que allá no son pendejos, y le buscan a uno de dónde es y qué hace... y el que pinta colorado, pues... cero... ¡ya me entendéis!... –Y Abilio le dio un codazo.

"Cara e'viejo" ya no veía cómo quedarse callado, y dijo, como quien no está con nadie:

– Claro... Pero eso tampoco está bien, porque ponen a la gente a hacer cosas...

– ¿Cosas?... Pendejadas, diréis... Que miren primero, ¿no?...

– Así lo que consiguen –insistió con su voz blanca y huida "Cara e'viejo" mirando por la ventanilla– es que la gente se eche al monte.

– ¿Al monte?... ¡Que se vayan!...

Pero a Abilio le habían acogotado con eso la voz, porque le salió como cortada:

– ¿Y Olimpiades cogió pa'l monte?...

"Cara e'viejo" insistió en mirar hacia el ventanillo y se caló más su gorra sudada y deforme.

– Dime, "Cara e'viejo" –insistió Abilio con apuro–, ¿se fue?...

– Bueno, propiamente al monte no; pero hace como un mes lo vinieron a buscar, y desde entonces anda fuera de la casa, vos sabéis, por ahí...

– ¿Y qué ha hecho?...

– Hacer, vos sabéis, nada..., Sólo que tienen sus reuniones, y hablan...

En esto arrancó el bus.

"Cara e'viejo" y Abilio se quedaron callados, porque era mucho el ruido del autobús y porque había cosas en qué entretenerse dentro de la cabeza de uno, sin preguntar nada a la del vecino; y eso duró hasta que llegaron a la Rosa Vieja, que es donde el colector pasa cobrando su real y medio. Entonces con el bus parado, fue cuando Abilio, tomando la ventaja de que él estaba pagando los dos pasajes, preguntó:

– Y ahora, ¿qué es lo que quiere el Comité conmigo?...

que él estaba pagando los dos pasajes, preguntó:

"Cara e'viejo" peleó un rato consigo mismo, y hubo un momento que hasta parecía que iba a hablar; pero cuando abrió la boca sólo dijo:

– Eso te lo dicen allá, vos sabéis que yo...

Que fue cuando arrancó el bus entre aquel estruendo de tiros de aire.

Abilio iba observando desde detrás de una cabecita de mujer joven queapestaba a desrizador el corpulento y húmedo cogote del negro que iba abrazado a la rueda del volante del autobús, al que, por cierto, le crujían sus viejos y polvorientos huesos de hierro como si éste de Lagunillas fuese su último viaje:

– Bueno –dijo Abilio con voz gritada al oído de su compañero, entre aquellos crujidos y aquellas explosiones vitales del bus–, ¿no me vais a decir todavía qué asunto es ése?...

"Cara e'viejo" se revolvió en el poco espacio que le quedaba entre la trepidante caparazón de hierro del autobús y el cuerpo de Abilio, que era alto y fuerte y estaba tan empapado en sudor como él, e hizo como si mirara algo que había fuera de la ventanilla otra vez, que en aquel momento era puro monte oscuro, y luego sacó un trapo sucio de su bolsillo, y se sonó tan meticulosamente la nariz que hasta anduvo jurungándose dentro de los huecos y después (y siempre bajo la mirada inquisidora de Abilio, quien empezó a calcular que "Cara e'viejo" se le iba a rendir) resolló fuerte, como si gozase con aspirar aquel hedor rancio a sobacos que flotaba en el bus como una niebla espesa y volteándose, por fin, hacia Abilio, le dijo:

– Ya estamos casi en Lagunillas...

Efectivamente, un ratico después de aquel descubrimiento de "Cara e'viejo", estaban llegando a Lagunillas, y Abilio tuvo que quedarse después también con aquellas ganas de

saber dentro, porque el autobús los dejó justo en frente de la parada de las camionetas que van para Bachaquero.

Pero fue allá precisamente, cuando ya estaban sentados junto al chofer y mientras el negro Ezequiel, que llaman "El Satélite", mandaba con sus toques de campana en la parada, cuando a "Cara e'viejo" se le hizo evidente que ya tenía a Abilio en Pueblo Viejo y ya no había peligro de que se resistiera a ir, y le explicó que el asunto urgente aquel del Comité era para tratar de la venta de las casitas...

Abilio se indignó.

– ¿Y para eso me quieren a mí?...

Pero "Cara e'viejo" quieto detrás de su gorra, sin oír nada; y arrancó la "jaula"; y después, así, en silencio, un silencio cargado, el carrito hizo sus desvíos hasta la Planta de Pueblo Viejo, y luego otro, hasta detenerse en frente de la misma planchada, que se mete como un pasillo largo adentro hasta el propio Pueblo Viejo, un pueblo de tablas que parece que flota milagrosamente sobre el lago.

Los dos hombres enfilaron el largo y estrecho corredor de tablones casi corriendo, porque Abilio, que iba primero, parecía tener ya la cabeza allá adelante, lago adentro, en alguna de aquellas rejas de luz que se dibujaban a través de los resquicios de tablas en el pueblo de palafitos, y no hizo caso de las voces que alguien que le había reconocido el paso le dio desde lo oscuro, y torció a mano derecha, hacia una arruinada planchada de travesaños que crujieron como esas doloridas escaleras abandonadas en los caminos de campanario de, algunas viejas iglesias, y empujó la puerta.

Dentro era una habitación, más bien grande, de tablas, que, a la luz de aquel bombillo que casi tocaba el suelo, se veía como un galpón pequeño y vacío.

Cerca del bombillo se mecía un chinchorro.

– ¡Abilio! –le saludó con alegría alguien que estaba dentro, con los pies rozando el suelo–. ¿Cómo estáis, Abilio?... y por la casa, ¿cómo están?...

Abilio contestó al saludo de su hermano José del Carmen sin mucho entusiasmo, y luego miró uno a uno a los tres hombres que descubrió sentados en el suelo y recostados contra el muro de tablas, y sólo cuando vio quiénes eran y cuando cumplió con su cuñada, que se le acercó desde el lejano fogón para saludarlo, fue cuando aceptó compartir el chinchorro con José del Carmen, y dijo, ya sentado junto a su hermano y mirando a los hombres, que ya eran cuatro, porque se les había unido "Cara e'viejo", con sequedad, para que nadie tuviese dudas de lo que traía en la cabeza:

– Miren, compadres; ya yo le dije a "Cara e'viejo" que yo no soy el Presidente de la Compañía... y que este negocio de las casitas no es conmigo porque tengo entendido que ustedes recibieron una oferta de la Compañía hace tiempo...

José del Carmen y los tres hombres quedaron viéndole el sudor como latas torcidas. Todos vieron que al hombre le temblaba un labio, y cómo aquellas sus metras amarillas le rodaban dentro de las cuencas profundas cuando iba de uno a otro de aquellos pares de ojos que le estaban hostigando implacablemente desde aquel silencio.

– ¿Qué te dijo ese carajo? –rompió por fin José del Carmen.

– Nada, no me dijo nada más que eso, que tenían ustedes visto un lugar para fabricar sus casas en la orilla, y que habían decidido pelearle el precio a la Compañía... Y ultimadamente, pa'qué este misterio, y ¿pa'qué me quieren a mí con este apuro?...

José del Carmen no dijo nada, y menos podían decir los demás, que estaban pendientes del menor de los gestos de su Presidente.

Abilio observaba uno a uno a aquellos hombres que tenía sentados en frente, con los pies descalzos, las ropas gastadas y grandes, la mirada humilde, los semblantes cansados y los pellejos amarillos de fiebres viejas, y no pudo escapar a la idea de que lo que estaba alumbrando aquel bombillo era el mundo de él mismo, de Abilio Reyes, y entonces buscó, y descubrió, aquella luz de tizón que miraba como un colorado ojo ciclópeo desde los oscuros lados por donde estaban ahora peleando tres muchachitos con las manos metidas en un plato, y por donde debía estar, al lado de aquel rescoldo mortecino de las chamizas, la mirada invisible de su cuñada, también midiéndole lo que le estaba dando en aquel momento la sangre.

A Abilio se le vino a la cabeza su propia madre.

– Bueno –dijo por fin–, yo sé que la Compañía llegó a pagar hasta 800 bolívars por la casa de los "Chimoito", y que ustedes que no quisieron vender tan barato... Bueno, eso es cosa de ustedes... Pero... –y se le revolvió el hombre de la Compañía dentro– ¡ustedes como que están creyendo que estas casuchas de madera son quintas de una urbanización!...

José del Carmen no dijo nada, pero si a Abilio se le hubiese ocurrido mirar de lado le hubiese visto hinchársele dentro la indignación hasta saltarle los ojos y mudársele el color del pellejo.

– ...Y bueno –continuó Abilio y ¿cuánto quieren ustedes por este montón de tablas, ah?...

Hubo entonces un silencio embarazoso.

– Es verdad –arrancó por fin con una voz lenta y cargada, José del Carmen, mirando a su hermano, que lo tenía ahí mismo–, es verdad que este tablerío podrido en que vivimos nosotros no vale mucho para vos, y acaso tampoco vale nada para la Compañía, pero resulta, mi hermano, que aquí estamos viviendo nosotros...

– Muy bien –le interrumpió Abilio con brusquedad–, ¡y nadie les está prohibiendo que sigan viviendo aquí!...

– ¡Nadie, ah!...

Y es como si a José del Carmen le hubiesen metido un palo por la cabeza, porque se la agarró con las dos manos, y dijo una blasfemia; pero se serenó por fuera, como pudo, y dijo despacio, con la voz contenida:

– "Paraguachón", ínflale esa bomba a mi hermano...

Sin embargo, como el nombrado no se movía, sino que seguía con el muro de tablas pegado a la espalda, José del Carmen lo sacudió bruscamente con la voz:

– ¡Vamos, "Paraguachón", ínflaselo!...

"Paraguachón", un gordo fofo y sudado, con la cabeza pelada, metió su mano derecha dentro del bolsillo de su pantalón y sacó un preservativo grande y deforme, como una bolsa de caramelos muy manoseada.

– ¿Y eso qué es? –preguntó Abilio, riéndose.

– ¡Vamos, ínflaselo, mi hermano!...

"Paraguachón" se puso muy serio a soplar dentro del preservativo, y lo infló del tamaño de una cuajadita.

Abilio estaba todavía sonreído, pero no acertaba qué decir.

– Vos tenéis familia, Abilio... –le dijo José del Carmen posando una serenidad que sabía muy bien que él no tenía dentro.

– Pues claro...

– ¿Cuántos años tiene tu Asisclo?...

– Cinco...

– Y ¿si vieras vos a Asisclo soplando un condón donde esos coños de musius han hecho su porquería?, ¿ah?...

Abilio se quedó serio y callado, mirando al condón inflado como un globo.

– Es que ya no es sólo que esa planta eléctrica nos esté orinando aquí mismo el canal de agua caliente que echa, y ya no es sólo el veneno que trae, porque le echan a esa agua algo contra la "broma" en los filtros, por lo que se muere el pescadito y se enferman nuestros muchachos, sino que, además, ahora, desde que hicieron esas casas ahí, nos están cagando aquí mismo por esas cloacas que vacían en la orilla.

Y José del Carmen esperó un silencio.

– Y con que, mi hermano querido –añadió con sorna– nadie nos prohíbe vivir aquí, ¿ah?... Y si con el calor que ya tenemos, y con esta hediondez de la cloaca que es como si viviésemos en un excusado, ahora os empiezan a llegar, como le pasó esta mañana a "Paraguachón", los hijos tuyos con un condón inflado como una bomba, ¿te parece que debemos seguir así, aguantando, callados, tanta mierda?...

Abilio veía en silencio el globo que "Paraguachón" tenía lleno de aire en una mano.

– Bueno –dijo por fin–, en eso tienen razón, no vayan a creer que yo estoy contra ustedes, pero ¿qué puedo hacer yo aquí?

– Aquí, de lo que se trata es de que este Comité de Mejoras tiene obligación de resolver estos problemas, ¿no es así?... (aprobación de cabeza de Abilio) y como uno no tiene dónde ir, porque ¿pa'donde va coger uno que ni lo reciben?, pues hemos pensado en vos, que tenéis amistad con el señor Rodríguez, que está en Relaciones Públicas, pues... así como nos ayudasteis en el asunto aquel de la pluma de agua, ¿recuerdan? (los cuatro hombres cabecean vigorosamente) pues ese es el asunto, que vos nos echéis una mano...

Abilio se quedó otra vez callado.

– ¿Qué decís vos? –insistió José del Carmen, puyándolo con el codo.

– Entonces, lo que ustedes quieren es que la Compañía les pague más por las casitas, ¿no es así?... (asentimiento general) y que yo hable a Rodríguez.

– Sí –dijo José del Carmen, hablando por todos.

– Y ¿como cuánto están pidiendo ustedes por cada casita?... ¿ah?...

Los cuatro hombres sentados miraron a José del Carmen, y éste, sin discurrir mucho, porque esto estaba ya hablado en el Comité, dijo mirando a su hermano:

– Dos mil bolívares...

– ¡Dos mil bolos!... ¿Están ustedes locos?...

Nadie más que Abilio creía, por lo visto, que aquello era una locura, porque nadie más que él se asombró.

– Bueno, y ¿ustedes quieren que yo me embrome empezando a proponer esa exageración a la Compañía?...

Y Abilio, por no reventar allá mismo, sentado al lado de su hermano, se levantó del chinchorro y caminó hasta la puerta, y se agarró con las dos manos al vano, que era estrecho y bajo, y que se estremeció con sólo apoyar en él las dos manos, y se quedó mirando hacia el pueblo.

Los hombres lo vieron hacer, en silencio.

Hacía ya horas que la noche había apagado las candelas del cielo, pero todavía quedaba en el ambiente ese sofoco asfixiante y húmedo que dejan detrás los grandes incendios, y en lo oscuro de las cenizas de aquel día, que era el que había quedado libre en el turno de noche a Abilio, sólo brillaban los pocos bombillos de la planchada y algunas grietas de las casuchas de tablas y los reflejos del agua, que, como un espejo, convierte el pueblo en dos mitades: el de madera sobre los pies de estaca, que era el de verdad, y el de agua, que era como un doble, pero que también era parte del pueblo.

Y de aquí era él. Aquí lo había parido su madre, sobre un piso de tablas clavado en el agua, como un barco grande que no tuviese otro rumbo que estarse quieto sobre estos pies de mapora, o de betú, o de chorote, metidos en el cieno de esta orilla. Su viejo les contaba cuando niños que aquí se vivía mejor, porque en tierra había mucha plaga y mucho bicho. Pero con el tiempo y los insecticidas, y con las fiebres y los muertos, ya las orillas estaban limpias, y sin embargo, todavía había quienes seguían viviendo aquí. Y esto, él lo sabía bien, no era porque fuese mejor, sino porque para muchos era lo único que había. Allí estaba viendo, asomados sobre el agua, los muñones de palo podrido de la casa de los Rojas, que se había caído; porque a estas casitas les fallan los pies porque se pudre la madera o porque les ataca la "broma", que son unos caracolitos muy dañinos, o como dicen en la Compañía, por el teredo, un animalito que se come hasta el cemento.

¡Pero esta gente no se estaba mudando para tierra firme, sino que estaba clavando sus nuevos pies de palo un poco más allá, sobre el mismo barro y la misma agua aceitosa de siempre! Total, que casi cuarenta años de petróleo no habían dado para nada. El barco aquel seguía varado en la ciénaga...

Abilio oyó gruñir al cochino que estaba criando José del Carmen en un chiquero sobre tablas, y le subió de pronto a la boca un sabor de carne de puerco con gusto a pescado, porque lo único que había sobrado siempre en casa de los Reyes para engordar el cochino eran restos de lo que pescaban en el lago.

¡Verdad que casi cuarenta años de aceite no habían dado para nada!

Abilio no pudo reprimir un gesto de asco, y soltó el vano de la puerta, y salió.

– ¿A dónde vais? –le preguntó su hermano desde el chinchorro.

– Ya regreso... Espérame...

Abilio caminó lentamente, como si estuviese probando cada tabla del piso, hasta el final de la planchada, y se detuvo sobre el mismo borde, como cuando se disponía a bucear la moneda que le tiraban cuando muchacho los curiosos turistas venezolanos que asomaban por Pueblo Viejo de vez en cuando. Y respiró aquella hediondez caliente que asfixiaba al pueblo, y miró al lago, y descubrió las cabrias; y a pesar del calor y la hediondez, y acaso por eso mismo, Abilio descubrió que esto, este camino de futuro, era lo que estos años de petróleo habían sido para él; porque si él estaba ahora oliendo aquella porquería era por accidente, de quien sólo está de paso; sí, él estaba sólo de

pasada donde el destino quiso ponerle con la intención de que se quedase, ¡como se había quedado José del Carmen!...

Allá estaba el agua del lago, a un metro de sus pies, grasienta y sucia como antes, reflejando el cielo. Pero este cielo del lago, que era luminoso y caliente aun de noche cerrada, como si guardase siempre un gigantesco rastro de sol, estaba ahora recortando unas siluetas de cabrias que eran como unos esquinados y fuertes soldados de hierro, y él había conseguido desencallar su bote de este sumidero e incorporarse a ese orden y a esa fuerza, porque él, que era encuellador y mandaba con sus manos de criollo miles de metros de tubo bajo tierra, sabía de la actividad silenciosa y eficaz que vigilaban celosamente esas torres. Allá estaba viendo Abilio lago adentro la apretada hilera de luces que alumbraban la planta de gas, una fábrica grande asentada sobre sólidos pies de cemento, y ahí mismo estaba, para cualquiera que tuviese ojos para ver, el resplandor de un incendio dominado por la voluntad del hombre, la gigantesca planta eléctrica de Pueblo Viejo.

Eso, lo que se veía desde aquí, sin otro esfuerzo que mirar, era el porvenir. Este callado pero intenso trabajo en el lago era un silencio que producía riqueza, porque estaba hecho de orden y tenía una dirección. Y aun cuando había gentes de su pueblo que estaban desde el fácil parapeto de la flojera contra los que dirigían este trabajo de crear riqueza, los frutos llegaban a todas partes, y nadie lo podía negar. ¿Y en qué quedaría toda esta posibilidad de riqueza si no mediara este esfuerzo extranjero y esta organización? Pues quedaría oculta, como ha quedado sin descubrir en Venezuela la enorme riqueza de la tierra, porque nadie la trabaja, y si el pueblo tiene necesidad de comer papas tienen que traerlas desde... ¡donde haya, desde donde sí trabajan la tierra!

Y el hombre que pertenecía a esta empresa de trabajo organizado era Abilio Reyes, el hijo del "Cojo Reyes", el coriano que en 1928 anduvo años huido por esos pueblos de la Serranía de Coro por destripar a un musió... Sí, por cargarse a un capataz cuello de toro, colorado, que mandaba como si fuese un rey... Pero eso, y aunque muchos flojos no lo quieran reconocer todavía, ya pasó; porque el musió ya no era ni tan cerrado ni tan arrogante mandando como el que llegó en los primeros tiempos, y ya nadie insultaba ni pateaba a un trabajador como se atrevió a hacerlo aquel "Rojo Williams" con su padre cuando estaban armando las primeras cabrias de madera en la orilla.

Esta era la historia, y en esta historia figuraba él.

Pero su hermano... (y Abilio se volteó y quedó viendo el montón de casas destripadas con grietas de luz mitad verdad de madera, mitad mentira de agua, que era Pueblo Viejo) su hermano no había conseguido escaparse de la cloaca, y eso porque (aun siendo mayor que él y todo lo podía decir) era un flojo, y también un cobarde, porque nunca se había atrevido a dejar las tablas podridas de esta planchada que ahora querían cobrar por chantaje como si fuesen de oro... Y así, ¡hasta le había salido un hijo comunista!...

A Abilio se le había madurado dentro, en el pecho, una como fruta que ya cuando le molestó "Caea e'viejo, en la casa le había comenzado, aún tierna, a doler, y que después, desde antes de que le hiciese la confianza al entrar en la "jaula" en Lagunillas, la sintió crecer y crecer...

Abilio regresa ahora apresuradamente, casi corriendo, haciendo crujir poderosamente los viejos travesaños de aquel pasillo de madera:

– ¡Mira, José del Carmen! –dice entrando.

Los cuatro hombres sentados en el piso están tal como los había dejado Abilio hacía un rato, sólo que ahora están comiendo de un plato común que hay en el suelo, y José del Carmen de uno que tiene sobre sus rodillas para él solo.

– ... ¡Esto se acabó!...

– ¿Se acabó qué, Abilio? –pregunta José del Carmen dócilmente.

Abilio doma entonces la voz un poco, pero les dice así, en un chorro largo y lleno de raudales y remolinos y con un contrapunto de gestos, que es mejor que el Comité vaya directamente a ver a Rodríguez, y que, además, después de todo, eso que pretenden hacer con el preservativo no es más que un chantaje, y que lo que dicen es una exageración, y que aquello no es sino una pretensión de flojos...

José del Carmen deja de comer, y después los otros cuatro hombres se quedan con sus dedos, o metidos en el plato, sin atreverse a subir el pescado a la boca, o ya con la comida dentro, o con las manos a mitad de camino, como si se hubiesen vuelto de sal, sin atreverse a romper aquel silencio.

Y aún después de un momento, sólo se oye el chiquichaque salivoso, húmedo y repugnante, de "Cara e'viejo". Abilio, después de aquel esfuerzo, se ha quedado desinflado, como un muñeco de goma que ha perdido aire, y se recuesta contra un palo, de forma que la luz le da de abajo hacia arriba, aplastándole la sombra de su cabeza contra los travesaños y el zinc coarrugado del techo, y en lo que le pone su cabeza a pensar absurdamente es en que aquel muérgano de "Cara e'viejo" está comiendo aquella noche por segunda vez.

Después, al rato largo de no oírse más que la contracción crujiente, crepitante y rayada del zinc, al que le está regresando el cuerpo a lo que es cuando se enfría, se oye el tiro, y después el eco largo, que hace un plato de peltre cuando cae sobre un piso de tablas; y la voz de José del Carmen, que tiene una ronquera sorda cuando se indigna, dice:

– Ya te puedes ir, Abilio...

La voz queda flotando en el aire húmedo y caliente de aquella habitación grande, que es como un pequeño galpón vacío, con un peso que se siente, y hasta "Cara e'viejo" ha dejado de comer, cuando Abilio cambia de postura y la sombra de su cabeza, que es la que ve José del Carmen deforme y aplastada contra el techo, da un brinco silencioso y se pone a acechar a aquellos hombres desde otro travesaño.

Esto dura así un mundo de tiempo, hasta puede que un minuto entero, cuando la voz de la sombra que ve José del Carmen pegada a los travesaños del techo dice con un cierto temblor, que tampoco es de miedo, pero que dice así, como si la estuviese arrepentida de algo:

– Bueno, eso era un decir...

Sin embargo, a pesar del tono conciliador de Abilio, nadie parece dispuesto a hablar. Aunque José del Carmen sí se agacha y recoge su plato, y los demás hombres hasta comienzan a comer disimuladamente su pescado. Y entonces, ya casi roto aquel silencio, Abilio se atreve a explicar humildemente que en verdad aquello le parece una

exageración y que la Compañía no tiene ninguna culpa de lo que les está ocurriendo por querer seguir viviendo allá...

Es cuando a José del Carmen, que acaba de dejar el plato vacío debajo del chinchorro, le crece algo dentro, y dice, con esa voz que él tiene que sujetar a cada palabra, para que no vaya a abofetear con el insulto a un hombre que es su propio hermano:

– Aquí ya tenemos bastantes sermones con el cura, que viene una vez al año, ¡y a regañarnos!... Aquí un hermano ha pedido a otro hermano que le eche una mano, y ese hermano le contesta con una grosería... (y José del Carmen aguanta la voz, que le silba por las narices al respirar). Ahora, si este hermano dice después que tal y que cual, y que si pa'acá y pa'allá... y que si esto y aquello... (y José del Carmen vuelve a respirar por la boca) y que no fue con mala intención y qué sé yo... la cosa se pone un poco mejor; pero siempre... ¡ese hermano se me puede ir de la casa!... (pero Abilio no se mueve) y se puede ir por eso (y José del Carmen respira más fuerte para arriba que para abajo, como cuando a un hombre le quiere saltar algo que quiere guardar dentro) ¡porque ya no es mi hermano!... (y entonces se produce de la nada, con sólo quedarse todos completamente quietos, un silencio grande, lleno de ojos). ¡Y dígame eso, porque él y que ha conseguido un trabajo bueno con la Compañía y que le dan la casa de bloques y que le pagan para comer completo y para que su familia también coma lo suyo, ahora, los demás y que no tienen derecho a seguir viviendo!; ahora, ¡y que los demás pueden dejarse comer por la porquería!... (Abilio sigue callado y quieto, con su sombra encaramada allá arriba). ¡Mercedes! ¡Tráenos café!... ¡Ah, pues (y la voz ya tiene otro respiro, como si al decir las cosas se le hubiese hecho sitio en los pulmones para llenarlos de aire), y que mi hermano no quiere nada con su hermano!... ¡pues yo tampoco quiero nada con él! (y la voz se desmanda bruscamente) ¡que se le pudra lo que tiene, si tanto miedo tiene de perderlo!... (Y espera un poco, y se le doma la voz otra vez). Eso es lo que le deseo al hermano ese al que se le han olvidado las noches que pasábamos desvelados junto al viejo nuestro cuando la nata del petróleo llegaba al pueblo, de miedo que una chamiza encendida o un cabo de cigarrillo prendiese un incendio que acabase con el pueblo... De eso y de todo lo que este pueblo es para nosotros se ha olvidado el hermano ese... Él tampoco se acuerda de cuando teníamos que bebernos, a juro, el agua aceitosa del lago, ensuciada por la Compañía, que, si no me equivoco, y ustedes aquí todos son testigos, vino después que nosotros... (y le da un brinco la voz). ¡Pero a él le preocupa, no nosotros, que somos su sangre, sino la Compañía, que es la que le alimenta el mondongo!... Pues ponga cuidado (y José del Carmen apunta a la sombra con el dedo), que alguien le puede dar, y pronto, una puyada a la Compañía, y se le puede derramar eso que ustedes creen que es de ellos solos... (Y José del Carmen mira hacia "Paraguachón", y Abilio ve que éste asiente gravemente mientras juega con el preservativo vacío liado en torno a un dedo). Porque de cualquier manera, más de lo que nos llega ahora nos tiene que alcanzar... Y ultimadamente, ¡yo le digo al hermano ese (y a José del Carmen se le encarama la voz ronca hasta casi asomar el grito) que si él quiere que yo viva en una casa decente y que yo sea un hombre poco exigente, como dice que es él, que me consiga un trabajo en la Compañía!... ¡Ahí está! ¿ah?... (Los cuatro hombres, que están borrados, con sus espaldas contra las tablas, en frente de José del

Carmen y del bombillo, brotan de pronto a la escena con aquellos movimientos de brazos y de pies que hacen al aprobar vigorosamente las palabras de José del Carmen). ¡No!... ¡Que me consiga un trabajo, y que me busque un trabajo para mi hijo y para mis compañeros!... (Los cuatro hombres hasta dicen algo que se pierde debajo de las ruedas gordas y poderosas de la voz crecida de José del Carmen, y hasta asoma en "Cara e'viejo" el gesto de un aplauso). ¡Eso!... ¡Eso es lo que le digo a mi hermano! (y José del Carmen baja un poco, solemnemente, la voz) y entonces no necesitamos que nadie nos pague la casa, ni que nadie, ni siquiera un hermano, nos eche una mano, y entonces, si la Compañía nos da trabajo y nos da una casita de bloques en "Campo Las Treinta" y nos paga para comer y para vestir y para mandar a los muchachos a la escuela, y no que se nos pudran los hijos nuestros sobre esta planchada como nos hemos podrido nosotros, entonces, digo, nosotros nos fajamos como los demás, como dice mi hermano que se faja, y entonces no tendrá él un hermano que le llama para que le ayude a mudarse para otra parte...

Todo el pequeño mundo del galponcito de tablas de José del Carmen, hasta la mujer, que está sorprendida y hasta un poco asustada de la elocuencia de su marido, que le recuerda la de Silvio Rojas, el maestro de escuela de Pueblo Viejo, y la del mismo Olimpiades cuando comienza a hablar en las reuniones, cree que aquello tiene que continuar. Pero la voz de José del Carmen se detiene y no la pone a andar más, como si todo él, después del desahogo, se hubiese quedado quieto y sosegado, con el alma tranquila.

- Bueno -dice por fin Abilio (y las cuatro cabezas de hombre y la de Mercedes, cerca del fogón, dejan de verle la cara a José del Carmen y quedan viendo la sombra chata de su hermano) eso que decís vos, y que tiene muchas cosas de verdad, también lleva mucha paja dentro... (a Abilio le ha salido la voz tranquila) ¡porque la Compañía no tiene trabajo para todo el mundo!...

- No tendrá trabajo para todos -salta vivamente la voz de José del Carmen, incorporándose en el chinchorro, pero eso no me da a mí y a mis compañeros para llenar las bocas de nuestros hijos, y para los remedios cuando se enferman, y, ultimadamente (aquí le vuelve a brincar el tono) ¡si alguien tiene que pagar de más por nuestras casitas, porque hacer otras en la orilla cuesta más, más tiene la Compañía que nosotros, y si hay alguien que tiene que perder algo en este negocio, es justo y bueno que pierda más la Compañía!, ¿no es así?, ¡cuando mi hermano sabe muy bien que lo que ocurre es al revés! (y la voz de José del Carmen llena la pieza grande y vacía con unos enormes ecos redondos). ¡Ahí está la planta eléctrica, y que produce, y debe ser verdad, electricidad para alumbrar una ciudad tan grande como Caracas, y aquí nos están regateando un bombillo de luz, porque por dos bombillos piches de luz tenemos que pagar diez, doce y hasta quince bolívares, siendo, como es, que nos faltan para puro comer, y ahí está (José del Carmen tiene por primera vez un gesto teatral) frente a nosotros, en el lago nuestro, una planta de gas, y que para meter gas dentro de la panza de la tierra, y que porque sobra, como si aquí, sobre el cascarón, a nosotros, los que nos han parido, es un decir, con un pie sobre esta agua sucia de aceite, no nos hiciese falta un poco de este gas para sancochar siquiera nuestro pescado!... ¡Eso es lo que digo yo!...

– ¡Esos son los argumentos de los extremistas!... –le interrumpe Abilio con cierta violencia.

– Serán, serán!... ¡cómo no!... ¡serán extremistas si queréis!... ¡pero decime si son mentira!...

– Al menos exageraciones sí son...

– ¡Ah, sí!... Deben ser para mi hermano, que come completo todos los días... (José del Carmen casi se levanta del chinchorro). Deben ser... Pero la verdad es que esa comida que le dan a él no nos alcanza... ¡Y que también nosotros necesitamos comer todos los días!... Y si fuese que nos están negando una comida que nos caiga así, como llovida del cielo, no fuese nada, porque nadie da nada por nada; ¡pero lo que nos están negando es hasta trabajo!... ¡Y le repito a mi hermano que no nos dan ni lo que les sobra, que es ese gas que están guardando, yo no sé para cuándo, y que yo comprendo que si no hay para todos, está bien, porque eso de los milagros de aquellos pececitos, y el pato y la guacharaca, eso era antes; pero que quien pierda más no sea el que menos tiene, que ya tiene bastante poco con no tener nada!...

Todos, hasta la mujer, desde el ojo rojo de la brasa del fogón, lo aprueban ruidosamente; menos Abilio, quien permanece callado, recostado contra el mismo palo, con la sombra aplastada contra el mismo travesaño y el mismo pedazo de zinc.

Pero como no hay nadie que diga nada más, y como parece que todos están esperando que él diga algo, al fin es Abilio el que dice:

– Pues, mi hermano, si es así, y si ustedes se ponen de esta manera, no cuenten conmigo, porque lo que es yo no colaboro con extremistas, y yo siento mucho que sea mi hermano (y Abilio deja el apoyo del palo, y se va lentamente hacia la puerta) el que me dice estas cosas, pero con amenazas no se va a ninguna parte...

– ¡Pues ya veis por dónde –se levanta José del Carmen y avanza hacia él como si lo estuviese empujando fuera con la voz–, ese es el único camino que nos estás dejando!... ¡Nosotros no te llamamos a vos aquí para amenazar a nadie!... ¡pero si tanto lo queréis, cuídate de tu petróleo, porque cualquier día alguien les revienta el tubo y se quedan sin tener con qué llenarse el mondongo!...

Y a Abilio, que sale sin siquiera voltear la cabeza, le parece que hasta se están riendo dentro.

La lancha salía del muelle a las tres de la tarde.

Todo lo que es el malecón era a aquella hora un sol blanco y pegajoso cocinando lentamente, sin prisas (como se deben guisar en el infierno los pecados de holgazanería) una flojera húmeda.

Abilio saltó a la lancha, y dijo:

– ¿Qué hubo, Enrique?

Estaba Enrique primero, y había también otros seis hombres sentados sobre las sillas fijas de tubos de aluminio con sus anchos trenzados de nylon, porque esta era una lancha como un autobús. Abilio buscó un asiento pegado a la puerta lateral, para que le diera un poco el aire durante el viaje, el que, hasta el pozo probatorio donde estaban trabajando en La Cañada, duraba tres horas completas. Y entonces se desabotonó la

camisa a cuadros morados y amarillos, se la sacó de debajo del pantalón, se descalzó sus zapatos viejos y estiró las piernas hasta sacar los pies desnudos y grandes fuera de la puerta, para que respirasen durante el viaje; después se acomodó en el trenzado de nylon hasta que le resbaló lentamente el cuerpo y le quedó la cabeza exactamente a la altura del tubo del respaldo, y descansó las manos entre las piernas, como si se dispusiese a dormir.

– Mirá, Abilio... –oyó que decía Auristel Ortega entrando a la lancha– ¿como que no vais a jugar hoy?...

Abilio no le hizo caso, ni siquiera abrió los ojos, y esperó, y supo, por el saludo o por alguien que lo mencionaba en la conversación, cuándo iban llegando sus compañeros, y cuando arrancó el motor de la lancha era que ya había llegado Catalino Marrero, que era el que llegaba siempre de último. Y cuando la lancha comenzó a trepidar ruidosamente, a sacudirse como esos martillos de aire comprimido con que rompen el cemento, le tembló todo el cuerpo como si fuese de majarete, y al rato, cuando le empezó a entrar por la puerta un airecito tibio, ya supo Abilio que la "tres diez" estaba dejando el muelle.

– ¿Supiste lo de Aquiles? –oyó que preguntaba con voz gritada uno que Abilio reconoció que era Conmemoración Rodríguez...–, ¡que lo agarraron con unos niples y unos papeles en la casa!...

Abilio conocía a Aquiles, y sabía que andaba siempre metido en política y en líos del sindicato; pero, y ¿qué andaría haciendo con siete hijos metiendo niples en la casa?... A eso es a lo que lleva siempre la política y los líos de los sindicatos, a que un día le llegue a uno la policía... Y eso iba a pasar a José del Carmen cualquier día; porque ya andaba Olimpiades haciendo loqueras, y hasta el mismo José del Carmen se la pasaba ahora hablando pendejadas...

Cuando abrió los ojos, la lancha estaba ya a la altura de una planta eléctrica, la que Abilio veía ahora lejos, como una franja blanca de cemento con siete palos negros que eran las chimeneas, y observó cómo las interminables y derechitas hileras de cabrias de cuatro patas se iban abriendo a medida que la lancha iba avanzando en dirección al pozo. El agua la veía él pasar desde la altura de su cabeza, que la tenía echada casi a ras del agua, como una plata que hubiese tomado una dirección de río crecido, y como si la lancha estuviese remontándolo para buscar la fuente.

Sólo en las proximidades de la lancha, en el primer remanso de la cresta blanca que levantaba a cada lado la proa de la embarcación, podía descubrir Abilio una delgada mancha de aceite sobre aquel agua que tenía una nata de alga verde, de un limo que sube a la superficie en cuanto llueve, porque el agua del lago se hace entonces menos salobre y las algas se mueren por falta de sal, y flotan como natas. Así, en verano el lago es más transparente, más verde o más azul, según pinta el cielo; pero en invierno, cuando llueve mucho, el agua amarillea de tierra cerca de la costa y comienza a flotar el alga como si buscase aire para respirar.

Era, en verdad, extraño cómo el inmenso bosque de esos estrechos y tiesos cuerpos metálicos que eran las cabrias, que se veían apretadamente juntas a la distancia, se iba abriendo y abriendo, como si el movimiento, en lugar de estar en la embarcación, estuviese en las mismas torres y fuesen apartándose a la manera de un extraño ballet

mecánico, como si aquella sensación de ir a dar contra las torres se fuese desvaneciendo, como en un sueño. Esta tarde, y era extraño de verdad, no se veía pasar ningún cayuco de pescadores en busca de la curbina y del bagre y de la palometa y la lisa que tanto abundan en el lago; Abilio se sorprendió de no ver ni una sola embarcación, nada. Y también es raro, y de eso se estaba dando él cuenta ahora que había notado aquella soledad del lago, que ni siquiera hubiese un buchón o una tijereta o una zaguara para alegrar aquel cielo, que lucía blanco, como calcinado, de tanto sol. Y sin embargo, en medio de aquel extraño y solitario paisaje mecánico, en aquel mundo guardado por los ariscos y cuadrados soldados de hierro, el lago latía durante las veinticuatro horas del día, a través de un sistema de venas de acero injertado bajo el agua a las entrañas de la tierra, el pulso de sangre de un petróleo espeso y caliente.

Y Abilio, mientras regresaba a la conversación de anoche con José del Carmen, iba descubriendo contra la luz deslumbrante del cielo los tenues hilos de alambre que alimentan las cabrias con la corriente eléctrica que mueve los balancines, esas extrañas testas de dinosaurios modernos que cabecean en este árido desierto de aguas para bombear el aceite que carece de fuerzas para subir por sí mismo desde las escalofriantes profundidades de dos y tres kilómetros dentro de las entrañas de la tierra, donde se cuece el rico y poderoso excremento del diablo...

Pero ya Abilio estaba dejando completamente de ver las cosas por fuera, porque, con la brisa y la trepidante monotonía de aquel ruido de motor, se estaba quedando dormido.

Cuando se despertó no es porque a él le cansara aquella postura, porque estaba acostumbrado a dormir así, sino porque alguien que se había sentado a su lado dijo a otro que debía de estar detrás:

– ¿Supiste lo de "La gandola"?...

"La gandola" era un inglesa grande, con unos senos enormes, como ubres, que con aquel penacho de pelo color de maíz seco encendido al sol y con una grupa que parecía iban a descoyuntarse al paso de aquellos sus pies grandes enzapatados de rojo, siempre de rojo, solía ir en sus buenos tiempos a esperar en La Salina a los "buchitos" que traía un barco desde Curazao y Aruba para irlos cogiendo uno a uno, insaciablemente en su vieja casita del R-5 de Corito, dentro de la Rosa Vieja...

Y a Abilio le había brincado el nombre por encima del sueño sobre aquel terrible ruido del motor y el traqueteo de la lancha, y le había sorprendido el pensamiento allá dentro de su sesera, porque él mismo había tenido que ver con ella una vez que la tropezó con una lata de agua sobre su cabeza y lo llevó a pasar la tarde con ella en aquella cama grande de hierro que tenía en su cuarto que también era la cocina, de donde había salido Abilio livianito, como creía él que debe sentirse alguien a quien le han sorbido los huesos por la cañada...

Pero cuando Abilio terminó de abrir perezosamente los ojos y miró a Auristel, que es el que, gordo y sudado, estaba a su lado, ya su conversación con Camilo Fernández iba en que el brujo de Los Puertos de Altagracia que estaba viviendo en Cabimas, un tal Don Andrés, le había curado a una hija suya de una tullidera por pasmo, y que decía que era tan bueno que tenía en su patio guindando hamacas y chinchorros donde cuidaba a más de veinte enfermos...

– ¿Tú crees en brujos, Auristel? –le interrumpió Abilio con un bostezo.

Auristel no supo así, de pronto, qué contestar; pero luego le brincó algo a la cabeza, porque dijo nerviosamente:

– Y si te cura tu hija, ¿tú no crees?...

Pero ya se avistaba la cabria probatoria, sola en La Cañada, y todo el mundo comenzó a moverse en los asientos: los que estaban jugando barajas en popa a liquidar sus posturas, y otros a ponerse los zapatos, como Abilio, que los metió donde eran, por lo holgados, de dos patadones.

Ya había empezado a anochecer, pero aún asomaba sobre la costa del lago, que es tierra baja, un pedazo de sol de un rojo intenso y transparente; el agua había perdido ya toda la plata del cielo, y estaba cambiando, con la misma luz de arriba, hacia un extraño verde con reflejos blancos, amarillos y rojos, según los múltiples y movedizos planos por donde lo iba mirando, y en algunas suaves mecidas del agua se descubrían de vez en cuando flotando quietamente unos como ovillos desmadejados de algas viajeras; o de algas muertas, porque después de muerto no se viaja, sino que basta, para el gran viaje, con dejarse llevar.

Cuando la lancha atracó en el costado de hierro de la gigantesca gabarra, que estaba pegada a la cabria probatoria de perforación, y algunos tenían en sus manos los portaviandas de peltre con su cuchara escajada a un lado, o sus marusas de colores ajados, y fueron saltando con aquellos gritos de muchachito con que saludan a los compañeros de la cuadrilla que van a relevar.

– ¿Saben –dijo un moreno gordo de bigote recibiendo a los hombres que estaban saltando a la gabarra– que hace un rato estuvo una lancha de la Guardia Nacional?...

– ¿Qué pasó? –pregunto Auristel, que estaba cerca de Abilio.

– Yo no sé... y que han dañado un pozo esta madrugada, y que están buscando unos elementos que andan huyendo por el lago...

Cuando Abilio trepó por la estrecha escalerilla vertical soldada al lomo de hierro del taladro, hasta el encuelladero, ya era de noche.

Lo que podía ver desde donde estaba encaramado en aquella altura de treinta metros, solo en aquel "nido" de encuellador, entre la plataforma de perforación y la cornisa, que es la corona de acero de esta cabria que tiene cuarenta metros de altura y que es donde se apoya la polea, era un cielo blancuzco y transparente, de una claridad mate y muerta que no alumbraba el lago, donde regresando Abilio con los ojos no podía ver el agua, y aun debajo de sus pies, no podía descubrir desde aquella altura más que pedazos de tubo y troso de máquinas gigantes, esparcidos en dos planos: uno cuadrado y reducido, el de la cabria misma, y otro, en un nivel un poco más bajo y de forma alargada, de embarcación grande, el de la gabarra, hasta donde bajaba una estrecha y pesada escalera de peldaños prietos de hierro.

Debajo, Abilio veía las cabezas y los pies de hombres que se movían en un plano horizontal, como si se desplazasen por la magia de algún hilo escondido en la música de aquellos alaridos del malacate que le alcanzaban a él desde aquel abismo mecánico alumbrado con bombillos.

La cuadrilla que iban a relevar estaba en aquel momento sacando el tubo para cambiarle la mecha, que ya estaba "amellada".

Ya Ulpiano "Calembe", a quien iba a relevar, tenía arrumados de pie, en hileras bien prietas, el centenar y medio de tubos de treinta metros que había que sacar para llegar a las ruedas dentadas del barreno. Este era un trabajo duro que requería habilidad y fuerza, y que tenía sus peligros; pero que pagaba buen sueldo, y que no todo el mundo lo podía hacer, unos porque no tenían la juventud y el valor de pararse en el mismo canto de un abismo de treinta metros de altura abrazando y encuellando (con los dos brazos apoyados en sólo dos piernas que a veces se doblan por las rodillas) unos tubos de acero de treinta metros de largo que se cimbrean y se escurren como anguilas, y otros porque aun queriendo fajarse ocho horas al día y arriesgarse el pellejo en la maroma de aquel "nido" de encuellador, porque sencillamente había más hombres que cabrias, o también porque, como en el caso de Ciro "Sol caliente", porque tenían fama de comunistas...

Y él, Abilio Reyes, que ya llevaba casi diez años trabajando fijo como encuellador, estuvo a punto de meterse ahora en el lío de ese Comité, donde hay siempre gente torcida. ¡Él había dicho a José del Carmen más de una vez que lo único que trae andar con esa gente es más problemas!...

Y esto se le ocurría a Abilio allá mismo, en lo alto del "nido", mientras se ponía los guantes grandes de lona y asbesto, porque con aquello de que habían dañado un pozo en el lago se le ocurrió pensar en la habladera de anoche de José del Carmen, que parecía como aprendido de los discursos de los extremistas... Y ahí estaban los resultados, que Olimpíades mismo se había tenido que ir para el monte... El mismo Abilio había hecho mal en acompañar a "Cara e'viejo" hasta Pueblo Viejo anoche, porque cualquier vaina que le caiga allá a su familia le puede perjudicar a él en el trabajo... ¡Todo por querer echar una mano a ese... pendejo de su hermano, que se había ido quedando en la planchada, como un güebón!...

Esos guardias ¿a qué habrían venido al pozo? ¿Tendrían sospechas de alguien que trabaja en la Compañía?... ¿Y si estuviese Olimpíades metido en esto?... ¿Y si lo estuviese hasta José del Carmen mismo?...

– ¡Carajo!...

Nadie le iba a oír la exclamación, porque su relevo ya estaba bajando la escalerilla vertical de hierro, y los de abajo no podían, por la distancia y el ruido. Pero Abilio miró para abajo, a aquel circo reluciente de la mesa de perforar alumbrado por bombillos, y vio al "Chivo" Auristel, y a Camilo "Mono viudo", que eran los cuñeros de su cuadrilla, ya uniformados con sus viejas camisas y sus pantalones empapados de aceite, listos a enfrentarse a aquel toro bravo que embiste con cuernos de máquina por donde quiera que uno mire, y por dondequiera que a uno se le olvide de mirar. Y con ellos estaba a un lado, pegado al malacate, Teodosio Velásquez "Cacholo", que era el carretero, y Erasmo Garrido "Pelo fino", que era el aceitero, y Maximiliano Coronado "Clavo e'cobre", que era el perforador. A medida que se iban poniendo los cascos de aluminio, que eran holgados y relucientes, sobre sus cabezas, Abilio fue perdiendo de vista a los hombres, porque lo que iba quedando de ellos desde la perspectiva de aquel rumbo de pájaro era unos enormes platos relucientes a los que les salían pedazos de brazos y de piernas

aplastados contra el reluciente piso de barro de perforar y que se desplazaban cómicamente, como si resbalasen de lado, como movidos por unos resortes mecánicos.

Cuando Abilio empezó a trabajar aquí hace unos años tenía la sensación de que los cascos eran unas luces más, y le asustaba la idea de haber quedado, de pronto, solo en aquel circo de los sombreros luminosos que se movían al compás de los golpes de mazo y los restallidos de látigo y los golpes secos que sacaba la cadena del carretero cuando lo frenaba en seco, y que sonaba como si estuviese descogotando unos cuellos de hierro; le dolían los lloros de aquellos frenazos de camión que le llegaban de abajo, que le hacían brincar, porque ponían a trepidar todo el poderoso andamiaje de acero de la cabria, y le aturdían los tremendos golpes de campana que le sonaban cerca cuando arrumaba una pieza sobre aquel órgano de tubos parados, con sus pies redondos e iguales pegados el uno junto al otro, contra un lado de la cabria.

Pero uno se hacía a todo, y ya aquel trabajo que podía parecer peligroso era una rutina, y ya ni se amarraba el cinturón de seguridad para trabajar sobre el metro cuadrado de plataforma que era el "nido". Él le había perdido ya el miedo al vértigo, y se sentía en aquel borde sin defensas de la plataforma con la misma seguridad con que se había parado de muchacho en la orilla de la planchada de Pueblo Viejo. Y si no se hubiese sacudido aquel miedo que él se trajo al principio a esta novedad de pararse en una cabria, hacía tiempo que se hubiese muerto de algún susto.

O se hubiese tenido que replegar a la muerte de vivir varado en Pueblo Viejo...

Con el tiempo Abilio se había acostumbrado a mirar las cosas desde aquí arriba como quien se acostumbra a verlas de lado o desde abajo. Ahí estaban sus compañeros allá lejos, a sus pies, con los zapatos bien plantados sobre un piso de acero; pero ellos, con tener sus pies bien pegados al suelo y todo vivían en la cabria los mismos riesgos de pasar el páramo que él, porque tanto da morir despachurrado sobre la plataforma, en el piso de la cabria, como morir aplastado de un mandarriazo que le dé a uno un tubo que no agarra bien el bloque y le cae como si fuese del cielo, o morir a mazo con un golpe de tubo que se le escapa al cuñero, o todavía morir desnucado de un latigazo de la cadena, o todavía, y ya es llevar bien lejos la suerte de morir en este circo de cabria, pero ocurre, cómo no, enganchado por la pierna y batido contra el acero como un pingajo cuando se enreda en el pantalón una de aquellas asas que giran en la mesa como un diablo...

Por eso que aquellos que piensan que el trabajo del encuellador es más peligroso es porque no están acostumbrados a ver las cosas desde arriba, desde donde se ven, y esta es la verdad, las cosas tan diferentes...

Abilio vio que le llegaba entonces el bloque halando un tubo que venía escurriendo barro líquido desde casi cinco kilómetros de profundidad, y lo abrazó poderosamente y lo sujetó debajo del sobaco (que lo sintió frío y viscoso) como se sujeta una cabeza de camero o de toro que embiste para cornear, y lo arrumó al lote ya casi completo de tubos donde resbalaban las luces blancas de los focos hasta el piso, pringoso de barro blancuzco.

Y salió, como una aparición, la mecha.

Se calló el ruido de máquinas, y Abilio vio cómo los cascos del capataz, el perforador, el carretero, y los cuñeros, todos, se movían horizontalmente y rodeaban la

mecha, que escurría un agua turbia que a Abilio se le ocurrió que podía ser sangre caliente.

Todos, en torno a la mecha, acariciaron supersticiosamente aquellos dientes que habían estado mordiendo en las entrañas de la tierra.

Hasta las lejanas alturas de Abilio llegó la voz del capataz:

– ¡Los dientes ya están flojos!...

Y después la de "Cacholo" que dijo:

– ¡Sí, están flojos!...

Ahora mientras alguien trae otra mecha y la colocan, que es la señal para comenzar a meter rápidamente, por el hueco ya abierto, la articulada culebra de los casi cinco kilómetros de tubo de acero otra vez, lo que va a requerir un esfuerzo de largas horas abrazando tubos, Abilio observa que en todo en derredor, al margen de los resbalones de luz, algunos retorcidos, otros derechos, que brillan sobre los tubos y sobre los hierros de la cabria y sobre pedazos de gabarra, todo está oscuro en el lago. Todo eso, todo lo que hay de muerto y de vivo alrededor de la cabria, todo está oscuro. Todo... ¡menos un puntico de luz que se acaba de encender en el horizonte, y que Abilio teme que pueda venir enfilando la cabria!...

Y por si hay alguna duda, allá está, al rato, porque los de abajo siempre ven las cosas de lejos más tarde, la voz del capataz que dice:

– ¡Allá viene la lancha otra vez!...

Rogelio Márquez, el capataz, es el único que puede decir eso, porque es el único que vive permanentemente en la gabarra, y esto dice a Abilio sin dudas que esta lancha es la de los guardias.

Y aunque la atención ha regresado a la mecha otra vez, y la han colocado, con sus marcas de pintura roja y todo, y aunque después comienzan a meter tubos, ya nadie está en lo suyo, en lo que están haciendo con las manos o con los brazos, sino en aquella luz que se está acercando por el norte.

¿A quién pueden andar buscando los guardias nacionales?... ¿Estará, de verdad "Paraguachón", que parecía tan malicioso e insolente anoche, metido en esto?... ¿Y Olimpiadas?... ¡Hasta José del Carmen podía...! ¡Y si lo buscasen a él mismo, por lo de anoche?...

Abilio no quiere decirse nada a sí mismo, pero aunque no lo quiera confesar le han comenzado a flojear un tanto las piernas. Y con el tiempo, a medida que baja aquellos tubos, hasta los pies los comienza él a sentir junto al cuero de sus botas de seguridad, que se le antojan ahora pesadas y torpes de arrastrar sobre la plataforma de hierro.

Así, con la cabeza partida en muchos pedazos, es como se le escapa aquel tubo de debajo del brazo.

Los treinta metros de acero se tambalean lenta y poderosamente sobre su pie redondo apoyado en la plataforma, como se puede estar cayendo un poste de treinta metros, y van por fin, a dar, a pesar de los gritos de los hombres, su campanada de acero contra la cabria, que se estremece toda, como si de veras le hubiese dolido el mandarriazo.

En lo que piensa Abilio mientras coge su mecate y corre pesadamente sobre sus pies de plomo a lo largo del estrecho balcón de hierro, con los vasos de sus botas, "tap-tap"

sonándole en la cabeza, para enlazar el tubo en el otro extremo de la cabria y pararlo, es en lo tontamente que han corrido sus compañeros de allá abajo, con los brazos protegiendo las cabezas, porque tanto da morir con los brazos arriba que con las manos metidas en los bolsillos. Y piensa que él está más seguro arriba en el "nido"...

Pero después, cuando Rogelio Márquez y "Cacholo" y "Pelo fino" y "Clavo e'cobre" se quitan los cascos y ve aquellas cabezas y aquellos ojos que le miran desde abajo, piensa que lo que ellos están viendo de él es apenas la cabeza, y acaso parte de los hombros y media bota fuera de la plataforma de acero, en el aire, alumbrado por un bombillo, como algunos santos, y se le antoja que ahora sí se puede caer él para abajo desde este cielo falso que es la altura, porque los otros son los que están con los pies asentados sobre una sólida planchada de acero...

Márquez, el capataz, que es el que puede decirle algo, se contenta con mirarlo así, con el casco en la mano. Y de lo que se ocupan todos después, sin decir una sola palabra, es de aquella luz en el lago, que ya se ve del tamaño de un faro de camión.

Pero comienza a jadear y a gritar el malacate, y a silbar el látigo de la cadena abrazando los delgados tallos de los tubos, y a girar criminalmente intencionadas las asas cerca de los pringosos pantalones y de las sudadas piernas de los cuñeros, y Abilio tiene también que abrazarse a los tubos (a pesar del sudor helado de su frente, y aquellos pies y aquellos brazos que le parece que cada vez son menos de él), para irlos mandando, uno a uno, a las entrañas de la tierra.

Cuando la lancha atraca, por fin, contra la gabarra, Abilio está con el cierre de la masa en sus manos, y se detiene, y abajo los hombres no pueden hacer otra cosa que esperar, porque en esta cadena de movimientos sincronizados que es el trabajo de perforar nada pueden hacer los demás hasta que a Abilio se le ocurra apretar el tubo allá arriba. Y nada hacen, porque el capataz está bajando la escalera estrecha de hierro que une la cabria con la gabarra, y el perforador y los cuñeros están ya en la baranda de la plataforma viendo en qué para todo aquello.

Abilio ve saltar de la lancha primero a un guardia, y después a dos más, y ve cómo los tres se ponen a hablar con el capataz.

A Abilio se le hace más cierta cada vez la posibilidad de que le puedan andar buscando a él mismo.

Entonces piensa que hasta se le puede acabar aquel trabajo, y que se le puede terminar su casa en "Campo Las Treinta", y ¡quién sabe si hasta lo pueden poner preso!...

Esto le cae a él por dejarse llevar... Porque podía haberle dicho a "Cara e'viejo" que él no tenía por qué llegar hasta Pueblo Viejo, si no le decía para qué... Pero no, él se montó con aquel pendejo, y a aquella hora de la noche, para Pueblo Viejo...

Es como si de solo pensarlo, alguien le hubiese dado un golpe en el estómago, porque lo está sintiendo dolido y frío; tanto que se recuesta contra la baranda posterior del encuelladero.

– ¡Abilio!

Cuando oye llamarse es cuando Abilio descubre allá abajo, en aquel pozo de luz blanca, a "Cacholo", que le está haciendo señas con el brazo, y comprende que a lo que están llamando es a comer, y descubre entonces que los demás ya están bajando hacia la

gabarra, y que "Clavo e'cobre" ya se está lavando las manos cerca del depósito de barro de perforar.

Abilio hace entonces por reunir unas fuerzas en sus pies, que los siente perdidos en sus botas, y sí los puede mover, y también frota sus manos una contra la otra, para sentir las vivas debajo de sus grandes guantes de lona, y se dice a sí mismo que esta es una hora buena para probarse, porque bajar aquellos treinta metros verticales sin una defensa de donde asirse para un desmayo, en esta hora en que el miedo se abraza a uno como un bejuco prieto, es una medida de hombre... Abilio quiere decirse entonces a sí mismo que lo que pueden hacerle los guardias no es mucho, porque él no ha hecho nada, y hasta su hermano y los amigos de su hermano pueden dar testimonio de sus palabras en Pueblo Viejo, y que hasta seguramente José del Carmen mismo irá a decir que Abilio no es hombre de esos enredos, que lo único que hizo él anoche fue venir a verlo porque él mismo, su hermano, le había mandado llamar de urgencia... Todo esto se dice Abilio a sí mismo antes de moverse, para ver si aquello le da fuerzas... Pero resulta que no, que aquel temblor de las piernas no se le va, y que aquellas burbujas de aire que le andan en la cabeza, sin dejarle ver las cosas que tiene delante como él sabe que son de verdad, no se le quieren ir tampoco... Pero al mismo tiempo Abilio sabe que él tiene que bajar, que tiene que aparentar que él no sospecha nada, y que él no tiene ninguna culpa de las vagabunderías que puede cometer su hermano, y que él es hombre decente y un hombre de trabajo... Y que si hay un hermano y un sobrino que son flojos y extremistas en la familia, que eso es cosa de ellos, porque así de mal intencionada es la gente de uno algunas veces...

Lo primero que hace Abilio entonces, que es cuando se va a medir consigo mismo, es ponerse derecho, borrar los hombros caídos de dos manotazos que se da él mismo con guantes y todo, y luego, asustado como está, quitarse los guantes y dejarlos en un ángulo de la estructura de la cabria, y ponerse de pie en el borde de la plataforma, pero mirando al negro infinito del lago, y entonces girar sobre sí mismo, y agarrarse bien con las dos manos a los dos pasamanos que se desploman treinta metros hasta el piso, y así, agarrados los dedos a aquellas dos varillas delgadas de hierro que uno siente que se le van a derretir, bajar uno de las botas, con su pie frío dentro, hasta un peldaño más abajo, y cuando siente que ya la bota no baja más, y que su rodilla tiene que hacer una fuerza, ensayar angustiosamente si le aguanta el peso del cuerpo, y luego, cuando ya ve que sí, que el cuerpo aguanta sobre la rodilla y sobre el pie izquierdo, entonces levantar el otro zapato y echarlo para atrás y bajarlo con aquel sudor de hielo en la frente, que es como si le apretase una argolla, y bajar también la mano lo que le parece que es un tramo, y así, despacio y sintiendo cómo trabaja, ansiosamente, todo su cuerpo, como si todo él estuviese acudiendo en socorro de sí mismo, descender con los ojos cerrados, lentamente, parsimoniosamente, con un susto que se alarga y alarga y que no termina nunca, uno, uno, otro y otro, hasta que después de mucho tiempo de largo y largo caminar de espaldas para abajo, tropezar con algo que él sabe que es el piso de hierro donde descansa, tranquilamente, como descansa un muerto, todo el peso de la torre de perforación. Y entonces mismo, cuando acaba de llegar, no se le ocurre dar gracias a nadie, y se acaricia las rodillas y se tienta los brazos y se sorprende de sentirse entero.

A Abilio, que le había huido la sangre a todos aquellos resquicios por donde lo podía espantar un susto, le está regresando el calor a sus manos y a sus pies y a su cara, donde siente ya como un sofoco, y con la sangre, también el alma le está volviendo donde está siempre, a la misteriosa conciencia de sentirse uno mismo.

Y sólo entonces dice Abilio, sin pensarlo mucho, pero repitiendo lo que ha oído a su madre en algún apuro grande:

"Gracias a Dios..."

Dice esto y ya se encuentra bajando la pesada y estrecha escalera de hierro hacia la gabarra; y cuando se lava las manos y se acerca a la mesa, que es una tosca ensambladura cuadrada de tablas entre unos montones de tubos, hay varios que lo miran y le dicen entre bromas que creían que se había caído al lago.

Abilio saca su portavianda de peltre de debajo de un cajón que está pegado a los tubos, y pone sus tres perolitos al lado de otros, encima de la mesa, y se sienta en una esquina que le deja libre Camilo. Después observa los contenidos de los demás perolitos, por donde ya andan metidas muchas manos, porque en las cuadrillas de perforación lo que trae uno es de todos, comen en grupo, y todo el mundo se entera cómo cocina la mujer de uno y de dónde es, porque si lleva picante es andina y si pone plátanos a menudo es zuliana y si siempre es pescado, pues es margariteña, y también se sabe cómo anda cada cual de presupuesto, y entonces Abilio descubre con sobresalto que hay también dos guardias que, aunque no han traído nada, están metiendo sus dedos en su perolito de cochino frito con arroz y plátano horneado. Y Abilio ve eso y no se incomoda ni lo asusta, para sorpresa suya, y hasta se atreve a decir, haciéndose el zoquete, sin necesidad, a uno de los que están aún con la mano en su cochino:

– ¿Andan persiguiendo ladrones?...

El guardia, que está aún reuniendo su bultico de comida entre sus dedos, lo mira sonriente y contesta con un movimiento de hombros; pero cuando después se mete su comida en la boca, y como los demás está hablando de cuánto puede correr una lancha en el lago, el guardia le dice, mezclando su voz con la de los demás, que no, que no son ladrones a los que andan buscando, sino a unos hombres que han reventado una instalación en el lago con dinamita...

– ¿Dinamita en el lago? –pregunta Abilio, y la boca se le llena de piedras.

– Sí –añade el guardia– volaron una de esas... estaciones eléctricas...

Todos parecen conocer la noticia.

– Eso –dice vivamente "Clavo e'cobre"– son los comunistas.

Y hay varios que aprueban aquello a cabezazos, mientras comen, y uno dice:

– Debe ser...

Otro menciona entonces aquello de que a Aquiles lo han sorprendido con unos niples en la casa, y cada uno luego quita y pone los detalles que puede.

A Abilio le gustaría preguntar si conocen nombres, pero no se atreve. A él le basta saber, por el momento, y con eso se le enciende un fuego caliente y grato en el estómago, que no lo buscan a él mismo.

Lo que a él le anda ahora en la cabeza, pero como a distancia, como si fuese con otro, es la posibilidad de que sea alguien de su propia gente.

Es cuando aparece el capataz acompañado del teniente, y cuando todavía pueden decir que la cosa es con él. Y a Abilio se le vuelve a enfriar el estómago, y se le pega la comida a medio camino...

Pero no hay por qué, porque los hombres se apresuran a levantar los perolitos vacíos y a meterlos en las bolsas de tela o a montarlos en los portaviandas, y luego se encasquetan sus sombreros de aluminio y comienzan a subir, uno tras otro, cada uno con su comentario en la cabeza o pasándoselo a quien está más cerca, hacia la cabria otra vez.

Abilio, a quien se le ha encendido, al irse definitivamente el peligro, una enorme indignación, como quien regresa de un susto, sube los treinta metros verticales de escalerilla con la facilidad con que lo hace todos los días. Y luego se pone sus guantes de seguridad, y se para desafiante en el borde de la plataforma, con el aplomo de siempre. Y ahí, donde no hay tiempo que perder, y donde el hombre es una articulación más en la máquina de perforar, agarra un tubo, se yergue sobre las puntas de sus botas para alcanzar el bloque viajero, y cierra la llave en torno al tubo que sujeta con sus fibrosos brazos (en realidad con todo el cuerpo y con toda el alma) y la masa lo baja después a pulso, un pulso de golpes secos, "tac-tac-tac", seguros, de perforador, hasta que los cuñeros abajo lo ponen descansando exactamente sobre el que está ya metido; y entonces Abilio ve y oye cómo el latigazo de la cadena que pasa rozándole la cabeza a "Cacholo" atornilla los dos tubos, y cómo el malacate deja entonces correr el poderoso hilo de acero de aquellas cinco gruesas guayas con un silbido que se queja de los centenares de metros de tubo que bajan a la velocidad de caída de su tremendo peso, y cuando el tubo se mete hasta sólo dejar asomando un pedazo, frena el malacate con ruido de pitido y de grito largo y profundo, y cuando toda la cabria se conmueve de aquel tremendo esfuerzo, Abilio vuelve a abrazar otro tubo y apresarle el cuello con el cierre de la masa, y otra vez el empuje con el tubo que él acaba de bajar y otra vez el malacate, soltando guaya treinta metros, con el mismo ritmo mecánico y preciso con que están moviéndose los brazos y los pies que Abilio ve que les salen a los relucientes cascos que se mueven horizontalmente, con carreras bruscas, con frenazos cortos, sobre la plataforma...

Es cuando al "Chivo" Auristel se le escapa un tubo en una de las mecidas allá abajo, y casi revienta la cabeza a su compañero, como un badajo de treinta metros puede partir un coco...

Y así, a este ritmo, continúa el trabajo de meter tubos por horas, sin descanso.

Hay un momento, cuando casi los cinco mil metros de tubo están dentro, cuando a Abilio se le hace el trabajo tan mecánico que ya resulta peligroso.

Cuando Abilio aprieta la llave de la masa al cuello del último tubo arrumado a su derecha, piensa que José del Carmen es capaz de haberle podido comprometer en vísperas de lo que tramaban, para dañarlo, o acaso por simple envidia, porque él ha podido llegar a un puesto fijo en la Compañía...

Es cuando Abilio descubre otra luz lejos, dentro del lago, y Abilio sabe, por esto y por la hora, que es pasada la media noche, que aquella es la lancha del relevo.

Y esto, que debería ser motivo de alivio, lo termina de desinflar, y hasta descubre, aunque lo ha visto muchas veces, que el "Chivo" se mueve abajo con más torpeza y con

mayor lentitud, y que "Mono viudo", su compañero, hace un par de horas ya que viene acudiendo a agarrar el tubo a destiempo, y piensa que ya es el cansancio, y que después del viaje en la lancha, que fue de tres horas, y después de cinco o seis horas de aquel trabajo, aquellas cabezas y aquellos pies y aquellos brazos ya no pueden moverse a la misma velocidad que al principio, y que estas ocho horas de faena que les toca en la cabria todos los días, que en otra clase de trabajo podría ser sólo cansancio y nada más, aquí es muy peligroso, porque el malacate baja el tubo a la velocidad de siempre, con aquellas poderosas sacudidas de máquina del comienzo; pero el brazo y las piernas del hombre no funcionan así, y después de cinco horas ya la cabeza no manda igual que al principio.

El mismo Abilio, aunque quisiese hacer otra cosa, porque dejarse desinflar allá arriba es muy peligroso, se da cuenta que su cabeza no da para más, y que su brazo no tiene la fuerza de antes, y que sus piernas y sus brazos se mueven sólo porque ya están acostumbrados, pero como si ya no supiese lo que está pisando, cuando deja de pisar es un salto de treinta metros...

La lancha se está acercando, y Abilio puede ver ahora, por el foco de luz, que es de verdad que son los compañeros del relevo y no es la guardia nacional otra vez.

Cuando Plutarco "Pata e'plomo", el relevo, sube al "nido", Abilio no baja enseguida, sino que se le queda al lado y le pregunta qué hay de nuevo, y qué se dice en Cabimas, porque él es de allá.

– Tú sabes, lo de Aquiles... –le dice con la voz alzada con el esfuerzo de abrazar un tubo.

– ¿Y qué se dice de Aquiles? –tira de la lengua Abilio.

– ¿Tú no sabes que lo pusieron preso?...

– Sí...

– ... Por el asunto de unos niples... ¡por meterse en vainas!...

– Sí... contesta Abilio, para alargar la conversación.

Pero como "Pata e'plomo" se queda en eso, añade, con el miedo de ir demasiado lejos:

– ¿Y qué se supo de los que volaron la subestación?

– ... ¡Ah!... Y que han agarrado a dos, y que uno y que está muy grave, y que lo han llevado para Caracas... –Y "Pata e'plomo" cierra la llave de la masa y suelta el tubo, y Abilio está todavía colgado de los labios de su relevo, y hasta le pregunta:

– Y ¿qué mas?

"Pata e'plomo" coge aquel hilo otra vez:

– Sí, y que consiguieron otro elemento ahogado, quemado por la explosión y después ahogado, cerca de la subestación...

– ¿Y quiénes son?... –Ya ve las luces de la cabria rojas de sangre.

– Uno de ellos, el que llevaron a Caracas, y que no se sabe quién es seguro, pero y que dicen y que es Ustoquio, tú sabes, el que trabajó en Eléctrico y lo botaron...

A Abilio se le descuelga un peso desde el pecho hasta las piernas.

– Sí, cómo no..., que dicen que es comunista.

– El mismo...

– ¿Y quién mas?...

– Pero y que hay más gente metida en esto, porque que había más que una lancha en el asunto, y que hay alguna gente huyendo por el lago y que...

Pero cuando "Pata e'plomo" termina de poner la llave en torno al cuello del tubo y la suelta, que es poco después que terminan de hablar, ya Abilio está bajando las escaleras verticales de hierro, y pensando que sí le hubiese dolido que uno de esos muertos fuese su hermano o su sobrino, pero que si no lo han sido y que si andan huidos por el lago merecerían que los prendiesen y los metiesen bien presos, y que él no movería ni un solo dedo para sacarlos, para que dejen esos bolsiclonos de pensar y de hablar mariqueras, porque todos los que hablan así acaban como unos bolsas en la cárcel, o en un hueco, que es más frío...

Ya ha bajado las escaleras estrechas de hierro, violento por la indignación, y ya ha bajado a la gabarra, y está Abilio mudándose la ropa abajo cuando lo llama Exeriel "Buche", el aceitero del relevo, y le hace una seña desde la cabria y baja luego hasta donde se está poniendo Abilio el pantalón limpio y le dice:

– Mirá, y ¿cuándo te bajaste vos de allá arriba, si te estuve esperando en la plataforma y no te vi?...

– Es que me demoré un ratico con "Pata e'plomo" allá arriba...

– Estuve con José del Carmen en el portón...

– ¿En el portón?... ¿Y qué hacía él allá? –preguntó Abilio con viveza.

– No, hombre, y que le habían dicho que habían volado unas instalaciones en el lago, y que quería saber si te había pasado algo...

– Y ¿qué le dijiste vos?...

– Qué le voy a decir, que no, que eso de las explosiones había sido antes del relevo y en otra parte, y que no tuviese cuidado, que no te había pasado nada...

Abilio, quien ya se está abotonando la camisa, le pregunta:

– ...Y ¿qué dijo él?

– Nada, a pesar de que le dije que se fuese para la casa, porque ya después no tenía autobús, ya era tarde, eran como las diez... me contestó que no...

– ¿Y no se fue? –le interrumpe Abilio ya con el portaviandas en la mano y una ropa sucia debajo del brazo, disponiéndose a marchar, porque ya le están llamando desde la lancha.

– Eso quería decirte, que no, que iba a esperarte para verte bueno... vos sabéis que ese hermano tuyo sí te quiere, cará... –y "Buche" se ríe.

La lancha, con Abilio dentro, arranca con todas sus trepidaciones y sus ruidos, a la una y media de la madrugada.

Abilio no se saca la camisa ahora, como en la tarde, sino que más bien, y aunque no hace frío, se arropa con un saco que encuentra en un rincón de la lancha, se sienta, y después pone sus pies, con zapatos y todo, cruzados sobre un bulto de corchos salvavidas que hay tirados por el suelo, y descansa la cabeza sobre el tubo del respaldo, pesándole todo el cuerpo y todo el alma como si lo estuviese aplastando un cansancio infinito.

## **Del cemento**

### **La trampa de cemento**

El bloque número 16 del "23 de Enero" alumbró aquel anochecer unas apretadas hileras de lucecitas cuadradas, algunas casi apagadas por las cortinas de papel de periódico, otras que sólo se adivinaban por los resquicios del grosero ensamblado de los cartones.

Las demás ventanas no se veían con los ojos; pero tenían que estar allí, con esa fatal monotonía con que crecen los bloques de apartamentos concebidos para la gente pobre.

Después, a medida que crecía la noche, se fueron apagando las ventanas, como si alguien, al azar, estuviese soplando las hileras de luces de uno de esos lampadarios grandes de las capillas.

Hasta que quedó una sola, como un ojo en vela.

Alumbraba un cajón de cemento sin lucir, que por una boca daba a una cocinilla de kerosén, y por el otro hueco de la puerta se metía en un cuartico oscuro, de donde asomaba a la luz el tubo despintado de un catre.

Aquel bombillo estaba hirviendo mariposas en un quieto silencio de cemento.

El hombre que estaba en la cama, una maciza cama con cabezal de madera labrada que ocupaba media habitación, estaba boca arriba y parecía dormido; la mujer tenía su cabeza hundida en el colchón, contra el hombro del viejo (porque el hombre estaba muy chupado, y tenía la barba muy larga y casi enteramente blanca).

Ninguno de los dos parecía necesitar de aquella luz presagiosa que alumbraba en la noche como una lamparilla.

Tampoco sacaba ningún brillo al descolorido baúl con herrajes negros que había cerca de la ventana, ni al camastro cubierto con una sobada tela rosada que estaba frente a la puerta de la cocina.

Lo que había, además, sumergido en esta luz lechosa que es la luz de los hospitales y de los cuartos de morir, era una extraña mesita pintada de negro, llena de frascos y cajitas de medicinas, y, guindados en el muro, juntos hasta tocarse, una imagen de la Virgen de Coromoto, con vidrio y cañuela gris, y un colorido almanaque donde un vendedor de agua arreaba su burrito con la resignación con que vienen haciéndolo todavía en Cabimas, donde no hay más que petróleo.

Había, además, media hoja de unos quintos de Oriente, prendida con una de esas pinzas grandes de los loteros.

Aquel silencio del cemento adquiría una dimensión escalofriante con el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

No se oía otra cosa. Ni el lamento de una madera, ni uno solo de los mil pequeños rumores que en las casas de vecindad advierten la presencia de un ser humano cerca.

El silencio de aquel cuarto de cemento era mayor que el de un hueco en la tierra; tenía, y la mujer lo había pensado alguna vez, algo de esa soledad terrible que debe tener un nicho.

De pronto estalló (como debe de sonar a un enterrado vivo la paleta del albañil que lo está tapiando) aquel disparo de la cerradura.

Y surgió en la puerta recién abierta un viejo con cara de trapo.

– ¿Es usted, señor Elías?... –dijo la mujer.

El hombre cerró despacio la puerta y se acercó a la cama.

– ¿Cómo está el viejo? –preguntó como si rezara.

El enfermo oyó la voz, porque abrió la boca.

Luego, como no le salía palabra, el recién llegado le tomó la mano, y se la apretó.

Las dos manos rugosas se abrazaron, silenciosamente.

Después, el hombre anduvo en la cocina. Seguramente comió algo.

La mujer, que tendría unos treinta años y llevaba desmañadamente un amplio vestido de percal azul, quedó sentada en el borde de la cama con el aire de no saber dónde posar la mirada.

Cuando el recién llegado se le acercó y le puso la mano en el hombro, debió decirle algo con los dedos, porque ella pareció agradecer, y a su vez se interesó por él:

– ¿Y cómo le fue hoy su día, señor Elías?...

– Ahí... regular...

Entonces fue cuando el mendigo, para no dar otra explicación, se acercó a la puerta de entrada y apagó la luz.

Luego se metió en su cuarto.

Pero regresó, y dijo al oído de la mujer, que estaba todavía sentada sobre el colchón:

– Cualquier cosa, me despierta, Lucía...

Y se inclinó sobre la cama, y dijo:

– Viejo...

Le puso la mano en su brazo.

– Buenas noches, viejo...

El enfermo no debió oír nada, porque no dio señales.

Ya el recién llegado se estaba acostando, cuando la mujer lo llamó:

– Señor Elías... ¿usted apagó ya la luz?

– Sí.

– Bueno.

Luego que tuvo esta precaución, la ciega se echó junto al cuerpo inmóvil de su padre.

Entraba por la ventana una luz blanca de luna que la mujer no veía.

Buscó la mano del anciano, puso su palma contra la de él, y se cruzaron silenciosamente los dedos.

Como para un paseo juntos.

El impresionante silencio del cemento comenzó entonces a perder la voz de las mariposas, y la ciega presintió la soledad.

– ¿Qué pasa, Lucía? –preguntó el hombre desde el otro cuarto.

– Es que prefiero que papá vea la luz prendida –dijo.

Luego la ciega se quedó esperando un rato.

Pero como el señor Elías no pareció molestarse por eso, se volvió a recostar junto a su padre.

"Ahora regresarán las mariposas", se dijo ella, tentándole el brazo.

Y esperó el batir de las alas contra el bombillo.

Oyó también que comenzaba la difícil respiración del señor Elías en el otro cuarto, que se lo tenían alquilado para ayudarse un poco.

La ciega puso la mano sobre la frente arrugada del viejo, que estaba sudada y fría, y le dijo con esa voz inteligente de los que no ven con los ojos:

– ¿Cómo te sientes, papá?...

En aquel silencio, que silbaba ahora con estertor de asmático desde la boca del otro cuarto, se oyó una queja livianita, como un vagido.

Entonces ella le ofreció a sorbos de voz un poco de agua, una tacita de café caliente, una medicina, lo que había en la casa.

El enfermo no daba señales de querer nada, y la ciega le dio un beso prieto y larguísimo en la mejilla, como si con eso quisiera calentarle la vida.

Luego, se calló los sollozos, juntó su cabeza a la de él, y con los cinco espantados ojos de sus dedos buscó en el suave golpetear de la sangre el aliento del viejo.

Todo el cuerpo sensible de la ciega se paralizó para sentir a su padre en la leve pulsación de su muñeca.

Hubo un momento en que la sangre corrió y tropezó en la vena como si llevase la prisa de algún recuerdo, y la ciega se imaginó en la oscuridad llena de tientos que era que el viejo estaba corriendo por su vida de Uchire, oloroso a yerbabuena y a ganado, con mamá trajinando en la cocina; con Sebastián, su hermano, acompañándole de regreso del campo en las tardes; con las silenciosas veladas en la oscuridad luminosa de aquel amplio corredor donde la voz tenía un cielo más grande y no sonaba a cajón, como en estas casas de la ciudad.

Ella sabía que el pulso era como el reloj de la vida, y que no era siempre igual, sino que se apuraba y se cansaba, como las personas cuando corren, y como el latido de la vieja planta eléctrica que tenían en el caserío.

Y sabía muy bien que hasta se podía apagar en medio de la noche.

Cuando el pulso del viejo se fatigó de aquella carrera, la ciega se imaginó que estaría tomándose un descanso. Y resultó así, porque después comenzó a caminar, aunque más despacio.

Ella supo cuándo la cabeza del viejo estaba recordando la muerte de mamá, que había ocurrido una mañana, mientras preparaba el almuerzo.

El viejo se había quedado una semana tirado en el moriche, sin probar bocado.

La ciega se dijo (quién sabe por qué extrañas asociaciones) que podían ser la dos. Se oía todavía, entre los estertores del señor Elías, el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

Ella estaba tan abismada escuchándolo que tardó en advertir que el latido del viejo se había detenido suavemente, como una boca de niño cuando besa.

Fue un susto interminable.

La ciega se incorporó y le sacudió la mano, que tenía la flacura y la rigidez de los huesos. Y volvió, por fin, la vena a hincharse regularmente, como si la sangre estuviese pasando lentamente unos nudos.

Sería que el viejo andaría ya por la ciudad, porque la ciega lo sintió con la misma congoja que cuando Sebastián los llevó a ver la casita que había comprado en Monte Piedad con los reales que les habían dado por la casa de corredor de Uchire.

"Lucía –le había dicho, entonces, el viejo– esta es una casita muy bonita..."

Pero ella, que veía con los ruidos y las voces, se dio cuenta que a su papá se le estaba derramando el alma por aquel piso de cemento; como estaba escapándosele ahora, que le notaba el pulso tan extenuado.

En la nueva casa metieron la cama grande y algunas cosas más que papá hizo traer por un transporte de camión. Después, su hermano se trajo a la casa una mujer, y a los dos meses, como ocurre siempre, acabó llevándosele con ella.

Desde entonces, que es cuando quedaron perdidos los dos campesinos en la ciudad, estaba enfermo el viejo.

Aquí no era como en el pueblo, donde se podía comer con sólo soltar unas gallinas y un par de cochinos, o sembrar unas papas o recoger unos cambures.

Luego comenzaron las visitas del médico, y las medicinas, y terminaron vendiendo la casita de Monte Piedad para venir a mudarse a este bloque de cemento.

Hubo un largo reposo de la sangre, que estaba latiendo levemente en la descarnada muñeca del viejo.

– Dígame eso –y ella se imaginó al viejo diciendo, con la vergüenza en la voz–, un campesino vendiendo lotería... Fue cuando a ella comenzaron a alargársele los días hasta casi la media noche, esperándolo.

El golpeteo lento y apagoso de la sangre en la yema del dedo de la ciega comenzó a hacerse más livianito, tanto que ella tuvo conciencia de que ya se estaba rompiendo, despaciosamente, aquel delgado y ya apurado hilillo, que primero sintió como si fuese de algodón que se podía agarrar, pero que poco a poco resultó ser de aire, de esa nada que dicen que nació con un soplo y que es verdad que se desvanece con sólo un suspiro...

La ciega tuvo la extraña impresión de que había terminado de apagarse la plantica de la luz eléctrica en Uchire.

Aunque acostumbrada a estarse sola en aquella inmensa noche suya de la ceguera, comprendió de pronto lo que es quedarse sin nadie a quien sentir cerca.

Entonces advirtió también que las mariposas se habían quemado ya en la luz del bombillo.

La soledad le sonó como aquel silencio.

Lo que la ciega pensó en el centro mismo de aquel dolor sin orillas es que no debía despertar al señor Elías, que estaba tan cansado, el pobre, y tan viejo.

Después se quedó escuchando largamente aquel terrible silencio de la nada sobre el corazón del viejo.

Fue un silencio largo, que comenzaba a enfriarse.

Luego buscó sus ojos, y los cerró. Le peinó cariñosamente las barbas con sus dedos. Y le besó la boca, y le juntó las manos.

La ciega, que en su angustia había perdido el ángel de su instinto, se arrodilló entonces frente al humilde burrito del aguador, que estaba pegado a la Virgen de

Coromoto, y le dijo cosas que sólo a alguien que se quede completamente solo en el mundo se le pueden ocurrir.

Después se levantó y apagó el bombillo.

Fue un larguísimo amanecer del que la ciega no alcanzó a ver nunca la luz.

Así fue como el señor Elías la encontró velando el cadáver de su padre.

Nadie más que ella, en el enorme ámbito de cemento, había sentido morir al viejo.

## Ha nacido el niño Jesús\*

Ya son más de las tres de la tarde y todavía hace calor.

Los carros tienen prisa, como siempre, porque esta es una ciudad de muchos afanes, y los carritos por puestos pasan llenos, no hay modo de conseguir dos plazas. Ellos son tres, pero con dos puesticos que les dejen libres tienen; el otro hombrecito puede ir sobre el pecho de su madre porque está acabadito de nacer. Santiago y Auxiliadora no se dicen estas cosas, y es porque no tienen necesidad, se descubren el uno al otro en los ojos y en el gesto. A ellos, que apenas hablan, este ruido del tráfico los aturde y los achica, bastante: pero están allá, donde otros, esperando a lo mismo, y ya le ha dicho a Santiago un señor que está primero que se esperen, que ya no demora en llegar, y que él les va a ceder su puesto, aunque hayan llegado más tarde que él y más tarde que otros que están esperando; por el pequeño y porque no hay nada que les tape de aquel sol. Santiago ha visto que los demás en la cola no han dicho nada; y lo ha oído Auxiliadora, y se le ha sonreído al hombre, que es una manera de dar las gracias, y piensa ella en sus adentros que ya es bueno que este hijo empiece a hacerse respetar desde temprano, sin que haya tenido siquiera tiempo de ver con esos ojos, porque los tiene todavía tapaditos, nuevos; tanto, que no han visto aún el sol.

Que es lo que viene sobrando en esta espera.

Dios no querrá que se quede así, como el hijo de Sebastiana, que nació ciego; porque el que lo ha traído es Él, ¡y por Nochebuena!, como llegó el Niño Jesús a este mundo. Todavía le parece su hijo un milagro; eso se lo repetían en la maternidad, y por eso estaba ella más orgullosa de eso, de que su hijo le llegase, a pesar de los apuros, con la buena señal. Le tenían que poner ese nombre, porque ella tenía conversado eso ayer con su marido, y ya no iban a nombrarlo Domingo, como el difunto padre de Santiago, sino que sería Jesús; por eso; así se celebraba su cumpleaños con Él, como se lo dijo una enfermera que miraba y miraba a su pequeño cuando se lo traía a mamar como si de verdad fuese el Hijo de Dios, cuando ella sabía que era de ellos dos, de Santiago y Auxiliadora nada más.

Pero así era, y ¡qué bueno!

Sigue haciendo calor, porque este fuego de Caracas es de los que no se acaba, y la cara de Auxiliadora está reluciente, como la de Santiago, y además amarillita, porque se siente agotada de sólo aquella espera. Se están viendo así los dos y no piensan en ellos mismos sino en el pequeño, que está embojotadito, asomando su nariz para respirar en el pocito de sombra que le hace su madre con la cabeza... ¡Ya llega un carro!, ¡por fin!, y el hombre del mono azul abre la puerta delantera y les cede el turno, como prometido; y qué bueno que se baje una mujer gorda del compartimiento de atrás, porque de esta manera cabe el joven también; y así es, porque le cierra la puerta a Santiago y luego sube él, detrás; esa ha sido una fineza que hay que agradecer, y Santiago se quita el sombrero y se voltea en su asiento y dice al hombre, que es un joven delgado y con la cara manchada de grasa, que ha sido muy gentil, que se lo agradecen su mujer y él y también

---

\* Inédito.

su hijo de casi tres días. No se lo ha dicho, claro, con estas palabras, sino con sólo bajar los ojos, que vale en Santiago lo que una inclinación de todo su cuerpo, y el joven comprende, porque se le ha sonreído.

Nada más.

Ya está el carrito andando, que es a rodadas cortas y a frenazos y con unos chirridos como de carreta de bueyes, y aquí dentro todavía hace más calor, y huele a sudor agrio, viejo, de muchos hombres y de muchas mujeres, mezclado con un como olor a medicina. Santiago está en eso, en el reconocimiento, y pasea su mirada por el cielo del carro, que es una tela azulina con dos costurones largos y otros muchos pequeños rotos que están cosidos, muy mal cosidos, con hilo negro, como estrellas, y con manchas como de aceite, como nubes. Y había visto también cuando volteó antes, cinco cabezas montadas sobre cinco cuellos, todos diferentes y hasta uno negro, y grueso, que es del chofer, y todos tiesos, callados, que sería la desconfianza porque no habían estado juntos antes. Y regresa Santiago la mirada a su frente, y siente calor, más calor, y será porque el aire no corre porque está como estancado, quieto, y tan espeso como melaza. Este aire de Caracas será bueno para otra cosa, pero no para respirarlo él ni su mujer ni su hijo, y entonces mira a Auxiliadora, y ella no atiende, porque está pendiente del niño y del hombre que va manejando, un negro gordo, con un bigotito, callado como no habrá dos choferes de alquiler en todo Caracas, que no mira sino adelante, que lo que ve es un carro verde y la gente que, a veces, a ráfagas, cruza la vía corriendo...

A ella le está regresando la Caracas de cuando se fue a La Aguada para casarse con Santiago...

Santiago siente un roce en su sombrero, y es que el joven mecánico está avanzando (con el brazo desnudo por encima de la cabeza de Auxiliadora) un dinero, y el chofer no voltea, sino que le sale con su mano negra al camino, y se da cuenta Santiago que es el momento de pagar. Él Tiene con qué. Por eso se ha atrevido a venirse a Caracas. Y se quita el sombrero, se dobla un poco hacia adelante y dice, con una voz delgada, que cuánto es. El chofer dice que un bolívar. Santiago tiene la plata en su atadito del pañuelo, y saca una pieza de bolívar y se la pasa a Auxiliadora, que es una manera de llegarle el chofer. No es éste, sino su propia mujer, la que dice a Santiago, en un susurro, que es un bolívar cada uno, y que ellos son dos. Santiago desata otra vez el nudo y coge otro bolívar hecho de dos reales de níquel y no entrega el dinero de una vez sino que mira a su mujer y le señala con los ojos al niño Jesús, y Auxiliadora dice que no (y se ríe tapadito), que el pequeño no paga pasaje. Ahora sí le llegan los dos bolos completos al negro cuando éste los coge de la mano de Auxiliadora y da las gracias, que no es mentira eso en este chofer, porque se han oído en todo el carrito, y deja las monedas en una cajita de cartón que tiene delante del volante, cerca de una Virgen de bulto pegada al tablero, y piensa Auxiliadora que es bueno que tenga el chofer esta fe para salir con bien de tanto peligro que hay de manejar en Caracas, que es cosa de locos.

Se lo dice a su marido, con los ojos, y Santiago asiente, porque eso se ve.

También pesa a los dos, como plomo, aquel silencio dentro del carrito.

Se oyen voces y los pitazos del agente de tránsito y los gritos de los frenos y las grandes alentadas de aire de los autobuses, que le llegan a uno encima como si lo fuesen a tragar. Todo eso, y más, se oye en este tráfico de Caracas, y uno tiene los oídos como

Santiago ahora, como de un vidrio partido, y Santiago mira al suelo, para descansar los ojos del resol, y le ve los pies a su mujer, calzados con unos zapatos negros que le regaló la señora cuando trabajó en casa del doctor, y que todavía están sobrados en La Aguada, y le ve las piernas desnudas y flacas, azulencas, y le ve también las moticas azules sobre el blanco arrugado de su falda. Luego voltea con disimulo y ve las caras de los pasajeros, que siguen amarradas, y debe ser por el calor y la hediondez, y que puede que sea del negro, porque dicen que los negros hieden; aunque eso quién sabe, porque los que lo dicen son los blancos.

Se distrae viendo los otros carros.

Hace ya cinco minutos que le está viendo el cogote a una señora que lleva prendido un lacito rojo en su pelo chicharrón, y se le va el carro otra vez, y regresa, porque todos corren más o menos parejo. Le parecen un misterio los motores, que tienen ronquidos diferentes, como si los carros llevaran algo vivo dentro. Oye todo eso. Pero él siente allá, empozado, aquel silencio: el chofer está callado, y atrás el joven tampoco habla, y las dos mujeres que van sentadas a su lado, que son muy elegantes, y que serán madre e hija, tampoco dicen nada. La paz de la montaña nace de la soledad, de no haber nadie en aquellos cerros capaz de decir algo, pero ésta de aquí es una extraña mudez de la gente, que pesa bastante.

Santiago mira a su hijo que debe estar dormido.

Es cuando desciende la joven del carro y no baja su madre; que no debe ser su madre, porque él no cree que, ni en Caracas, se puede bajar una hija sin decir algo a su mamá. Y entra un caballero, con bastón, con sombrero, y nada más cerrar la puerta pide que, por favor, le ponga la radio. El negro no voltea la cabeza, sino que mira al hombre por el espejo retrovisor y le hace un gesto con los ojos, abriéndolos, y con los labios, que le brotan con todo y barbilla, que es como decir que qué pasa. El señor le dice que, por favor, ponga la radio, porque están transmitiendo algo importante. La señora que tiene a su lado le dice que por qué tiene que escuchar todos lo que está interesando sólo a él. Santiago nunca hubiese esperado de una señora que parecía tan educada, por las ropas, aquella voz y aquel tono de hablarle a su marido, y menos a un extraño como debía ser el señor de la corbata. Hasta Auxiliadora voltea un poco, y ve al caballero. El negro está esperando con la mano sobre el botón de la radio, sin decidirse. El señor dice, y ya está hablando a todos, que no es sólo cosa que interesa a él, sino a toda la humanidad, y a ver si algo que está interesando a toda la humanidad no va a interesar a los caballeros y las damas que van en este carrito. Ahora la dama cambia de voz, y dice que de qué se trata. Pues nada menos que el hombre ha llegado a la Luna y está, en este mismo instante, regresando a la Tierra. El negro sabe de aquello, porque dice algo y aprieta el botón, que no es el botón que es, porque lo que sale es una música de jazz, y después de dos intentos brota una voz que Santiago descubre que no es de nadie de los que está allá, porque ya conoce la de todos, y que habla entre pitidos y patinazos y otros ruidos, y a veces se mezcla con otras voces, y está diciendo lo que el señor: que están llegando tres hombres desde la Luna...

Pero ¿cómo van a regresar hombres de la Luna si no pueden subir allá, tan arriba?

Y mira Santiago a su mujer, y Auxiliadora parece atenta a lo que dicen las voces, y ya es el caballero el que habla otra vez, y dice que ¡ya está, que ya están entrando! Y

parece contento, como si le estuviese llegando de algo muy lejos algún pariente. Santiago endereza su atención y pone oído a los ruidos y a las voces, que alguna no entiende porque son en otra lengua. El caballero se atreve a decir que esa es una victoria de los norteamericanos, que los rusos han quedado atrás en esta carrera. El joven mecánico está bravo, o eso parece, cuando dice que eso no ha sido llegar a la Luna, que hay que ver quién le pone los pies encima primero, que eso está por verse todavía.

Y se han callado todos, menos la radio.

Y piensa Santiago que el joven tiene razón porque así parece, y él, si está con alguien, es con aquel joven que ha sido tan atento con ellos. Es cuando dice el chofer que será lo que sea, pero que aquello es cosa importante. El caballero dice que sí. Nada más. Y sigue hablando la radio, porque eso no se calla nunca... En eso, en medio de ese ruido de voces, Auxiliadora no se está sintiendo bien; le está sudando frío la frente y siente un malestar en la barriga que parece que va a tener que vomitar, y no quiere, porque cómo va a hacer eso ella en este sitio. ¡Dios mío, y la Virgen! No quiere decir nada a Santiago, porque su marido no le puede ayudar en nada tampoco, y debe estar ahora en otra cosa. Santiago, sin embargo, está más en lo de ellos dos y el niño que en aquellas fantasías, porque tiene que llegar a Mérida con bien, y eso es más importante; y dice que Auxiliadora tenía razón, aunque no salió todo como ella quiso, porque lo que ella quería, cuando le dijeron que el alumbramiento podía ser difícil, era llegarle a un médico, Dr. Oramas, de partos, con el que estuvo trabajando como servicio años. Era que Auxiliadora había tropezado en el patio y se había caído, de siete meses, y este era su primer hijo; ella no quiso quedarse allá con esas dudas, ni siquiera en Mérida. Así se hizo el viaje, y con esos apuros, porque Santiago no sacó de la casa más que lo justo para el autobús, que es lo que tenía.

Dios y la Virgen los amparó mucho, porque la misma Nochebuena les nació un varón, como el Niño Jesús.

Ellos dos ni se dieron cuenta de la coincidencia, pero había en la maternidad una monjita despierta a las señales, y por sólo eso los había atendido de maravilla; daba a Auxiliadora caldos y carne, de lo mejor, y a él le dejaban dormir, aunque estaba prohibido, en un sillón. También los médicos le dijeron que era un suerte nacer así. No era mérito de él. Si acaso, sería de Auxiliadora...; y parecía contento el hombre de la radio, y el caballero también, porque alentaba a los viajeros desde su asiento, y el negro sonreía, y parecía muy interesada también la señora que venía detrás, porque hasta había dado un grito. Todos menos el joven mecánico, que no decía palabra, y él, Santiago, que estaba callado, y su mujer también, y el pequeño Jesús, por supuesto, que ni lloraba. Santiago puso oído a la radio otra vez, intrigado por saber de qué se estaban contentando los otros tanto, y aquel hombre decía, entre ruidos, que los tres hombres que venían de la Luna estaban bien, y que querían decir a todos los niños del mundo que habían visto en el camino a los tres Reyes Magos, y que los esperasen, porque era seguro que venían con sus camellos cargados de regalos...

Santiago mira a su mujer, que se está sonriendo sola, y se dice que cómo van a ver esos hombres a los Reyes Magos si eso es una fantasía.

Con eso está aún más seguro de que lo que están dando por aquella radio es una novela, y no tiene que enfadarse el joven tanto por eso, por un cuento. A Auxiliadora le

gustan mucho estas novelas de la radio, porque se lo decía siempre en La Aguada de cuando estaba ella en Caracas, y seguro que le está gustando ahora, y la mira de nuevo, y le ve las gotas que le están bajando por la frente, y repunta bruscamente el interior de Santiago por su mujer, y se dobla hacia adelante, con todo y sombrero, para que ella, que parece estar viendo al que habla por la radio, repare en sus ojos, y al mismo tiempo se está sacando del bolsillo del pantalón un pañuelo azul con el que le seca la frente, y luego se descubre y la abanica con su sombrero de cogollo.

Todo eso.

Ella ve los ojos de su marido, claro, y no dice nada, sino que se le sonríe más para agradecerle la atención, y luego cierra los ojos, que es que no se siente bien pero que aquello se le va a pasar, que no es nada. Santiago ya no está tranquilo, porque debe ser mucho lo que está sufriendo su mujer, que es tan entera. No encuentra, sin embargo, modo de aliviarla. ¿Acaso podría cargar al muchachito? Auxiliadora mueve la cabeza, que no, ¡y que no ve ella a Santiago cargando al pequeñito de sólo dos días!...; y la radio dice que la cápsula está entrando en la atmósfera, y que se ha encendido, con el roce del aire, como una estrella. El caballero alza la voz sobre la del locutor para decir que ya las cosas no son como antes, cuando los Reyes viajaban siguiendo a una estrella, sino que ahora los tres hombres, que podían ser los tres Reyes Magos, vienen montados en ella. Y se ríe. Y sigue la voz de la radio diciendo que están los hombres bajando en este día, 27 de diciembre, las tres y media de la tarde, y que la cápsula está a punto de llegar y que ya está casi amaneciendo y que los barcos están esperando a la nave espacial con reflectores, por la oscuridad...

El carrito por puestos sigue deteniéndose, arrancando, despacio, camino de la parada de autobús; y ya se puede oír la voz de la radio desde otros carros porque ya todos parecen guindados de un solo punto.

Santiago mira de vez en cuando a su mujer, que, la pobre, sigue entera, aunque más y más amarilla, y que será por el calor, porque a él también le está sudando todo el cuerpo. Es que apenas se siente el aire. Nadie más que el locutor está hablando en aquel carro. Y hay más, que no es el calor, que es algo así como la carga de un rayo desleído en el aire y que le tiene el cuerpo tieso, maluco, y está seguro de que el daño está mordiendo a Auxiliadora también, igual. Y es cierto, porque su mujer se está sintiendo muy mal, y cada frenazo, cada sacudida, es un pinchazo hondo, de como si se le estuviese clavando algo por donde le ha venido su hijo; el pobre, tan quieto, tan dormido. Ya se lo había dicho la monja, que se podía quedar un día más, o dos, pero a Auxiliadora no le gustó que le metieran otra mujer en la misma cama, porque no había más sitio en la maternidad; ya era angosta aquella cama antes de eso para una mujer que acaba de dar a luz, y ella, que no podía aguantar en su cama a nadie que no fuese su hermana María o Santiago, dijo entonces que se sentía muy bien. Mentira. Y lo dijo sin susto, porque aquella mujer flaca que ya estaba con los dolores tenía más necesidad de la cama que Auxiliadora. A pesar de que la mujer había tenido más suerte que ella con tener una cama en ese momento de estar llegándole el hijo. También era que Santiago se sentía incómodo en aquel hospital, ella se lo veía en los ojos; y era también que ella, Auxiliadora, tenía a su hijito esperándola en el retén, porque no se lo traían sino para mamar, y ya no era Santiago solo, sino que eran dos los que estaban esperando que ella

se parase de aquella cama para salir los tres para Mérida, sin siquiera ver al Dr. Oramas, que ahora ya no había por qué molestarlo. Auxiliadora pensó que ya esas eran muchas cosas. Y tenía (ahora que lo está pensando) un miedo que ella no decía, pero que era que ¡le podían cambiar su hijo! Era por eso que pedía con los ojos a Santiago que fuese de vez en cuando a verlo, y Santiago se iba, y se quedaba horas viendo a su hijo en aquella cunita como jaula, para que nadie lo tocara, y para que cuando se lo trajesen al pecho de su mamá no se perdiese la enfermera en cualquier otra sala, ¡que había muchos niños iguales! Y Santiago, desconfiado, siempre detrás. Desde lejos, claro.

Todo eso, que no era poco.

Así salieron; y así van ahora. Bien. Aunque ella, Auxiliadora, con aquel mareo y con un dolor de agujas en los puntos. Que será por el esfuerzo de estarse sentada como está en aquel carro, por primera vez después del parto. Pero se le va a pasar el dolor, tiene que ser. Lleva a su hijo dormido en sus brazos, y a su marido sentado al lado; inquieto, porque ella lo siente angustiado; pero entero; como ha sido siempre Santiago, por grande que haya sido el miedo; por eso es un guía baqueano que buscan tanto los que vienen a subir al Pico Bolívar.

Ahí sigue hablando la radio de que ya apunta el amanecer, y que ya los tres astronautas están a punto de llegar. Santiago se está preguntando que cómo se puede decir que está amaneciendo cuando ya son más de las tres y media de la tarde, aunque eso sea en otra parte, en cualquier paraje, porque a todos llega el sol al mismo tiempo, aunque sea allá, a Los Nevados, de donde eran sus padres, como a La Aguada, de donde son él y Auxiliadora, que lo que son, son dos pueblecicos, como aquí a Caracas, que es una ciudad muy grande donde acaba de nacer su hijo, porque a todos llega el sol (más o menos caliente) al mismo tiempo. Porque eso, el sol, está arriba alumbrando igual para todos, ¿no? Santiago se pregunta eso, y se dice que es así, porque no hay manera de que sea de otro modo. Mira a su mujer, que está quieta, la pobre, y que puede que esté con el temor de que le pase lo que cuando la venida, en el autobús, que es cuando sintió ella los dolores, que eso ocurrió cuando ya estaban más acá de Barquisimeto, y ya era noche cerrada desde La Puerta, y nadie sabía qué hacer, ni el chofer, porque a él y que le habían puesto para manejar y no para comadrona, que eso debían de haberlo pensado ellos antes, antes de coger el autobús, y que él quería llegar a la casa para la cena de Navidad, porque también tenía mujer y tenía hijos, y ya el retraso por el problema con el caucho había sido bastante. Santiago lo comprendía todo, y no decía nada, porque estaba sujetando a Auxiliadora en su asiento, porque había dolores que no podía aguantar ella sola, y él pensaba que cómo les iba a pasar eso a ellos, después de venirse desde el monte, a parir así, en el camino, como una vaca, y peor, en un autobús; y él no sabía qué más hacer que estarse cerca de su mujer, y comprendía también al chofer, pero hubiese hecho bien a Auxiliadora que el autobús se hubiese detenido un momento cuando le llegaban aquellos dolores tan grandes, porque el bus saltaba en los huecos y se iba de lado en las curvas y cuando pasaba a otros carros, que a veces pensaba Santiago que se iban a ir con todo y bus por sobre el río o se iban a estrellar contra el monte o alguna de las casas alumbradas que se veían pasar como flechas prendidas en el camino, tanta era la velocidad de aquel aparato.

Y mientras tanto él sentía a los pasajeros tiesos, enojados con ellos, sin siquiera mirarlos, porque si no llegaban a la cena de Navidad era culpa de ellos dos, de Auxiliadora y de Santiago...

Santiago mira de nuevo a su mujer, y la ve tranquila, aunque con su mirada un poco escondida de siempre, y con la sonrisa, porque esta mujer suya es alentadita y fuerte, y aguanta lo que le ponga Dios encima... que es cuando la radio dice que no se oye nada de los tres hombres, y puede haberles ocurrido algo; todos en el carrito por puestos están pendientes, y se le ocurre decir al señor de la corbata que qué va a hacer Dios con los astronautas y en qué andarán los ángeles ahora durante este viaje de los hombres por el cielo. Y no lo dice para reírse, sino que se está preguntando estas cosas en voz alta, así parece. Santiago le oye las palabras con ese recelo de no saberles la intención, y prevenido, porque puede, y debe, ser un cuento, y se dice Santiago que tiene que saber completo lo que dice ese hombre, porque puede que no le lleguen enteras sus palabras. Y se quita el sombrero, se lo pone sobre sus rodillas, dejando ver un pelo abundoso y negro, mojado, aplastado, y luego se pasa el brazo por la frente para quitarse el sudor; después descansa esa cabeza sobre el respaldo, para escuchar completo, y entonces yergue su mirada con el esfuerzo de la atención y llega derecha a la tela azul del techo, que es un cielo bastante sucio y roto, y no hace ningún esfuerzo, sino que aquellos ojos achinados, cansados de los reverberos, están viendo sin esfuerzo a tres hombres montados a lomo de un cohete, como sobre una escoba de bruja bajando por el costurón, por entre las estrellas de hilo negro y las manchas de aceite, riéndose, y ve a los ángeles volando en derredor, y repara también en que vienen jalando velozmente en el aire una carreta de bueyes cargadita de juguetes, y descubre en la carga un carrito rojo con un letrero, y él le pone el ojo encima, pero es que no sabe leer, que es cuando sale el joven mecánico con la cara sucia de grasa de debajo del cohete y le entrega el carrito diciendo que es para su niño Jesús, y él lo toma en sus manos, y se fija entonces que el Rey que viene manejando aquel aparato es negro, que debe ser Baltasar, y tiene la misma cara que el chofer del carrito por puestos, y el Rey con barbas y gafas que viene en el centro, tirando de un mecate del que guindan unas cabezas de ángeles con alas en el cuello, como ha visto alguno en la catedral de Mérida, es el señor que viene viajando en el asiento de atrás, y el tercer Rey es él mismo... siente una punzada en el costado, y es que se ha despertado a tiempo de oírse él mismo el ronquido, y ve a su mujer que le mira apenada, y comprende que está mal roncar en un automóvil.

El señor está explicando que los astronautas viajan por el cielo con el temor de Dios, y que habían leído un texto de la Biblia el día antes, cuando estaban dando vueltas alrededor de la Luna, y que es un pasaje que habla de la historia de la Creación en seis días.

Santiago mira atrás, para verle al hombre la cara, porque puede estar dormido también, y soñando; pero el caballero está bien despierto, y sigue diciendo que el aparato se está haciendo más y más pequeño, y que ya la Luna no está tan lejos como antes. Santiago piensa que eso no puede ser, porque eso, la infinitud, ya estaba dicha en el catecismo y también por el Padre Gabriel, y eso no se puede alcanzar nunca, y si fuese verdad, como dice este hombre, que eso ya no está tan lejos, ¿por qué no han caído todavía al mar o a otro sitio si vienen cayendo y cayendo desde hace ya más de media

hora, que eso no le puede ocurrir ni a una piedra, y que menos puede pasar eso a tres hombres que vienen montados en un aparato, porque tres hombres pesan sus buenos kilos, y que todo eso debe ser una novela y él no entiende por qué está la gente tan pendiente de un cuento que se dice por la radio. A qué sitio está llegando su hijo, que llegó un día de Nochebuena y acaso para correr la misma suerte que el Cristo; para cargar la cruz a cuestas.

Eso es la vida, y no hay otra aquí abajo, ni en la Luna tampoco, seguro.

Y repara otra vez en las palabras de la radio, que están contando los minutos y los segundos, y el hombre de la corbata dice que ya se ha abierto el paracaídas, ¡ahora!, un cuarto para las cuatro; Santiago está viendo que su mujer parece más atenta a lo que se dice que antes, que eso quiere decir que se está sintiendo mejor, y ve a su hijo dormido todavía y con la misma cara de los ángeles que ha visto en sueños hace un rato, y hay mucho ruido en la radio, y habla el hombre, y habla la mujer que está detrás suyo, y se entretiene mirando a los carros que se detienen cerca del carrito por puestos en que van ellos, y ve a la gente con las caras como en un entierro, y repara que le está llegando ahora un soplo de brisa de vez en cuando, y el calor parece menos, hasta que le despierta el grito, ¡porque ha sido un grito!, y dice el hombre que son nueve minutos para las cuatro, exacto, y ¡ya está el cohete en el mar!, y que han caído de la Luna enteritos, con bien.

Santiago piensa en el cuento de los Reyes, pero que ahora los han puesto a venir en algo que no son camellos sino que usan los aparatos, para poner los cuentos al día y para que los niños de hoy comprendan el cielo.

Mira a su mujer, y ve que Auxiliadora está contemplando a su hijo; y lo está viendo feliz, como en su propio vientre, lleno de todo, sin el dolor de aquel ruido, sin el agobio de aquel calor que le está llegando ahora a ella, luego del frío angustioso de todo su cuerpo, descansando en sus brazos, que son muy poca cosa pero que son suficientes para cargar a un recién nacido, sobre todo si ese recién nacido es de ella, de sus brazos. Así debería sentirse, aunque más feliz, ¡claro!, la Virgen María con su Niño Jesús. Había llegado su hijo de ella, Auxiliadora, apurado, como el de María, porque nació antes de que llegara el autobús a Caracas, en la Nochebuena, y ella ya no se acordaba de nada más, hasta que despertó; ¡con su hijo al lado!; ¡con Santiago al lado!; y su marido no le dijo nada; la miraba y la miraba, nada más.

Ni siquiera le tomó la mano que ella le puso sobre la cama para eso, y es que Santiago no se atrevía porque estaba una enfermera delante.

Auxiliadora recuerda ahora a su marido sujetándola en su asiento del autobús, y hablando, que fue la primera vez que dijo algo en aquel viaje: que no podían hacerles eso, dejarlos en cualquier casa del camino, porque ellos dos venían desde Mérida porque era un parto difícil, y acaso tenían que operar a Auxiliadora para que naciese su hijo con bien, y que dejarla en una de aquellas casas era peor que abandonarla en el monte para que se desangrara en un malparto. Ella, en medio de aquella angustia, sí se fijó que se había callado la gente, pero pensó que no era porque respetaban aquel momento de su marido y de ella y de su hijo por nacer, sino porque estaban asustados ellos mismos de verse obligados a ayudarlos en aquel aprieto. A ella le dolió eso, y todo, porque el bus seguía corriendo, ¡saltando!, moviéndose como si la llevaran en una caja montada

en el hombro de alguien que va corriendo cerro abajo con la intención de deshacerse de ella en cualquier parte. Era por eso que a ella le había dado miedo ahora, otra vez, porque le había venido todo aquello a la cabeza y se había sentido morir, y no sólo por los dolores, sino porque sentía encima los ojos de todo el mundo en el carrito por puestos que la podían culpar de cualquier molestia. Si ella hubiese sabido que no alcanza a llegar a casa del Dr. Oramas, seguro que no sale de su casa, o llega, lo más, hasta Mérida, aunque se hubiese muerto del parto. ¡El hijo no! Así había sido, un dolor que a veces se iba, se apagaba, pero que volvía mayor, más grande, ¡más grande!, y con aquel miedo de tener que hacer el hijo allá mismo, a la vista de todos, con aquella máquina moviéndose como cualquier camión...

Ya se estaba sintiendo ahora un poco mejor, y ya no le duelen tanto los puntos.

El hombre de la radio sigue hablando, y dice que ya están abriendo la puerta de salida, y que ya los hombres están saliendo, izados uno a uno por un helicóptero, y que alguien había hecho allá, en la radio, un chiste diciendo que podían salir ahora cuatro hombres. Auxiliadora no entiende por qué pueden salir ahora cuatro cuando dicen que los que han ido para la Luna son sólo tres, y eso puede ocurrir solamente si entre esos hombres hay una mujer, como ella, pero siendo tres hombres como Santiago, ¿cómo puede salir uno más? Que los hombres no paren ni tienen otros problemas, como el que tuvo ella cuando llegó a La Aguada para casarse con Santiago, que decían los envidiosos que traía ella una barriga puesta por el doctor de Caracas, ¡que él ni la había tocado nunca!, y ella tuvo que ir a ver a don Gabriel y se confesó y le pidió que fuese a hablar a Santiago, que era bastante porfiado, y así apareció un día el Padre Gabriel por la casa y dijo a su marido que podía estar tranquilo, que el hijo era del que decía el Padre. Aunque quién sabe lo que piensa Santiago ahora por dentro. Pero es la verdad, y puede su marido estar más seguro de eso, de que su hijo es de esa semilla, que muchos doctores lo están de la simiente de sus hijos en la ciudad...

La radio está anunciando que son casi las cuatro.

Auxiliadora mira a su marido, sonriente, para asegurarle que todo va bien, que se va sintiendo mejor. Santiago lee eso en los ojos negros de su mujer, también achinados por el reverbero de los páramos, y se dice que menos mal, que ya los apuros del autobús han sido bastantes, y diciéndose también que cómo van a haber ahora en la historia para los niños cuatro Reyes Magos si sólo eran tres, y aun las mentiras hay que respetarlas si son de Dios, porque es verdad que fueron tres los que llegaron al Niño con los regalos, y si ahora no llegan todos los años, cualquiera sabe que es porque ya no viven entre los hombres y que eso sólo es un ensueño para los niños, para que comprendan que esos Reyes vivieron una vez, y que hay que respetarlos como si viviesen hoy. Porque la verdad vive siempre. Y no sólo en la cabeza de uno, sino que hacen que otros hagan las cosas de verdad por ellos, en su nombre, porque si es verdad que no le llegan a uno los Reyes mismos, estos Magos han hecho que haya mujeres como la monjita que le llegó a Auxiliadora con una colonia para el niño que olía muy bien, y hay hombres como uno de los médicos de la maternidad, que le regaló a él un puro que él va a fumar por Nochevieja en su casita de tapia en el páramo aunque no se fume otra cosa en toda su vida, porque este humo de olor será para su hijo, y haya hombres como aquel chichero de ayer que va y le da vueltos de diez bolívares en lugar de darle de cinco, y que Santiago

guardó, sin darse cuenta, el oro, o la plata, o lo que sea, que ni eso hay ya, y de eso se vino a dar cuenta Santiago a las horas, cuando ya el chichero no estaba frente a la maternidad, se había ido. Era así.

Y a su hijo no le hubieran podido llegar aquellos regalos si antes no hubiese habido unos Reyes Magos para la enseñanza.

Ahora sabe, por la fecha que dijo la radio, y también por el día en que nació, que hoy todavía no es el de llegar los Reyes, porque ellos llegan en su tiempo, y no antes; aunque los pongan a venir en un cohete; y si llegan, serán unos muñecos, pero no los Reyes, porque todo toma su tiempo para madurar y para dar su fruto. Santiago busca ahora, por primera vez, la mano de su mujer, porque quiere decirle algo, y para eso se ha puesto su sombrero. Su mano no encuentra la de Auxiliadora, porque no está sobre el asiento, sino que está sujetando a su hijo. Ella siente la mano grande y torpe de Santiago en su muslo, y sabe que le va a decir algo. Cambia cuidadosamente (bajo la estricta vigilancia de Santiago) el bultico de brazo, y le baja entonces la mano a su marido. Se la posa encima. A Santiago le cabe esa mano dentro; y la cobija y la estrecha un poco, no demasiado, y las dos manos se sienten la una en la otra, y saben que están juntas para todo, que todo va a salir bien; tan bien que hasta les habían llegado muchos a visitar a su hijo porque había nacido un 24 de diciembre, sólo por lo que se le puede pegar a uno de la estrella de la suerte; aunque nadie sepa luego, por sólo llamarse Jesús, que su hijo ha llegado con la señal.

Ni siquiera los que le trajeron los tres regalos se darían cuenta de lo que dice esta marca en el calendario y en la fe que viene de los padres, porque se preocupan más de recibir ellos mismos los favores.

Las cabezas están en esas cosas, las manos también; pero Auxiliadora está todavía lo bastante despierta para afuera y en el carrito por puestos para notar que se ha detenido y que el joven que les cedió su turno acaba de bajar. Ella lo mira, para despedirlo con la mirada, pero el joven corre para escaparse de una moto que lo va atropellando. Santiago lo ve irse, y se dice que este mecánico de los Reyes Magos es bien generoso.

Es cuando el hombre de la radio está explicando cómo van a salir los tres astronautas del aparato, porque lo harán por orden de rango, comenzando por el Comandante. Ella, Auxiliadora, se maravilla de cómo esos tres hombres han podido hacer ese viaje por los cielos y todavía tienen las ganas de estar pensando en salir uno después del otro, que es tan poca cosa, y llama la atención de su marido con una presión sobre su mano, y pensando con orgullo que su niño Jesús puede llegar un día a subir bien alto en el Cielo, y entonces los de La Aguada no van a creerlo, porque es el hijo de ellos dos. Su marido la mira como si se estuviese despertando de algo, y ella le señala la radio, que él, en lo que estaba ahorita mismo era en eso. Y Santiago pone oído nuevo a lo que dice el hombre y no comprende nada, porque quién va a saber cuál es el Rey Mago que es más que otro por la antigüedad, porque esa es una fantasía muy vieja, porque es de cuando nació el Niño Jesús hace miles de años y no de ahora, cuando le ha nacido su hijo sobre el asiento del autobús para ayudarle a sembrar sus arbejas, sus papas y su maíz, que es un maicito redondo que se convierte en arepas que son una bendición, y que se levantará a las cinco de la mañana, con él, menos los días que amanece el agua cuajada y que es cuando hay que prender más temprano la leña del

fogón. Ese ensueño no es de ahora, seguro, cuando está su mujer viajando, no sobre un burro y bien arropada, por el frío, sino en un carrito por puestos cargado de gente y caliente, sudando, y llenos no de gracias, sino de aquel ruido de la radio que les está hablando de un cielo donde viajan hombres en lugar de ángeles y anunciando que ya bajan los Reyes Magos sobre una máquina voladora sin el misterio, diciendo cómo, cuándo y dónde van a bajar, para que los esperen...

Es cuando el carrito se detiene, lejos de la acera, y entra, antes de que le atropelle un carro, de un solo brinco, una mujer gorda con un bolso de papel que está muy lleno.

Y pregunta que qué es eso que están oyendo en todos los carritos que pasan, ¡y que allá también!, que a ver si están radiando un partido de béisbol, siendo un día de labor, como es, o qué. El chofer se ríe porque sabe más que ella, porque siempre la gente se ríe así, aunque sea por muy poca cosa, y le contesta cortésmente, eso sí, que no, que a ver si no ha oído hablar ella de un viaje de tres norteamericanos a la Luna. La mujer dice que sí, que ¡cómo no! Pues eso era. ¿Eso? Claro. Y la mujer descansa sus brazos sobre el respaldo cerca del sombrero de Santiago y se pone a escuchar, y dice casi al oído de Santiago que qué maravilla que hayan conseguido hacer eso, que cualquier día ellos mismos pueden hacer un viaje a la Luna, como esos astronautas. Santiago se escandaliza por dentro, pero ya no sabe qué pensar, de verdad, porque o bien todo aquello es una broma, un cuento, una novela que dan por la radio, o de verdad son los tres Reyes Magos los que vienen, o son hombres de allá mismo, de la tierra que han llegado a la Luna y han vuelto, porque ya nadie sabe lo que está pisando, y aprieta la mano de su mujer, que todavía, y aunque ya en su ser, la siente fría, en aquel calorón, y le mira a los ojos, y ella le dice que ya se está sintiendo bien.

Es cuando oye una sirena que suena y suena en ruedas grandes y altas, como gritos de niño, pero más grandes, redondos, largos, ¡perforantes!, y el chofer se detiene a un lado, para que pase.

Es la señora gorda que acaba de subir la que dice que debe ser algún herido, que cómo se va a sentir alguien que está mal en esta cola de carros, aunque sea en el día de llegar a la Luna el hombre, y que para ese pobre no hay astronautas ni hay Navidad ni hay Pascua ni nada, ¡qué horror! Santiago está tieso, del susto, de cuando iba él mismo hace tres días pegado a su mujer, que estaba privada, como muerta, y con el hijo fuera, camino de la maternidad. Es el chofer el que contesta a la señora gorda, que no, que lo que acaba de pasar es una ambulancia de locos, porque ponía bien claro que era de una clínica psiquiátrica. Santiago se pregunta que cómo se va a sentir un pobre loco ahora, oyendo sonar aquel ¡uuuuuuuuuuuu!..., que es por él mismo, y que acaso está oyendo todos aquellos cuentos de los Reyes que llegan antes de fin de año, y que lo que dicen es que acaban de llegar tres hombres desde la Luna, que eso, para un loco, no debe ser gran cosa, y ¡hasta se puede creer el Niño Jesús!, y Santiago mira a su hijo, que está dormido y como en otro mundo, y dice "¡cará!" (que hasta Auxiliadora se lo ha oído) y aspira el aire entre los dientes que tiene (que algunos le faltan) y el labio, que es una especie de siseo invertido y largo, y luego bota el aire por la nariz, temblándole las aletas, con un sonido como del vuelo de un ave, y mira a su hijo, porque este sí es el niño Jesús, y él, Santiago, es su padre.

Porque todo en la vida, ellos mismos y los Reyes Magos, y el Niño Jesús, han tenido una semilla, como la ha tenido la papa y la arveja que recoge él en el páramo...

Es cuando el taxista pregunta a Santiago si ellos van a quedarse en el Nuevo Circo; no debía haber preguntado a él, que no sabe de Caracas ni de dónde le queda la Plaza Bolívar, sino a ella. Por eso, es Auxiliadora la que contesta diciendo que sí, que esa es la parada donde van ellos, para coger el autobús de Mérida, ¿no? El chofer dice que sí, que por ahí se va a los Andes también, y que se aguanten un poco (¡porque ya Santiago ha dado un topetazo con la cabeza en el techo, al pararse!) que ya va a acomodarse pegado a la acera, para que ella no tenga que correr delante de los carros. Santiago se lo agradece mucho, sin decírselo, y sólo piensa que qué bien este hombre vestido de Rey Baltasar. Y así acierta, al fin, a abrir él, Santiago, la puerta por dentro y ayuda a bajar a su mujer y a su hijo. Auxiliadora no se atreve a pararse, porque le parece que le van a saltar los puntos, y mira instintivamente (agachándose por sobre la cabeza de su hijo) a su falda, una falda blanca con motitas azules, porque se puede ver algún rojo, y es que ella siente la humedad, y le puede pasar lo que en el autobús, que mojó el asiento; pero ve que no, que es sólo sudor; debe ser, porque ve su falda arrugada nada más. Ella acomoda bien al niño Jesús en su brazo izquierdo, porque el derecho está ya cansado, casi muerto, y tiene luego tiempo de mirar por la ventanilla dentro al chofer, que es cuando Santiago cierra, de un portazo, y el negro ha sonreído a los dos, a los tres, porque el portazo ha sido bastante grande, y se va el carrito por puestos con la voz que está anunciando la llegada del hombre desde los cielos.

## Las tres caras de Dios\*

Las manos estaban quietas.

Tenían, a la vez que ese color de cuerpo vivo y palpitante, la quietud transparente, casi de cera muerta, que sólo es fruto de un hondo sosiego interior.

Esta domadura del cuerpo desde sus honduras más misteriosas, desde el aliento mismo de Dios, que es el ánima, era una disciplina de siglos, *secula seculorum*, pasándose los tormentos de unas manos a otras en un martirio secreto, de catacumbas; y ahora, en la edad de comer el pan de los niños, asomaba de entre estas manos blancas con ríos azulosos, sin arrugas, unas simples hojas de papel manchadas de tinta; máculas viejas, de cuando Adán: "la mujer que me diste de compañera me dio de él y comí"... "maldita serás entre todos los ganados, y entre todas las bestias del campo, y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida"; de cuando Caín conoció a su mujer, que concibió y parió a Enoc; de cuando Abraham, a quien le fue dicho: "circuncidarás la carne de vuestro prepucio"; de cuando David tomó más concubinas y mujeres en Jerusalén; de cuando en los Salmos se acordaron con horror de la carne; de cuando los profetas "violaron a las mujeres en Sión y a las vírgenes en las ciudades de Judá" en sus lamentaciones; de cuando el Cristo mismo dice que el espíritu está pronto pero la carne es flaca; de cuando sus apóstoles hablaron de fornicación y de adulterio; de cuando César Borgia arrastró su cuerpo de culebra por el Vaticano mismo durante el papazgo de su padre Alejandro VI; y que ahora le llegaban unos simples papeles sucios de tinta y ya surgían aquellos miedos de novicio.

Estaba el Cristo colgado de los maderos, mirándolo, viéndolo por dentro, midiéndolo, pero sin decir nada, quieto, porque eso era cosa del hombre; y no podía vaciar él la inmundicia a los pies del Redentor.

Él no era un vertedero.

Ya había dicho una vez a los pastores: "vosotros coméis sus grosuras, os vestís de su lana, matáis lo que engorda, no apacentáis las ovejas".

¿Qué hace entonces con estos papeles y esta tinta sin alma, y por qué se los traen, por qué viene a turbarle la paz a él, que la necesita toda para otras cosas?; para repartirla entre el pueblo, porque la paz es muy escasa, y debe obrar como levadura: "¡ah de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!"; para darla, como se reparte el queso fresco y el pan ázimo entre los pastores cuando llegan a pasto nuevo, que es cuando se puede escuchar crecer la hierba y se le puede oler el zumo que le sube silenciosamente por los vasos diminutos, tiempo de ver a Dios, y también cuando se refugian los rebaños en los apriscos durante el invierno de agua y de nieve y de piedra, porque se encienden los relámpagos y revientan como tambores del Juicio los truenos, y a veces se pierden del susto los corderos y las ovejas, y así comparte el pan y el queso fresco con los demás pastores, porque él es el mayoral que conduce los rebaños a través de las estaciones arreándolos con las voces y con los silbidos y con los dóciles azuciones de los perros por los arco iris y por los blancos manteles de rocío en primavera y envuelto en los tibios

---

\* Inédito.

ventarrones del otoño, mientras el pasto va engordando aquí y allá con el agua y el sol, y que alguna vez se da en brotes tiernos después de las quemadas en las sabanas, porque no todo fuego es malo, que es cuando huele el humo a frijoles y a pan de trigo, aunque otras veces hiede a azufre, que es el tiempo de quemarse los corderos de leche en los incendios sin dueño, y se puede decir entonces, y se dice verdad "y así andan perdidas mis ovejas por falta de pasto, siendo presas de todas las fieras del campo".

Así ha sido, así es, y ojalá no sea así después; no será así en lo que le alcance, que es pastor que tiene por mandato sembrar la vida en actos de bondad; de esa agua de que están tan secos los cristianos; y tiene que volar a como salgan, pero vivos, los actos de amor.

Y Dios, y el Cristo y la Virgen y el Soplo Divino le han venido auxiliando siempre con su presencia o su inspiración, que comenzó por el cordero: "Yavé dijo a Moisés y Aarón en la tierra de Egipto: "este mes será para nosotros el comienzo del año, el mes primero del año, hablad a toda la asamblea de Israel y decidle, el día diez de este mes tome cada uno según las casas paternas una res menos para casa, la res será sin defecto, macho, primal, cordero o cabrito, lo reservaréis hasta el día catorce de este mes y todo Israel lo inmolará entre dos luces"". Y con el tiempo, y los sueños, y la fe, se preparó el sacrificio: "cuando Jesús había terminado estos discursos dijo a sus discípulos: "sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el hijo del hombre será entregado para que lo sacrifiquen"". Y que luego se cumplió el Verbo, porque "desde la hora nona, y sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: "tengo sed, todo está acabado", e inclinando la cabeza entregó su espíritu, y la cortina del cielo se rasgó de arriba abajo en dos partes". Y luego, poco a poco, a la manera como ha hecho Dios las montañas y el petróleo y al hombre mismo, en un quehacer lento, sin horas, llegó la sazón de ordenar el Soplo, y vinieron Constantino y Carlomagno, y las desavenencias de Oriente, la caída del Imperio, la prepotencia y la arrogancia medieval, el regreso humilde de los pastores al convento, el código de las Escrituras y los decretos papales y la tradición, las disputas de si el Sursum Corda está aquí o allá, y llegó la revisión papal, el humanismo de Dios y la autoridad del Padre, la reforma, la contrarrevolución y los hijos de Iñigo más tarde, y se alcanzó el despertar nuevo, y se reanudó entre las dos Guerras la vieja lucha contra los apetitos, porque la carne es de todos los tiempos, y ya no se sabe si podrá ser vencida (¡perdóname, Dios Mío!), y porque cuando tú, pastor, no puedes vencer al lobo hazte su amigo, únete a él, porque la vida de Dios es de siempre, y así será la de su Iglesia: "fueron unos insensatos los pastores, y no buscaron a Yavé, por eso no prosperaron, y todos los rebaños han sido dispersados".

¡A su edad, y desarmado otra vez!; después de siglos de oración, de jaculatorias, de invocaciones, de votos, de ofrendas, ¡de Misas!, de cirios, de aceites, de oblaciones, de sufragios, de ayunos, de disciplinas, de milagros, de homilias, de ejercicios, de misiones y de sermones desde todas las cumbres del poder de Dios y del hombre, a veces juntos, después de tantas confesiones y de tantas agonías, ahora, después de dos mil años, le llega a aquella cima de pastor grande, de mayoral, oloroso a incienso, a purpurina y a esperma, aquella simple mancha de tinta, y le hunde este hierro en la carne, y se despierta esta vieja brasa escondida en la sangre; son estas piernas cruzadas, estas

redondeces de los pechos, de los hombros, de las nalgas, que ya no deberían decirle más que la pierna de un cordero de leche muerto, más que una mano grande y ruda de pastor, pero que no, que le están resucitando de pronto aquel muerto dentro... De cuando era muchacho y estaba de vacaciones donde su abuelo José Rafael, que era un viejo largo, huesudo, y como el pan de bueno, y él le contaba antes de acostarse, ¡olor a chamizas quemadas, a pan de horno recién cocido!, sus cuentos de animales, y estaba también la tía Marta, que era otra santa, pero que estaba pegada a una silla porque se le estaban, decían, secando las piernas; el abuelo la acostaba en las noches y la levantaba por las mañanas para que Auxiliadora, que estaba recogida en la casa, la lavara y la peinara; vivían los tres; y una noche se despertó él por el calor, y no dijo nada sino que se levantó a la luz de aquella luna que le entraba a la casa por todo el patio, y llegó silenciosamente hasta la cocina, abrió la jaula del tinajero, hundió despaciosamente el remillón dentro, cogió su poquita de agua, y se la estaba bebiendo cuando oyó un crujido, como una silla que se está reventando, de algún peso, y luego escuchó que conversaban como en suspiros, y se asustó, porque serían ladrones, pero se fue acercando, acercando a los ruidos de hormigas, temblando, buscando la defensa del abuelo, y pasó por la habitación de la abuela, que allá no era, nada, y por el corredor hasta el chinchorro del abuelo, y el chinchorro quieto y solo, ¡vacío!, y llegó hasta el fondo, que es de donde seguían viniendo los rumores y los chirridos, asomó apenas la cabeza buscando, y lo vio, al abuelo, hincadas sus piernas de hueso sobre la cama de hierro y sobre las nalgas redondas de Auxiliadora, que a la luz de la luna se veían blancas, pero que él sabía que eran morenas.

¡Se asustó mucho!, y no dijo nada, sino que corrió a su cama.

A no dormir.

¿Quién podía dormirse con su abuelo José Rafael y Auxiliadora abrazados desnudos en su cabeza?

Los estuvo pensando en el infierno; llorando, entre aquellas enormes lenguas de fuego, moradas, amarillas, que ascendían enfurecidas hasta mucho más arriba que sus cabezas; y su abuelita sentada en su silla, viéndolos, vigilándolos, sin decir nada; y Dios, un solo ojo enorme, ciclópeo, dentro de un triángulo, como en la cubierta del catecismo, mirando desde todas partes... "¡Oh, si me escondieras en el sol y allá me ocultaras hasta que aplacase tu ira!"... y él al lado de su abuela, chupándose un enorme caramelo blanco y azul, como eran las ropas flotantes de los ángeles, que parecían todas mujeres, y que surgían y desaparecían como magia entre las nubes blancas y entre unos cerros de azúcar de donde bajaban ríos de miel, y los santos paseándose calmamente por todo aquel cielo sin fin alumbrado de purito oro vivo; y él hablando con la abuelita, y con sus padres; y todos mirando de vez en cuando, complacidos, el fuego, porque los que se estaban quemando no eran ellos; y así se fue la noche, mitad dormido en el cielo, muerto del susto; "mira desde su santa morada, desde los cielos, y he visto sentado a Yavé sobre su trono y rodeado de todo el ejército de los cielos".

Al día siguiente volvió a la casa de sus padres, porque su abuelo no tuvo más remedio que regresarlo.

Así estaba dedicado ahora a la ciencia, ¡y no al arte!, de la virtud, que es la ciencia inmortal de acostarse frente al redil, sobre la hierba, cuando ya no queda sol en el cielo,

y entonces, con la alegría de sentir la suave piel de oveja en la carne tranquila y tibia del cuerno, ver las estrellas de frente y contarlas una a una en miles y miles, hasta las más escondidas, pacientemente, durante sus largas y lentas ruedas en el firmamento y señalarles con el cayado sus rumbos, y desprender algunas por puro juego y dejarlas caer en el mar para que tengan lucero los peces, y despertar al viento en sus abrigos y ponerlo a silbar en los aleros para que se duerman los niños, y acostarlo después en las montañas y en el mar, que es de donde viene, y encender guerras inevitables y nombrar los muertos necesarios para el ejemplo, y velar las armas y llorar a las víctimas de los dos bandos y sembrar viudas y huérfanos, porque los caminos que conducen a Dios son tan numerosos como los alientos del hombre, y hacer luego, antes de que se despierte el sol, que vaya bajando mansamente el rocío que apaga la sed de las flores, y que se levanten las nubes a tiempo de ver salir el sol que hará germinar la semilla con sólo pudrirla, que éste es el misterio de la Vida, ya que todo eso es necesario, porque "es preciso perder la vida a fin de encontrar la vida", y que el sol vaya calentando hacia el mediodía una liviana carga de aire sobre los párpados de los gañanes para la siesta; todo eso; y no sólo para él y sus pastores, sino para enseñar el camino de la resignación y del reposo a los corderos, y a las ovejas, y hasta los cabritos y los cabrones; todos paciando en el mismo valle; "haz el favor de decirme dónde estás apacentando"; y que cada uno se sienta solo, aunque esté la madre con su hijo, aunque sean hermanos de huevo, porque cada uno se mira solitario y desamparado frente al espejo de Dios, o de Su pastor; y si el cordero me ve asustado, se asusta, y si me ve tranquilo, se tranquiliza; y ya es eso, que ya no es su propia suerte, que es una y es suya y de nadie más que de Aquel que es dueño de todo, sino que, además, es el fardo aterrador de la suerte de los demás; un Cristo en pequeño; y que, por otra parte, son ellos, ¡Dios es inmenso!, que son ellos, los corderos, los que están ayudando con sus debilidades al pastor que soy, al mayoral, a ser fuerte, a perseverar erguido en aquel espantoso temporal de la carne; así como son las pocas flaquezas de Juan XXIII, el Papa bueno, y no sus muchísimas virtudes, como parecería, las que reconfortan mejor su alma.

Y luego le traen al pastor de pastores, al mayoral que soy sin querer, estos papeles para que sea yo quien levante el dedo y diga si hay culpa en los corderos, y, si la hay, cuánta culpa hay en eso, en llevar a la casa del Señor, del Padre, estos papeles que relatan la historia del envilecimiento del hombre, seguros de que a mí ya no me tienta la carne...

¿Hasta qué punto habrán podido turbar el sueño al padre Anselmo, que es un pastor muy escrupuloso, estos infiernos que escondía el monaguillo detrás del Sagrario?

No lo podrá saber nadie en este mundo que no sea el padre Anselmo mismo, y su confesor, que es como si no lo supiese; y ya era media noche, y allá estaba él todavía, frente a la infinita paciencia del Cristo, el Unai, el Buen Pastor, que conoce todos sus secretos, de miedo de enfrentarse a la soledad del lecho, midiéndose frente a los monigotes de tinta como un enano; un eunuco, mejor, ya que nunca sabrá lo que es una mujer por dentro, ni lo que es querer a un hijo de su carne, que es a lo que ha llegado después de siglos de docilidad, de obediencia y de cilicio; el Cristo conoce bien el aguijón de las tentaciones, porque las tuvo, como hombre que fue, y las sufrió; y las venció; como las había ido pisando él mismo, simple pastor mayor, como quien revienta huevos de culebra; no sin dolor, no sin la ayuda de la oración, y de la Gracia, y también

(porque Dios hace todo a través del hombre y de las cosas) del agua fría, de los cilicios escondidos que sólo el Dios que se deja colgar por amor a aquella cruz y él conocen, y no sin el precio de agonías largas, de escrúpulos insistentes, testarudos, obsesionantes, pecaminosos dos veces, nacidos de los huevos que escapan a la vigilia, culebras que crecen y se deslizan por el pecho y se enroscan en la garganta, apretando, estrangulando...

Hubo un tiempo en que le daba miedo sentarse en el confesionario, olor a madera y a sebo, porque hasta allá había llegado el diablo. ¡Dios mío, cómo lo permites!

Fue en forma de una viuda que él conocía de tiempo, de cuando era estudiante, y que era cuando a ella le nacieron los hijos, y ya aquellos hijos eran ya hombres ahora, y ella llegaba y le decía a través de la celosía, y en confesión sacramental, sus pecados, y le hablaba de sus sueños, y de él en ellos, ¡de él enredado en los horribles pecados oníricos de la mujer!; y la consolaba con palabras, como podía, porque eso era lo único que podía; pero todo aquel sosiego del confesionario, que es un asiento con dos tablas y una compuerta, pero que es también, y sobre todo, por fuerza del espíritu, un recinto sagrado, se le derramaba luego por la casa y por la calle en la forma de un agrio hedor a azufre; y le parecía que tenía que olérselo todo el mundo; y sentía la hediondez él mismo al acostarse, como si fuera de otro, porque ya no estaba solo, sino con su conciencia culpable; así tuvo que dejar de visitar la casa de la viuda, donde lo invitaban a las reuniones piadosas; dejó por un tiempo de mirarse en aquellos ojos de miel, y, sin embargo, seguían presentándose en la forma de una sugestión brumosa constante, interminable. Hasta llegó a soñar un día que estaba sufriendo un castigo por eso, por sólo dejar llegar a la mujer a su cabeza cuando estaba desguarnecida, en sus sueños, y se encontró ya no en el infierno de las enormes lenguas de fuego, sino en un desierto de piedras, sin nadie a quien contarle aquel agobio, sin nadie a quien pasarle el dolor de aquella solicitud, que es el castigo terrible del descreído; "vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y no son excusables, porque si pueden alcanzar tanta ciencia, y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?"; y aquella mujer que ya no es de este lodo, y que por eso la juzga en la paz, no fue mala por dejarse tentar por el amor hacia un hombre, aunque ese hombre estuviese dedicado a Dios, como él, sino que era esa fuerza incorruptible del pecado que la había zarandeado, como a él mismo ahora a pesar de las oraciones de la palabra y del cilicio; y si la tuviese que juzgar él en el Tribunal, sería capaz de comprender que aquel calor de la sangre no había sido obra de ella, sino de ese rejoy misterioso que hiere y atropella al hombre por gargantas y pasadizos indescriptibles, escurriéndolos por entre los desfiladeros y los cauces secos y los tubos de cloaca, en los que resuenan como en un órgano apocalíptico los gruñidos, los alaridos, las alegrías de una risa, los lamentos, las oraciones, los gustazos, las torpezas, los desengaños, las soledades, las frustraciones y los abortos, todo eso sonando y resonando como espanto en los reventaderos del mundo desde siempre, y más, porque la Vida es muy fecunda, pero que son empellones de la sangre que no se pueden matar, porque la muerte, aun la muerte de los impulsos que llegan con su animal dentro todavía, es contraria a la predestinación de esta vida que alguna vez, en alguna parte, de alguna manera, encendió Él para que siguiera propagándose como un calor tierno que debe

seguir vivo por tiempos, hasta que vaya apagándose por designio Suyo en alguna parte desconocida de este universo que nadie, ni los más grandes científicos modernos pueden imaginarse siquiera como es, hasta dónde llega, para qué existe.

Por eso es que él cree que no por haberle puesto la vida de su cuerpo al borde de esta tentación condenaría a la mujer al infierno del Dante, el genio solitario que con la mirada en la tierra y en las estrellas a la vez organizó aquel sistema cósmico desorbitado por un destino trágico; ni siquiera al infierno terrible de la soledad y el silencio, "y déjame ver un poco de alegría antes de que me vaya para no volver, a la región de las tinieblas y de las sombras de la muerte, tierra de espantosa confusión, tinieblas, noche oscura".

Y si él, que no es más que un hombre imperfecto, es capaz de sentir compasión, y hasta ternura, y tiene oído para escuchar la voz de la rectitud con entrañas de madre, que es la verdadera justicia, ¿cómo no va a sentirla Dios, el Creador mismo?; si un simple pastor, aunque haya sido ungido mayoral, es capaz de juzgar el pecado de las ovejas y de los rebaños, y hasta de los pastores, con esta indulgencia, con esta comprensión íntima de que no hay pecado en sí mismo, en ser el amor mismo como es, impulsivo, caliente, ciego, sino más bien en el daño que esa ceguera, ese calor y esa impetuosidad arrastran consigo, como azolve de tempestad, y va dejando hijos abandonados, maridos inválidos, madres solas, en esa proyección de la ceguera del hombre en el mundo que se está construyendo a espaldas de Dios con tanto trabajo, con tanto dolor, y con tanta ilusión de hacerlo completo en sí mismo, sin Alguien que esté cerca siempre, sin nadie que ponga una orilla al sueño, sin nadie que le señale un destino a la muerte, sin nadie que le rescate de su aborto al hombre, el de hoy y también al que va a beberse enloquecido el último sorbo de aire que ha de quedar en la noche final sobre los costurones calcinados de esta Tierra.

Eso es lo que resta ya por guardar, y eso es lo que él, en Su nombre, está destinado a propagar, la voz eterna de Dios entre los hombres que no han aprendido a leer en la pared: *mene, teque, ufarsín*.

¿Pero será la voz que está levantando él contra estas manchas de tinta la verdadera, la imperecedera, palabra de Dios?; porque este papel que se le ha adherido a las manos le está trayendo enristrada su reciente visita a Roma, según algunos ingenuos la Patria de Dios, que él de todas maneras creía más protegida del mal; y el mal de Roma asomaba con impudicia en todas partes: en la promiscuidad descarada de los trenes, en los desnudos que anunciaban ¡chocolate!, en el nuevo cielo alumbrado con el neón de los afiches, en las piernas y hasta en los ombligos, ¡Dios mío!, que es donde se viene cerrando la vida del hombre cuando nace desde hace millones de años y que exhiben ahora como el invento del siglo en todas partes; como si Dios, en lugar de ir aliviando prudentemente las tentaciones al hombre, se las estuviese acumulando, apilando, amontonando, hacinando, ¡pesando como plomo, y más, como carne!; y así llegan luego las crisis, porque "son perros voraces, insaciables, y aun los pastores no entienden, siguen cada uno su camino, cada cual su interés"; y fue en su habitación de Roma mismo donde le llegó en sueños el cielo, que es como le ha llegado el cielo siempre: un bosque tranquilo, lleno de hombres, mirándose sin pecado; unos sentados en la grama, otros subidos a los árboles, guindándoles las vergüenzas como frutas; como Adán antes de la

culebra; y él viéndose entre la humanidad preguntando por Dios y buscando con los ojos a la viuda, y le señalan el otro extremo del bosque; él camina, y por todos lados lo mismo, los hombres y las mujeres queriéndose en paz, sin dolor y sin pena; y, por fin, ya viendo, ¡horror!, más por la viuda que por Él, se encuentra con Dios mismo, desnudo también, hablando con los hombres, que es decir incluidas las mujeres, y lo reconoce, porque se lo dice una voz dentro, y también porque le resplandece el cuerpo entre los demás, y tiene barba y melena, como los *hippies* de hoy, y en cuanto lo ve lo llama a su lado, por su nombre, y lo sienta a su diestra, sin que nadie se fije mucho ni poco en que es un lugar especial, y entonces se atreve a preguntarle que dónde está el infierno; ¿qué infierno?; ¿qué?, ¿no hay infierno?; no; él siempre ha creído que había un premio para la virtud y un castigo para el pecado; ¿qué pecado?; ¿tampoco hay pecado? (¡ha perdido su tiempo!); "¡no!, ¡tu tiempo está aquí!"; ¿y la carne?; ¿la carne de quién?, le dice Dios; la de su abuelo; ¿la de su abuelo José Rafael?; claro; pues ese hombre no ha pecado por eso que está pensando él, que ese soy yo, por compartir su amor con Auxiliadora, que estaba sola; ¿y su abuela?; la abuela Marta ya estaba libre de pecado; entonces, ¿era verdad que no había pecado?; pecado sí hay, dice Dios con la voz de contar un cuento a su nieto, pero pecado es abandonar a un hijo, o a un padre, o a una madre con su hijo, pecado es traicionar al marido, y al revés; ¿nada más?; y también es pecado, ¡y gordo!, la calumnia, y comer dos veces cuando hay quien no ha comido una, y echarse a dormir cuando se sabe que hay alguien que se está quemando o que se está secando pegado a una silla o muriendo de miedo; ¿de miedo también?; de miedo también, porque hay quienes viven a costa del miedo de los demás: "no confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las perdidas, sino que las dominabais con la violencia y con la dureza, y así andan perdidas mis ovejas por falta de pastor, siendo presas de todas las fieras del campo..." ese es un cuento de ovejas, me atreví con una imprudencia que ahora, despierto, me parece un pecado mortal... ¿Y qué más es pecado?, pregunté enseguida, para tapar lo dicho; es muy simple, siguió diciéndome: pecar es hacer daño con malicia; y a mí, que soy un sacerdote, ¿cómo me juzga?; Él no juzga a nadie; ¿no?; no; ¿cómo me siento?, me pregunta a mí, que ya me ha puesto a contar las cosas que estoy diciendo como si fueran mías, y no en nombre de una tercera persona que no existe, estoy más desnudo que Adán, ¡que Caín!; "bien", le digo; pues esa es la señal que hace al hombre desde el soplo mismo del alma; ¿y el infierno?; el infierno, me dice, si insiste en llamarle así, es el bosque que está a tus espaldas; yo no podía creerlo, y se lo dije; ¿qué es lo que te sorprende?, me pregunta; no, es que veo allí a la gente tranquila, sin dolor; ¿qué quieres?, ¿hacerles sufrir más?; no... y con el susto de aquella mirada del Creador me desperté.

Y me digo ahora que no debo ser tan severo conmigo mismo, ni con los pastores que me acompañan, ni con mis ovejas, y me pregunto qué hubiese sido de mí, pastor mayor de ovejas, si renuncio al agua fría, si abandono el cilicio, si descuido la oración..., si consuelo con la carne a la viuda; ¿qué?...

Pero Dios, la Gracia, me está hablando por dentro, como siempre, y me dice que soy un sacerdote, y que no soy un hombre pelado, sino el elegido, el ungido; que soy el espejo... perdón, Señor, y que si las ovejas y los corderos se ven en mí con valor, son valerosos, y que si se ven en mí con justicia, serán justos, y que si se ven en mí con la

integridad de Dios, serán limpios... y descubro así, ahora, y Dios me perdone esta fatuidad necesaria, que soy un pastor, un camino de Dios en este mundo, como hay otros muchos caminos. Suyos que no se pueden explicar con la palabra de todos los días, ni siquiera pensarlos con los sesos del hombre; y aunque será verdad que Él pueda salvarlo de muchas maneras, sin negarle los goces legítimos de la carne, éste de buscar la salvación del hombre a través del amor sacrificado de los pastores que viven, en cambio, el goce de ver a Dios es un camino que he elegido por providencia Suya; así sea, Amén.

Así, ya no soy yo, sino él, el modelo necesario, imprescindible.

## Prólogo\*

Estos tres relatos, si no están escritos en lengua vasca, ¿por qué van a ser vascos?

No se lo pregunto al lector; me lo estoy preguntando a mí mismo.

Esta novela corta y estos dos cuentos, me digo, puede que sean vascos porque han sido escritos por un vasco, sencillamente, Si son finlandeses los cuentos que escribe un finlandés, y daneses los que escribe un danés, ¿por qué no van a ser vascos los míos? Pero aquí es donde tropezamos con la particularidad de unas narraciones escritas por un vasco, sí, pero en la lengua que no es la suya materna, sino en la castellana, que han hecho oficialmente española, y luego venezolana, entre otras. Alguien puede hacerme la reflexión, y acertada, que para formular este juicio con ecuanimidad se hace necesario confrontar el caso vasco con el que constituyen otros países donde nacionalidades y culturas diferentes forman parte de un mismo Estado; pongamos el caso de la Gran Bretaña, donde conviven con los ingleses, que son los castellanos de España y los francos de Francia (porque no hay que olvidar, como se olvida a menudo, que también en Francia hay vascos), con los galeses, los escoceses, y los irlandeses. Pero, por muy británicos que sean, digamos, los irlandeses del Ulster, todavía, si los cuentos de un irlandés están escritos en irlandés, estos cuentos no son cuentos británicos, por Dios, y menos, ingleses. Si no lo son ni cuando juegan al fútbol. Pero, si los relatos de un irlandés, que hay más de uno, están escritos en inglés, ¿qué son?

Hay que decirlo todo, y es verdad que los vascos somos en este punto susceptiblemente recelosos.

Pero también son muy celosos de su identidad cultural aquellos que tienen la lengua castellana como suya, quienes, a pesar de tenerla tan protegida, gritan, como es el caso de un Salvador de Madariaga, que "ya se está convirtiendo el castellano en 'colonia inglesa'", sólo porque tiene que encajar algunos anglicismos que le son indispensables. Si está bien, muy bien, que se esté pidiendo que en la Filipinas de lengua inglesa se dé al español categoría de lengua oficial, como al francés en el Canadá mayoritariamente inglés, no hay persona culta que pueda justificar la circunstancia trágica del premeditado desamparo en que sobrevive la lengua vasca en su único y reducido baluarte ya vulnerado por todos sus costados.

Es evidente que esta actitud de recelo del vasco nace de escarmientos viejos.

Por una parte, nadie en mi niñez me ayudó oficialmente en mi Andoáin nativo a prolongar la lengua única de mis abuelos y de mis padres más allá del hogar y de la iglesia. Luego, he vivido fuera de mi País; ya se sabe que muchas veces, y es el caso de los vascos de lengua, una ausencia prolongada de la tierra la mata porque no tiene el vasco receloso la fortuna de poder emigrar a ningún otro país de su lengua. Para dar un

---

\* Este prólogo fue publicado como introducción a *Tres relatos vascos*, San Sebastián, Txertoa, 1974, para explicar el modo personal de entender la situación del *euskaldun* de primera lengua que también escribe en castellano, un problema de conciencia que no ha abandonado nunca al autor. Asimismo ha sido incluido recientemente en *Mientras tanto fue creciendo la ciudad* (Reportaje), Ediciones América, Gobierno Vasco, 1991.

ejemplo, no le faltó el aliento de su lengua a un León Felipe en México, pero exactamente en el mismo tiempo cronológico y político vivía Nicolás Ormaetxea, "Orixe", en el desamparo conmovedor de faltarle su lengua en Guatemala; cada uno ha dejado este entrañable testimonio circunstancial en su obra.

La diferencia entre un "Orixe", el mayor poeta vasco contemporáneo (de quien, y es una acusación, no habrá oído hablar casi ningún crítico español), y León Felipe, uno de los grandes poetas españoles, es el mundo cultural de su lengua.

Acaso es por esto que hay pocas cosas más entrañablemente sentidas por el vasco que el castigo del destierro. No es destierro para el vasco ese saltarse el Bidasoa (que es un cuento de faisanes) a lo Unamuno, pero sí el Atlántico a lo "Orixe", y este tipo de viajes sigue produciendo hoy el mismo dolor profundo de los tiempos en que el castigo más severo que preveía la ley que se daban los vascos para castigar a los vascos era este alejamiento de su tierra. Pero aún hay otra manera de irse que todavía es más dramática: la del que queda en su propia casa a la intemperie del forzado abandono de su lengua.

Pues yo he vivido todas las circunstancias que han fabricado en mi pueblo este recelo.

Pero esta ausencia de mis padres, que se ha prolongado en el tiempo hasta el mío y el de mis hijos, porque nos está sobrando tiempo para todo, no me ha arrancado la lengua de la boca. Ni ha sido capaz de evitar que se la pase a mis hijos venezolanos, gracias a mi mujer. Y así, en la Venezuela donde hemos encontrado la Patria de adopción, he escrito otros cuentos en lengua vasca.

Sin embargo, estos tres relatos, como otros muchos que han sido escritos y publicados en Venezuela, están, no podían sino estar, escritos en la lengua de esta soledad del vasco.

Si ha habido un país al que deben los vascos como pueblo más que a otros, y hay muchos a los que debemos gratitud, éste es Venezuela. Acaso estoy expresando sólo una preferencia personal, pero me atrevo a creer en la objetividad de lo que estoy diciendo. Aquí hemos dejado mi mujer y yo los padres, aquí han nacido nuestros hijos, y yo debo, además, a Venezuela el aprendizaje de muchas cosas.

Entre otras, me ha enseñado a escribir cuentos.

En el País Vasco, y también en España, hay la costumbre de creer que este género literario es un arte menor dedicado a los niños, algo así como lo que la acuarela de ilustración infantil es a la pintura formal. Con este errado sistema de creer comencé a leer en Venezuela los cuentos de Gallegos, Pocaterra, Meneses, Díaz Sánchez, Uslar Pietri, Armas Alfonzo, Julio Garmendia, Díaz Solís, Raúl Valera, González Eiris, Otero Silva, González León, Guaramato, Márquez Salas, Juan Bosch y Alejo Carpentier, dos exiliados en Venezuela, y Dávila Andrade, un desterrado a muerte; todos ellos han sido mis maestros. Comencé a escribir encandilado por esta sorpresa, y me dejé llevar, claro es, por estas manos, y también por las corrientes de la literatura venezolana en que estaba el loco grande que fue Horacio Quiroga, el Borges prodigioso, además de algunos europeos que descubrí en América: un Chejov, un Daudet y un Maupassant, sobre todo éste, y los norteamericanos Faulkner y O. Henry, tan diferentes, y Edgard Allan Poe, y el más reciente entonces, Salinger. Y al final de esta etapa, cuando he vuelto a la tierra de donde partí sin que se hayan agostado todavía algunas fuentes, en esta tierra del barro

de donde me viene desde mis más lejanos abuelos la lengua vasca, me ha salido con toda naturalidad aprendida en Venezuela esta lengua y este lenguaje del alejamiento del vasco.

Nada de lo que pasa por el alma de un hombre desaparece sin huella.

Ninguna cosa resultante de los tiempos y las manos del hacer y deshacer del hombre se puede descartar como inútil; el todo permanece; móvil y evolutivo, sin duda, pero queda; y después de treinta años que he tenido que pasar fuera de mi tierra y de mis gentes ante la alternativa, como dice el catalán Josep Pla, de desistir del monolingüismo literario o desistir de la profesionalización, ya no soy, a mis cincuenta y dos años, enteramente el mismo. A pesar de esto, sin embargo, o por esto mismo, creo que estos cuentos son vascos, porque, además de haberlos pensado y escrito un vasco, han sido compuestos durante la ausencia de su lengua en la lengua de la presencia del vasco en Venezuela.

El primer relato largo, o novela corta, que ha sido dos veces finalista en el Café Gijón y que es el que da cuerpo al libro, tiene como protagonista a un *gudari* que formó parte de la Brigada vasca que salió en ayuda de los asturianos que trataban de cercar Oviedo a principios de 1937. El segundo relato nació entre Fuenterrabía, mi hogar, y la vecina ciudad de Irún, seguramente en homenaje subjetivo a O. Henry. El cuento sobre los *gitanos*, que recibió compartido el Premio Guría de Bilbao, no se refiere a nada que pase a los gitanos vascos, que los hay, sino de lo que ocurre a una familia de navarros sin mar un día de playa de Fuenterrabía, y que puede suceder a cualquiera que lea este cuento, si tiene hijos.

Si después de esforzarme en explicar todo esto hay alguien a quien parece todavía que estos relatos no son vascos, es posible que no lo sean; porque no hay que olvidar que las cosas son siempre, para aquellos que no le ven a la forma el fondo, lo que parecen.

## El mar es una orilla muy larga\*

### 1

Es como acercarse a un muerto.

Uno sabe que ya no hay nadie en esa carne, en esos huesos que transparenta la piel, y, sin embargo, está el muerto en todas partes; le vive a uno el muerto en la tierra que está pisando todavía, en el cielo que ya no ve, en este silencio de mar largo, sin fin, que se oye sin que nadie tenga necesidad de ponerse a escuchar en la orilla. Uno, ese nadie, no sabe si está de pie, si sentado, si muerto. Puede que sea una broma. Puede también que no, que en el agua que están tocando sus dedos esté la orilla tranquila de un mar muy profundo. Acaso es ahora cuando comienza el cuenco grande de los océanos a llenarse de agua por los ríos, o puede también que sea al revés y sea el mar el que ha comenzado a regresar para siempre al cielo en que tiene que buscarse el origen de todo, y también el comienzo del agua de vivir. Uno tiene conciencia del misterio de que a esa nada que ha sido para nadie le están dando un puesto a la diestra de Dios, una infinitud invisible de la que está lleno el Todo, hasta el muerto, a pesar de que el difunto que puede ser la esperanza de uno mismo ya no vive en la tierra que toca, en los cielos que mira, en el silencio que ya no oye, en estos olores a muerto que ya no le importan.

Es como haberse ido sin saber que ya ha llegado al sueño para siempre.

Y encontrarse a los pies de un Tribunal; no el que le han dado a uno en la caridad del catecismo y que uno ya sabe que es la Justicia, sino el juzgado de la real gana que le puede decir que se vaya en la paz y dársela graciosamente o le puede disparar un tiro para que se la busque uno mismo, si puede, en esa pesadilla de no saber si ha dejado un rastro de hombre en las manos o en los ojos que le han tentado el peso en las criadillas y le han visto perder el color de su piel; basta y sobra a veces ser flaco y dejarse transparentar el miedo de la sangre en el pellejo para hacer la diferencia de que le pasen al comedor o le desvíen al pudridero donde se secan las vidas de muchos muertos que hablan; o para que le despeguen a uno el calor de las vísceras, los tendones, la carne, los huesos, de los pocos litros de su propia sangre, no la de hacer chorizos, y se desarrugan entonces, y para siempre, los recuerdos grabados con el calor y el frío que sube del corazón o directamente del estómago, o le han entrado por los ojos o los oídos o por la piel blanca o negra o amarilla de la mano, según haya nacido aquí o más allá, haya tenido una madre o no, novia, mujer, hijos, o nada que le estorbe para morir. Sólo por haber nacido un día cualquiera en cualquier parte y sin saber si llega o está saliendo, si es para quedarse o está de paso, si es a comer mucho, poco, o nada, y con el miedo de comer la carne que es pecado, el pan que está caro, el vino que emborracha, y de ver demasiado con la luz, que no es bueno, o de quedarse a oscuras, que es peor, y oler a

---

\* Los cuentos "El mar es una orilla muy larga", "El presente" y "Los gitanos" fueron publicados bajo el título *Tres relatos vascos*, San Sebastián, Txertoa, 1974.

podrido día y noche sin saber si es a uno mismo o al vecino o si este olor a muerto que carga uno desde que nace, sólo por haber nacido, es de todos.

Es la angustia de no saber si uno vive entre los muertos o se está muriendo del mal de saberse entre tanto vivo como hay.

Uno no sabe si es uno mismo o es el pariente de alguien que está muerto y se mueve, o está vivo y quieto, sin poder morir. Uno se pellizca el muslo, como yo ahora, y soy yo, me oigo en la tela que es de otro, me siento en la carne que me duele. Y oigo los pedazos de voz pequeños, escondidos, que brincan a veces bruscamente, que salen de las mesas de los jueces, y oigo, no puedo dejar de oír, las voces de algodón que están domando; otras se quedan sin salir de la boca, que está abierta porque no la puede cerrar y ya seca de no poder hablar. Y se oye correr un hilo de madera, con saltos de aire breves como perdigones y muchos. Y es eso, la poca luz, el mucho frío en los pies de madera, en las manos de madera, en la cabeza de leña; de no sentir la nariz, de saberme sin orejas, de picarme los ojos en las legañas, que, si no, ni sabría con qué mirar las gentes que se me han adelantado en la fila en este cuarto tan grande donde uno tropieza de pronto consigo mismo, alguien a quien han puesto a morir y con ropas (pocas ropas), con la carne flaca, con muchos huesos y largos, con la boina de mi pueblo en la cabeza de roble partido, con medias en los pies, no con faldas sino con pantalón, con corbata, y con una gabardina de mi cuñado que murió en el frente, y del otro lado, hace un mes.

Acaso lo maté yo mismo.

## 2

Y no hay un guardia.

Puede estar el guardia muerto, como yo, o estar escondido debajo de una camisa blanca y sin un rescoldo de saber que ha muerto la paz para siempre, y comiendo harina de huesos molidos a palos, bebiéndose agua de ojos, viendo volar palomas sin el espíritu, tomando el vino como si fuese vino sólo, y el pan, pan, y repartiendo las de consagrar todos los días del año como quien sacude una alfombra o quien quita el polvo a unos pantalones de albañil.

Cosas de simple oficio, sin la malicia.

Me estoy haciendo poco a poco al olor y a la voz tapada de este cuarto grande que huele a muerto. Nos están pasando uno a uno frente a tres mesas seguidas dispuestas como si fuesen aparatos de verle a uno las tripas, y si tiene la sangre de ese color; si tiene rabo, porque a veces hasta rabo hay que tener y se lo ponen; si uno tiene hígado, si le quedan riñones; si uno se ríe, de qué y cómo; si le gustan los curas, si uno es aviador; si le alcanza la edad para apuntar de lejos a una cabeza y darle; si tiene los pies planos, si le salen puntas al corazón o lo tiene redondito y con algún letrado que no sea subversivo; si uno quiere a su padre aunque esté del otro lado; si uno tiene un hijo o una hija, si los dos, y por qué; y si, además, es casado, cosa oficial...

Y no hay manera de morirse antes, hay que ir pasando por esas mesas, una a una; dejarse ver los papeles, la vergüenza, el que la tenga, el miedo si se lo ven, la voz que le salga a uno cuando habla, la poca mirada que uno es capaz de organizar cuando se

encuentra ante esos ojos como pozos que le están viendo a uno los calzoncillos, la camiseta zurcida, los huesos de la rodilla, los agujeros del calcetín, el corazón roto, un tiro en el pulmón... (aunque está curado hace tiempo), una hermana tísica (y ahora viuda) en el sanatorio, mi padre paralítico, mi madre muerta hace doce años, mi novia arrimada a otro, y mi hija (si vive todavía) viviendo con su madre.

Todo esto le pueden ver a uno esas mesas en un momento.

Y más.

### 3

Necesito este documento. Uno no es nadie, y menos uno mismo, si no se lo dicen en un papel.

– Justo Aldanondo... ¿es usted?...

No hay más que oírle el silencio y las voces de hielo a este cuarto.

Está el hombre, ese Justo, de pie, comido por la sombra, diciendo con las manos la distancia, las alturas, unos palos, curvas y curvas, las que le puedo ver desde aquí, y detiene el brazo para que la voz sentada le diga:

– ¡Hable más alto!...

Y al hombre de pie le sale un chorro inusitado:

– Estuve allá hasta la guerra...

El hombre del pantalón azul avanza con las dos manos sobre la mesa, como cuando yo me prosternaba en el confesionario, y al viejo se le arrodilla la voz, tanto que no se oye otra vez, y me veo entre aquellos dos brazos largos de don Inocencio y con su voz de un solo pulmón preguntándome en la lengua que desde cuándo no había ido a confesarme; un mes y medio; ¿y medio?; sí...; ¿y por qué ese medio?...; pero la voz de preguntar era bondadosa y sentía yo en mi cabeza la mano blanda de Dios tocándome con la gracia de su perdón, y sin preguntar demasiado, porque no tenía Él por qué preguntar tanto para saber, y me hablaba en amigo, a pesar de su edad, de comer el pan de los ángeles y de haber sembrado muchos árboles y haber traído el Viático a muchos abuelos como el mío cuando murió de la pulmonía y por tozudo, el pobre viejo; a pesar de eso, de estar tan arriba y tan en el secreto de la luz y la sombra sosegada y mansa del confesionario que estaba junto a la columna, don Inocencio me absolvía de mis muchos pecados con un signo de la cruz hecha con una mano larga y blanca de huesos que llegaban blandamente hasta mi cabeza para despedirme, sabiendo quién era yo y sin decirme nunca el nombre ni mencionar la burla que le hicimos un día que él subía la cuesta de la iglesia. Era eso, y los ojos de mi padre cuando me miraron hacía tres días y le dije que sí, que la guerra había terminado, y me vio desde detrás de sus cristales de agua con aquella resignación nublada de sus ojos azules pidiéndome que me agachase hasta su silla de ruedas para darme un beso en la frente... Y el hombre del pantalón azul y que tendrá hijos le habla al juez desde muy cerca, no se le oye la voz, y me recuerda a mi padre aquel día en que me preguntó por mi hija y no me quiso creer cuando le dije que no sabía dónde la había mandado su madre; y, sin embargo, era verdad, como la que está diciendo el viejo en la mesa, seguramente.

A pesar de eso, a pesar de saber que está haciendo un daño al anciano, no quiero mal al hombrecito que le está haciendo esas preguntas con alfileres desde detrás de la mesa de madera; este trabajo es de antes de llegar él al mundo por el hueco de su madre, y si tuviese la suerte de llegar al regazo de don Inocencio le perdonaría también. Yo, si pudiera, no haría menos. Tampoco le tengo odio al hombre de la mesa número dos, que lo que hace es ver los papeles a la luz de un libro negro como de contabilidad, en donde se vienen apuntando desde muy lejos las cuentas de los enemigos, porque esto es de antes de que llegara el Cristo, y esa luz negra ni su padre ni su abuelo la han podido inventar solos. Con la jovencita, la de la mesa tres, no se puede, porque es mujer y es bonita y es la que entrega las tarjetas de identidad, las etiquetas...

– Otro...

Hay dos muchachos que corren por la sala. Le están sonando estos niños al cuarto como un grillo a una caja de cartón. Se me ha ido juntando gente y gente a la cola. Ya está larga. La mujer que está entrando ahora sonriente es rubia, grande; tiene con qué reírse, si quiere. Se parece a mi novia, a Rosaura. Aunque Rosaura no tenía el pelo así y tenía los pechos más crecidos...

A Rosaura la perdí por mí, y con mi semilla en su carne y sin querer; por ser yo terco, de joven que era, y ella mayor que yo dos años y muy soberbia. Se la hice, la hija, en su propia cama, a donde le llegaba por la ventana noche sí y noche no, según; éramos vecinos de puerta. No he podido llegar después de ella a nadie; en el cariño, se entiende.

Son cosas viejas, de antes de la guerra.

La rubia de la cola está hablando con un joven que acaba de llegar vestido de buzo; él sonrío a la muchacha y ella no hace menos. Acaso hasta se conocen...

– Otro...

Las mesas están siempre ocupadas; están los funcionarios sentados, y los que funcionan, de pie, menos el viejo que está ahora sentado frente a la señorita en la única silla que han dejado para los que vienen en busca del papel. Hay estos tres empleados de gobierno sentados, parapeteados, detrás de sus mesas, y casi cien hombres y mujeres y niños esperando de pie en una cola rota que está hecha de alguna gente que no se movería de la línea sin una orden por escrito (así de tiesos están de pie sobre esta raya invisible y exigente de la cola) y otros más independientes o más ingenuos que están recostados contra la pared creyendo que ese puesto es de ellos por sólo haber llegado a su tiempo, y también está hecha esta cola de los dos niños anarquistas que llegaron a la sala a jugar a canicas.

No hay ni una sola de esas mamparas de madera que a veces plantan en las oficinas grandes para repartir la gran cueva en esos pequeños cubiles con ventanillas que sirven de mampuesto, y donde uno tiene que meter a juro la cabeza sin saber si le van a dar una bofetada; ni hay aquí un retrato, porque suele, también, haber un retrato viendo a uno el ánimo desde lo alto dondequiera que ese uno se le ponga, ni hay tampoco la estufa que ponen a veces en estos lugares desolados de las treguas cuando hace frío.

No hay nada de eso.

Este sitio debe ser una escuela venida a menos; muy a menos, parece; le queda, eso sí, el madero del Cristo colgado de la pared; aunque ahora sobran las cruces; a los Cristos ahora los callan, los acaban, o los dejan en clausura, o libres y sin madero de

donde colgar sus brazos, para que no haya quien se fije en ellos cuando se consuman de soledad; así, sin el espectáculo, nadie los ve morir en martirio.

Hay muchas maneras de cazar al contrario.

En los pueblos cada uno sabe quién es el otro, y le pueden rastrear la sangre hasta los abuelos; muchos denuncian por puro miedo (aunque el miedo puro tampoco existe) de que les hurguen las familias, porque un abuelo liberal o reaccionario lo tiene cualquiera.

Cuando uno sabe que no le conocen las caras y que nadie sabe quién es quién en la ciudad, no tiene ese cargo de conciencia, porque uno, aunque lo sepa, no está obligado a saber a quién está haciendo el daño.

Es suerte que haya salas grandes como ésta donde no se conoce a nadie por la cara, donde sólo hay un libro mentecato, ignorante de los nombres de la provincia, donde sí me señalarían con el dedo: ¡Mariano!, y yo no sabría mentir, porque en el pueblo hay gente que ha visto nacer a mi madre.

Todo hasta ahora ha salido bien, y será gracias a... ¿gracias a quién será?... porque ya uno no sabe, ahora que ya se ha muerto don Inocencio, a quién quejarse, a quién darle las gracias después; y es que ya uno está perdiendo el instinto de mirar cuando llega el momento...

Es cosa de orientación.

Del Dios que llevaba don Inocencio no me puedo quejar; podría, sí, quejarme del frío ahora, pero eso no es de Él ni de nadie especialmente contra mí, contra Mariano, porque he sido malo alguna vez, sino que hay otros muchos en la sala igual que yo.

¡Peor!

Porque yo tengo la gabardina de un cuñado que ya no la necesita, y estoy más abrigado que esas dos mujeres, azules de frío, que están conversando apoyadas en la pared, y más arropado que el hombre que está ahora sentado frente a la jovencita de los ojos claros, porque lo único que tiene encima de sus huesos es una camisa caqui, y estas mujeres y ese hombre no son peores que yo; la maldad, eso se ve a ojo; estoy mejor abrigado que esos dos chicos, aunque esos niños tienen la suerte de que se pueden mover por la sala sin llamar la atención, y uno no, porque ¿cómo va a empezar un hombre de pantalón largo y barba, aunque me la haya afeitado, a correr por esta sala detrás de una canica de barro?

Este es un salón grande, y alto; cabrían tres hombres puestos el uno encima del otro; y el que se montase arriba pisando los hombros de quien sea, que podría ser un amigo que se deja pisar o un enemigo que no tiene más remedio que dejarse, podría saltar y guindarse de ese cordón que descende dos metros a plomo para colgarse, no un hombre, porque un hombre colgado ahí sería demasiado, pero sí una bombilla, que es la única que alumbra aquí, y que han encendido a pesar de que ya es de día, porque todavía es temprano, o tarde (puede ser) para ver sólo con sol, aunque el sol dé en plena cara, porque el sol es la luz natural y más completa que alumbra al hombre con la condición de que no le ciegue los ojos, lo encandile; está la bombilla prendida también porque es invierno; aunque, por mucho que acostumbre llover aquí, hoy no está lloviendo; hay esa luz, la de la bombilla, y está también la poquita que entra por las tres ventanas grandes, donde faltan: uno, dos, tres cristales enteros y una mitad, y también hay uno partido, sin

saltar, y que dan, las ventanas, a un patio, y lo que se ve es unos muros, unas espaldas grandes y rectas de cemento, con sólo dos luces prendidas, y que son como dos ojos, pero que están distantes el uno del otro, porque un ojo brilla arriba, digamos en la cabeza, y la otra luz me está viendo desde abajo, y es que los vecinos viven en una misma casa de pisos, pero tan distanciados que no saben el uno del otro lo bastante para prender las luces de acuerdo.

Esto es lo que se ve desde esta cola que está organizada (aunque no se vea un guardia) en la zozobra.

#### 4

No es que esté oscuro fuera por lo temprano, porque ya son las ocho y media y a esta hora ya hace tiempo que están sudando los hombres en las minas y en las fábricas y en los talleres, y están helándose en los caminos y en las vías del tren.

En las oficinas no; para los que no tienen que sudar amanece el día de trabajo más tarde, porque ellos han sabido despertarse a tiempo.

Así va esta cola. Trabajosamente, muy despacio, y en silencio, como en las grandes operaciones de cerco.

No se está oyendo más que la cuerda de correr la canica sobre la madera, un entarimado viejo, de tabla ancha, mordido por la polilla en las juntas, en las que brillan, porque no se las han podido comer, por lo duras, algunas cabezas descarnadas de clavos; y es bueno que corra de vez en cuando la canica de barro sobre la madera y con esos saltos en los huecos y todo, porque así al menos hay un hilo invisible al que seguir con los ojos sin despertar sospechas, aunque le pasen a uno la vista por la cara como un reflector, porque aquí nadie sabe quién es quién, es una clase de paraíso, y así hay oportunidad de decir al compañero de cola, que puede ser un chivato, que ¡qué muchachos!, porque esto no está prohibido, o de sonreírse uno mismo para sentirse el alma dentro.

Y también les nace a los dos chavales de pantalón corto de vez en cuando, porque no hay forma de ahogar esto en las postguerras, una exclamación, y es que la canica ha pasado de largo, o es que ha dado una canica contra la otra y suena en este local, y para las gentes que viven este momento para la cola, como si las canicas no fuesen de barro como son, sino que fuesen de plomo, y dispara en los chavales unos gritos de victoria.

Siempre, aun cuando esté todo perdido para todos, hay alguien que cree que está alcanzando la victoria para siempre.

Se oye de vez en cuando la voz de callar de la madre de lo que deben ser los dos hermanos cuando hace: "¡chist!"; no por nada, no porque el recreo esté prohibido por ley, pero por miedo de que cualquiera de los números sentados detrás de sus mesas (¡menos la joven, que no podría ser!) ponga sus ojos encima de los chicos y archive su rencor para cuando llegue ella sin ningún papel que valga en esta sala.

Yo no lo sé, claro, pero seguramente pensará la mujer así.

Digo yo.

Hace ya rato, y largo, que llegó la rubia, y hace más que me llegaron mis vecinos de cola más próximos: este hombre oscuro que no saluda ni mira derecho a los ojos, luego un hombre joven con la que debe ser su mujer, una anciana con una bolsa de ir al mercado, vacía; y ocho, nueve, más, incluidos la rubia y el mecánico que está peinado a lo Gardel.

Esto es lo que viene detrás, y no por mérito de haber adelantado yo mucho, sino porque hay estos que han llegado después.

Delante tengo noventa y uno.

No me fío de este hombre que tengo detrás...

Este tubo gordo pintado de marrón que descende pegado a la pared será para lo que baja de un retrete; acaso vive arriba, o vivía hasta que reventó la guerra hace un año, un maestro de escuela; hay también esas telarañas en los rincones, que son las intimidades del tubo, y también en las juntas de las paredes, entre ellas mismas, porque también se encuentran las paredes. Hay todo este mundo de cosas que sólo se ven en algunos sueños, y no porque no las haya, sino que uno no tiene tiempo de fijarse como ahora, cuando veo a todo lo largo del interminable zócalo de madera un mate hecho como de un polvo oscuro, de no haber sido barrido en tiempo, aunque el suelo sí ha sido (roto y manchado como está) barrido en el día, o en la víspera, porque no se ve un papel ni una cáscara. Huele esta sala a... algo que tiene de común, de esos retretes de sentarse como sobre una mesa de madera y la tapa redonda con un boliche que es adorno y es asilla, y que huele, no a madera, propiamente, ni a cera sólo, porque algunas de estas mesas de cagar están enceradas, sino a algo más complejo que lo que uno hace dentro, una mixtura que está hecha de esos olores y también hiede a sudor de pujos y a secreciones de partes que no se lavan sino el verano, en el río.

A eso huele aquí a pesar del frío o por la guerra, porque, por lo cerrado, no corre el aire.

Ya el hombre de la boina (que la lleva en la mano, porque sobre la cabeza aquí no se puede) ha recogido su papelito, lo está doblando, y ha dicho a la señorita que muchas gracias, porque eso se ve, se adivina, de lejos, y la joven se le ha sonreído.

¡Es bonita esa mujercita cuando sonrío!

Se ha quedado ahora sin hacer nada, esperando, porque la mesa dos está reteniendo a una anciana más de la cuenta, y es que le están pidiendo el "certificado de penales", que la viejita no debe saber siquiera lo que es y de sus malicias; el funcionario se lo está deletreando y de mal humor.

También el número uno está preguntando y preguntando a un mozo que debe estar en edad de disparar; es de lo que se ve al bulto; pero, además, parece que hay que estar seguro de que el joven no está en el catálogo o en el inventario o en la letanía o en el índice, y no él mismo, seguramente, porque este hombre hace un año era un niño, sino su padre o su abuelo.

Eso le pasa por tener su abuelo o su padre un vecino chivato; que si no, las tinieblas de este libro estarían a oscuras todavía.

La anciana de la mesa dos sigue sacando más y más papeles de la cartera. ¡Cómo puede haber tantos papeles que no sirven y cómo ha podido juntarlos todos esta viejita!... ¡Ya no le sirven ni sus manos, que están temblando!...

Mi documentación sí vale, porque tiene los sellos y las firmas de reglamento; un salvoconducto como debe ser. Y no es legítimo sólo porque lo digo yo ahora, que esto no sirve, sino porque me lo han probado guardias y soldados y empleados de Ayuntamiento; ahora sólo me falta la tarjeta, un papel que diga quién soy a prueba de chivato y que vivo en la ciudad, en tal parte, que esta es la casa de mi hermana tísica y en el sanatorio donde vive, y, atendido por una vecina amiga, mi padre solo.

Ahora conmigo.

## 5

Este salvoconducto que traigo vale lo que dice porque es un papel completo y más oficial que mi puesto de Sargento-jefe cuando subí a la cota 207 hace dos semanas.

Acababa yo en ese momento de nacer en el frente después de un entierro por derrumbe y luego de haberme vuelto el sentido que perdí debajo de cientos de kilos de tierra, y menos mal que con la cabeza metida en un cajón de munición lleno de aire, y a pesar de tener aún una pierna morada y de piedra, de un golpe; y, después de haberme muerto como diez veces, me mandó Antón a retaguardia, que eso era la cota 207, un altozano redondo como un pecho de mujer o como un divieso, como se quiera ver, y donde estaban cavando trincheras veintitrés hombres.

Cuando llegué a cubierto de la lluvia, que era una parte del zanjón con un tapado de latas unidas con clavos, y que goteaba, claro, yo no estaba aún entero, porque me estaba faltando todavía el aire, se me doblaban las rodillas y sentía la cabeza con un frío como de tenerla destapada y llenándoseme de agua; era por eso que, para sentirla entera, me tiraba de los pelos; y me sujetó un hombre, que después sé que fue Felipe, porque me vio mal, porque eso se debía estar viendo aún a esa hora, que ya eran las cuatro de la tarde, y en invierno y lloviendo y en guerra, con la luz como hoy, aunque ahora está amaneciendo, porque para ver, lo mismo da que la luz sea la de nacer o la de morir el día, y se me adelantó, digo, Felipe para ayudarme a conseguir el lugar donde goteaba menos y me hizo sentar sobre una piedra; él se iba a marchar después, pero le pedí que se quedara.

Y se quedó.

Yo lo veía mirando el agua que corría por sobre y entre nuestros pies, fuera y dentro de las botas, porque no hay calzado que preserve a nadie de un chapatal como aquél: agua y barro sobre barro y agua, que era toda la que llevaba la trinchera cavada a desnivel para eso, para el desagüe; y me preguntó Felipe entre aquel ruido metálico del agua contra la lata, si yo era el sustituto del Sargento Beika; le dije que sí; me dijo que estaba bien, y que él iba a seguir bajo mis órdenes lo mismo, trabajando con los demás muchachos, porque le habían pedido a él, como encargado del grupo de trabajo, que terminase aquella trinchera antes del amanecer, porque, dijo, podía haber una retirada.

Y se fue.

¿Retirada?, me dije yo, ¡si estamos atacando!

Descansé un rato, comencé a respirar con mayor desahogo, poco a poco, y empecé también a sentir mi cabeza entera y en su sitio otra vez, y también mis piernas, mientras

llovía y llovía desde algunas fuentes inagotables, y pensando que si el Cielo es de algo que se puede tocar tiene que ser de agua; al menos en esta tierra; no se oía un tiro, sino aquel batir de tambor sobre nuestras cabezas; y se oían también los picos y las azadas, con golpes de corte y de agua, como dados entre algodones: "zuás, zuás..."; muy tristes.

Así se fue apagando, apagando, la ya escasa luz del cielo, como si aún se pudiese ver con menos, porque es verdad que se podían distinguir todavía los bultos.

Me levanté y fui caminando despacio por el río de la trinchera hacia donde sonaban, ya más cerca, los chasquidos de las azadas y los golpes más duros de los picos contra la piedra por sobre el doble de la lluvia; y saludé al primero que encontré, que fue un bulto de agua, y que podría ser también un tronco de árbol en la trinchera, pero no, porque se movía, y se detuvo y me miró, seguramente, y no me dijo nada, porque aquel trabajo era primero; y, luego de pasar por otros que estaban cavando en la misma dirección dentro de aquel río, tropecé con Felipe, porque él se me adelantó, y le dije que los hombres deberían descansar un poco, ¿no?; se me acercó más en el agua y me dijo que sería lo que dispusiese yo.

Así se hizo.

Cada quien se consiguió su piedra y nos fuimos sentando en aquel fangal de agua corriente bajo el tapado de lata, pegados el uno al otro, como pudimos.

En silencio.

Así, mientras oíamos caer estrepitosamente el agua sobre la lata, con los huesos como ensartados en un alambre de hielo, fue oscureciendo del todo.

Muda la noche de invierno y de guerra.

No se oía un tiro.

Y ciega, porque no le alumbraba un solo punto de luz.

Nada.

Cuando llegó aquel ramalazo de viento que nos azotó la cara, supimos que algo se había movido, de pronto, en alguna parte, y algunos de los veintitrés hombres se quejaron; por una vez.

Desde entonces comenzó a soplar el Norte.

Yo tenía mi posadera de la misma dureza y sensibilidad que la piedra en que estaba sentado, y me dolían las rodillas, las sentía de la consistencia de la madera, del aliso, que es una madera vasca siempre mojada y siempre verde por dentro.

Por eso, seguramente, por el miedo de dejar de sentirse en su sangre, se movían de vez en cuando una pierna, un hombro, un brazo, en aquel apiñamiento de hombres.

Nadie fumaba, porque nadie podía tener allá un cigarro seco.

Ni teniendo se hubiese podido encender la menor chispa en aquel punto de la línea, porque eso, en la noche de invierno de las guerras es un blanco seguro para el que está preparado con su intención y con su arma y, además, le dejan hacer el tiro.

Ese silencio era una orden, seguro; estábamos preparando un ataque.

Debía ser.

Así era siempre la fuente de estos silencios.

Mis hombres lo sabían, no había más que escuchar aquella mudez.

Pero había que continuar cavando la trinchera, porque la gente de Antón, que estaba agazapada en la cota 196, estaría confiada en que yo terminaría ese trabajo a tiempo de cualquier emergencia.

Y oí un ronquido; que alguien no podía más; y pensé que debía decir yo las palabras para despertar algo en aquellos hombres; yo sabía que no era un general, ¡cómo iba a ser yo un general!, pero comencé diciendo, más o menos, y sin levantar demasiado la voz, porque una que se alzase justo sobre aquel fragor de agua bastaba, que: muchachos, tenemos que hacer otro esfuerzo, porque si los hombres que están en la primera fila del combate, defendiéndonos del enemigo común, tienen necesidad de replegarse en la madrugada (que no será, pero todo tiene que estar previsto), y hablé en la dirección en que suponía a Felipe sentado, deben encontrar listas estas posiciones.

Y me levanté; agachado, porque de pie no cabía, y dije, siempre sin alzar la voz más de lo necesario, que sería una traición dejar estas trincheras sin terminar; que sería bueno que nouviésemos que cavar más trincheras en retaguardia, si es eso lo que estaban pensando ellos, y que sería mejor avanzar con la infantería y terminar con los inviernos y las guerras y llegar cada uno al verano de su casa, cerca de los padres o de la mujer o de los hermanos o de los hijos, y comer en la paz lo que hubiese, cualquier cosa que hubiese, aunque fuese muy poca, que a mí me gustaba la guerra menos que a nadie, que yo odiaba la guerra; pero que teníamos que salir adelante, porque ésta era una prueba para hombres, y que salir con bien de este desafío exigía sacrificios grandes, como éste de estarnos sin comer y mojados y helados horas y horas sin ver una luz, sin que todavía se pudiese dar nadie un descanso.

Eso les dije, y nadie se movió; aunque sí se había apagado el ronquido.

Pensé que ellos serían hasta mejores soldados que yo, pero en ese momento me tocaba hacer a mí, que era el que tenía la responsabilidad de hablar las cosas que tiene que decir todo el mundo en estos apuros.

Y los hombres no se movían todavía.

Entonces pregunté a Felipe, que era el único con quien había tenido oportunidad de cruzar una palabra, a ver qué le parecía, que teníamos que volver a trabajar.

Sentí a alguien que se levantó a mi lado y me dijo con la voz cansada de Felipe que si lo ordenaba tenía que ser así; luego fueron levantándose los demás, despacio, que eso no se veía, propiamente, sino que se oían y se sentían los bultos vivos cerca.

Yo salí al sirimiri (que ya la lluvia había bajado a eso) como los demás, y al viento, porque fuera corría un norte frío que cortaba como una guadaña. Los hombres tardaron bastante en conseguir a tientas sus herramientas; pero comenzaron, por fin, a sonar otra vez los golpes lentos y mojados de las azadas en el fango.

Por mucho que me esforzaba, no lograba sentir mis piernas; ya tenía el cuerpo sobre zancos; hechos de alguna madera; ¡no, de metal!; y esa idea me horrorizó, porque la madera al menos vive todavía después de muerta en el olor, en el calor; traté de caminar y tropecé con algo que debían ser arbustos; sacudí los brazos contra mí mismo, me golpeé la cara, una cara sin nariz y sin orejas, con unos ojos que no veían, con una boca sin dientes que no podía abrir, tieso el cuerpo aterido, como esas ropas colgadas de los alambres después de una helada.

Se oían los golpes, "zas", "puf", "pic", "zas", cruzados, a destiempo, algunos juntos por puro azar, entre el caer blando y persistente de la llovizna astur.

Me alegró pensar que Antón estaría escuchando aquellos golpes, porque no se oía otra cosa en la noche del valle. Ni un tiro, ni la voz de un animal, que había, seguro, conejos y liebres y erizos escondidos, asustados, en aquel monte; ni se olía tampoco a nada que no fuese a humedad, porque era un momento sin nada más que el agua fría envuelta en la oscuridad del limbo, que era como estarse muerto, pero sabiéndose muerto, algo que no puede ser, pero que es, porque eso es lo que sentí, y uno no puede sentir en el cuerpo una mentira.

No sé del tiempo, porque uno no sabe cuanto duran estas cosas, cuando me llegó la voz apagada y leal de Felipe diciéndome que ya la zanja estaba donde se podía dejar, y que los hombres no podían más tampoco, y que uno, Aureliano, había muerto.

¡Muerto!

Sí, lo acababan de levantar entre dos, en balde, y a ver si podríamos regresar a sentarnos un rato.

Le dije que sí, asombrado.

Yo mismo pedí a Felipe que me ayudase a llegar allá, porque no sabía ir solo; me pierdo por nada; la orientación no me funciona a mí; él, Felipe, podía, porque veía en la noche; no hubiera podido, si no, llevarme por todo, ponerme frente al silencio del muerto y volverme a dejar sentado en la misma piedra de antes.

Después sentí que llegaban uno, otro, los bultos, tosiendo, llorando llegó uno, que es cuando hice un esfuerzo para hablar y decir que: ya está bien, muchachos, no podéis hacer más, porque el hombre no lo puede hacer todo, y vamos a esperar que amanezca, que es posible que nos traiga la victoria, y a la victoria no se la recibe llorando, aunque a uno se le haya muerto un camarada, ¿entendido?...

Nadie se movió para un sonido, y no había por qué molestarse tampoco, porque ni yo mismo creía en las palabras.

Pensé entonces que estábamos todos menos el muerto.

Pero al rato sentí que llegaba alguien, arrastrándose, y Felipe me aclaró que eran dos hombres que traían a Aureliano; que él mismo los había mandado a buscar, y si estaba bien.

Claro.

Luego oí un murmullo de voces y sentí que se estaba moviendo gente a mi lado; tuve que salir yo también, porque estaban poniendo al muerto debajo del tapado de lata; no se para qué.

Ya todos estábamos otra vez con el cielo de agua encima, y yo de pie; Felipe me trajo la piedra, y me senté.

Los demás se fueron sentando también.

Y aguantamos horas en aquel limbo de hielo, esperando que naciese el día por alguna parte.

Llegó en un trasluz vacilante entre la niebla, a mi izquierda; que eso no es el sol que ha salido por donde no es, aunque a veces uno esté tentado de pensarlo, sino que es uno el que se ha cuadrado mal, o lo que sea; y fui descubriendo las cabezas, que estaban apretadas como en un racimo, y contándolas; faltaba el muerto, claro.

A ese día lo vimos llegar todos, porque era fácil adivinar los ojos de aquellos bultos pendientes de la niebla que se iba transparentando como un algodón cuando lo ahuecan mucho.

Sonó un tiro.

Sólo uno.

Luego volvió el silencio; aunque ya con el eco dentro.

Yo me levanté como pude y me puse a mirar por encima del parapeto cuando se descolgó aquella hilada de tiros.

Ya no hubo paz en ese día.

Comenzaron a sonar unos "pac-um", "pac-um", intermitentes, como si fuesen tirados al azar, pero por una orden, y comenzaron luego los silbidos largos en zigzag y las explosiones, y se fueron montando así, uno sobre otro, primero como orquestados, los ruidos, hasta formar un tropel que ya no permitía distinguir un tiro de otro.

Entonces vi al muerto bajo el cobertizo; no sé todavía para qué lo tuvieron que poner allá.

Estaban los hombres limpiando el fango de la zanja, porque hacía un rato que había dejado de llover, cuando nos llegó un lamento largo y quejoso por sobre el balerío, y se oyó claramente una voz que gritó algo a alguien que debía ser el herido.

¡Había comenzado la ofensiva!

Mi gente, con un camarada muerto, estaba de piedra.

¿Les iba a repetir las palabras?

El trabajo estaba hecho, y el deber mío y el de Felipe y los demás hombres era esperar en nuestros puestos.

Nosotros, desde los parapetos y a la distancia, hubiésemos podido ver las posiciones en que estaban los hombres de Antón, pero había una neblina blanca y espesa pegada al valle.

Mientras duraba este fuego, fueron viajando las nubes cargadas de agua y se fue despejando poco a poco el cielo; hasta nos llegaron algunos ratos de sol, de un sol blanco y frágil, que, sin embargo, absorbíamos con fruición, sin movernos, sentados en el suelo.

Así fui descubriendo sus caras por primera vez, y eran todas nuevas.

Los hombres me miraban, y yo pensé que con algún rencor.

¡No los podía estrujar más, era verdad! Ya los huecos eran lo suficientemente hondos para esconder a un hombre de pie; estaban bien.

Les dije que podían descansar.

Calentar un cuerpo yerto al sol, y con este sol blanco, toma también su tiempo; se me fueron despertando primero las manos y la cara; no sentía aún las piernas, pero podía hablar; llamé a Felipe, que estaba más entero que yo, y le dije que qué le parecía aquello.

Felipe estuvo un rato escuchando el tiroteo, que estaba cargándose de nuevos truenos, que se estaba espesando aún más, y me dijo que no sabía qué decir, que él creía que habíamos hecho todo lo que podíamos en aquella cota, que era abrir las trincheras.

Le dije que sí, y recuerdo que le puse una mano en el hombro para decirle que el hombre tiene una medida, y que la nuestra estaba marcada en ese momento por aquellas zanjás, ¿no?

Me dijo que sí con la cabeza.

Luego, cuando seguí la dirección de su mirada, llegué con la vista al muerto, que tenía la cara de tierra, y le dije que debíamos enterrarlo; ¿era viejo?

No viejo, pero estaba enfermo del corazón.

¿Por qué vino si estaba enfermo así?

Felipe alzó los hombros, que es cuando sentí un zumbido como de abeja, y pregunté con los ojos a Felipe si lo estaba oyendo, y él me dijo que sí, que eran aviones.

El ronquido se fue llenando de más y más ruidos delgados como ruidos de hilo sonoro y ronco, hasta que dije yo mismo a los hombres que se fuesen metiendo bajo el cobertizo; ¡sin correr!...

Así rodeamos al muerto.

Fueron siete aparatos, pesados, lentos, y yo estaba seguro de que iban a vaciar la carga sobre la cota, para desbaratar todo nuestro esfuerzo; vi el mismo susto en la cara de mis hombres; pero los aviones cruzaron nuestro cielo, que a veces se parcelan los cielos también, y fueron a vaciar su carga más abajo, sobre la gente de Antón, con su estruendo impresionante.

Retembló a cada golpe de bomba el suelo.

Los aviones dieron un ruedo grande y lento sobre el lado de niebla y humo que teníamos a nuestros pies y que ya comenzábamos a oler, un olor acre, y regresaron por una línea que pasaba justo por encima de nuestras cabezas.

Quedó sólo el temblor estremecido del eco: "bang... bang...", como dentro de una caja.

Cuando se apagó el retumbo, y antes de morir el ruido de los motores, que aún se oía, ya sordo, contra los puntos sueltos de los tiros de fusil y también algunas voces y quejidos, comenzó a llegar otra ola de aviones, esta vez once bombarderos, y de nuevo pasó la formación sobre nuestras cabezas, ya despabiladas y, por eso, más conscientes del miedo, y vaciaron su carga como antes; y vino todavía un grupo de siete más y dejó caer las bombas otra vez en el mismo martirizado pozo de nubes y humo.

Todo eso fue cosa de quince minutos.

Lo más.

Los hombres salieron entonces a estirar las piernas.

Yo dije a Felipe, que nunca estaba muy lejos de mí, que cómo podía comprender él que no les tentase la 207; ¿no se habrían dado cuenta de las zanjas, o qué?

Felipe no supo explicarse eso tampoco.

Le dije que me gustaría bajar yo mismo a las posiciones de Antón y su gente.

Felipe se quedó viendo la niebla, que hacía un rato que había comenzado a subir en nuestra dirección, con humo y todo, por el viento, y como diciendo que sería mejor esperar un poco más.

Tenía razón, porque mi puesto estaba en la 207, para lo que saliese; yo, entonces, era un soldado.

Felipe hubiese sido un buen sargento; mejor que yo.

Se seguían oyendo voces, continuaba espeso el fuego; la niebla nos envolvió otra vez; y me di cuenta que las voces y los tiros se iban alejando; aunque podría ser también una burla del viento.

Rápidamente se fue haciendo la noche.

¡Tan pronto!

Y era por la niebla, que se fue haciendo más y más espesa.

A todo esto los hombres se habían sentado otra vez, y con cierta unción, al lado del muerto.

Hacía ya mucho rato que no llovía.

Estaba en esta indecisión de sentarme de nuevo cuando oí que me llamaban:

– ¡Mariano!...

Yo dije "¡Zer!" (qué)... instintivamente, y miré a mis hombres, porque podía ser una obsesión mía; pero los vi mirando también en la dirección del grito, y estuve seguro de que había sido la voz de Antón la que dijo después, claramente, aunque como un eco blando, "Goazen!"... (vamos), que me encendió por dentro y que mis hombres no podían comprender, porque eran de aquella tierra y no de la mía, que eso se ve por encima y no tuve necesidad de preguntar, y entonces ya no era que nuestro batallón se estaba replegando a la cota 207, sino que estábamos avanzando, y grité:

– ¡¡Liaaa!!...

Me salió de no sé dónde, y abracé a Felipe, que no hizo sino sonreírse, por el cansancio, y también, acaso, pensé yo, porque no creía él que pudiésemos avanzar después de aquel castigo.

Yo pensé que era un pesimista.

Y miré a los demás, que estaban cansados, agotados, y sin ganas siquiera de mirarme, y comprendí muy bien que aquellos hombres no estuviesen para celebraciones.

Di la orden de bajar; de recoger las herramientas y comenzar a bajar todos hacia la carretera.

Los hombres se movieron, para mi impaciencia, muy despacio en la niebla; hubo uno, cojo de una pierna, que me miró desde abajo y escondió inmediatamente su mirada, y mientras me dolía esta desconfianza y desesperaba de esta lentitud me dijo Felipe:

– ¿Y el muerto?

La verdad es que en ese momento ya no me acordaba del muerto; será imperdonable y todo, pero es así; no dije yo entonces a Felipe eso, sino que sería mejor enterrarlo allí mismo, antes de salir, aunque eso nos tomase unos minutos.

Felipe pareció aceptar; pero, después de haber dado dos pasos para comenzar a irse, me dijo:

– ¿Adónde vamos?

Yo no sabía adónde íbamos a parar entonces; quería bajar a la carretera cuanto antes por eso, para tener noticias de Antón, que estaría esperando con su gente; y hablé así, en voz alta, con Felipe esta preocupación, que fue cuando él me dijo que el muerto era del pueblo a ocho kilómetros, bajando, ¿me parecía bien que lo bajásemos para enterrarlo en el cementerio?; era por no abandonar al muerto allá...

¿El muerto era de aquel pueblo?

Felipe me dijo que sí.

No había otra forma de salir en camión de aquel valle que por la carretera, y de cualquier forma teníamos que pasar por el lugar; podíamos dejar descansar al muerto allá; ¡qué mejor suerte que caerse muerto en una guerra y sin zancadilla, así en su mismo pueblo!; y dije, además, a Felipe que hiciesen una camilla con dos palos y el capote del muerto.

Así lo fueron haciendo; lo estuve viendo yo mismo.

Se afanaron todos ayudando.

Ya no se oía un tiro, ni una voz, ni llovía.

Así, en esos preparativos de salir, se nos fue como un cuarto de hora, y yo inquieto por Antón.

La niebla se hacía más y más densa a medida que bajábamos, y costaba seguir el sendero; primero iban cuatro hombres con el muerto, luego Felipe y yo, y detrás, en grupo cerrado, los demás.

Yo me acerqué a Felipe con sólo detenerme un paso, porque él venía detrás aunque muy cerca, como conmigo, y le dije "Arriba con ese ánimo, ¡carajo!...". Que ya estábamos avanzando, que el trabajo había sido duro, y hasta había habido un muerto, pero que eso era ya cosa pasada, que yo me sentía como si estuviese volviendo a casa después de una guerra larga.

Era verdad que me sentía así.

Y que tendríamos en el pueblo qué comer y qué beber; que un trago de vino vendría bien, ¿no?...

Felipe asentía, y era que sí, que estaba conmigo en todo, pero que no le daba el cuerpo para alegrarse por su cuenta.

Era eso.

Y yo le comprendía muy bien.

Así que llegamos a la carretera, una vía estrecha entre dos hileras de cerros, algunos cortados a plomo sobre un río de piedras, porque río y carretera iban juntos.

La carretera estaba sola y neblinosa, no se veía a más de cinco o seis metros, justo donde llevaban al muerto, por turnos de cuatro hombres que llamaba Felipe por sus nombres de pila; así supe que el cojo se llamaba Constantino; el grupo de hombres iba detrás; y yo (y Felipe también) miraba al frente, esperando ver un camión parado o acaso un hombre sentado, alguien de la gente de Antón esperándonos para un recado, una orden.

Pero aquella carretera de vaguada seguía sola, y silenciosa.

Así caminamos horas, porque ocho kilómetros, cuando uno está tan roto y lleva un muerto encima, son muchos metros.

Fue Felipe quien descubrió una bota, y nada más hasta que llegamos al pueblo.

No al pueblo, propiamente, sino a una cruz de camino, y Felipe se dirigió a mí con la mirada.

Le pregunté si eso ya era el pueblo, porque no recordaba haber visto esa cruz subiendo yo al frente en camión hace unos días.

Felipe me dijo que sí.

– ¿Conoces el pueblo? –le dije.

Y Felipe me dijo:

– Sí, es que nació aquí...

¡Cómo!

Sí, Felipe había nacido en ese pueblo.

¿Y el muerto también?...

También.

Me molestó descubrir de pronto que Felipe fuese tan allegado al muerto: ¿cómo no me lo había dicho antes?

Y habían nacido también, o al menos vivían en ese pueblo, todos los demás que venían en el grupo...

¿También?...

También, era verdad.

¡Y me lo estaba diciendo Felipe con aquella desgana, como si eso no fuese noticia! ¡Estará en sus cabales este hombre!, y le dije, por decir algo, que qué suerte tuvieron ellos todos de estar juntos en un grupo de zapadores, ¿no?...

Felipe me dijo que sí, que así era.

Había un repecho en la entrada del pueblo, y ya estábamos viendo las primeras casas entre la niebla, como un dibujo.

Yo vi desde abajo el cuerpo hundido del muerto en la litera contra el blanco de la neblina en la cumbre, como un saco.

Felipe se me había ido quedando un poco atrás en la cuesta, y vi que venía hablando con los hombres, acaso para un nuevo turno de la parihuela.

Es cuando alguien que yo no había visto a un lado de la carretera, y casi detrás de mí, gritó:

– ¡Felipe!

Yo volteé.

¡Era un cura!

No es que tuviese yo nada contra los curas, al contrario, me recuerdan a don Inocencio, pero sí era raro que en ese lugar, y por circunstancias de la guerra, hubiese ahora uno saliendo para abrazar con aquella alegría a un soldado.

Me quedé viendo a Felipe estrechando con sus brazos al sacerdote, ¡y llorando!, y se me ocurrió pensar, tonto de mí, en cómo iba a quedarle de embarrada la sotana.

Pero por poco tiempo, porque hubo unos gritos, y ya todos, todo el mundo reducido de mi gente, formaba un solo montón con el cura, y ¡supe al instante que estaba en territorio enemigo!

No me moví, porque no pude en ese momento de estar todos reunidos en torno al muerto en la mitad de la carretera, con el cura rezando un responso y los demás acompañándolo con el padrenuestro, y sin nadie que se ocupase de mí, pero amarrado yo al piso de galipot como con clavos, y oyendo unos gritos de mujer como si alguien que está loco hubiese comenzado a pisar las teclas de un órgano, con esos lamentos que salen de los tubos del coro en los funerales de la Iglesia cuando entierra a un rico, y es que estaban llegando más mujeres y se iban abrazando todas a todos los hombres y al muerto, y también algunos viejos y una viejecita que dijo:

– ¡Hijo!...

Y que lo oí como si lo estuviese escuchando, la palabra, por primera vez en mi vida.

Todo eso salió de ese pueblo, ¡aunque hace un minuto parecían vacías las casas!

Se fue formando como una procesión en dirección a lo que terminó siendo una plaza y el Ayuntamiento, donde un hombre comenzó a izar una bandera. ¡Cómo no me había advertido Antón de que estos hombres eran presos!

Ya era tiempo de salir de aquel pueblo caminando otra vez...

¿Hacia dónde?

Para cualquier lado, ¡porque me podían fusilar!...

Así me fui quedando.

No yéndome hacia alguna parte, sino quedándome donde estaba, que era una forma de salir huyendo, porque el grupo iba creciendo con hombres viejos y con mujeres, sobre todo mujeres que lloraban abrazadas a sus hijos, a sus hermanos, a sus maridos, a cualquiera del pueblo, por sólo volverse a ver, que era que estaban vivos todavía; y, cuando se dieron cuenta que habían izado la bandera, comenzaron a cantar; ¡con aquella devoción, y con aquel clamor!

Así fue como comenzó a llover de nuevo.

Que es cuando me le recosté yo a una columna del ayuntamiento y me le fui rodeando su vientre de piedra hasta quedarme dentro del pórtico, donde no se veía nada, por lo oscuro del día, y la hora, y por la guerra que ciega a los hombres, y porque ya, de todas maneras, debía estar oscureciendo.

Y no habían prendido todavía ninguna luz, cuando alguien la reclamó, y otro dijo que habían volado la central eléctrica.

Luego que estuve un momento detrás de la columna, que no sé cuánto, porque quise estar seguro de que no me seguía nadie, me moví hacia una escalera de piedra que daba a un pórtico y por donde me podía ir, ¡yo no sabía a dónde!, y ya estaba en eso, en avanzar a tientas sobre un piso de adoquines en su dirección, cuando vi que entró una sombra desde la plaza, y sentí los pasos y oí una voz apagada:

– Oiga, oiga...

Era Felipe.

Hice que no lo oía y seguí avanzando por el portal, que era un túnel corto, hacia la calle, y Felipe dio entonces unos pasos, "paf... paf...", a pesar de pisar piedra, por el barro de sus botas, y dijo:

– Oiga...

Y yo nada, avanzando despacio, hasta que me llegó a tocar en el hombro, sin brusquedad:

– Oiga...

Ya no tuve más remedio que detenerme, ¡con el corazón loco, sudando hielo en la frente!, delante de Felipe, sin casi verlo, claro, y sin decirle nada, porque no me salió palabra.

Él me agarró del brazo y me haló suavemente para llevarme por la misma calle por donde pensaba irme, viendo los bultos algodonosos de unas casas de pisos.

Luego, cuando ya estábamos fuera de la pequeña calle de casas, me empujó un poco contra la pared de piedra, y yo lo sentí cerca por primera vez, porque me dio su aliento en los ojos, porque era más alto que yo, y me dijo:

– ¿Qué va a hacer?

Él oyó mi silencio, y me puso la mano en el cogote, como de alguien que quiere llegar a algo más personal que ponerle a uno la mano encima del hombro, por puro afecto, lo sentí; estaba lloviendo; me fue empujando después blandamente, sin yo resistirme a la bondad, por detrás de lo que vi que eran unas casas, por una vereda que deslindaba las casas de pisos de un campo o unas huertas, algo despejado, y me hizo torcer hacia la derecha para meterme en un portal con piso y escalera de madera ya vieja, y a pedazos rota, desfondada, y me fue empujando hasta que subimos primero, al segundo piso... y al tercero, que era el último piso de aquella casa, porque vi el rectángulo del tragaluz del techo, y adiviné la puerta que tocó Felipe, que estaba debajo de la claraboya, que era la que quedaba, subiendo, a mano izquierda.

Estaba cerrada, y nadie dentro.

Entonces me dijo:

– Espéreme...

Se separó de mí, y volvió otra vez:

– No se vaya, por favor...

Oí que bajaba saltando las escaleras, con aquellos golpes porosos de bota mojada y blanda contra la madera.

Me sentí solo y preso.

Para sacudirme el miedo caminé el descansillo de madera, que tenía seis pasos y medio de mis patadas, y palpé la puerta que había tocado Felipe y la otra, que no se veía, que estaba en frente; puse mi oído en las dos, una después de la otra, y no oí nada.

Pronto comenzaron a subir unas voces y gritos y ¡vivas! por el tubo de la escalera, y estuve seguro de que me había traicionado Felipe; ¡era natural!..., y sentí miedo, y prisa por huir, ¡por el tragaluz!, ¡por el tejado!, y me monté de un salto y sin saber cómo sobre la baranda de madera para intentarlo, cuando la bulla se fue con la gente que había pasado por delante de la casa...

Pensé en Felipe otra vez, y me dije que seguramente no quería hacerme daño.

Pero habrí otros en el pueblo, el alcalde, o cualquier concejal, o un hombre que tiene miedo, sencillamente; cualquiera, que no es novedad que alguien, más si es cobarde, quiera ganarse un mérito o el puesto de guardia de montes o el de cartero o cualquier otra cosa, y podrían llevarme al cementerio en la madrugada, ponerme contra la pared de piedra y barro y dispararme los tiros, como a otros.

Podía ser cualquiera de los hombres que estuvieron conmigo; y ahora, desde la distancia, y con la experiencia, comprendo algunas miradas; una de un cojo, cerca del muerto, y que pensé que sería cansancio, pero que podía ser odio muy bien.

Me aguijoneó otra vez el impulso de irme.

Tenía que salir del pueblo en la dirección contraria a la cota 207; y eso era fácil, porque era seguir río abajo, porque los ríos siempre van a dar al mar, que era hacia donde estaban echándonos, y el mar era ancho y hasta podía conseguirme un bote o encontrarme con Antón y su gente.

Pero sentí los pasos saltados de tres en tres por lo menos de alguien que sería Felipe, y otros más abajo, y más lentos, ¡y podían ser de un cojo, alguien que camina con dificultad!...

Y sí fue Felipe.

Y detrás subía, ahora que le estaba hablando, una mujer.

Cuando llegó Felipe al descansillo, me tanteó en lo oscuro, fue derecho a la puerta, metió una llave y la abrió de un pistoletazo en el silencio; luego me agarró del brazo y me metió en un pasillo muy corto, con dos huecos de puerta, muy bajo de techo, porque rebotaban cerca las palabras de Felipe y las de su mujer, porque ya supe que era ella por la conversación.

Felipe me sentó en una silla de paja, porque la toqué con los dedos, y luego prendió un fósforo que le entregó ella, y después una vela; ya comenzaba a ver.

Olía a esperma y a fuego, a cosa caliente.

Me encontré sentado en la cocina.

Ella se dedicó, y cojeando un poco, a prender la económica con viruta de la carbonera que olía muy bien, a mis abuelos, que eran carpinteros los dos, y sólo con eso era suficiente para no sentir más frío, que, la verdad, ya no me preocupaba tampoco.

Felipe mismo me ayudó a quitarme la chamarra, que pesaba muchos kilos de agua, y la dejó caer, con un ruido, "puf", sobre la mesa.

Me pareció haber quedado desnudo.

Felipe mismo, aunque estaba tan mojado como yo, salió y regresó al instante con una camisa a rayas azules que dejó sobre la mesa, y me ayudó a quitarme la mía y a vestirme la seca, que parecía que estaba untada con fuego.

Lo sentí.

La lumbre había encendido la cocina, movediza por las sombras; había quedado también la vela sobre la mesa, que era una mesa grande, de pino; eran dos sombras bailando.

Luego dijo ella a su marido (le vi por primera vez bien la cara, una cara redonda y tranquila) que se mudase también, que tenía las ropas en su cuarto, que ¡gracias a Dios que estaba vivo!

Yo vi que ella me miraba como si yo fuese parte de aquel milagro; aunque yo lo hice sin querer, pero acaso por voluntad de Él, del Dios de don Inocencio, de servirse de mí y en favor de Felipe y su mujer y sus hijos, y también en mi beneficio; estaba a la vista que era así.

Él dijo a su mujer que tenía ganas de ver a los hijos, que dónde estaban.

Con su abuela.

¿Bien?

Muy bien, porque los había visto hacía sólo media hora.

¿Cómo supieron en el pueblo que venían?

¡Ah, por los tiros!, y luego porque eso corre enseguida; nadie se atrevía a nada hasta que llegaron ellos, porque las tropas estaban aún en otra parte..., pero ella iba a buscarle la ropa, para que se vistiese en la cocina, que estaba más caliente.

Cuando regresó ella con la muda y la camisa y el pantalón, él la besó, y ella se quedó abrazada del cuello, llorando.

Yo pensé en mi madre, que está muerta, y mis hermanas, la que murió y la otra, la que está enferma, y me vinieron también mi novia y mi hija que no conozco, porque ya he cumplido los cuarenta y ha habido invierno, guerra, desde hace más de un año, y uno se ha sentido morir muchas veces.

La mujer estaba diciendo que le había dicho don Servando que Felipe iba a ser alcalde del pueblo al volver.

Felipe me miró, y yo no le podía decir nada, porque no sabía, siquiera, en qué dirección podían venir las cosas.

Felipe me dijo que el grupo de hombres que me había acompañado en la cota había estado preso por casi un año, y hacía sólo dos semanas que los habían mandado a cavar trincheras... ¿no sabía yo eso?

Le hice una señal con la cabeza de que no, que cómo iba a saber yo una cosa así.

¿Qué hubiera hecho yo con él y sus compañeros de cárcel y de trabajo si lo hubiese sabido?

Yo no sabía, no podía ocurrírseme nada en ese momento.

Felipe comprendió, porque lo dijo:

– ¿Hay unos pantalones?...

Y la mujer salió a buscarlos.

– ...¡Y unas botas, que éstas las tengo mojadas!, ¿no? –dijo levantando la voz.

Y se rió por primera vez.

La mujer de Felipe llegó con la ropa, puso unos pantalones en mis manos y salió.

Era que podía desnudarme.

Así nos fuimos vistiendo Felipe y yo, y nos quedamos sentados y descalzos frente al fuego, un fuego tapado por los hierros negros y redondos de la económica, pero que de sólo las rendijas llenaba de luz y de calor la cocina. Ya su mujer había sacado el vino y nos bebimos el vaso de un trago; se me terminó el mío antes de comenzar a gustarlo; luego sentí un calor de fuego, agradable, en todo el vientre.

No nos atrevimos a celebrar nada.

Mientras nos llenaba otro vaso y rebanaba luego un pedazo de jamón, ella seguía contando nerviosamente a Felipe, y a mí, episodios del pueblo, de cuando lo agarraron a él y lo llevaron a la cárcel; de cuando la gente fue a preguntar por él, que ella sabía que era de mala intención, ¡y hasta lo podían haber matado!, y de cuando los niños preguntaban por su padre, y de la guerra, del hambre, los tiros, todo, y de cuando le dijeron que ya habían entrado los suyos en el pueblo, y pasaron, apurados, sin Felipe, porque su marido no aparecía todavía:

– ¿Dónde estabas?...

– Con él –y Felipe me señaló con la mirada.

Entonces Felipe me dijo que podía estar tranquilo, que me iba a ayudar, ¿quería eso?

Le dije que sí.

Me dijo que él iba a salir, y que me quedase en casa, ¡que no me moviese!

Bueno.

Que no abriese su mujer la puerta a nadie, "¿entendido, Matilde?...".

Matilde dijo que sí.

Felipe explicó entonces que iba a ir al Ayuntamiento, que iba a hablar con don Servando y que iba a traerme un salvoconducto para que yo llegase tranquilamente hasta donde quisiese llegar, ¿entendido?...

Claro, y le di las gracias.

Felipe y su mujer estuvieron hablando un rato en la puerta, y oí que la mujer insistía en un nombre, en Constantino, que era como había llamado Felipe para su turno de la parihuela al cojo de la mirada torcida, por cansancio, seguramente; o por odio, podía ser. Pero estaba en manos de Felipe, gracias al Dios de don Inocencio.

Cuando Felipe se fue, me puse a pensar dónde podía ir yo a parar entonces...

## 6

Y cuando lo pienso ahora, que estoy en esta cola, me parece un sueño; falta sólo que pasen dos mujeres para presentar mi salvoconducto en la primera mesa.

Para eso, para que pase el tiempo, no hay cosa mejor que ponerse a vivir atrás, donde no está ya uno, y donde todo pasa tan pronto; y es que, además, a partir de Felipe se ha vuelto la guerra del revés, como una chaqueta vieja que uno descubre, por la necesidad, que esta nueva por dentro; que será todo de Dios, del Dios de don Inocencio.

Se han ido los chicos, con alguien que no es su madre, que sigue esperando en la cola; y ya no hay más ruido que el de uno que tose de vez en cuando, un viejo de los que llegó tarde, y las tres voces con sordina de la autoridad, dos hombres y una mujer, y algunas respuestas roncadas del susto.

Aún tengo a este hombre turbio detrás, ¡que lo siento montado sobre mi cogote!... Lo miro, y ¡huye los ojos! Así, igual, pero después de mirarme un momento, los bajaba el cojo, Constantino...

El resto de la cola está aún muy larga, con la ventaja de que yo ya estoy llegando, por lo temprano que vine esta mañana.

Estoy viendo a los funcionarios de más cerca. La muchacha que está extendiendo los carnets es bonita. También se parece a Rosaura. Me la recuerda toda a pesar de los años. Tiene unos ojos azules claros muy hermosos que podrían ser también los de mi hija. Sería demasiada paz después de esta guerra; cuando me siento tan solo y tan cerca de este hombre que puede ser un policía, y a la vez tan próximo de la estrella buena de Felipe, que es una señal, aunque este lucero haya nacido con la guerra.

Es el signo de estos días que pasé en la casa de Felipe, ¡un hermano!, y, cualquiera lo puede ver, ¡un desconocido hasta el día antes! Después, aunque el susto fue largo, y con los pies a destiempo de la mirada de Constantino, que en cualquier momento me hubiera podido denunciar, o acaso ha mandado una denuncia aquí mismo, después de todo eso logré salir con bien de aquel pueblo y me dejaron pasar con la estrella de Felipe en la frente por los puestos de guardia en las carreteras, y creyeron también en mis papeles la policía y tantas gentes que viven de eso, de examinarle a uno los adentros en los papeles, que siempre es buscándole a uno lo peor.

Yo le tengo miedo, ¡odio!, a ese oficio...

Estoy llegando a la mesa número uno y en esta niebla de no saber quién es quién, de sentirle la mirada al hombre en el cogote, de no saber si Constantino está escondido en la denuncia guardada en ese libro negro que alumbra tan mal con la vileza de no saber si uno está entre gente, en el agua, ahogándose entre los peces que saben beberle el aire a las gotas, y viendo yo a este hombre que tiene (se lo estoy viendo ahora) un diente de

oro, y que, como el tipo que me está siguiendo toda la mañana en esta cola, no levanta la vista, que la tiene fija el funcionario en los papeles que acaba de entregarle la señora que está delante mío, y que no han debido gustarle mucho, porque dice, sin mirar, que falta un sello; y pregunta a la mujer si es verdad que ella ha venido de alguna otra parte en estos días, y de dónde, aunque eso debe estar, está escrito, en el salvoconducto, y cuando todo el mundo sabe, hasta los peces de los ríos y del mar que hay en las orillas, que toda la gente ahora viene por ahí, por donde salió, y no se puede otra cosa; ¡pero es sólo por la pesquisa!

La mujer se defiende, habla de sus hijos, de su marido...

– ¿Dónde está su marido?...

No sabe, ella no lo sabe, ojalá supiera que no ha muerto, y le implora la mujer como frente a un santo. El hombre parece ablandarse, como se deben conmovir los santos, aun los de menos hablar, los de menos confianza (y desde luego que más santos que estos funcionarios) con los rezos, y le dice que "bueno, pase, pase...". Y la mujer pasa, secándose el agua de los ojos, a la mesa número dos.

Así es como he quedado yo primero y con el hombrecito oscuro, ¡siniestro!, detrás...

Estoy asustado, confuso; me veo mis manos, mi gabardina, mi nariz, mis zapatos negros del cuñado; tengo los ojos llenos, ahora, del juez número uno: un diente de oro y las manos blancas y pecosas, bien cuidadas, de no haber hecho nunca nada que valiese la pena hacer; y, sin casi fijarse en el salvoconducto, me dice que está bien, que dónde vivo.

Le digo dónde vivo.

Luego me dice que por qué he estado tanto tiempo sin regresar a la ciudad, como si no supiese que hay una guerra y que hay mucha gente que ha estado fuera el mismo tiempo que yo en el mismo sitio que yo y siendo tanto o más joven que yo... Pero no le digo esto, claro, porque no podría hablar tanto aunque quisiera, me siento atrapado en una red de araña grande donde no vale moverse, y menos vale hablar...

Pero me sale lo de la guerra, que me movilizaron.

¿Dónde?

En el pueblo.

¿Por qué no he regresado al pueblo?

Que he estado en el pueblo (¡mentira!), que me han dicho que me presente donde voy a vivir, que es aquí, en la ciudad...

Ya el funcionario está buscando las claves en su cabeza y me dice, como si no le importase:

– ¿Con su familia?...

Con mi hermana y mi padre.

"¿Como ha dicho que se llama?", me dice otra vez, como si su tiento de buscar basuras en el recuerdo le estuviese detectando algo y por primera vez... ¡Como si no estuviese mi nombre ya en el papel, como si necesitase el sonido para saltarle algún resorte! Pero se lo digo, y me sale la voz aflautada, del susto:

– Mariano Alzón...

Ha sonado en la sala como un toque flaco de cometa, me parece; siento como el pudor de haberme desnudado alguien de un tirón, el miedo tonto de estar en un

escenario y con un orinal en la mano a la vista de todos, y también de la funcionario número tres, claro, de la rubia de los ojos azules con una luz suave...

El funcionario me despierta y me dice que está bien, y me devuelve el papel, que pase a la mesa dos.

Pasaré a la dos cuando quede libre, porque la señora está peleando ahora con el calvo de gafas, que sigue haciendo preguntas y más preguntas en la niebla espesa de no saber si el perro es un lobo: cómo se llama su esposo (¡todavía está la mujer en eso!), dónde está ahora...

Y estoy intrigado con esa luz dulce de los ojos azules de Rosaura, y al mismo tiempo pendiente, ¡colgado!, de la mesa dos.

El funcionario está mirando y remirando aquel papel y pregunta a la mujer a ver si su marido ha tenido algún apodo, que lo llamen de otra manera que en los papeles.

Ella le dice que no, y como buscando en el piso manchado de madera, en el techo, en sus manos delgadas y que no, que no recuerda.

– ¿Que no recuerda nada?...

– Nada.

– ¿Ningún mote? –insiste todavía el ojo de canica que tiene puesto el funcionario sobre la mujer asustada, mientras con el otro echa un vistazo por la sala y por mí que me acaba de ver el susto y el asco, seguramente.

– No –dice, y ya segura, la mujer.

– ¿Está segura?

– Claro que sí...

Y veo que la joven me está mirando; acaso por lo mismo de estar yo mirándola; puede ser...

Pero ya estoy frente al funcionario; ha cogido mi salvoconducto en sus manos; y mientras mira en el libro negro pienso, ya no en la muchacha, porque no me caben dos cosas a la vez, sino en Constantino, que puede estar esperándome agazapado en ese libro, y en lo que me puede decir, riéndose, agachando la mirada para taparle la intención; estoy con la cabeza en la mirada torcida de Constantino cuando le llega, al hombre, la jovencita, porque se ha levantado de su mesa para acercársele, y yo la he sonreído, porque me ha salido, y ella ha agarrado la sonrisa en el aire, y ya le está diciendo al oído mientras me mira, aunque ella no rompa a sonreír todavía...

¿Y qué será?... Me encuentro con la mano en mi mano, rompiéndome los dedos, a falta de aire, sin oírle a la sala más voz que el bisbiseo de la chica, y miro atrás, instintivamente, y veo que el sospechoso que me sigue está enseñando un papel...

Regreso automáticamente, porque siento los movimientos como rechazos de goma y sin querer, siento grandes los pies, me duele la cabeza, no puedo respirar, me estoy orinando, y estoy, digo, mirando a la muchacha y ella me huye y sus manos están buscando aturdidas algún papel en una carpeta que tiene el hombre y lo consigue, el papel, y el hombre me mira y comienza a leer, y lee, con la muchacha, que está en lo mismo, y cuando termina el calvo dice que sí y habla algo muy confidencial y la muchacha no se sienta sino que se va hacia la puerta, una puerta que da a algo interior, y la abre, y se va.

Estoy duro como la piedra, y aún así tengo un rincón de la cabeza que está en la boca de ese hombre, que ni mira, y lo dice:

– Espere un momento, por favor... –y me devuelve el salvoconducto.

Yo cojo el papel, he tenido fuerzas para adelantar un paso y tomárselo de sus manos, y oigo que al mismo tiempo dice otra vez:

– El siguiente...

La orden se ha oído en toda la sala, que está sumergida en un silencio estirado y tenso, como el que late en lo profundo del mar cuando va a estallar una tempestad: volteo, bruscamente, no soy dueño sino del salto, las muescas viejas del instinto (que es pensar con todo el cuerpo) antes de frenarse con la cabeza, y veo al hombre que me sigue, enredado, el pobre, y blanco, ¡verde!, en el interrogatorio de la mesa número uno, y veo ahora, que ya es tarde para estar con él, que no es un enemigo, porque hay tan poca luz que nos celamos en lo oscuro los hermanos; me doy cuenta, ahora, que estoy estorbando donde estoy, me siento el centro de todas las miradas, del funcionario número dos y de cada uno de los que están esperando en la sala, y doy dos pasos atrás, dejando libre el puesto, aunque sé que no hay nadie que lo pueda ocupar...

Es cuando se ha abierto la puerta, ¡y entra un guardia!

Me han dado un vuelco, dos, el estómago, las tripas, y se me han cerrado los conductos del aire del todo, como en un ahogo de agua, hundido en el mar, con sal en los ojos, y doy un paso atrás, difícilmente en tanta agua espesa de sal, y otro, y volteo, y veo la cola, una orilla larga de por lo menos cincuenta personas llenas de ojos, un monstruo marino con pies y pies, y brazos... Esos brazos podrían ayudarme... Pero ese pulpo no se mueve, está (cada brazo, cada ojo) en lo suyo y viendo con mil ojos cómo me agarra el guardia por un brazo y oyendo que me dice:

– Véngase conmigo...

Sin rencor.

Miro a la muchacha, que está muy ocupada escribiendo sobre un papel, y acaso hasta haciendo un favor a la viejita... ¡y me ha mirado!...

¡Es como si de pronto, y vestido con la gabardina como estoy, sin la boina, pero con los zapatos marrones de mi cuñado y de pie en la misma orilla infinita me hubiese colmado la ola gigantesca de un mar increíble!

## El presente

Era el anochecer de un día de verano.

Este del verano es el tiempo en que llegan los turistas a liberarse del peso de sentirse responsables de su país, de sus crisis de gobierno, de la madre vieja, de las obligaciones de pagar, de la mujer algunos, de la querida el que la tenga que dejar allá, de ese fardo a veces incómodo de ser parte de algo, y que ya fuera del país, y sobre todo de vacaciones, se siente uno que lo ha dejado, el peso, al otro lado de una hoja de su pasaporte. Es como si viniese gente nueva a tierra nueva, por vieja que siga siendo esta tierra.

El hombre remozca su ilusión a menudo, si puede; y es bueno que lo pueda, para su salud.

Era, pues, un anochecer de verano así, y con lluvia. En el verano de sol a veces llueve mucho en esta tierra, y en esa noche estaban las aceras llenas de turistas sentados en short y cachucha bajo los toldos, oliendo a café, a coñac, a whisky, y otros caminaban con prisa cubriéndose con periódicos; muchos no acertaban qué cara poner a la lluvia; había, habría algunos que no sabían todavía con quién pasar la noche. Y eso que antes era una señal, ya no sabe uno quién es el forastero y quién es de aquí, porque también los de este lado del pasaporte se disfrazan ahora de turistas y se salen de madre. Así están los veranos ahora de libres, siempre que no sea la licencia para otra cosa; para leer o para salir juntos, y no en procesión; para escribir uno sus razones de sentirse vivo entre tanto muerto. Ni son estos veranos de sol si fuesen con otro signo, porque en un verano así de licencia y con la enseña que tuviese un color más, el del nazareno, se hubiesen oído cosas terribles desde el púlpito.

Así son las cosas de Dios cuando las manejan los hombres.

Y estaba, digo, en una vitrina de joyería un hombre ya mayor, bastante mayor; no viejo del todo, pero ya más de allá que de aquí; y, sin embargo, todavía de muy buen color, rosadote, de buen ver, con los ojos enteros y con su fuerza, con una boina grande y negra a la que le bajaban por los costados, más abajo de las orejas, unas patillas blancas y espesas, con pelo como de cordero. Todo ese hombre iba encorbatado, metido en una gabardina, derecho, y con zapatos blancos. Estaba viendo allá mismo, colgados, como haciendo guardia a las joyas, unos barómetros que todos, por unanimidad, como algunos brazos en los congresos, decían: "buen tiempo"; y, sin embargo, estaba lloviendo. Aquí, como en ninguna otra parte, los nombres no hacen las cosas. En ese momento de estar el hombre entero frente a la vitrina con el paraguas sobre su boina (aunque ya casi no estaba lloviendo) le llegó al hombre, a su lado, una mujer.

Él la miró y quedó prendido de aquel perfil: era la nariz derecha y fina, y pensó que qué casualidad que llegase esta mujer en este momento. La vio largamente. Luego volvió los ojos al piso del escaparate cuidadosamente lleno, deslumbrante, de sortijas montadas con perlas y con esmeraldas y con brillantes, brazaletes, relojes de oro, broches de brillantes enormes y collares de perlas, y cada trabajo de artesano con su sitio en el vidrio y sobre el terciopelo azul y con unas luces muy vivas y, digamos sin verdad, muy sabias, porque saben llenar de destellos que llaman al ojo y lo deslumbran. Como

también estaban alucinados aquellos ojos de mujer, verdes, luminosos, como las joyas, y aún más hermosos: le estaban mirando a él de reojo.

Un viejo así y con esa mirada no se ve todos los días.

Era seguro que cuando estaba mirando aquella vitrina estaba pensando en alguien, y con el propósito de mimarla; porque no podía tratarse sino de una mujer. Ella estaba así, con él, sin ser nada del hombre sino por haber coincidido con el caballero, y por azar, frente a un escaparate de joyas. Ella, sintiendo sus ojos encima, frescos aún, a pesar de su edad, y sin maña, parecía, y sin decidirse a hablar. Estuvo el viejo a punto de comenzar a decir más de una vez, pero no habló enseguida, sino que ella se sintió observada todavía un rato mientras seguía recorriendo con su mirada las joyas; y luego, cuando ya ella se fue a mover, a posta, para empujarlo a hablar, oyó que él se apresuraba a decirle que era bonito todo aquello, ¿no? Ella lo miró, y dijo que sí, y como con un permiso de que podía seguir hablando, para que él, entonces, se atreviese. Y él se atrevió, y le dijo (porque ella se lo oyó claramente): "señora, ¿qué pendientes le gustan a usted más: aquellas esmeraldas que están en la esquina, o estas otras de perlas naturales que están junto al brazalete?...". La mujer no se sorprendió y le dijo, para estar segura de no errar el ánimo del viejo, que esa selección de la joya dependía del gusto de la persona a la que se le iba a regalar... La mujer se sintió decir, y ya prevenida, que era según el gusto de ella misma, "de la señora", y que, por favor, cuál le gustaba más. Ella se estaba viendo en aquellos ojos sin solapa; y, sin embargo, el viejo, y con la audacia, no le seguía pareciendo ya el mismo abuelo; así le salió a ella una malicia juguetona en los ojos; sin querer y sólo para llegarle más lejos y verle al hombre más adelante en su camino. El hombre no siguió aquella vía que le abrió ella con la malicia de tentar, sino que se le acercó un paso del suyo, de su propio camino, un atajo muy sencillo, la cubrió con el paraguas aunque estaban a cubierto del toldo de la joyería, y comenzó a explicarle tranquilamente que le estaba pidiendo su opinión porque suponía que ella, que era tan linda y tan fina, tenía un gusto particular para las joyas, y que, dijo, además, era un regalo muy especial, porque cumplía cincuenta años de casado al día siguiente y quería dar una sorpresa a su mujer. A ella, que lo estaba midiendo, se le alegraron los ojos, enternecida, y le dijo que qué hermoso le parecía llegar a la edad de él con esa salud y tener además esta ilusión para hacer un regalo así a su mujer, y que por qué no venía ella, su esposa, a escoger el regalo, a pesar de quitarle el gusto de la sorpresa, ya que cualquiera de aquellas joyas costaba mucho... Le oyó decir a él que no, que su mujer valía ese riesgo; y lo que le estaba ocurriendo era muy curioso, porque su esposa se parecía a ella, mucho. ¡A ella!, dijo la mujer, con un sobresalto y para tomarse el tiempo de verle al hombre los ojos otra vez; se los vio limpios y diciéndole que al día siguiente, a las siete de la mañana, harían cincuenta años de casados, y quería llegarle a esa misma hora con el presente.

Ella quiso acompañarle, y se puso a mirar y remirar con él las dos joyas, sopesándoles con los ojos el brillo, y lo grande, el peso, y tratando de imaginarse cómo sería, en verdad, la esposa del caballero. Le fue haciendo algunas preguntas de cómo era ella, si alta, si gruesa. Y él, en cada medida, se ponía a pensar y la miraba a ella, a la mujer, y le estaba diciendo tanto de sí misma que estaba otra vez ella con aquellas dudas dentro. Así, en esta penumbra, se decidió ella, por fin, por las esmeraldas que estaban a

un lado del escaparate; pero con la reserva, siempre, de que esa era cuestión muy particular de los gustos de su esposa.

Y entraron.

No por estar ellos dos juntos en nada, sino que él se decidió bruscamente y entró, y coincidieron, así, dentro de la joyería otra vez. Ella pensando que qué estaba haciendo ella allá dentro, y recordando que entró primero el hombre, aunque se ocupó de pedirle ese permiso para entrar él antes, y que después le sujetó la puerta a ella para que pasara; luego pidió al joyero (¡que lo saludó como a un conocido!) que le mostrase "otra vez" los pendientes. A ella le sorprendió también que el joyero fuese derecho a los dos pares de zarcillos y se los pusiese delante al caballero, que lucía ahora muy nervioso, y le miraba a ella y luego miraba al dueño de la joyería, que era un hombre mayor, sonriendo al cliente, ¡y a ella!, con algo más que el peso de sonreír sin más: pero, claro, discretamente, sin decir nada. Ella estaba inquieta de algo otra vez, y él, el viejo, tocando las piezas, pesándolas, en aquel silencio de tres desconocidos frente a los pares de pendientes que no se sabe todavía, a pesar de las palabras, para quién son.

El hombre se decidió, por fin, por las esmeraldas: inmediatamente sacó del bolsillo del pantalón su cartera negra, que era grande y muy manoseada, y fue contando en silencio y apresuradamente los billetes de mil mientras el vendedor estaba colocándole los pendientes en un joyero rojo muy fino y se los envolvía luego en un papel verde y oro de regalo. Oyó ella cuando el hombre estaba dando apresuradamente las gracias al vendedor y se estaba volviendo con el paquetico en la mano a la señora y se quitaba la boina y le hacía aquella reverencia y media de darle las gracias con todo y alma; y salió.

La señora había quedado a un lado, ya inservible.

El joyero se sonrió viéndola del otro lado, acaso, y pensando que ella había entrado con él, como había sido en verdad, y curioso de aquella consulta con los ojos que hacía el hombre a la mujer mientras se estaba decidiendo por las joyas, y viéndola bonita, sola y sin irse todavía; porque era evidente que cuando salió aquel hombre había quedado ella tan sin él que no sabía para qué había entrado a la joyería.

El vendedor dijo entonces, y para dar a ella un tiempo, que no era la primera vez que el caballero venía a ver las joyas; que estaría más cerca de las cien que de una; y ¡que ya estaba pensando él que no se iba a llevar nunca esos pendientes! Como, a pesar de eso, ella no decía que era también una vecina, sino que se le quedó esperando, fue explicándole él que hacía más de un año que le estaba llegando ese señor todos los sábados y le hacía mostrar todos sus pendientes, siempre pendientes; le preguntaba los precios y los apuntaba. A veces traía vecinas y consultaba con ellas, y luego le hacía mil preguntas sobre la calidad, sobre lo que duraban, y de cómo montaban las piedras sobre el oro, todo. "¿Siempre lo mismo?", le dijo por fin la mujer. Y él le contestó que siempre igual, sólo que últimamente se fijaba más en esos dos pares, y hoy pensó que tampoco tenía todavía el dinero para terminar de llevarlos.

La señora no era, por lo visto, una vecina más, porque oyó, se calló, y, sonriendo, le preguntó por un prendedor de la vidriera, y se lo llevó.

Cuando salió la mujer, ya estaba lloviendo de nuevo, como cae aquí el agua. Estaba cruzando la calle, ¡y vio al hombre otra vez!, ¡como si estuviese esperándola! Él la vio también, y la saludó tocándose la boina con la mano que sostenía el paraguas, porque no

le quedaba sino otra mano, la izquierda, y la tenía metida en el bolsillo de la gabardina y agarrado al estuche, seguramente. No se volvió a fijar más en ella, sino en las dos mujeres que estaban a su lado esperando el autobús.

La lluvia estaba bajando en serio; la estaba viendo él en esa cortina estrepitosa que rodeaba su figura de hombre tieso, estirado, y con una mano siempre metida en el bolsillo, relampagueándole los faros de los coches y los mil reflejos del agua sobre el asfalto y las relucientes carrocerías de los coches, pendientes esos ojos de las carreras de los transeúntes sin paraguas que se apresuraban pegados a las casas y sin ver llegar al autobús, y pensando en su mujer; sorprendido aún en aquel momento por la señora que encontró frente a la vidriera de la joyería y que la estaba volviendo a ver mirándolo en este momento, ¡y tan semejante a como había sido su mujer de joven!, y aún hoy, con ese parecido en la nariz, que era una nariz recta y fina, y aquellos labios finos y prietos, dos caras que, a la distancia de ayer, eran iguales, y pensando en ella, su mujer, y la sorpresa que iba a darle, porque ella no se esperaba, ¡cómo!, una cosa así, ni mucho menos, de él que era un oficinista de cincuenta y seis años en la misma casa y sin hijos que ganasen por uno después, y con aquel sueldo a pesar de las horas extras, que era de noche y día para pagarle a ella los cuidados. ¡Nunca pensaría ella que podría él tanto con los ahorros!... Llegó el autobús, porque todo llega; empujó el hombre con cierta brusquedad a una señora que estaba subiendo con la dificultad de ser anciana y porque era gruesa; le dolió, pero no pudo evitar darle ese golpe; ni después pudo subir con menos prisa, porque era que tenía que cerrar el paraguas sin dejarse de la preocupación de que no se le fuesen a perder los pendientes. Así subió, y hasta alcanzó un asiento libre. Arrancó el bus con los ruidos, y él, con el paraguas escurriéndole el agua entre sus rodillas, sacó con cuidado la cajita forrada de regalo y con un sello de oro de la joyería; la vio de todos lados, la volvió a guardar en el bolsillo de su gabardina, y la protegió cuidadosamente con su mano; luego sacó con la otra su pañuelo, se sonó la nariz y estuvo, mientras, observando a su vecina, una mujer gruesa que tenía la mano sobre un paquete vulgar hecho con papel de periódico y con sólo el anillo de boda y sin pendientes; se fijó también en la mano de un hombre que iba agarrado a la barra del autobús, sin sortija, y se vio la suya con el anillo viejo de cincuenta años y todavía como nuevo; miró la cabeza de la jovencita que tenía delante con las orejas tapadas con el peinado, porque seguramente no tenía aún ni novio que le comprase los pendientes baratos; y estaba también viendo a su mujer más allá del autobús y de la lluvia y con las dos esmeraldas adornándole las orejas, linda, elegante, sentada y con esos ojos de mirar tranquilo que se le iban a abrir como dos faros cuando destapase ella el estuche.

Después de estas observaciones silenciosas quedó mirando sin ver más que eso que lo esperaba en casa, sonriéndose él mismo de su malicia.

No tardó el viaje diez minutos en todo; ya estaban de nuevo, como al entrar, con la prisa brusca del que ha esperado cincuenta años de estar casado con una mujer bonita y sin un hijo que lo distraiga. Bajó corriendo, cuidando de no tropezar, ¡porque estos jóvenes atropellan!, sin abrir su paraguas, porque ya, desde aquí, desde la parada, eran dos portales más, y bajo cubierto, porque los balcones de piedra son aquí viejos y anchos como boinas.

Entró en el portal, oscuro; prendió la luz y corrió, casi, escaleras de madera arriba; subió aprisa, pero lentamente (por la pendiente) un piso y dos; el tercero no lo pudo subir sin un descanso, porque tres pisos a los setenta son más de tres; cuando llegó estaba más rosado que de costumbre y sentía un sofoco nuevo; se quedó en el descansillo esperando que le llegase aire bastante para sonreírle a su mujer sin decirle que le tenía una sorpresa para el día siguiente. ¡Porque ella, a pesar de todo, tenía una cabeza muy despierta! Sacó su llave, le dio la vuelta y sonó la voz de una mujer: "¿Eres tú, Manuel?". Él dijo, demasiado apresuradamente: "Sí...". "Es un poco tarde", dijo ella. Él no le contestó, porque no la había oído sino la voz, y también porque estaba en ese momento con la cabeza en el esfuerzo de que no le llegase a ella el ruido de abrir el armario del comedor; ella tenía un oído muy fino, y él estaba hablándole, por eso, en voz alta, diciéndole cuánto estaba lloviendo fuera, de la muchísima gente que andaba, a pesar de todo, por la calle. Y ella: "¿Dónde estás, qué haces en el comedor?..."

Y él, colocando ya la cajita de los pendientes arriba, en la balda alta del armario, porque allá no llegaba nunca su mujer, que ya estaba entrando en la habitación, sentada en una silla de ruedas, por su propia mano, despierta la cabeza en esos ojos vivos, dulces y verdes, con el marco de hueso y las mejillas consumidas hasta la boca, enmarcada esa cara en cabellos blanquísimos recogidos en un moño caído sobre una toquilla negra y gris que bajaba por los hombros hasta una bata azul sin pechos y hasta la manta marrón y blanco que le cubre unas rodillas que ella no siente desde hace diez años.

## Los gitanos

Estaba el día nuevo y limpio, sin una nube.

Y los cinco contentos; más, dichosos de sentirse entre tanta gente que se ríe, porque es maravilloso sentirse feliz en los demás, y recibir uno un codazo y sonreír, y pisar un pie y pedir a alguien que perdone y saber que ya está perdonado, porque no hay nada capaz de amargar un día cada dos meses de verano, que un verano bueno y a esta distancia del sol que llueve y llueve no da más que estos dos meses de calor al año, y entonces aprieta duro por todos los días que ha llovido y han llegado con viento y con heladas, porque esta tierra en invierno y sin turistas es diferente.

Ojalá no fuese así.

Ella se ha levantado a las siete para hacer la tortilla de patatas y asar el pollo y plancharle a la pequeña su vestido de percal rojo y hacer las camas y estar lista con los niños para cuando él comience a empujar con la voz contenta y exigente, que cuando él arranca es una tromba.

El techo del autobús está lleno de cabezas divertidas, desmochadas por el cuello y cubiertas de gorras de marino, de boinas, de sombreros con uvas, de cachuchas de colores, de pelos peinados y sin peinar, de todo, y con aquellas risas y sudando como dentro de un puchero. Él ha tenido que agarrarse de la barra con la pequeña de cinco años en brazos y con la bolsa grande de lona azul que ella no puede verle a su marido porque debe andar entre los pies; ¡y con el pollo y la tortilla dentro!; pero está contenta de verlo feliz, se le puede ver, el gozo, en la luz de esos ojos grandes y salidos, y resudando, porque ella lo conoce en sus calores.

Y así se siente él, en verdad, rezumándole el agua por todo; le están bajando unas gotas corridas y traviesas desde el cuello y después por el pecho y por el vientre y aún más abajo con aquella sensación de estarse orinando él, o ella, que también puede ser su hijita de cinco años, porque la tiene y la siente como una sola carne sobre su cuerpo y sin saber dónde comienza su hija... ¡Y esta mujer del sombrero verde que se está aupando, y pisando su bolso de comida!, y a la que, sin embargo, no dice nada, sino que se calla el hombre y se ríe él mismo por dentro, porque la playa es todo esto. Y el viejo que tiene a su lado, y que puede ser el padre de la señora, le ha sorprendido con esa risa tapada detrás de sus labios, porque no hay nada que escape a un anciano, aunque el anciano se calle; y él mismo, sin embargo, el viejito, le dice una sonrisa resignada de no saber ni dónde están sus nietos, seguramente, porque esta mañana y con este calorón y con la gente tan de pie y tan prieta en esta caja del autobús, no puede tener secretos.

Tiene que estar llegando, porque el trayecto es poco, menos de dos horas.

Ve él a su mujer lamida y sin una gota de sudor, que ni eso le sobra, y con el bigote arrugado, nerviosa, agarrada de dos hijos como de dos puntales que él no puede, no alcanza, a ver, pero que ya están grandes como de doce años, los dos, y que ella, la madre, los tuvo tan seguidos que dice que le parecen llegados en un solo parto.

El chico está en este instante que no le alcanzan las piernas, ni de puntillas, para ver nada, y sumergido, como su hermana, en aquel mar de gente moviéndose, no por sí sino

como una sola masa que bate los hierros de los asientos y su cáscara de chapa en las curvas y con los gritos de los frenazos y las haladas de aire en las arrancadas, porque este chofer tiene el pie sin el tiento; como de palo; por eso es que la gente grita tanto con las risas, y a veces, cuando el peligro, se calla, porque dos horas de risa, aunque sea camino de la playa, es mucho reír; y entonces, en el silencio de la gente, es cuando se oyen mejor los tiros y los aires de la máquina en que viaja tanta gente de una vez.

La mujer no alcanza a ver ella misma por la ventana, por la ley de los cuerpos, porque ella no es ni alta, y, por otro lado, está atada a los niños por la costumbre, y, además, tiene que tener un ojo en su marido, más que por él mismo por la pequeña, que a cualquier mujer, y más a una madre, le parece que le pueden quitar el marido o la hija en cualquier momento para siempre; y a ella, que es tan nerviosa, más, por nada, por ver la niña tan poca cosa y a él tan bueno, y por quererlos desde adentro. Y está viendo a la pequeña abrazada a su padre, como dormida, aunque ha dormido bien toda la noche y no ha desayunado nada, ¡porque es nada lo que come esta hija!, y ya el vestidito rojo lo tiene hecho un trapo de mojado con el sudor, y arrugado, ¡y se le va a caer el gorrito marinero, azul y blanco, lo va a perder!; llama a su marido por sobre la algazara de voces y los ruidos; y él no oye; pero el anciano está en todo, lo toca en el hombro y él se da cuenta, ha entendido, y le encasqueta el sombrero hasta los ojos, ¡como a una huérfana, la pobrecita! Ahora es el chico el que está tirándole a ella del brazo y diciéndole con los ojos que están llegando, que es el mar; no sabe ella por dónde ha podido verlo este muchacho, porque no huele todavía esto a mar, sino a este sudor de vinagre desde que entró en el autobús una gorda con peineta respirando como con asma y que va delante, pegada al asiento del chofer. Pero el chico sí, porque ocurre que tiene un ojo entre un brazo desnudo y un pecho de muchacha, vestido, hace rato, y le ha llegado en este momento bruscamente una mano para separarlos, y en este instante se le ha aparecido el pedazo de cielo cruzado por la punta de una vela, y eso no puede ocurrir sino en el mar un día domingo de playa: el chico se lo está diciendo también a su hermana, que está entre dos barrigas de hombre casi llorando de calor.

Bajan, por fin, los cuatro, que es bajarse los cinco, y ya la pequeñita está en los brazos de su madre y pasándole ésta las fantasías de su propia niñez vacía de agua y de arena y con la alegría de cuando pisó su orilla al casarse, en el viaje de bodas.

Porque uno revive en sus hijos.

Y ya van camino de la playa con esta brisa, y el padre sujetando a sus dos hijos como dos pollitos tirándole de las varas de sus brazos, cuando oye que lo llaman, que es su mujer; él sigue con los ojos la mirada de su esposa y llega a una jovencita vestida de negro hasta la cabeza y con cara de niña. Vienen con ella dos hombres de sombrero y pelambreras negras y brillantes por el cuello, sucios por las ropas sobradas y las caras relampagueantes en los ojos, y ella con una cesta hincada con garbo en la cadera; descarada, bonita. Se le pegan los dos hijos. La gitana entrapa aquella mirada de hombre al aire y se le acerca, ojos de miel grandes y hondos, y le pide una peseta; y él se detiene y la busca, con todo y ser pobre, porque se la puede dar, y no puede, porque no tiene suelto; nada más por eso; pero la gitana lo daña con el ojo; se siente él fulminado por el mal y riéndose de eso al mismo tiempo, y busca, regocijado, a su mujer, que ya va delante y se le ha quedado esperando para decirle que a esta gente que está joven y no

trabaja no hay que dar ni una peseta, ni media. Luego ella, la mujer, sigue pensando, sin remedio, en aquella vez que una gitana así se robó delante de ella y en una tienda dos tomates y los echó dentro del pecho como en un saco y la miró a ella con tanto descaro que no supo si había sido verdad o mentira de sus ojos; y no se atrevió a hablar entonces, le dio miedo. Él va sonriendo a los hijos como si nada, pero pensando en la gitana que le dijeron había pasado por el pueblo hacía poco y tenía un vestido negro y holgado con una raja delante y andaba desnuda por dentro para quedarse un rato con cualquiera que diese diez duros; y supo de uno que la cogió detrás de la bodega de Jesús sin todavía ser noche siquiera, porque eso se hizo, con perdón, en un santiamén, sin quitarse ni él ni ella la ropa. Su hija insistía preguntándole si era verdad que los gitanos se roban a los niños pequeños, pensando en su hermanita, que en aquel momento estaba riéndose en las manos de su madre, mientras su papá está diciendo a los dos mayores (para no asustarlos, pero para prevenirlos) que él cree que eso es verdad, pero que de todos modos hay que cuidarse siempre de los desconocidos y más si son gitanos; ¿entendido? Pero eso lo han olvidado los niños en el mismo instante de oírlo, porque a un niño camino de la playa le pasa el susto de unos gitanos antes de que les llegue al cuerpo.

Están pisando la arena con otra gente del autobús y de a pie, porque el verano es un río de gente y anegado de sol, que eso es, dicen, de aquí y no cuesta nada; que si fuese así debiera venirse más cerca y más a menudo. El mar huele a sal y a pescado y a barcos y a lejos, y la brisa está tan tibia que provoca irse desnudando las ropas antes de llegarle con los pies a la orilla, que la playa de hoy es una arena caliente de quemar los pies tan temprano, y espaciosa y baja, de anegarse casi del todo con la marea y de tener que correr medio kilómetro en busca de mar cuando se va el agua con la Luna; que hasta esto es ya de los norteamericanos. La mujer va desvistiendo a la pequeñita mientras camina dificultosamente sobre la arena caliente, pero gozosa de sólo verla contenta; y los otros dos van cargando al padre con el lastre de los pantalones y la camisa y el vestido y las alpargatas, y ya, cuando su madre llega a un sitio que le parece bueno, los dos mayores se han perdido del todo entre aquel hervidero de gente que es la orilla. Él, con la preocupación de la madre, los llama y no oyen, y tiene que buscarlos y regresarlos donde está su madre y su hermanita otra vez, para disciplinarlos y para sentirse otra vez los cinco; que esa, la de sentirse juntos y todos, es su fortuna, y la han contado esta mañana al tomar el autobús. Él habla a los dos mayores: que no es cosa de llegar a la playa y desaparecer en el agua, que ha habido muchos niños que se han ahogado así, o se han perdido entre un mundo que no se da cuenta de uno más o menos, aunque ese uno esté al lado, y su madre, que está dejando a la pequeña de cinco años desnudita al sol, refuerza el sermón de su marido con un ejemplo terrible y reciente leído en el periódico, de un niño, y grande, ahogado en esas rocas del espigón. El padre les señala la primera boya que hay, ¿la ven?; los chiquillos la ven, ¡qué más!; hay aún más: que no se acerquen a las moles de piedra del espigón, ni aun por este lado, porque ahí hay algunas trampas de arena que sorben gente al hundirse. Los chicos escuchan las palabras del padre sabiendo que nadie se muere un domingo de playa.

Calienta el sol, bastante.

Se han bañado los chicos y los grandes, y ha llegado, aunque de muy tarde, la hora de comer lo que es mitad almuerzo, mitad cena; hasta la pequeña está comiendo con

apetito. ¡Qué maravilla! Él, reilón y feliz, dice que será cosa de venirse a la playa a vivir. Su mujer no es menos, y dice que pueden ahorrar unas pesetas para una bicicleta y venirse él a trabajar cincuenta y cuatro kilómetros todos los días mientras lo esperan ellos sobre la arena, cocinando en la playa, acostándose sobre la playa, amaneciendo todos los días en aquella orilla sin un paraguas que los resguarde del sol y de la noche y de la lluvia.

Y se ríen todos de la fantasía de saberse tan pobres y comiendo tan a gusto, con todo y arena.

Ella, la mamá de los cuatro, es la que despierta primero al cuidado de que no tiren los papeles y los restos de pan sobre la arena, porque eso es sucio, porque las cosas que se usan una vez al año hay que cuidar; y, efectivamente, los chicos se los llevan hasta una papelera grande, pintada de verde, que hay cerca y con tapa de abrir y cerrar mediante un pedal, y donde los chicos juegan un rato. Ha sido él, dormilón, quien ha dado la orden para la siesta; pero, a pesar de eso y de la pelea, los dos mayores se salieron con la suya de ir a la orilla, aunque con la promesa de no tocar el agua en dos horas; él los ve nimbados de luz, comenzando a jugar a castillos, a hacerse esas casas de niño que se hunden, como las que uno sueña cuando llega a hombre, porque en algunas partes todo es el mismo sueño; él, clavando en la arena blanda aquellos dos palos y atando su camisa al viento, y bajo esa sombra tan movediza que es de ellos por un rato eligiendo un pedazo de arena para acostar a la pequeña, a la que su mamá le está poniendo ya su vestidito rojo otra vez, porque se puede quemar demasiado y no hay para cremas, que son requetecaras. Aún ha sobrado un pocito de sombra para la cabeza de mamá; y nada para él, el varón, el hombre fuerte, quien ha mirado de nuevo hasta donde están jugando, como prometido, los chicos, que es lejos, pero no está en peligro del agua, y se acuesta al sol; que es a dormir, porque el calor y la brisa y esa mecida del agua que siesta pesada, poderosamente, y ese romperse de algodón de las orillas y luego los golpes secos y blandos de los pies de la gente que camina sobre la arena, "toc-toc-toc", le trae al oído pegado al suelo el eco lejano de una cueva que lo protege, y con ese olor a mar y todo, más si ocurre después de un sábado de doce hora enluciendo un techo.

Ha dormido así horas, ha sentido a su mujer jugando con la pequeña y se ha vuelto a quedar dormido. Sin querer.

Cuando lo ha llamado su mujer, ya el sol está sobre el cerro, corre una brisa fresca y el hormiguero de la playa es ya gente dispersa y poca; y así son las voces también, más débiles y más llenas de mar, porque se están yendo para el autobús, y con aquellas sombras ya largas y afiladas, y ve, echado como está todavía, el nivel de agua alto, con la lancha salvavidas subido como sobre una cresta de agua, como sobre una espalda poderosa, y le está apurando su mujer, escandalizándose sola, mientras recoge una toalla, por haberse quedado dormido un rato, ¡ella, que no se duerme nunca fuera de casa!, y pidiéndole que le mande la pequeña, porque tiene que ir a visitando... Él se incorpora un poco en su modorra, mira en derredor y ve a su mujer recogiendo las cosas en la bolsa y no dice nada, y busca con los ojos a los dos mayores, y los ve ya mucho más cerca, y no haciendo castillos, ¡sino saliendo del agua!, sin la pequeña, y mira a su mujer, que está en lo mismo, con su bolsa azul de lona en los pies, diciéndole que mientras tanto vaya haciendo vestir a los mayores, porque es tarde. Él ha girado en redondo otra

vez, buscando un bulto, un color, y se ha levantado de un salto y ha corrido hacia la orilla sin decir nada, sintiendo fría la arena bajo sus pies, y llega asustado de algo cuando los chicos ya están fuera del agua y les pregunta que dónde está la pequeña, y ve, de sólo verles las caras, que los niños no saben, y voltea bruscamente con unos ojos abiertos y sin una luz, deslumbrados sin el sol, en dirección a su mujer, que ya está casi sola, y ya recelosa, en esa parte de la playa, viéndolo; ve los toldos de colores replegados y casi solitarios, y le cae a él de golpe un peso gordo y frío en el vientre y se le van, como si se le estuviesen borrando en un dibujo, las piernas, y no oye nada, y se le ocurre ver el mar, por nada, por mirar a alguna parte donde no estén los ojos de su mujer, y se hace la sombra en este instante, porque se ha terminado de hundir el sol detrás del cerro, que es como si alguien que está jugando con uno hubiese apagado la luz; ¡en lo peor!; y el hombre recorre con la vista el mar, lo lejos, y la playa, ansiosamente, y entran por esos ojos, ávidamente, todo el agua del mar y toda la arena de la playa en busca de una gota de color, hasta que vuelve a tropezar con los ojos inescapables de su mujer, rodeada ahora de sus hijos y viéndolo, muriéndose con él en esta soledad aterradora de la playa sin su hija y cuando se está yendo el sol para siempre y se están agotando irreversiblemente los niños de la playa y todos los rojos del mundo y no aparece el suyo, el de ella y de su marido, completamente inservibles los dos y que pueden morirse aquí mismo y de sólo esto, y que puede gritar él y que no grita, ella no le oye la voz, y que puede moverse y no se mueve, y lo ve arrancando, por fin, en su dirección, que es cuando ella se siente sentarse y se le van apareciendo luego las piernas peludas de su marido y el pantaloncito blanco y holgado, demasiado, porque le está viendo, con una frialdad y con una nitidez aterradoras, dentro los pelos y una piel como de gallina y su miembro encogido, arrugado, y más arriba la caja del pecho con las costillas y la quijada grande y los ojos, que esta cara de su marido no es ahora más que ojos viendo el mar, ¡el mar!, y a ella le sale gritar, y él todo oídos y sin el cuerpo, y todo ojos y sin oír nada, y viendo a sus dos chicos corriendo entre algodones y con un movimiento lento como de cine en la orilla, hacia las rocas; ella, viéndose rodeada, ahogada, en gente con actitudes de preguntarle si pasa algo, debe ser, y oyéndoles a veces las voces muy lejanas y en aquel silencio y sin saber qué hacer para moverse, hasta que se siente con su marido, por el olor, por este olor a incienso que tiene su aliento, y sintiéndolo hablar cerca y solo mientras miran los dos la playa, el mar, otra vez, y ahora con toda claridad y en un silencio completo, sordo, que eso es por olas, porque han salido algunos hombres corriendo hacia las rocas y otros hacia los toldos de colores, y ella mirándose en los ojos aterrados de su marido, salidos y blancos, sin decir nada, y de pronto diciéndole a ella que no, que no se asuste, que aquello que flota en el mar es una boya; y ella, a pesar de esto, se le desmaya en los brazos, y él viendo todavía con toda nitidez, como si esto de morirse no tuviese fronteras, la gente que se va, algunos padres corriendo con sus hijos de la mano, como huyendo de una peste que eran ellos; iba una niña con una muñeca de vestido rojo colgada de la mano, como muerta; y aquella gente sobre el espigón mirándolos, seguramente, desde aquel contraluz del cielo iluminado por un sol invisible...

Alguien que él no ve hace sitio entre aquel tumulto de gente que es incapaz, ni reunida la fuerza de cada uno en alguien, de ayudarles, que no pueden alcanzar a ella ni

a él, tan lejos y tan fuera están ellos dos de todo. Llegaron los chicos, llorando de ver tanta gente en torno a sus padres y de ver muerta a su madre, que la está abanicando una señora, y de no ver a su hermanita. Ven llegar a los hombres que han estado revisando las tiendas, sin la pequeña; y ha sido ella, la niña, la que ha dicho temblándole la voz:

– Pueden haberla llevado los gitanos, papá...

"¿Por qué iban a ser los gitanos?...", piensa él, y lo dice; y se acuerda de aquella mirada, y se dice que puede ser, porque, además, no hay otra cosa en que se pueda pensar en este momento. La niña insiste, llorando y ¡dice que ella los ha visto por la playa!...

– ¡¡Cuándo!!...

Hace rato, antes de comer. ¿Los tres gitanos que vieron cuando venían a la playa esta mañana?...

Todos están pendientes de esta conversación en voz alta entre padre e hija; la madre como muerta; pero todo el corro grueso, espeso de hombres, de mujeres y de niños, viviendo la emoción gratuita y como de película de aquella angustia; y el padre insiste en saber si los gitanos han sido los mismos de la mañana. No está la pequeña muy segura, porque no estaban vestidos, sino en traje de baño, dos hombres. ¿Y la mujer? No, no ha visto a la mujer.

Una madre dice que a estos gitanos hay que recogerlos todos y ponerlos presos, porque los dejan sueltos con todo y ser capaces de robarse a una niña, ¡qué horror!, porque a ella le ocurrió una vez que se dio cuenta que miraba con mal ojo a su hijo de entonces cinco meses, y ella lo metió corriendo en la casa: ¡a pesar de este cuidado le robaron una gallina! El hombre flaco que está en camiseta dice que hay que dar parte a la autoridad; ¿dónde?; había el alguacil, que está cerca de los toldos. Un joven dice que él lo va a buscar, y sale corriendo: le siguen tres hombres más.

La espera es larga.

Pero llega el alguacil y rodeado de más hombres y mujeres y de niños cuando ella estaba volviendo en sí del todo. La autoridad es un hombre gordo con bigote, ungido con unas ropas y una chapa y con maneras, todo este aparato, y le hacen sitio, respetuosamente, y llegan frente al espectáculo de los cuatro y la bolsa azul grande y los zapatitos de la pequeña con sus calcetines azules desmayados dentro, todo sobre la arena y en un circo de gente, y el alguacil, que ya es un general, habla con una voz delgada que no sabe a hombre, y no dice nada, seguramente no puede, y luego se calla, y mira al mar y a la arena y pueblo adentro, por donde estarán huyendo ahora los raptos. Un hombre con camisa azul, que carga a una niñita en brazos, le dice que pueden repartirse y encargarse, unos por un lado, otros por otro, y pueden buscar a la pequeña por todos lados a la vez y detener a todos los gitanos del pueblo. Eso es práctico, más que pensarlo dos veces. Es más fácil andar todos al mismo tiempo, aunque sea sin cabeza, porque hay piernas para todo. Y piernas, hay.

Así se hace: el alguacil sale hacia el pueblo con siete hombres y dos más niños; otro grupo de más de veinte sale en tropel hacia las rocas; otros se ponen a mirar la playa otra vez, ¡cómo si la pequeña pudiese estar escondida en un pliegue de la arena, debajo de un papel!; y el resto, los más, comienzan a irse, como buscando, pero en realidad para escaparse de la responsabilidad agobiante de que los metan de ser espectadores de

butaca a ser parte de la película. Así se han quedado los cuatro, ateridos de frío, alelados; ella con las cuencas hundidas y la mirada perdida en el mar desde su traje de baño con pepas blancas holgado para sus huesos enrojecidos por el sol de todo el día, como una gallina que acaban de sacar del agua; y él a su lado, acariciándola en el pelo mojado del sudor frío, asustado el hombre por todo, por ver así a su mujer y a los dos chicos sentados y llorando en la arena, brincándoles las miradas de padre a madre y de madre a padre tiritando de frío y de miedo a la noche, que ya se está acercando. Es él el que reacciona absurdamente diciendo, por decir algo, y por distraer a los chicos, y sabiendo que eso es lo que hubiese dicho su mujer en aquel instante de irse de la playa si hubiese estado la pequeña pegada a la falda, si no pierde a su hija, si en este instante se cuentan la fortuna de ser cinco juntos: que recojan los chicos aquellos pedazos de sandía que han quedado de unos ancianos en la playa sobre la arena.

El mayor coge llenas las dos manos y llega hasta la papelera y abre la tapa con el pie y da un grito:

– ¡Papá!...

Y otro:

– ¡Mamá!...

El padre corre y se encuentra con el vestido rojo dormido dentro del depósito, con la cabeza y el sombrerito azul y blanco sobre su rodilla, llenando el recipiente.

Y no la despierta.

Sino corre gritando donde su mujer, que no es todavía capaz de moverse, y la trae, a rastras, en brazos, y la pone frente a la pequeña, y grita ella y le brotan los ojos y le vuelve el color como de una ola y recoge a la pequeña de entre las manos temblorosas de su marido y la estruja entre sus huesos.

Luego, al rato, miran todos a una: la playa está casi desierta, como si la hubiese barrido un viento, aparte de esta gente que sigue buscando a lo lejos, en las rocas, y apenas se distingue ya, porque es de noche, y llaman y gritan y arrancan los cuatro, ¡los cinco!, sin vestirse, sin verse, con el banderín replegado en el brazo de su madre que los cuatro, todos, quieren tocar con su mano, y ella dejándose festejar, feliz, porque ha dormido muy bien.

## Rosa Chacón\*

Cuando Rosa vino a casa vivíamos en la esquina de Santa Bárbara en Caracas.

Mi madre se había cansado de muchachas de servicio jóvenes que no duraban más que unos días. Venían del interior –casi todas de Oriente y de los Andes– atraídas por las luces de la ciudad. En el mejor de los casos, por no hablar de los demás, encontraban trabajo, pero en cuanto se les arrimaba un hombre, se iban. Me acuerdo de la que tuvimos antes de llegar Rosa: era una jovencita muy agraciada, había sido seleccionada para un concurso de belleza, y mi madre, por no defraudar aquella bonita ilusión de los dieciséis años, le hizo un vestido largo de muy buen gusto. ¡Consiguió el primer premio!... Y vino a despedirse.

Así, pues, como mi madre necesitaba alguien más estable, la siguiente fue Rosa. No porque fuera bonita ni joven: era una mujer rolliza, chaparra y fea y entrada en años, mayor que mamá.

Pero parecía limpia y callada; había emprendido el largo viaje en autobús con la intención de ganar algo para ayudar a su familia, que había dejado en el pueblo; por otra parte, procedía de los Andes, una región del país que tiene fama de trabajadora y honrada.

Eso sí, ella era muy especial.

En la familia éramos seis: los padres, mi hermano mayor, yo misma dos años más joven y que entonces venía a ser una niña de nueve, y otras dos hermanas pequeñas. Y todo se transformó cuando Rosa Chacón vino a casa; en cuanto la vi me hizo impresión.

No nos llamaba por nuestros nombres propios; trataba a mi hermano con el mismo sobrenombre de "Tasio" que empleábamos entre nosotros; yo era "la muchachita"; a mi madre le decía "Misia" o "Misialancha"; a las dos pequeñas "niña Irene" y "niña Pilar", y a mi padre, "jefe", "el jefe", siempre con gran respeto. Sin embargo, cuando aún no había hecho más que llegar, le hizo a mi madre una pregunta directa y atrevida: si el señor y la señora estaban casados... Yo no estaba presente, pero nuestra madre nos lo contó en la mesa mientras cenábamos –Rosa se iba después de servir la cena, y se reía al decirlo tan seria y erguida como si estuviera a punto de parir con su barriga prominente, con los brazos pegados al cuerpo, toda empaquetada en el delantal blanco, sus ojillos negros fijos en los de mi madre. Y mamá le dijo:

– Bueno, ¿y por qué me hace esta pregunta?

– Pues usted me perdonará, "Misia", pero no he visto en esta casa retrato de boda.

Entre ellos, las parejas casadas debían de tener establecido el modo de mostrar el preciado estatus mediante la exposición en el lugar más lucido de la casa del retrato en cuestión. Era, sin duda, el mundo de Rosa Chacón que con toda naturalidad había trasladado a nuestra casa. En todo momento esto era patente, lo imponía Rosa. Ella fue la dueña de la cocina desde el instante en que se le encargaron las labores de cocinera, aquél era su territorio. El cuartito que usábamos para planchar, la pequeña fregadera, todo estaba bajo su mando. Muchas veces yo iba allí a hacer mis deberes porque era el

---

\* Inédito. Traducido del euskara por Eduardo Gil Bera.

lugar más tranquilo de la casa, me quedaba mirando absorta aquel su rostro redondo y aplastado, sin nariz, sobresalían sus ligeros anteojos de alambre apoyados sobre sus mejillas; solía soltarse el moño, y el cabello negro le llegaba hasta la cintura; la verdad es que parecía una japonesa. Esa crineja delgada y negra me parecía algo misterioso; la solía llevar sobre la frente atada en dos vueltas y sujeta la punta atrás y con un ojo vivo en la punta; esta era una libertad que se tomaba únicamente en el cuarto de planchar... y en una ocasión en que sin poder contenerme la risa que me dio esta ocurrencia mía del ojo mágico, estando yo detrás de ella, me dijo como si estuviera viéndome desde la punta de sus cabellos: "¿Soy tan fea, mi amor?".

Rosa me daba un poco de miedo.

Siempre me pillaba de improviso; tenía, con sus piernas gruesas y torpes, un modo extraño de caminar, y cuando menos lo esperaba surgía ante mí como una aparición. No se quedaba en casa a dormir; esta fue una de sus condiciones. Una vez me confesó que vivía en un ranchito bajo el puente de la quebrada frente a casa. Al principio no sabía cuándo creerla, hasta que pude comprobar que era sincera. Su condición de pasar las noches fuera de casa sólo la incumplió durante dos noches, aquella vez en que se levantó el ejército.

Estábamos comiendo. Nuestro padre no llegaba y comenzamos a preocuparnos; oíamos tiros que al parecer venían de la parte alta, del cuartel, y pronto comprobamos que Rosa poseía, además de las cualidades que le conocíamos, otra: "Este asunto es mío, yo conozco los golpes, he visto muchos, ustedes "musiús", los extranjeros, no tienen experiencia en esto...". Comenzó a cerrar las puertas y ventanas utilizando todos los medios de trancar, los trastos disponibles...

Ahí viene papá, y nos tranquilizamos.

Pero Rosa abordó por su cuenta al "jefe", lo llevó a un rincón del patio con aires de gran secreto, como si fuera un asunto de ellos dos, ¡el departamento de seguridad!, y a pesar de todo esto nosotros la oíamos desde la mesa:

– Jefe, Rosa Chacón sabe lo que va a pasar aquí. Y me perdonará, pero déjeme hacer, usted escuche en la radio esa "música de golpe" que tanto le gusta, y lo que nos dirá el Gobierno... y lo que dirán los otros, los revolucionarios, si pueden... todo eso queda para usted, déjeme ocuparme de lo demás por favor, y usted se queda tranquilo.

Nuestro padre, "el jefe", se avino a lo que decía: conectó la radio y se puso a oír a Beethoven; ¡yo no lo podía creer!... Pero mientras comíamos, tanto nuestro padre como nosotros desde la mesa, veíamos el trabajo de Rosa: además de cerrarlo todo y terminar con los trastos caseros, comenzó a condenar todas las ventanas que daban a la calle con cajas llenas de botellas de cerveza que subía del salón de billar de al lado, apilándolas de dos en dos; iba la mujer de un lado para otro sudando y haciéndonos signos de que permaneciésemos en silencio; una vez hubo vaciado la taberna del billar y llenado nuestra casa, nos ordenó severamente:

– Ahorita, por favor, no se acerquen de ningún modo a las ventanas ni a la puerta, porque los tiros entran por esos sitios, y quienquiera que llame, no hagan caso. ¡Ni aunque sea el vecino! En estos casos nadie sabe quién puede ser el enemigo. No hablen,

y pongan la radio más baja... –y miró a nuestro padre, y él asintió... Yo estaba asombrada; mi madre también, callada... –Bueno, me voy, y esténse tranquilos, ahorita vuelvo...

– ¿Adónde va? –le dijo preocupado papá, levantándose.

– Es cosa mía...

Y salió... Nos dejó encerrados con llave; primero cerró la puerta de arriba, luego le oímos cerrar también la puerta de abajo, la que daba a la calle, que tenía una cerradura de las de llave grande. Viendo que no era suficiente, nuestro padre bajó luego las escaleras y atrancó la puerta grande de abajo.

Así nos quedamos encerrados por fuera y por dentro, a la espera de los acontecimientos. Bajamos más el volumen de la radio. La ausencia del acostumbrado fragor del tráfico en la calle se adueñó del ambiente sobrecogedor. Tiros esporádicos en el cuartel de San Carlos que quedaba un poco más arriba, o podían llegar desde la misma Presidencia en Miraflores. Entretanto, la música de Beethoven, Bach, Brahms, nos decía con un discreto murmullo que el golpe estaba en marcha, así como los mensajes ocasionales: "La nación está en completa normalidad, el poder en manos de las fuerzas armadas, los cuarteles bajo control"... Y para ratificarlo, un ambiente de pacífica y dulce música de golpe. Mamá con las manos ocupadas, tejiendo un jersey para alguien; mi hermano había abandonado su habitual arrogancia despreocupada, y estaba más encogido que yo, cerca de nuestra madre y viendo cómo estaba sentado papá en su sillón escuchando atentamente música de Semana Santa. Recordé en aquel instante la salida de Rosa una vez que, como de costumbre, nuestro padre puso música de ópera en el salón, y ella vino huyendo al cuartito de planchar diciendo: "¡El jefe ya soltó las gallinas!...", y enchufó la radio para sentir su mundo en los sonos de las cumbias y los merengues.

¡Entonces reparé en el reloj! Yo siempre he tenido buen oído, pero en aquella tensión no oía más que el tenaz silencio, y los tiros que de vez en cuando lo perforaban; algunos eran verdaderos estampidos, cañonazos que hacían vibrar los cristales; una bomba explotó en algún lugar cercano... "Para entrar en una casa", opinó papá dirigiéndose a la madre; realmente no sé para qué se lo dijo; fue en ese instante en que miré el reloj, al tiempo que oía el impasible "tic-tac" de su corazón mecánico. No sabíamos qué pasaba, nuestra sola referencia eran el pesado techo de silencio, los ruidos de guerra... ¡Y Rosa en medio de lo que sucedía en las calles de Caracas!...

La angustia me atenazó... Pregunté a mi madre en voz baja adónde había ido Rosa, y me contestó que estaría al llegar. Una vez más, con su comportamiento, Rosa Chacón me resultaba desconocida y más...

¿Dónde estaba esa mujer?

Lo cierto es que no la conocíamos, y sin darnos cuenta se había convertido en la cabeza de familia. Llamaba a mi padre "jefe", y todo lo que él le ordenaba lo cumplía puntual y rápidamente; lo que decía mi madre, en cambio, si bien lo llevaba a cabo con corrección y sin permitirse impertinencias, lo solía hacer muchas veces a su modo y manera. En casa, ante nosotros, no fumaba, pero en el cuartito de la plancha sí que fumaba tabacos pequeños dejando abierta la ventana que daba a la terraza, y cuando le quedaba ya corto, sabía fumarlo con la candela dentro de la boca y manteniéndola a raticos cerrada. Yo solía ir a mi rincón del cuartito en busca de paz para estudiar, y me

pasaba el rato fascinada mirándola por detrás cómo trabajaba a la luz de la ventana. No sé cómo, pero muchas veces adivinaba mi pensamiento de un solo vistazo; unas veces en broma y otras en serio, lo cierto es que me revelaba exactamente lo que yo tenía en mente. Y yo no era ya una niña, casi tenía mis diez años, pero en ocasiones así me asustaba; por lo demás, la quería, y cuando estaba cerca de Rosa me sentía a resguardo de todo. Iba a la escuela andando, ya que no había más que cuatro o cinco cuadras, mi padre me repetía su advertencia preocupada: "Tú a la escuela, directamente, ¿has oído? No te detengas nunca, no mires a nadie, y si alguien te dice algo, no le respondas, no te detengas por nada...". Mi hermano era libre como un pájaro, pero yo no era un muchacho... Aunque no lo entendía del todo, el terror ciego que pasé una vez me hizo participar de aquella obsesión que mi padre sentía por mí.

Fue una vez en que yo subía de la esquina de Santa Bárbara al colegio de monjas en la esquina de Balconcito, un coche que venía por detrás, en mi dirección, se detuvo a mi altura, y, "Muñeca", me dijo. Yo no hice caso, ni lo miré, siguiendo las instrucciones de mi padre, y el coche que continúa sin despegarse de mi lado... ¡qué apuro el mío! No podía ir más deprisa... como si mis piernas se hubiesen convertido en madera... "Acércate, nena..." Sin querer, miré, y vi los ojos espantosos y rojos de un calvo horroroso. El pánico me empujó a continuar hasta la escuela. Sólo se lo dije a una compañera, Yolanda, que vivía cerca de casa, pero ella no le dio importancia. Tras la clase, ¡qué mañana más larga!, tomé la precaución de mirar desde la puerta... y allí estaba el gran coche rojo, un poco calle arriba, preparado para bajar, sin duda... Entré de nuevo rápidamente a la escuela, y cuando se lo dije a la monja, ante mi susto, se apresuró a llamar a mi casa por teléfono, luego me dijo que me quedase allá a comer, y que por la tarde vendrían a buscarme... ¡Qué alegría la mía cuando le di por primera vez un sonoro beso de liberación a Rosa! Del coche rojo, ni rastro, y por el camino tampoco. En el breve intervalo de vuelta, Rosa me hizo un interrogatorio minucioso sobre el qué y cómo de lo que había sucedido. Tan pronto como llegamos a casa, mi madre hizo otro tanto, y cuando temía la llegada de mi padre... no me dijo nada, seguramente por no asustarme más; papá estuvo aquella noche más cariñoso que nunca, y lo mismo al acostarme. Me di cuenta que en casa flotaba un secreto entre los tres. Lo confirmaban las palabras que pude oír sueltas: mi madre dijo "vicioso", mi padre "perturbado", y Rosa, por su parte, "mal de ojo". No sabía yo muy bien a qué se referían con aquellas palabras. Mi madre me quitó la cadena de oro con su medalla de la Virgen del Carmen y el Corazón de Jesús, y una gargantilla de oro que solía llevar con mi nombre, y los pendientes, todo. Y determinó que en adelante haría la ida y vuelta de la escuela con Rosa. A la mañana siguiente apareció ésta con un amuleto: una mano negra colgando de un cordón morado; a mi madre no le gustó demasiado y decidió añadir el escapulario de tela. Antes de salir, en la escalera, Rosa me puso el amuleto con el escapulario, y poniendo su mano caliente (yo la sentía así en esos momentos) sobre la cabeza, como hacen los obispos, me dijo con los ojos cerrados, que yo se los vi cerrar: "Que Dios te bendiga, m'hija". Luego me ordenó caminar, "como siempre", y no mirar para atrás, que podía estar segura de que ella, Rosa Chacón, venía detrás de mí. Me habría sentido

mejor si me hubiera llevado de la mano, sintiendo la mía en la suya, pero cumplí su orden, llegué a la escuela, y no apareció el coche grande. Así pasaron otros tres días: temblando para nada. Se me ocurrió que qué pensaría Rosa de ese miedo mío, pues una y otra vez me preguntaba al llegar a casa cual era el color de aquel coche grande; yo le respondía siempre la misma verdad, que era granate o rojo, incluso mi madre le mostró madejas de los dos colores. Al cuarto día, íbamos para arriba, guardando la distancia habitual, y hete aquí que se me acerca por detrás... con el rabillo del ojo vi el enorme coche rojo, ¡grande!... y el hombre me dijo algo, no sé qué... ¡qué susto!, quedé hipnotizada por la aparición de un brazo largo y fuerte con una barra de hierro rompiendo el cristal del coche y la chapa, "¡kris-kras!", a golpes y gritos: "¡Viejo sinvergüenza! ¡Ahorita te denuncio a la policía por la placa!"... Ocurrió en un instante... El calvo pisó el acelerador, y gracias que en aquella calleja cuesta arriba había poco tráfico se pudo escapar... Había sacado su portentosa barra de hierro, de la manga larga de su ropa, así me lo contó luego Rosa. Parecía un hombre... Después me guardó la mano en la suya, que era pequeña, y murmurando una larga letanía de maldiciones llegamos a la escuela; me dejó en la puerta, y al despedirse me puso su mano menuda y cálida sobre la cabeza diciéndome: "Dios la bendiga, m'hija, y la Virgen"...

Mencionaba a menudo a la Virgen.

– Luego vengo a buscarla..., y no se preocupe, ¡ese cocoliso del carajo no se nos aparecerá más!...

La vi caminar cuesta abajo con sus piernas zambas y recias mujer deslenguada a ratos, y al mismo tiempo tierna, leal y desprendida.

Todavía, ¡ahora mismo!, estoy sintiendo el cariño hacia quien ha salido a la calle por nosotros en esta situación de "golpe"... Está ahí mi padre oyendo la radio, pero preocupado, ¡es tan atento!, porque ya hace al menos dos horas que salió Rosa con su saco de tela verdiblanca con asas para la compra; mi hermano bajo la mesa leyendo un cómic, absorto en sus aventuras, y pregunto a mi madre, que siempre está en todo, adónde ha ido Rosa y cuando volverá. Me responde: "Está al llegar". Pero tampoco ella está tranquila, conozco la calma tensa de mamá. Las pequeñas están dormidas. En esto oigo una voz lejana, otra más cerca... están tocando la puerta; se lo digo a mi padre..., y él baja un poco más el volumen; mi madre sigue haciendo punto mecánicamente, con la cabeza quién sabe dónde; sin embargo, pronto se encontraron nuestras miradas, ¡atención!, y el que primero se mueve es mi hermano, medio dormido y con las aventuras del cómic en la cabeza llega hasta la puerta; yo espero a Rosa, estoy convencida de que haría lo que tenía que hacer y vuelve a casa...

Sí, hay alguien en la puerta de abajo; pero no es la señal convenida con Rosa; mi padre se acerca a mi hermano en la puerta, sin abrirla; luego hay escaleras hasta la puerta de la calle, y Rosa se habrá encontrado con la puerta de abajo atrancada, y tendrá que llamar; papá abre la puerta de arriba, sin ruido... el tramo de escalera está vacío y se oyen ahora dos golpes, discretos en el portalón de abajo; la señal de Rosa son tres golpes, dos veces; mi padre dice si se le habrá olvidado, o habrá perdido la llave... o se la habrán quitado... y yo que no, que Rosa no olvida estas cosas, y que no abra; a decir verdad, yo

pienso en la venganza del calvo de los ojos rojos... ¡Puede ser él! Iba a repetir que no, ¡que no abra el portón!, cuando mi madre, que sigue haciendo punto tan calmada y digna como siempre, dice desde la silla donde está sentada:

– No abras, no es Rosa.

Pero además de los golpes oigo yo misma una voz ¡de hombre!; se lo digo a mi padre más con señas que otra cosa... ¡estoy espantada!... Mi padre pregunta que quién es, cuando oigo la voz del que contesta desde la calle, y no nosotros, eso nos lo dijo después, que lo hizo para asegurarse, ¡pero lo que sentimos en este instante los demás, sobre todo yo, es que el padre baja, aunque despacio, y ante nuestro espanto, el mío, sube... y es él solo, diciéndonos que el que está llamando es Camilo, el dueño del billar, el gallego, y que va a abrirle... No tenemos la llave de abajo, pero que él sabe abrir aquella puerta aprovechando la holgura, una vez quitada la tranca, y después de esta comunicación, regresa para hacerlo. Camilo tiene miedo, y papá, tras cerrar de nuevo la puerta con la tranca, sube y ofrece al vecino una cerveza. Según Camilo, los forasteros resultamos más seguros en estas ocasiones que los nativos. Mi padre le dice al servirle la cerveza en un vaso que nos disculpe porque Rosa ha subido, por su cuenta, un montón de cajas de cerveza de su almacén para proteger, como puede ver, nuestras ventanas. Camilo, viendo aquel montaje, dice que él mismo ha dicho a Rosa que puede hacerlo..., por nosotros, no por ella... Papá se atreve a preguntarle por qué no ofrece ese favor a Rosa, que es una buena mujer y que... Él le interrumpe para decir que no sabe por qué, pero que es Rosa misma la que lo mira con malos ojos, que son cosas de los indios, ya se sabe, y que una vez le llamó "musiú del carrizo" sin ninguna razón...

Es ahora cuando oímos los golpes de Rosa, y mi padre baja a quitar la tranca; los cuatro vemos desde la puerta de arriba cómo sube Rosa balanceándose como una chalupa, con su saquito de las compras vacío; nosotros, mamá, "Tasio" y yo misma, que ya pensábamos que alguna patrulla militar la había detenido, la besamos como nunca lo habíamos hecho en casa, y qué bueno que regresaste, y Rosa sonreía... hasta que ve a Camilo detrás nuestro, de nuestro recibimiento, y se le ensombrece el rostro; no deja el saquito sobre la mesa, ¡que no quiere!, ni en el suelo, sino que sigue colgado de su mano derecha, el brazo corto colgando a plomo de su hombro corpulento... Avanza despacio, sin hacer ningún caso de Camilo, derecha a la cocina, y cierra detrás de ella la puerta. Mamá deja en el acto el trozo de jersey azul con las agujas, que no había soltado de las manos, sobre la silla, y va tras ella, y ¡llama a la puerta de la cocina!, curiosa manera de hacer de mamá, y entra, y es luego Rosa la que abre, lanza una mirada furiosa a Camilo y vuelve a cerrar la puerta, pero no de golpe, como antes, sino despacio y sin ruido. Consigna de madre... Camilo ha terminado de tomarse la cerveza, mi padre le ofrece otra, pero dice que no, gracias y se levanta...

"¡Eh!", le dice papá, a ver por qué se va a ir ahora, que un hombre solo no es nada, y que se quede hasta el día siguiente...

Y sale mamá, sola, cierra detrás la puerta de la cocina, y sin decir nada continúa con su labor, y, por decir algo, porque ve que los demás están esperando eso, dice en voz alta para que lo oiga Camilo también: "Rosa ha venido muy cansada..."

"Me voy –dice Camilo–, tengo que hacer algo abajo..." A pesar de las sospechas, nada entendemos, pero no se queda él a dar explicaciones y al irse dando las gracias,

añade: "Abajo me tienen si hace falta... Buenas noches". Papá va tras él y nosotros quedamos expectantes; yo bastante enfadada con Camilo, ya que no ha dicho más que cosas malas de Rosa. Vuelve mi padre tras cerrar la puerta de abajo diciendo que ha sido el mismo Camilo el que ha querido irse, que se ha marchado amigablemente y... Pero mamá regresa donde Rosa y salen las dos de la cocina. Rosa con el saquito en la mano, lo deja encima de la mesa, y de pronto se nos planta delante como si fuera a dar el informe oficial de su viaje, y nos dice:

– Ese Camilo es chivato, me lo ha dicho mi sobrino, el del cuartel, y lo sabe bien; ése, cuanto más lejos, mejor...; no es por hablar mal, es la verdad; ese hombre es un peligro en esta casa, y si se ha ido, pues mejor, no nos vaya a contagiar...

*Nosotros, con la boca abierta.*

– ¡Ahora a lo que es nuestro!... –y saca del fondo del saquito un pistolón–: Pa'usted, jefe...

Papá está blanco como el papel cuando Rosa logra enredar el pistolón entre sus dedos...

Se oyen dos tiros cerca... y Rosa que saca otra pistola, ¡Jesús!, y dice:

– Esta pa'mí...

¡Mira en qué termina nuestra angustiada espera! ¡Nosotros preocupados por Rosa!

– ¿Y qué hago yo con esto? –pregunta papá, que no ha tenido jamás un arma en la mano, cuando recupera el habla–. ¿De donde ha sacado estos cañones? –pregunta medio riendo–, ¿y qué otra cosa se va a hacer en este trance?...

– Vengo del cuartel de San Carlos, mi sobrino..., ya saben que mi sobrino es Sargento, pues él me las ha dado; él ya sabe que están aquí; no se preocupen por las armas; como están las cosas, en cualquier momento comenzarán los asaltos... el cocopelao del coche colorao puede estar esperando una ocasión así...

Enseguida se arrepiente Rosa de haber hablado; en cuanto me ha mirado, ¡ha visto mi terror!; inmediatamente dirige su atención mirando a papá:

– Pero esténse tranquilos, ahora tenemos defensa... Todos los venezolanos tienen algo para defenderse, están acostumbrados a estos "golpes". Y perdonen, en este caso, como ustedes son forasteros, yo soy la responsable de esta operación; ustedes todos se acuestan ahorita, que ya es tarde. Usted, jefe, tenga cuidado, que la pistola está cargada; la tiene sobre la mesa de noche; yo me pondré en la escalera, necesitamos más cajas para trancar bien el portalón, ya lo han abierto sin mi llave grande, ¿eh?... Pero yo no voy a pedir nada a ese chivato, ¡nada de nada! He dicho.

Y se va hacia el cuartito de la plancha.

Papá ha decidido quedarse oyendo la radio; con la pistola al alcance de la mano, por no ofender a Rosa.

Los demás, a dormir, y papá recoge su rebaño:

– Si pasase algo.... ¡no pasará nada!... Ni caso a los tiritos y sirenas que se oyen, no es asunto nuestro... Hala, a dormir –nos empuja papá con la voz hacia las habitaciones.

Sin querer, ¡hasta ha copiado la voz de Rosa!

Después de ponerme el pijama he querido ver qué hace ella... y ya está sentada en mitad de la escalera, la manta amarilla al hombro, la crineja negra y delgada hasta la cintura, la pistola al lado, muy a mano, está prendiendo una vela... Callandito, descalza, me aproximo por detrás aprovechando el estrépito de un camión que sube la cuesta, y me quedo quieta detrás, y veo las dos estampas que ha puesto arrimadas a la pared, una de José Gregorio Hernández, venezolano recién beatificado y ya venerado como santo benefactor y al que se le atribuyen curaciones milagrosas, y la Virgen de Coromoto, las dos a la luz de la velita blanca.

Cuando ha dispuesto todo, no ha girado la cabeza, no le hace falta, me ve con el ojo que tiene en la puntica de la crineja negra, ya lo sé, y me dice dulcemente:

- Acuéstese, m'hija, está cansada... se dormirá ahí mismo, váyanse con los angelitos... -Yo no digo nada, y ella continúa-:... no pasará nada, lo sabe mi sobrino, y aquí está Rosa Chacón para defender a toda la familia, armada de santos, y por si no fuera bastante, la pistola ayudará también.

## Indice

### VOLUMEN I

Introducción, *por Iñaki Beti Sáez*

Fracaso  
El hombre se calló y dijo  
El agua corre río abajo  
El cacho  
Punto y aparte  
El día de playa  
El cielo tiene un roto de azulillo  
Un real de sueño sobre un andamio  
La luz se apaga al amanecer  
La semilla vieja  
La llegada de Engracia  
El asalto  
El espía  
El hijo  
La novia

### VOLUMEN II

El regreso  
De la niebla – Las manos grandes de la niebla  
De la arena – El latido  
De la sal – A la voluntad de Dios  
Del barro – El turno  
Del asfalto – Los hierros de Guanoco  
De la madera – La carga del cedro muerto  
De la perla – El cabo de la vida  
Del aceite – La alcantarilla  
Del cemento – La trampa del cemento  
Ha nacido el Niño Jesús  
Las tres caras de Dios  
Prólogo  
El mar es una orilla muy larga  
El presente  
Los gitanos  
Rosa Chacón